



Las aventuras íntimas de

# Belle de Jour

Diario de una prostituta



Belle de Jour es el seudónimo de una chica de compañía de alto nivel que trabaja en Londres. Ésta es su historia, contada en primera persona. Belle se atreve con todo: desde discutir los méritos literarios de Martin Amis con clientes desnudos, hasta meterse en un hotel con un par de látigos disimulados en el forro del abrigo, y cuenta con franqueza y humor cómo combina todo esto con su vida privada.

Chocante a veces, hilarante otras, pero siempre apasionante, el relato de estas aventuras íntimas es una historia desmitificadora e inesperada que nos permite descubrir los entresijos de la prostitución de lujo.

«No lamento nada de lo que he hecho. Si hemos de dar crédito a los manuales, soy una enferma mental. Si en cambio damos crédito a las revistas de papel cuché, soy una mujer moderna e independiente».

Belle de Jour



Belle de Jour

# **Las aventuras íntimas de Belle de Jour**

**Belle de Jour - 1**

ePub r1.0

nalasss 26.12.13

Título original: *The Intimate Adventures of a London Call Girl*

Belle de Jour, 2005

Traducción: Claudia Conde

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0





Este libro no habría sido posible sin el apoyo y la paciencia de Patrick Walsh y Helen Garnons-Williams, ni de su personal y asociados, con quienes tengo una deuda de gratitud.

Lo primero que debéis saber es que soy prostituta.

No lo digo por frivolidad. No uso la palabra como analogía del trabajo de oficina o de un curro en la prensa digital. Muchos de mis amigos os dirán que apuntarse a una empresa de trabajo temporal o acabar de vendedor es equivalente a prostituirse. No lo es. Lo sé porque yo misma he trabajado a través de ETT y he follado por dinero, y ambas cosas no se parecen en nada. Son planetas distintos. Diferentes sistemas solares.

Lo segundo es que vivo en Londres. Puede que los dos hechos estén relacionados y puede que no. No es una ciudad barata. Como la mayoría de mis amigos, me mudé aquí después de la universidad con la esperanza de encontrar trabajo, si no bien pagado, al menos interesante o poblado exclusivamente por hombres guapos y disponibles. Pero empleos así no abundan. Actualmente, casi todos estudian para ser contables, incluidos mis amigos A2 y A3, muy respetados en círculos académicos. ¡Dios mío! Un destino peor que la muerte. La contabilidad es todavía menos sexy que el mundillo universitario.

La prostitución es trabajo regular y poco exigente. Me permite conocer a un montón de personas. Sí, es cierto, casi todos son hombres que no volveré a ver en mi vida, y tengo que tirármelos aunque estén llenos de verrugas peludas, o aunque no tengan más de tres dientes, o aunque quieran que interprete sus fantasías con la profesora de historia del bachillerato. Pero lo prefiero antes que estar mirando el reloj para ver cuánto falta para ir a tomar el té en una deprimente sala de personal. De modo que, cuando mis amigos sacan a relucir por enésima vez su gastada analogía entre trabajo asalariado y prostitución, yo asiento con gesto comprensivo, me compadezco de ellos, nos bebemos nuestras copas y nos preguntamos adonde habrá ido a parar el optimismo de nuestra juventud.

El suyo estará probablemente en una autovía, de camino a algún suburbio residencial. El mío se dedica a abrirse de piernas periódicamente, por dinero.

Dicho esto, debo señalar que el salto a la prostitución pura y dura no se produjo de la noche a la mañana.

Me mudé a Londres como otros miles de estudiantes recién titulados. Con sólo una pequeña deuda de estudios y algo de dinero ahorrado, creí tener suficiente para varios meses, pero mis reservas no tardaron en agotarse, socavadas por el pago del alquiler y un millar de gastos triviales. Mi rutina diaria consistía en repasar las páginas de ofertas de empleo, escribir entusiastas y panegíricas cartas de presentación, sabiendo que jamás me entrevistarían para el puesto solicitado, y masturbarme furiosamente todas las noches antes de irme a la cama.

La masturbación era, con diferencia, el momento culminante de aquellos días. Imaginaba que trabajaba de ingeniera de pruebas en una fábrica de material de oficina y que una de mis tareas consistía en cubrirme el interior de los muslos con pinzas, mientras alguien me follaba vigorosamente. O que era la asistente personal de una poderosa domina y estaba encadenada a su escritorio, mientras otra de sus esclavas me comía el coño, empalada a su vez con un consolador. O que flotaba en un tanque de privación sensorial, entre manos que me pellizcaban y me tiraban

de la piel, primero con suavidad y luego dolorosamente.

Londres no era la primera ciudad donde había vivido, pero sí la más grande. En cualquier otro lugar, siempre hay alguna probabilidad de encontrarse con un conocido, o al menos de ver una cara sonriente. Aquí no. Los usuarios de las líneas de cercanías abarrotan los trenes, ansiosos por superar a sus compañeros de viaje en una carrera armamentística de aislamiento, librada a golpe de ediciones de bolsillo, auriculares y periódicos. Un día, en la línea del Norte, la mujer que tenía al lado llevaba el ejemplar del *Metro* a escasos centímetros de la cara; sólo tres paradas después me di cuenta de que no estaba leyendo, sino llorando. Me costó mucho no decirle que lo sentía y más todavía no echarme a llorar yo también.

Con el tiempo, vi esfumarse mis magros ahorros, mientras la compra del bono de transportes se iba convirtiendo en el episodio álgido de la semana. Y si bien mi vicio de comprar lencería me deja inhabilitada, ni siquiera recortando el consumo de esos vaporosos artículos habría resuelto el problema.

Poco después de mudarme, recibí un mensaje de texto de alguien a quien había conocido a través de mi amigo N. Ésta es la ciudad de N, y se diría que conoce a todo el mundo. De mis seis grados de separación, él acapara por lo menos cuatro. Así que cuando vi que hacía todo lo posible por presentarme a esta señora, presté atención. «Me han dicho que estás aquí. Me encantaría verte cuando tengas tiempo», decía el mensaje de ella. Era una mujer de cierta edad, sólidamente sexy, con acento aristocrático e impecable buen gusto. Cuando la conocí, pensé que estaba totalmente fuera de mi alcance. Pero en cuanto nos volvió la espalda, N me comunicó entre susurros y furiosa gestualidad que iba como una moto y que, además, le gustaban las tías. Al instante se me encharcaron las bragas, por así decirlo.

Guardé el mensaje durante semanas, mientras mi imaginación se volvía más inquieta y calenturienta. Al poco tiempo, ella se había metamorfoseado en la perra infernal con traje de látex de mis ensoñaciones nocturnas. Las zorras y los zánganos de oficina hambrientos de sexo de mis fantasías estaban adquiriendo un rostro, y era siempre el suyo. Respondí al mensaje. Me llamó casi de inmediato, para decirme que ella y su nueva pareja estarían encantados de cenar conmigo la semana siguiente.

Durante días estuve sumida en el pánico sin saber qué ponerme y me gasté una fortuna en un corte de pelo y ropa interior nueva. La noche de la cita puse patas arriba el armario, cambiándome una docena de veces. Al final me decidí por un ceñido suéter aguamarina y unos pantalones marengo, un conjunto quizá un poco oficinesco, pero modestamente sexy. Llegué al restaurante con media hora de adelanto, incluso después de media hora tratando de encontrarlo. Allí me dijeron que sólo podría sentarme cuando hubiera llegado el resto de mi grupo. Me gasté el dinero que me quedaba en una copa en el bar, con la esperanza de que ellos pagaran la cena.

El ruido de las parejas que charlaban en los estrechos reservados se mezclaba con los gorgoritos de la música de fondo. Todos parecían mayores que yo y sin duda más adinerados. Algunos tenían pinta de venir directamente del trabajo, mientras que otros claramente habían pasado antes por su casa para arreglarse. La puerta, cada vez que se abría, dejaba entrar una ráfaga de frío aire otoñal y olor a hojas secas.



Llegó la pareja. Nos asignaron una mesa en un rincón, lejos de la atención del personal, y a mí me hicieron sentar entre los dos. Él miraba por el escote de mi suéter, mientras ella hablaba de deporte y galerías de arte. Cuando la mano de él comenzó a reptar por mi rodilla derecha, el pie de ella, enfundado en la media, empezó a deslizarse por el interior de una de las perneras de mis pantalones.

Ah. Entonces era eso lo que buscaban, pensé, pero ¿no lo sabía ya desde el principio? Eran mayores, libertinos, fabulosos. No había ninguna buena razón para no tirármelos o no dejar que se me tiraran. Pedí lo mismo que ellos: platos opulentos y cremosos. Un risotto de setas tan denso que costaba arrancarlo de la fuente, y tan glutinoso que sólo con los dientes conseguí desalojarlo de la cuchara. Pescado con la cabeza todavía pegada y los ojos vidriados a fuego, que nos contemplaban fijamente. Cuando ella se chupó los dedos, tuve la sensación de que no era un lapsus, sino un gesto deliberado. Mi mano resbaló sobre sus pantalones ajustados hasta su entrepierna y ella apretó con fuerza los muslos en torno a mis nudillos. En ese preciso instante, la camarera decidió que nuestra mesa necesitaba más atención. Nos trajo una bandeja de bombones y pastas diminutas, que el hombre le dio a su amiga con una mano, mientras agarraba mi mano con la otra, al tiempo que mis dedos trepaban por los muslos de ella. La mujer se corrió fácilmente, casi en silencio. Yo le rocé el cuello con los labios.

—Excelente —murmuró él—. Ahora hazlo de nuevo.

Lo hice. Después de la cena, salimos del restaurante. Él me pidió que me desnudara de la cintura para arriba y que me sentara delante, con ella al volante. Desde el asiento trasero, él me agarraba los pechos y me pellizcaba los pezones, mientras recorríamos la breve distancia hasta la casa de ella. Fui del coche a la puerta con el pecho descubierto y, una vez dentro, me ordenaron que me arrodillara. Ella desapareció en el dormitorio, mientras él me impartía unas cuantas lecciones básicas de obediencia: mantener posiciones incómodas; sostener objetos pesados en posiciones incómodas, y sostener objetos pesados en posiciones incómodas con su polla en mi boca.

Después ella volvió con velas y látigos. Aunque ya había sentido en carne propia tanto la cera caliente como la punta de una fusta, fue una experiencia nueva que me lo hicieran con las piernas levantadas por el aire, mientras me plantaban encima velas encendidas que chorreaban sobre mi torso. Al cabo de dos horas, él la penetró y, utilizando la polla como la dominatrix de mi fantasía, la empujó hacia mi coño con la cara por delante.

Nos vestimos, ella se duchó. Él me acompañó a buscar un taxi. Caminábamos con los brazos entrelazados. Un padre con su hija, habría pensado cualquier transeúnte. Formábamos una pareja comfortable.

—Vaya pedazo de mujer que tienes ahí —le dije.

—Lo que sea por tenerla contenta —replicó.

Hice un gesto de asentimiento. Paró un taxi con la mano y le indicó la dirección al conductor. Mientras yo me acomodaba en el asiento trasero, me dio un rollo de billetes y me dijo que volviera cuando quisiera. Ya había recorrido la mitad del camino de regreso cuando desenrollé los billetes y vi que sumaban por lo menos el triple de lo que costaba la carrera.

Mi mente se puso a calcular: el alquiler vencido, el número de días que hay en un mes, el beneficio neto de la salida nocturna. Pensé que debería sentir una sombra de arrepentimiento o de sorpresa por haber sido utilizada y pagada. Pero no fue así. Ellos lo habían pasado en grande y, para una pareja de su posición, el gasto de una cena y un taxi no era nada. Y para mí, a decir verdad, no había sido precisamente una labor extenuante.

Le indiqué al taxista que parara unas pocas calles antes de mi casa. El repiqueteo de mis tacones resonaba en el pavimento. El otoño acababa de entrar, todavía hacía calor por la noche, y las marcas rojas de cera debajo de mi ropa resplandecían con empática calidez.

La idea de vender sexo supuraba y crecía como una llaga. Pero durante cierto tiempo sepulté mi curiosidad acerca de la prostitución. Pedí dinero prestado a mis amigos y empecé a salir en serio con un hombre joven. Fue una distracción agradable, hasta que recibí el primer aviso de descubierto del banco, sugiriendo que me pasara por allí para hablar de un préstamo. La llaga murmuraba y me escocía con cada solicitud de empleo rechazada y cada entrevista fallida. No podía dejar de pensar en lo que sentí volviendo a casa en medio de la noche, en el asiento trasero de un taxi. Podía hacerlo. Tenía que probar.

Y poco después de decidir que lo haría, empecé a llevar un diario.

*Novembre*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

*A-C*

## *A de Agencias*

Las agencias de Londres suelen quedarse con un tercio de los honorarios, sin contar desplazamientos y propinas. Se supone que el cliente paga los desplazamientos cuando la chica tiene que salir y eso puede significar unas treinta o cuarenta libras más.

La comisión de la agencia cubre los gastos de publicidad, concertación y confirmación de las citas y seguridad, cuando hace falta. Algunas agencias deducen de las primeras citas el coste de las fotografías, o bien le piden a la chica que las pague al contado. La mía no me cobró nada; las fotos y la creación de una imagen personal me salieron gratis.

Con suerte, el contacto con la agencia es mínimo. La última vez que vi a mi jefa, me criticó el perfilador de labios. Eso para los que hablan de solidaridad femenina.

## *B de Bodrio Capilar*

A veces, los preliminares de una cita no dejan tiempo para la cuidadosa labor de acicalamiento en tres actos que una chica necesita. El pelo suele ser lo primero que se resiente. Cuando me doy prisa, me queda más bien aplastado, con un punto graso. Hay un truco de urgencia que me enseñó una chica de la universidad, en una hora y para una sola vez. Consiste en espolvorear una finísima capa de talco por todo el pelo y aplicar un cepillado ligero. Te quedará suficientemente bien durante el tiempo suficiente. Pero evita la humedad, porque puedes acabar con la cabeza pegada a la pared.

## *C de Contado*

No acepto tarjetas. ¿Dónde queréis que lleve el aparato lector?

## *C también de Conversación*

Saber conversar no sólo es útil, sino probablemente la habilidad más importante en este trabajo. Finge interés en todo y no digas nada concreto sobre tendencias políticas ni otros

temas potencialmente espinosos. En otras palabras, miente como una marrana. Considéralo como una práctica útil para una futura carrera política.

*samedi, le 1 novembre*

Un cliente me estaba estrujando los pezones.

—Cuidado ahí. Dolor premenstrual —le dije, guiando amablemente sus manos hacia otro sitio.

—Cuéntame alguna de tus fantasías —me dijo él.

—Cuatro hombres me secuestran, me desnudan y me atan en el asiento trasero de un coche.

Aparcan, salen y se masturban encima de mí a través de las ventanas abiertas.

—¿Hay caballos cerca?

—Montones de caballos. Estamos en pleno campo. Estamos en una granja. Son granjeros.

—¿Sientes el olor de los caballos?

—Sí, siento el olor de los caballos. Hacen ruido en los establos y se están excitando mucho.

Los caballos tienen unas pollas enormes, ¿verdad?

—Oh, sí. Así es.

—Cuando los granjeros acaban, me llevan a las cuadras.

—No te tires al caballo.

—Oh, no, ni por asomo. ¡Es demasiado grande! Además, el caballo... el semental... está fuera de control, demasiado excitado. Creo que es demasiado grande. Es enorme. Suena como si estuviera a punto de derribar la puerta de la cuadra.

—Aaaaaah...

*dimanche, le 2 novembre*

Algunas cosas que he aprendido en el trabajo:

En un mundo de niñas de doce años con botas sexy y abuelas con minifaldas vertiginosas, la manera más segura de reconocer a una puta entrando en un hotel de Heathrow es buscar a la señora con traje de chaqueta caro. Un hecho contrastado.

La preparación para una cita casi siempre es igual. Los clientes se ponen en contacto con la agencia después de ver la web. A continuación, llaman por teléfono, la jefa me llama a mí, les confirma la cita y ellos esperan. Normalmente necesito que me avisen con dos horas de antelación: una para desnudarme, ducharme, maquillarme y arreglarme el pelo, y otra para llamar un taxi y llegar al lugar de la cita.

Los potingues tienen su sitio, separados del resto de mis artículos de tocador, en su propio estante. Me sitúo delante de un espejo de cuerpo entero y voy superponiendo las capas: polvos y colonia; bragas, sujetador y medias; vestido, zapatos, maquillaje y peinado. Tres conjuntos para ir rotando: vestido gris de punto, modesto pero sinuosamente seductor; traje con estampado geométrico, blanco sobre blanco, y sobrio vestido negro de hilo, combinado con chaqueta elegante. Infinita selección de ropa interior y zapatos.

Los últimos tres segundos antes de entrar en el hotel son vitales. ¿Son de cristal las puertas? Si es así, localiza rápidamente los ascensores. No te pares al entrar, no hagas preguntas al personal. Pasa deslizándote y saluda con una leve inclinación de la cabeza. Si los ascensores o los lavabos no saltan a la vista, métete en el pasillo más cercano y orientate desde allí. La impresión que des, si es que das alguna, debe ser la de una señora bien vestida. Eres una mujer de negocios.

Lo cual no es rotundamente falso.

Los ascensores son útiles. Es el momento de revolver el bolso para sacar el teléfono y enviar un mensaje de texto a la agencia; querrán saber que has llegado en hora. Si se te ha hecho tarde, le comunicarán al cliente que estás al llegar. Repasa el brillo de labios, si fuera necesario, y arréglate la ropa. No te presentes sudando ni con aspecto de haber corrido. Localiza la puerta y llama brevemente, pero con seguridad. «Hola, cariño, encantada de conocerte», le dices, nada más entrar. «Siento haberte hecho esperar», le dices, se te haya hecho tarde o no. Aunque llegues puntual como un reloj, el cliente habrá estado contando los minutos. Si alguien está nervioso en la habitación, ese alguien no debes ser tú. Quítate el abrigo, siéntate. El cliente suele ofrecerte una copa. Nunca digas que no. Si no te apetece otra cosa, bebe agua mineral.

Cobra antes de empezar. Una vez se me olvidó. El cliente se echó a reír. «Debes de ser nueva en esto», me dijo, y cuando fui al baño para lavarme, metió los billetes en la tostadora. No cuentes el dinero delante de él; ya tendrás tiempo más adelante, si desconfías. Márchate a tu hora. Si quiere que te quedes más tiempo, tendrá que llamar a tu jefa, negociar el precio y pagarte en el acto. Al salir, un beso rápido. «Un verdadero placer. Espero volver a verte». En el vestíbulo, un breve gesto al personal, y sales tan rápidamente como has entrado. Una llamada o un mensaje de texto a la agencia, en cuanto salgas del hotel. Si no puede localizarte, la jefa llamará al cliente,

después al hotel, después a sus propios gorilas, si están cerca, y finalmente a la policía. Sabe lo que hace. Ella también ha estado en tu lugar.

Mi jefa es un encanto, un auténtico cielo. Cuando me pregunta cómo ha ido todo, siempre le digo que el cliente era fantástico, todo un caballero, aunque para ello tenga que maquillar un poco la verdad. No quiero preocuparla.

De vez en cuando, las cosas no salen del todo bien, como la vez que sin darme cuenta me despedí de un cliente infradotado meneando el dedo índice. ¡Vaya plancha! Pero bueno, quizá no se diera cuenta, y siempre hay una próxima vez.



*lundi, le 3 novembre*

El tráfico cerca del centro de la ciudad es impredecible, y es mejor llegar pronto al trabajo que tarde. Ayer tenía una cita cerca de Leicester Square. Llegué una hora antes y entré en una tienda de discos para hacer tiempo.

Me gustan las tiendas de discos; me gusta la música. Pero ésta era una sucursal de una de esas cadenas, con la planta baja llena de DVD y libros de música. Las pocas estanterías con discos estaban abarrotadas de grandes éxitos y ofertas. Me escabullí hacia la sección de jazz y blues, en el piso de arriba.

Los otros clientes eran casi todos jóvenes, que hacían tiempo igual que yo, pero con muchas menos capas de maquillaje. Me preguntaba si mi cliente estaría en el lugar acordado para la cita o si también habría salido. Incluso era posible que estuviera allí mismo. Miré a mi alrededor. Había un hombre rubio y delgado, inclinado sobre la última mesa. Tenía el corruptible atractivo de un joven profesor. Me acerqué como paseando y miré por encima de su hombro.

Sus dedos huesudos jugueteaban con la esquina de un disco de Isaac Hayes.

—Buena elección —murmuré, y él casi lo dejó caer por el sobresalto.

Menuda pinta debía de tener yo, demasiado bien vestida, con mi abultado abrigo y un montón de maquillaje en la cara. Idiota, más que idiota. Volví a la planta baja, con los tacones repiqueteando en los peldaños.

Por supuesto, cuando me encontré con el cliente, no era el hombre de la tienda.

Era un servicio de toda la noche; tenía que quedarme hasta el amanecer. La jefa ha recibido comentarios tan positivos acerca de mis habilidades como disciplinadora que las ha puesto en lugar destacado en el catálogo de la web. Yo no soy naturalmente dominante, pero no me importa hacerlo. Ahora parece que todos los clientes quieren ese tratamiento.

Él:

—No hay nada como el subidón de follar con una desconocida.

Yo:

—¿Me dejarás que use esa frase?

—Sí —responde. Una pausa.

—¿Qué haces con las manos? —pregunta.

Tengo los dedos entrecruzados, soportando mi peso encima de él.

—No quisiera tirar los cuadros de la pared —digo, apretando los dientes.

—Buena idea. Intenta no tirarlos, entonces.

Joder, tío, ni que fuera tu casa. Puf. Demasiado exigente para ser sumiso, pienso.

Más tarde.

Él:

—Tú sí que tienes clase, encanto.

Yo:

—No sabía que nadie hablara así, fuera del cine.

—De algún sitio tengo que sacar mis frases.

N vino a buscarme a la puerta del hotel poco antes del amanecer. Somos muy amigos. En una época salíamos juntos, sabe a qué me dedico y podría pasar por George Clooney con la luz adecuada. Es decir, en la más completa oscuridad. N sonreía con afectación.

—¿Te has divertido ahí dentro?

Me abrí el abrigo, para enseñarle dos látigos disimulados en el forro.

—Veo que has traído los persuasores. Entonces te habrás divertido.

—Más o menos. Sí. Como no se le ponía tiesa, nos bebimos el minibar y pasamos la última hora mirando la tele.

Subimos al coche de N, que estaba aparcado en la acera.

—Me ha regalado un chisme plateado para hacer pompas de jabón.

Saqué el regalo del bolso. Estaba en una caja de madera envuelta con cintas negras y doradas, y tenía la forma de una diminuta botella de champán.

Yo no estaba cansada y él tampoco.

—¿Quieres hacer pompas? —preguntó N, mientras cruzábamos un puente.

Giramos y subimos por los frondosos muelles, mientras la creciente luz de la mañana arrancaba destellos oscuros al agua. N sabe de las mareas del Támesis, ha visto sacar cadáveres del río y me cuenta adónde van las tortugas y las focas cuando hace calor. Señala un edificio con piscina en el subsuelo y me cuenta que allí iba a nadar cuando estaba en la escuela. En cuanto al puente, recuerda a la mujer que se tiró con los bolsillos llenos de piedras, pero sin darse cuenta de que el aire se le embolsaría entre las capas de ropa e impediría que se hundiera. Cuando las lanchas de salvamento llegaron a rescatarla, ella se resistía: «¡Metedme de nuevo! ¡Metedme de nuevo!». Me recosté en el asiento, con los ojos entrecerrados, mientras él seguía contándome historias de la ciudad. Terminamos en la estación de Charing Cross, al alba, soplando los jabonosos restos del líquido de hacer pompas, diluido en agua grasienta del Támesis, sobre los primeros usuarios de los trenes de cercanías de la mañana.

*mardi, le 4 novembre*

Bolsos pequeños, ¡bah! Ya pueden las revistas cantar loas a este o aquel bolsito de moda. Considerando lo que normalmente suelo llevar cuando salgo de casa, a saber:

tijeras de bolsillo (muerte a las hilachas)

bolígrafo (tengo buena memoria, pero no tan buena)

teléfono (para llamar a la agencia al llegar y al marcharme)

condones (de poliuretano y de látex, porque hay alérgicos)

cuchara

frasco de lubricante

brillo de labios (volver a aplicar la barra de labios después de una mamada es demasiado complicado)

maquillaje compacto y máscara de pestañas

envase pequeño de perfume (cualquiera con un punto cítrico es agradable)

pañuelos de papel

bragas y medias de recambio

llaves, tarjetas de crédito y otros detritus

y, a veces, pinzas para pezones, mordaza de bola y látigo de goma de varias colas,

un bolso grande es imprescindible. Meter todo eso en una baguette de Fendi sería una hazaña de magia negra que ni el Gran Houdini podría dominar.

*mercredi, le 5 novembre*

Me han recordado una frase que había olvidado que existiera, «hacer la carrera».

¡Hacer la carrera! ¡Qué concepto tan curioso! Imagino un mafioso en Las Vegas arreglando un resultado en un hipódromo, o una joven estudiante con mucha prisa por superar uno tras otro sus exámenes, o una dominatrix organizando un concurso de velocidad entre sus esclavos.

*jeudi, le 6 novembre*

Mis padres son buena gente. No soy imparcial, lo sé, pero es la verdad. Aunque hace años que me marché de casa, sigo hablando casi a diario con uno de ellos o con los dos.

Oficialmente, no saben a qué me dedico. Saben que es algo relacionado con el sexo, pero nada más. Conociendo a mi madre y su sensibilidad de clase media, probablemente les dirá a sus amigas que soy agente comercial de alguna empresa de ropa interior erótica o algo así.

Así que, aunque oficialmente no saben nada, sospecho que extraoficialmente sí lo saben. O al menos se lo imaginan. No son tontos.

Llamé a casa sin ningún motivo en especial.

—Hola, cielo —dijo mi padre—. ¿Todavía pateándote la ciudad? ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja! —gemí yo sin ganas—. ¿Está mamá?

Gruñó y le pasó el teléfono.

—¿Cuándo vienes? —me preguntó ella. Ni hola. Ni qué tal estás. Desde épocas antediluvianas, nadie de mi familia se preocupa por las formalidades que impone la cortesía. Directos al grano, así son ellos.

—¿Un par de semanas, te parece?

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

Me aclaré la garganta, tosí. No recordaba lo último que le había dicho. ¿Estaba buscando empleo o preparando un proyecto de investigación? ¿Pensando en algún programa de doctorado o solicitando una beca?

—No está mal. Me han salido algunas cosas, pero todavía ninguna entrevista.

En realidad, no todo era mentira. Había tenido una entrevista de trabajo.

Pero no os entusiasmeis. No era de verdad. Me indicaron que me reuniera con un cliente en un hotel y me enviaron un e-mail con sus exigencias específicas para mi técnica durante la entrevista. Su demanda era una secretaria tímida y casi virginal, incapaz de oponer resistencia a sus dotes persuasivas. Obviamente, exigía las más altas cualificaciones (aunque no académicas).

Terminamos pronto y salí del personaje. En su cuarto de baño encontré una crema con perfume de lima y me puse a masajearle los hombros, que tenía tensos.

—¿Te parecen raras mis fantasías? —me preguntó.

—¿Raras?

—¿Las consideras denigrantes para las mujeres?

Escogí cuidadosamente las palabras.

—Creo que éste es el cauce adecuado para expresarlas.

Estuvimos charlando un rato. Curiosamente, sus antecedentes eran similares a los míos: su madre era del mismo sitio que mi padre, y viceversa. La conversación derivó hacia lugares, actitudes, comidas y deportes. Mientras hablábamos, me invadió veloz e intensamente la nostalgia, y de pronto me sorprendí anhelando las fiestas navideñas.

Mi madre pareció darse por satisfecha con mi respuesta evasiva a su pregunta.

—Avísame cuando vayas a venir, ¿vale? Y si vienes acompañada, dímelo. Para que prepare las habitaciones.

—Te avisaré —mentí. Fijar una fecha habría sido inútil, porque inevitablemente se le olvidaría. Cada vez que vuelvo a casa, con las maletas en la mano, puedo estar segura de que ella exclamará: «¡Ah! ¿Entonces era hoy cuando venías? ¡Creía que era mañana!».

Le pasó el teléfono a mi padre.

—¡Saluda de mi parte a ese chico tuyo tan simpático, el de las gafas! —gorjeó.

Se refería a un chico llamado A4, un adorable jovencito muy inteligente, que siempre sonreía. Mi padre sigue diciéndome de vez en cuando que espera que nos casemos. No sé si será un signo de senilidad o un intento descaminado de hacer de casamentero. Lo de A4 fue tres relaciones atrás, pero seguimos siendo amigos. Suspiré, les deseé un buen fin de semana y colgué.

*dimanche, le 9 novembre*

La prostitución no es mi primera incursión en el sector del sexo. No es que pretenda equiparar el trabajo detrás de una decorativa vitrina de consoladores con la práctica del sexo húmedo y en vivo. No soporto las altaneras críticas de las dependientas de sex-shop, que ni siquiera tienen que limpiar las cabinas donde los clientes se hacen las pajas. Inventariar pollas de goma está muy bien, pero no es la posición más indicada para censurar a las *strippers*, las actrices porno y las prostitutas por no contribuir al bienestar del gremio.

En fin. Quizá mi curioso currículum haya conducido a mi trabajo actual. El siguiente es un resumen sintético:

- De estudiante, siempre andaba corta de dinero.
- Alguien me sugirió actuar en un club. Cuando digo «alguien», me refiero a A1, mi novio de entonces. Cuando digo «me sugirió», quiero decir «había salido con una *stripper* y me llevaba a los antros con sus amigos, lo cual me gustaba bastante».
- El trabajo no era terriblemente difícil. Las chicas me intimidaban.
- No podía controlar la risa cuando los clientes me hablaban entre número y número. ¿A quién puede interesarle analizar las sutilezas de la tragedia griega con una chica en sujetador transparente?
- Rectifico. Me doy cuenta de que puede interesarle a muchos. Televisión pública: tomen nota.
- Pero era un arreglo provisional y me daba pánico que entrara un profesor en el local. Lo dejé.

Después, un par de años más tarde:

- Estaba en una fiesta medio como de brujas, con una compañera de piso.
- Yo iba de negro y con un látigo (de mi pertenencia). Mi compañera de piso iba de Miss Mundo, lo cual no viene al caso, pero es interesante.
- Una mujer se nos acercó y me habló un momento; tenía adonde ir y toda la parafernalia.
- Podía ganar mucho más que actuando en el club; logré controlar el impulso de reír.
- Lo dejé cuando conseguí un trabajo «legal» en una librería, los fines de semana. Ganaba menos, pero podía leer gratis un montón de libros.
- En retrospectiva, no fue una decisión sensata.

Pero ya está bien de recordar. Hoy es mi cumpleaños y pienso celebrarlo a lo grande.

*lundi, le 10 novembre*

Ayer, a las nueve de la noche, mientras nos arreglábamos para salir a celebrar mi cumpleaños (depilando todo lo depilable, cepillando todo lo cepillable y frotando todo lo frotable), el Chico y yo hicimos un test sobre sexo de una de esas revistas femeninas de papel cuché.

Así es, soy una puta con novio. Un novio que sabe a qué me dedico. Salimos juntos desde hace un año. Pero él no vive en la ciudad.

Sí, es causa de fricción. Hum, fricción. No siempre es mala; especialmente en la cama. A él no le gusta mi trabajo, pero también tiene algunos hábitos sociales abominables, como echar ron en las copas de los demás cuando no están mirando o votar a los conservadores.

Él se estaba abotonando una camisa azul oscuro, regalo de su madre. Sentada al tocador, con las piernas cruzadas, yo leía las preguntas con mi voz más impertinente. «¿A qué hora es más probable que se excite un hombre? A. Por la mañana; B. A mediodía; C. Por la noche».

Él arqueó una ceja, mirando su imagen en el espejo.

—¿No hay una opción «D. Todo el tiempo»?

22.00 horas. Nos encontramos con A2 (uno de mis ex), A4 (el chico inteligente) y otros amigos en el Blue Posts y nos adueñamos de los grandes sillones de cuero junto al fuego. Me dispongo a llenar de alcohol el mayor porcentaje posible de mi capacidad estomacal.

00.00 horas. Un club cercano, creo. Todo se vuelve un poco borroso. Múltiples copas ingeridas, todas ellas con aguardiente, lo cual es malo. Pierdo un par de guantes.

02.00 horas. Envalentonada por mis recientes prácticas en un gimnasio, aseguro que tengo fuerza suficiente para levantar al Chico en brazos. Me tambaleé sobre los tacones y nos caímos los dos de culo. Si no hubiese ido tan ciega, me habría sentido una auténtica gilipollas.

03.00 horas. Oxford Street. Todos marchando y cantando al unísono *Seven Nation Army*. Nadie recordaba la letra, excepto la parte que habla de Wichita. A los pocos invitados que aún no se habían ido a coger el autobús los fuimos perdiendo por el camino.

Poco después, un taxi. Unos veinte minutos más tarde, nos derrumbamos en las inmediaciones de mi cama.

09.00 horas. Me levanto para ir al váter. Cuando vuelvo, el Chico está de pie junto a la puerta. «Cierra los ojos», me dice. Los cierro. Me pasa un brazo bajo mis brazos y otro bajo las rodillas y me lleva a la cama. Suavemente, me deposita. Siento la suavidad del vellón bajo la espalda y los dedos de los pies. «Ábrelos», me dice, y veo que ha cubierto mi cama con una manta blanca de suave piel de cordero, idéntica a la que tiene en su cama. «Feliz cumpleaños», susurro, y hacemos el amor tres veces.

Un feliz cumpleaños, en efecto.



*mardi, le 11 novembre*

¡Vaya con el apacible paréntesis para descansar! Cuando me despierto por la mañana, no encuentro más que mensajes y llamadas perdidas de la agencia.

Los beneficios de tomarse unos días libres, aparte de ponerse al día con la colada, son mayormente espirituales. Pero también se aprenden algunas cosas prosaicas. Como que es agradable dejar que el vello crezca un poco, para después hacerse una buena depilación a la cera. También recuerdas que el vello estaba ahí para algo. Para lubricar. De verdad.

Por desgracia, los clientes no lo sabrán nunca.

*miércoles, 12 noviembre*

Había llamado la jefa.

—Querida, hay un hombre encantadorrr al que le gustan tus fotos. ¿Estás libre?

—Me temo que no —digo yo, con la esperanza de que el Chico no lo oiga.

—Pero es encantadorrr.

—Lo siento, no.

Unos meses después del encuentro con la mujer madura y su amigo, localicé en Internet lo que me pareció una agencia pequeña y discreta. Gracias al milagro de la información interconectada por la tecnología, no hay una sola web que esté a más de tres clics de distancia de un servicio de chicas de compañía, de verdad. Ésta tenía un diseño modesto en comparación con otras, pero las chicas eran guapas, y sus descripciones eran simples y directas. Casi todas tenían una pinta muy normal: ni escalofriantes cibermujeres, ni horrorosas espontáneas de las que se exhiben en las webcams. Sólo chicas razonablemente normales, pero claro, desnudas y subidas a la valla de un jardín. Después de mandar un e-mail y enviar mis fotos, finalmente llamé para quedar con la jefa en el restaurante de un hotel del centro de Londres. Por la voz, me pareció muy joven, con un fuerte acento de Europa del Este. ¿Polonia, quizá? ¿Debía preguntar?

—¿Cómo te reconoceré? —le pregunté—. ¿Cómo eres?

—Cuando era más joven, todos me decían que me parecía a Brooke Shields —respondió.

—Ah, entonces debes de ser muy guapa.

—No, soy vieja y decrepita. Ahora dicen que me parezco a Daryl Hannah.

Colgué el teléfono sintiéndome desleal. Después de todo, mi relación con el Chico era bastante reciente en ese momento, y ahí estaba yo, quedando con una madame para trabajar de prostituta. ¿Le importaría a él? Menuda idiotez de pregunta. Pasé revista mentalmente a los posibles desenlaces:

- Me abandona al instante y se lo cuenta a sus amigos.
- Me abandona al instante y se siente demasiado abochornado para contárselo a sus amigos.
- No me abandona, pero se vuelve raro y desequilibrado como secuela de salir con una puta.
- No me abandona, pero se vuelve raro porque en el fondo le gusta la idea.
- Se ofrece para colaborar, sin cobrar.
- Se ofrece para colaborar y gana más dinero que yo.
- Le parece bien y todo sigue tal como estaba.

Los tres primeros me parecieron bastante probables, mientras que los cuatro últimos variaban en índice de probabilidad entre «ni de coña» y «ni de puta coña».

Podría haberme echado atrás en cualquier momento antes de conocer a la jefa, por supuesto, pero no lo hice. Pasaron varios días entre el primer contacto por correo electrónico y la entrevista.

Salí y me aprovisioné de potingues de belleza. El día de la cita, se me fue toda la mañana en preparativos, lo cual me supuso una cantidad nada despreciable de rizado de pestañas, alisamiento de pelo y taquicardia indumentaria. ¿Sexy, sin llegar a zorrón? Entonces, el top negro de seda. ¿Joven pero seria? Una chaqueta bien cortada. Tanto canalillo interpectoral como me fuera posible enseñar. Botas, desde luego. Después de todo, era otoño en Londres. Mis uñas, una pesadilla acrílica, pero no tenía tiempo para hacer nada al respecto. Tengo la horrible costumbre de mordisquearme las cutículas, lo cual manda al garete todos los esfuerzos de las manicuras.

De camino al lugar de la cita, pasé junto al cartel de una película y me convencí de que tenía cierto parecido con Catherine Zeta-Jones.

Ya. Ahora cuéntame otra.

Llegué pronto y fui al lavabo. El maquillaje ya se me estaba quitando de algunos sitios y se me estaba endureciendo en otros. Abrí el grifo del agua fría, me salpiqué unas gotas de agua en la cara, me di unos golpecitos y volví a aplicarme el brillo de labios. Mejor. Difícilmente podría haber sospechado que aquel miniritual iba a convertirse en el tema central de mi experiencia en los lavabos. Asomando la cabeza al restaurante, pude ver que estaba desierto a la hora del almuerzo, en día laborable. La única camarera, una asiática con cara de aburrída, daba vueltas alrededor de los tuestos de plantas artificiales. Yo tampoco hubiese querido estar ahí.

Llamó la jefa y me pidió que me sentara a una mesa junto a la ventana. ¿Sería que quería espíarme y salir corriendo si no respondía a sus expectativas? ¿Me estaría tendiendo una elaborada encerrona, algún tipo de estafa? Lo más probable era que sólo se estaba asegurando. Pedí un café y esperé.

Llegó, y era tal como se había descrito. Pelo largo y rubio. Cara caballuna. Vestido ceñido y rompedoras botas de brocado, a juego con el bolso. En comparación, mis carísimos borcegués color chocolate parecían sosos. «Hola, querida». Besos en el aire.

Tuvo que responder a varias llamadas durante el almuerzo, y así me enteré de que hablaba alemán y árabe con fluidez. En tono dominante. Jo, debía de enloquecer a los tíos. Me preguntó por mi experiencia. Le respondí que algo de disciplina y unos numeritos en un club, pero sin sexo con los clientes, y que de eso hacía siglos. Asintió con la cabeza. Me preguntó si tenía pareja, le dije que sí. Me dijo que ella también, y que su novio no sabía cómo se ganaba la vida. Me pareció increíble: su teléfono ya había sonado tres veces.

Pidió una infusión. Yo tomé otro café. Pude sentir todo el peso de su mirada cuando eché una cucharadita de azúcar en la taza. ¿Hambre o desaprobación? No estaba segura.

—Ahora tenemos que hablar de los serrrvicios —dijo, pronunciando la palabra como si tuviera más consonantes de lo normal—. ¿Sabes algo de griego?

De hecho, sí, había estudiado un poco, pero de eso hacía muchos años. ¡Quién hubiese imaginado que los estudios de clásicas iban a servirme para conseguir el trabajo! Quizá los clientes eran más cultos de lo que yo pensaba.

—¿Griego?

—Ya me entiendes. —Bajó la voz hasta volverla un susurro—. Anal.

Estoy prácticamente segura de que la camarera no necesitaba venir a rellenarme la taza de café

justamente en ese momento. ¿No habría otras aceiteras decorativas que pudiera arreglar en cualquier otro sitio?

—¡Ah, ya! Sí, puedo hacerlo. Siempre que no haya cenado curry la noche anterior.  
Reímos.

La jefa dijo que necesitaba fotos más recientes para su catálogo. Las que yo le había mandado no servían, porque tenían de todo menos glamour. En todas aparecía yo en algún antro nocturno, en diferentes fases de embriaguez, y en una de ellas se distinguía algo sospechosamente parecido a un vómito en la delantera de mi vestido negro de seda. ¡Qué clase, la suya! Más besos en el aire y se marchó, endosándome la cuenta. Por fortuna, ella tenía la misma actitud que yo ante la comida: admiración a distancia, por lo que el gasto no fue excesivo.

*dimanche, le 16 novembre*

Empaqueté al Chico en su coche y le hice adiós con la mano hasta que llegó al final de la calle. Antes de que hubiese podido llegar a la autopista, ya me había mandado un mensaje de texto con un beso.

Hace casi un año que empecé con este trabajo, y todavía sigue conmigo. No fue precisamente fácil al principio, sobre todo cuando tuve que decírselo.

El Chico había venido a Londres por una entrevista de trabajo. Yo no tenía muy claro cómo sacar el tema de mi nuevo empleo. ¿Con mucho tacto y suavizando las aristas de la verdad si fuera necesario? «Quiero que sepas, amor, que me estoy acostando con otros hombres por dinero, pero lo hago completamente vestida y ellos se corren en papel de aluminio en la habitación contigua. Todas las veces. ¿Te he dicho ya que te quiero?». O quizá fuera preferible soltarlo directamente y ver qué pasaba. «Querido mío, soy puta. ¿O no te habías fijado que siempre voy como un arbolito de Navidad?».

Estuvo charlando sobre su familia y su trabajo durante los bocadillos, el café y el paseo hasta la pastelería. Sobre un trozo de baklava, finalmente se lo solté. No dijo nada; sólo frunció los labios y asintió. Pero no se opuso directamente. Hice una inspiración profunda.

—Claro que, si alguna vez quieres que lo deje, lo haré.

Tampoco dijo nada. Salimos de la pastelería y anduvimos al sol. Las hojas muertas se arremolinaban en las aceras; crujiendo bajo nuestros pies, olían a tierra y a polvo. Mis pasos se sincronizaron con los suyos; como hacemos jogging juntos, estamos acostumbrados a ajustar la longitud de las zancadas. Me pasó un brazo por los hombros; empezó a hablar, pero tartamudeaba. Lo intentó de nuevo.

—Te sorprenderías. Lo he estado pensando y me parece bien.

Le di un beso. Caminamos juntos hasta la biblioteca Británica, para ver el Evangelionario de Lindisfarne. El Chico me dijo que eran pasajes de la Biblia, escritos en estilo gótico sobre piel de carnero. Yo no estoy muy al corriente de las sutilezas del cristianismo, pero sospecho que no es corriente publicar las Sagradas Escrituras sobre productos de matadero. La pura artesanía del asunto me pareció atractiva. En las salas tenuemente iluminadas de la exposición, el oro y el pergamino pintado parecían relucir con intensidad animal. Las muertes brutales de santos y las vírgenes devoradas son temas recurrentes en las artes europeas de aquella época. El Chico me contó su viaje a la isla de Lindisfarne, donde casi se metió en el mar sin salir del coche. Me eché a reír, y el ruido punzante de la risa desgarró el silencio reverente. Volvimos a casa, vimos la tele, preparamos juntos la cena y jugamos al león que ataca a la doncella gótica en una gran cama blanca. (El león era él).

*lundi, le 17 novembre*

Cliente:

—¿Y por qué te dedicas a esto?

Yo:

—No estoy segura de tener una respuesta.

—Por lo menos tiene que haber algo que te digas a ti misma.

—No sé, quizá soy el tipo de persona que hace las cosas solamente porque no ve ninguna razón para no hacerlas.

—Así que si alguien te dijera que te tirarás de un puente...

—Depende del puente. Depende de lo que me pagaran. ¿Por qué?

—Oh, por nada. ¿Me la chupas ahora?

*mardi, le 18 novembre*

Una de mis fantasías más potentes consiste en que el Chico me folla con el puño. No es porque lo haya hecho, sino porque no lo ha hecho nunca. Y lo cierto es que tiene las manos más preciosas que he visto en cualquier persona, hombre o mujer. Manos de artista, le digo, cuando despliega la ancha zarpa para que la admire. Se infiltran bajo mi ropa cuando estamos en público; rara vez me siento a salvo de sus incursiones. Pero no me importa. Quiero sentirme plantada en el extremo de su brazo, ser una extensión suya, bajo su control.

Pese al ejercicio erótico regular, he resultado ser un tanto estrecha para el puño del Chico. Los manuales dicen que con el tiempo todo se consigue, pero, admitámoslo, soy una chica ocupada, y pasarme horas dejándolo practicar con los dedos engrasados en mis partes mullidas es la antítesis del romanticismo. Ya sé que últimamente todas las mujeres de las revistas parecen conseguirlo sin problemas. Hace tiempo, cuando las revistas normales presentaban el sexo oral como el colmo de la depravación, las más bestias no mostraban más que sexo anal. Ahora que el sexo anal prácticamente se puede difundir en horario infantil, el truco del puño está a la orden del día para los auténticos viciosos. Tanto es así que incluso me estoy preguntando si no debería adelantarme y pasar directamente al puño anal. Pero las señoras capaces de semejantes proezas probablemente tienen el umbral del dolor mucho más alto que yo, o bien son descendientes de un túnel ferroviario. Mi experiencia personal con la práctica de fornicar con el puño se puede desglosar como sigue:

Primero, un novio adolescente. Él lo deseaba, yo lo deseaba. Él tenía manos estrechas, yo estaba chorreando. Jóvenes, ingenuos e imposibilitados de disponer de más de veinte minutos de intimidad en cualquiera de nuestras casas, salimos de la ciudad y nos fuimos a pasar un fin de semana guarro en un hotel. Casi no habíamos entrado aún en la habitación, cuando yo ya estaba atravesada en la cama, con él virilmente concentrado en el avance de sus dedos en mi interior. Entonces, sus uñas toparon con el cuello de mi útero: ¡ay! Seguimos fantaseando, pero no volvimos a intentarlo.

Segundo, N. Fue hace años, cuando salíamos juntos. Él quería, yo dudaba. Había pasado mucho tiempo desde los arañazos adolescentes, pero todavía recordaba el lacerante dolor. Aun así, N tenía experiencia y conocía la curvatura de dedos y el giro de muñeca necesarios para ahorrar a la mujer una involuntaria histerectomía. Por desgracia, N tiene unas manos que me abarcan toda la cintura. Su novia anterior había podido varias veces con su puño, a menudo mientras le daban por detrás. Pero hay que decir que medía un metro ochenta y pesaba el doble que yo. Lo intentamos muchas veces, pero nunca lo conseguimos. Practiqué con todo tipo de instrumentos ensanchadores: hortalizas, consoladores, una linterna enorme. Pero no hubo manera.

Tercero, mi mano entra donde ninguna otra mano ha entrado antes. A saber, en el coño de una mujer que mientras tanto hablaba por teléfono con su novio en Italia. Él me había pagado para que la hiciera correrse todas las veces que pudiéramos en una hora. Ese día descubro que es necesario deshacer el vacío interno para volver a sacar el puño, a menos que a la persona en cuestión le vaya

la succión. Y no me refiero precisamente a la que practica Jenna Jameson. ¡Puaj!

Cuarto, una noche, con un cliente. Descubro que si bien una mano ajena puede estar fuera de mi alcance (por así decirlo), la mía es estrecha y suficientemente pequeña para entrar. Contorsionismo extravagante, pero aun así eficaz. Por fin, un ajuste perfecto. Sólo entonces me doy cuenta de que el verdadero arte de follar con el puño no está en meterlo, sino en sacarlo.

Cuando llegué a casa, llamé al Chico para contárselo. No le dije que había sido con un cliente.

—¿Puedes hacerlo ahora? —me dijo por teléfono.

—Probablemente —repliqué. En pijama, en la cama. Debajo del edredón—. Pero ya me iba a dormir.

—Oh.

Se hizo un silencio.

—¿No podrías describírmelo al menos? —me pidió; claro que podía—. ¿Y enseñármelo la próxima vez que nos veamos?

Claro que sí, amor, lo que tú digas. No me canso de ti. Ven a verme, ven a sacarme de aquí.

Me desperté y vi que tenía un mensaje suyo sin leer: «Lo mejor de la vida sigue siendo gratis. Lo que más echo de menos son tus mimos».



*miércoles, le 19 novembre*

Me agaché entre las piernas del tío. El interior de sus muslos era suave, y le recorrí la piel con la yema de los dedos.

—¿Cómo han ido las vacaciones?

—Bien, bien. Japón es un lugar interesante. ¿Has estado alguna vez? —me preguntó, recostándose en la cama.

—No.

Cogí en la mano su polla, que ya se estaba endureciendo, y tiré suavemente del prepucio. Se puso tiesa y se alargó sobre la palma de mi mano.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer cuando vas? —le pregunté.

—Son gente rara. Tienen unos sitios... —replicó, haciendo una breve pausa cuando me puse el miembro entre los labios—... que simulan un vagón de metro abarrotado de gente, donde los cuerpos se frotan unos contra otros...

Se salió de mi boca, y yo empecé a bombearle la verga con el puño.

—Siempre he tenido una fantasía parecida —dije—. Un pub de estudiantes lleno hasta los topes; llevo falda corta, me inclino sobre la barra para pedir una copa, alguien viene por detrás. No hay espacio para moverse, por lo que no sólo no puedo marcharme, sino que nadie se da cuenta de lo que está pasando.

—Hum. Suena bien.

—¿Me prometes algo? —le pedí—. Si alguna vez después de esto me ves en un bar, ¿vendrás y lo harás?

—Tienes mi palabra —respondió, orientando otra vez su erección hacia mi boca.

*vendredi, le 21 novembre*

El Chico estaba en la ciudad, de modo que no atendía a ningún cliente. Fuimos al gimnasio, supuestamente para lucirme ante él, pero mayormente para que él pudiera presumir delante de los demás.

La primera parada fue el aparato de remo. Detesto el aparato de remo. Lo odio, lo aborrezco. Es la bicicleta del diablo. Es mi némesis y quiere verme muerta. Sin embargo, no me importa sentarme al lado del Chico y ver cómo subyuga a la bestia metálica hasta su mecánica sumisión. A los cinco minutos, le aparecieron gotas de sudor en la nuca. A los diez, los ondulados ríos que corrían por sus brazos distraían mi atención. Una gloriosa media hora después, me moría por darle un repaso.

Jadeando como correspondía, nos dirigimos a los bancos de levantar pesas, el de hacer ejercicios boca arriba (que no pude) y el de hacerlos boca abajo (que sí pude). Baste decir que no soy digna ni de llevarle la toalla al Chico.

Como guinda, lo animé a hacer unas cuantas flexiones, cuatro series de seis, a pecho descubierto, procurando humillar convenientemente incluso a los mariposones de gimnasio de cuello musculoso. ¡Temblad ante sus viriles feromonas, narcisos de cuadrículado abdomen!

Para reafirmar nuestro control, hicimos algo en lo que yo soy buena: estiramientos. Puede que suene a tópico, pero siempre he conseguido ponerme las piernas detrás de las orejas. Tras la larga sesión de retorcer los tendones de las corvas, fragantes de sudor y lascivia como sólo pueden estarlo quienes se aman a distancia, no pudimos pasar del aparcamiento.

En realidad, nosotros sí pasamos. Pero nuestra ropa no. Y nuestra dignidad tampoco llegó muy lejos.

¡Ah, amores juveniles!

*samedi, le 22 novembre*

Aunque la jefa y yo hablamos de muchos servicios en nuestra primera reunión, hubo uno que ninguna de las dos mencionó. Oral. Pero allí, en la web, a la vista de todos, aparezco anunciada como OS: «Oral Sin». Es decir, sin condón.

A decir verdad, si me lo hubiese preguntado, le habría dicho que sí. Lo he hecho con preservativo en el pasado y sé que mis labios reaccionan mal al látex y al espermicida, con hinchazón y hormigueo. Como en cualquiera de las otras prácticas sexuales, hay ciertos riesgos, pero nada en comparación con la mayoría de las cosas. No lo haría si tuviera un herpes, por ejemplo. O si dudara particularmente de la persistencia de mi pintalabios.

Pero soy una tragadora y siempre lo he sido. Una vez ahí dentro, no sabrá mejor porque lo escupas, y para ser sincera, no sabe peor que una mujer. Una chica que iba conmigo al instituto comparó una vez el sabor del semen con el de «una ostra sobre una moneda de dos peniques». Como no he probado ninguna de las dos, no sabría decirlo, pero probablemente no fuera muy descaminada.

*dimanche, le 23 novembre*

Anoche iba caminando por el final de Fulham High Street, en busca de un taxi. En la esquina hay una librería, pero no una de esas espantosas donde se acumulan los saldos de Michael Moore en pilas interminables y donde sirven café espresso, sino una de esas maravillosamente extrañas: una de esas librerías donde el propietario se sabe de memoria tus gustos, recuerda las compras que has hecho anteriormente y te hace recomendaciones acertadas aunque haga años que no te dejas caer por allí. El hombre parece vivir en el local y posee una colección de atuendos idénticos, o bien uno solo que no se cambia nunca. Porque el dueño de una librería así siempre es un hombre, siempre.

Por desgracia, estaba cerrada. O quizá por suerte. Llevaba encima un buen fajo de billetes, disponía de tiempo, y soy notoriamente incapaz de resistirme a los libreros mohosos. De estudiante, calculé que gastaba más por trimestre en libros (y no precisamente en libros de texto) que en comer. Pero el local estaba cerrado y oscuro. Junto a la puerta, del lado de fuera, había una sencilla estantería blanca con unos pocos libros en rústica. No sé si serían donativos al público o del público. Como soy curiosa, me puse a mirar los títulos. Fue así como encontré una de las mejores cosas que he leído en la cubierta de un libro: «Una chica puede llegar a donde quiera si confía en sí misma y posee un abrigo de visión».

¡Claro que sí! ¡Cuánta razón y qué bonito! ¡Qué propio de Holly Golightly! Sin saber muy bien si los libros estaban a la venta o no, pero convencida de que aquella novela me estaba destinada, dudé por un momento y al final dejé caer una moneda de una libra por la trampilla del correo.

(Es un buen momento para aclarar que en realidad no poseo ningún abrigo de visión. Tengo un reloj bastante bueno, que según creo es el artículo de lujo más políticamente correcto que se pueda tener. No quisiera que se me acusara de torturar animales ni de financiar industrias dudosas en los países en vías de desarrollo. La posible explotación de artesanos suizos no constituye un lastre para mi alma inmortal).

El libro, en caso de que os interese, es *La rebelde* de John P. Marquand, el de las novelas de Mr. Moto. Es la más exquisita bazofia. Imaginaos a Mickey Spillane encontrándose con Françoise Sagan en Saks Fifth Avenue. En 1946. Las novelas de sexo y compras compulsivas que últimamente se han puesto de moda no tienen nada que hacer a su lado.

*lundi, le 24 novembre*

¿No es como si la Navidad empezara cada vez más pronto? Creo que ya la semana pasada vi a alguien colgando lucecitas intermitentes, y juro que mi vecina de al lado tiene guirnaldas rojas en la ventana desde el mes de julio. No todos están por la labor y, aunque todavía falta un mes, yo ya estoy harta. Claro que, al no ser cristiana, mi nivel de tolerancia es bastante bajo.

Molestias propias de las «fiestas»:

- Que te pidan que te pongas lencería roja con bordes de piel, lo cual confirma que sólo a los hombres les parece buena la idea de la Navidad, y también que debieron de tener unas infancias muy extrañas, para que Papá Noel los ponga a cien. En cierto modo, es un alivio saber que se trata de una perversión por la que hay que pagar.
- Llamar «*christmas*» a las tarjetas de Navidad. No lo soporto.
- El zumbido de los cristianos más fervientes, rogándonos que recordemos «el verdadero sentido de esta celebración». Se refieren a la santa aparición de Nuestro Señor Harvey Nichols y sus grandes almacenes, ¿no?
- La gente para la que no es posible encontrar regalos. A esta categoría pertenece A3, cuyo único gasto extra en todo el año es el abono para los partidos del Manchester United. ¿Qué comprarle al hombre que cree tenerlo todo? Llamo a A4, que me sugiere un par de calcetines.
- Los clientes que me preguntan qué voy a hacer durante las fiestas, simplemente porque no acabo de decidir cuál debería ser mi respuesta: ¿una mentira llena de glamour (tomar las uvas con Donovan Leitch) o la prosaica realidad (poner rumbo al norte para encender la menorá familiar)?

Pero las fiestas son fantásticas porque:

- No sé si por derecho divino o por alguna ley no escrita, el país entero decide escaquearse del trabajo. Como resultado, nadie espera que las comunicaciones funcionen.
- El olor de los pasteles navideños de frutas y especias. Las complicadas y apasionadas discusiones sobre pasteles navideños. Los desplazamientos motivados principalmente por la necesidad de adquirir pasteles navideños. Renunciar a las comidas para consumir pasteles navideños.
- La angustia de fin de año supone para mí un pico de trabajo. Me siento como la buena samaritana del sexo.
- La oportunidad de ver a los que conoces y quieres. La oportunidad de ver a los que conoces y quieres, borrachos.

Este año, de verdad que me harían ilusión los regalos horribles de las tías deprimidas. ¡Por favor, quiero calcetines de lana y pañuelos bordados!

*mardi, le 25 novembre*

Tenía dos clientes con una hora de diferencia, a pocas calles de distancia. Llovía con fuerza y hacía demasiado viento para cualquier cosa que no fuera buscar refugio entre uno y otro. Así pues, cuando encontré un pub convenientemente situado en Southwark, entré para tomar una copa.

Me acerqué a la barra y pedí un ron doble con soda. No es frecuente ver a una rubia con tacones de aguja entrando en un pub de barrio en un día entre semana, pero yo estoy acostumbrada a entrar en los locales en momentos de desértica desolación. La pantalla grande, precariamente instalada sobre la chimenea (con fuego auténtico), mostraba un partido de fútbol. Todos estaban mirando, así que yo también me puse a mirar.

Aparte de la sesentona que atendía la barra, yo era la única mujer en la sala. Pero las miradas que recibí no fueron desdeñosas ni salaces. Todos hicieron una pausa, repararon en mí, y volvieron a sus bebidas y al fútbol. Obviamente, era un partido importante.

Terminó en empate. Varios hombres vinieron a la barra desde la mesa del fondo, para pedir más cerveza. Uno de ellos se situó junto a mi asiento, mientras esperaba la suya.

—Cuando te hemos visto entrar, pensamos que igual eras la mascota.

—¿Ah, sí? —dije yo, sin entender muy bien.

—Pero da igual. El Celtic sigue siendo líder de grupo.

—Me alegro. De todos modos, he hecho lo que he podido.

Riendo, volvió a su rincón. Entonces me di cuenta de que mi gorro, que me había dejado puesto durante todo el partido, era de rayas verdes y blancas. Menuda mascota. Vacié el vaso y salí para la cita siguiente.

*mercredi, le 26 novembre*

Es una cuestión de salud pública, lo sé.

Comprendo perfectamente esas inquietudes. El trabajo que hago, la cantidad de gente con la que entro en contacto. La vida en una ciudad que recibe enfermedades de todo el mundo. Y la época del año: la temporada festiva, cuando la gente sale a celebrar, a derrochar dinero y a hacer cosas que normalmente no haría, porque después de todo, qué diantre, termina un año más y merecen una recompensa. Después, a la mañana siguiente, se despiertan sin recordar muy bien lo que bebieron ni con quién estuvieron. Y aunque lo recuerden, en el momento nunca se sabe quién lo tiene y quién no.

Soy un vector de enfermedad. Nadie está a salvo, claro que no, pero algunos corremos más riesgo que otros, incluso con las medidas preventivas disponibles actualmente: los ambulatorios gratuitos, las vacunas, las campañas de sensibilización.

Y para mí es importante. Las prostitutas no tenemos baja remunerada por enfermedad. ¡Y no quiera Dios que acabes en un hospital!

Por eso quiero liberaros de esa preocupación. Quiero que lo sepáis.

Me he vacunado contra la gripe.



*jeudi, le 27 novembre*

Un mensaje de texto del Chico, ayer, a última hora de la noche: «Nos invitaron a beber gratis después del trabajo. Estoy en la copa de un árbol».

Hace frío. Espero que sus partes viriles en rápido encogimiento lleguen a salvo a casa y vuelvan a calentarse pronto.

Nos conocimos el día de su cumpleaños, hace más o menos un año. Él estaba arrasando en la pista de baile de un club nocturno, casi literalmente. Los gorilas de seguridad se pusieron en guardia nada más verlos entrar por la puerta a él y a sus amigos igualmente cachas. No fueron los únicos. Yo no podía quitarle la vista de encima a ese hombre que se movía como el agua y agitaba las extremidades como si sólo nominalmente las llevara unidas al cuerpo.

En la pista abarrotada se hizo un amplio círculo alrededor del grupo. Ellos se turnaban para darse empujones, riendo como niños pequeños. A él le brillaban los ojos, probablemente por el alcohol. Su pelo rizado y sus pecas resaltaban en una sala de pálidos farsantes. Le exigí a un amigo común que nos presentara. El club era demasiado ruidoso; él bajó los ojos para mirarme y me sonrió, pero no oyó nada de lo que le dijimos. Me quedé en la periferia y esperé. Cuando salió al vestíbulo para ponerse a la cola de los lavabos, lo seguí.

—Feliz cumpleaños —le dije.

—Gracias —sonrió él. No pareció reconocerme. Sin embargo, parecía bastante interesado en mirar por el escote de mi top. «Ya es algo», pensé.

Me puse de puntillas y lo besé. Pareció asombrado, pero no opuso resistencia. Tiré de la manga de su camisa, para arrastrarlo hasta la sala más pequeña y tranquila. Encontramos un sofá rojo de terciopelo con un extremo libre y nos acomodamos juntos.

—No puedes hacer esto —dijo.

—¿Por qué no?

—No me conoces de nada —replicó—. Cómo me llamo, dónde vivo. No sabes nada de mí.

—Quiero conocerte —dije, pasándole la mano bajo el brazo, lleno de músculos gruesos como sogas. Sus manos, apoyadas levemente en mi cintura, eran con toda probabilidad las más grandes y bonitas que había visto en un hombre.

Justo en ese momento, otra mujer (quizá no en el sentido biológico, aunque en la oscuridad era difícil asegurarlo) nos interrumpió.

—Me encantan tus botas, cielo —me dijo.

—Gracias.

Eran de cuero, me llegaban a las rodillas y tenían unos taconazos de aguja que daban vértigo. Me estaban derrengando, pero la ocasión lo merecía.

El Chico bajó la vista.

—Es cierto, están muy bien —terció, palpando el cuero justo por debajo de mis rodillas; yo me derretí—. Pero no creo que debamos volver con los demás. Podrías torcerte un tobillo bailando con eso.

—¿Te parece entonces que busquemos alguna otra cosa que hacer?

—Sí, yo creo que sí —respondió con una sonrisa, y estuvimos magreándonos un rato, hasta que lo sorprendí mirando mi reloj. Era la hora de que huyera Cenicienta.

—Vente a casa conmigo —me gruñó al oído, jugueteando con la cremallera de mi bota izquierda. Era el tipo de orden con la que sueña toda mujer. Irresistible.

—Tengo novio —dije.

Me pareció justo mencionarlo. El Chico dijo que no le importaba. Técnicamente, yo tenía una relación abierta, pero sabía que ese hombre no era material para una sola noche. Era mucho más interesante que eso; había demasiada energía chisporroteando a su alrededor.

—Verás —le dije—. Tienes que elegir entre tenerme una sola noche o volver a verme. ¿Cuál de las dos?

—No podría no volver a verte —respondió el Chico.

Me encogí de hombros, como diciendo «qué se le va a hacer».

—Zorra desvergonzada.

Pero estaba sonriendo, y se apuntó mi teléfono. Me acompañó hasta los gorilas de la puerta. Sus amigos seguían dentro. Hubo una pausa. Podría haberlo invitado otra vez si hubiese querido, pero también sabía, mientras franqueaba las puertas de cristal, que me estaba mirando mientras me iba.

Me fui a casa y les conté a mis compañeras de piso que estaba enamorada. El hecho de que además iba completamente ciega y trataba de mantener en equilibrio cuatro velas sobre una guirnalda de abeto que me había puesto en la cabeza era del todo incidental.

El Chico y yo quedamos esa misma semana para tomar una copa, pero no pasó nada. Me sentí incómoda, manteniendo la promesa de nuestro primer encuentro. Al principio, él lo intentó (una mirada demorada aquí, una mano perdida allá), pero pronto aprendió sus límites. Se comportó como un auténtico caballero. O quizá estaba esperando su oportunidad. Era evidente que la relación que yo tenía entonces no iba bien. Cuando lo dejé con aquel novio y me mudé a Londres, el Chico había encontrado un lugar donde vivir en Brighton. Vino en su coche y me ayudó a llevarlo todo a mi nuevo apartamento. Follamos por primera vez en el suelo, entre cajas, maletas y pilas de libros. Sobre un suelo antiguo de madera. Las rozaduras me duraron varias semanas.

*samedi, le 29 novembre*

He estado limpiando el estante de los potingues, tirando frascos con restos secos de esmalte de uñas y esponjitas saturadas de base de maquillaje. Al principio pensé que este trabajo iba a ser una solución pasajera, pero ya llevo meses y meses. Se ha vuelto casi rutinario, pero todavía recuerdo cuando no era así.

En los preliminares de mi primer servicio, me sentía como si estuviera a punto de salir a un escenario. Recuerdo que me puse una base fluida y otra cremosa; sombra, perfilador de ojos y máscara para las pestañas; perfilador y brillo de labios. Empecé pronto la preparación. Demasiado pronto. No tenía idea de cómo hacerlo, ni del tiempo que me iba a llevar.

Me duché y me sequé cuidadosamente en el baño de baldosas blancas, buscando pelos rebeldes que hubieran sobrevivido a la depilación con cera y el afeitado. Una rociada rápida de desodorante. Una gota de colonia en el canalillo y el interior de los codos. Bragas y sujetador de encaje blanco. Las medias. Me sequé el pelo. ¿Raya aquí o aquí? ¿Para qué lado peinármelo? ¿Levantado o suelto? ¿Con volumen o liso? Me alisé las puntas, para que no se curvaran con la humedad de la noche, pero dejé el resto tal como estaba. Pendientes pequeños de perlas.

Me pasé el vestido por la cabeza y empecé a maquillarme. Base, sin polvos. Un pañuelo de papel aplicado con suavidad, para eliminar el exceso. Sombra violeta, apenas una insinuación. Un toque de perfilador plateado en el extremo interior de los ojos. ¿Ojos felinos, sí o no? ¿De vampiresa o de jovencita? La mano me temblaba ligeramente. Abrí la máscara de pestañas, enjuagué el cepillo con un pañuelito de papel y lo dejé que se aireara un momento. Me apliqué una capa. Y después otra más.

Mis ojos en el espejo destacaban a un kilómetro del resto de mi cara. Me perfilé los labios, preguntándome cuánto tendría que usar y cuánto me dejaría en el cliente. Con la yema del dedo meñique, me apliqué un colorete líquido como pintalabios. Brillo. Más brillo. Recordé el consejo de la jefa: «A los hombres les encantan los labios brillantes». Supongo que no hace falta ser un genio para comprender la razón.

Un toque de gel en el pelo, para que no se me cayera sobre la frente o las mejillas, y una pinza para recogérmelo. Me puse los zapatos y me los abroché en los tobillos. De charol negro, con tacón de aguja y buena parte del arco del pie a la vista. Tacones increíblemente altos, pero en una ocasión corrí con ellos detrás de un autobús y muchas veces bailé con ellos hasta el amanecer. De esos zapatos que dicen «fóllame».

Después, el abrigo. ¿Bufanda de estudiante o azul y vaporosa? La azul dejaría fibras pegadas al abrigo. Al final decidí que no. Era una noche fría. Guantes con botones diminutos en las muñecas. Me puse un broche con una mariposa en la solapa del abrigo. Nerviosa. Hice varias inspiraciones profundas. Todavía un cuarto de hora de espera.

Se me había secado la boca. Fui a la cocina y me serví una copa. ¿No sería mala idea el alcohol? No lo sabía. Una sola no podía hacerme ningún daño. Mis labios dejaron una agrietada media luna rosa en el borde del vaso. Preparé el bolso. Estaba sudando, metida en el abrigo, la

bufanda y los guantes. Faltaban otros diez minutos para que viniera el taxi. Consulté otra vez el lugar de la cita en el callejero. No quise llevármelo. Estaba cerca de una estación de metro. Si conseguía memorizar el recorrido desde la estación, no tendría problemas.

Bajé y esperé fuera. El viento frío me hacía cosquillas en el cuello con el pelo húmedo. Miré calle abajo. No había nadie caminando por la acera. Pocos coches. Un autobús aminoró la marcha junto a la parada, y como no había nadie esperando, siguió. Detrás venía un coche pequeño, con un hombre que miraba por la ventana. «Debe de ser el taxi», pensé. Concentración. A partir de ahora, estoy trabajando. Le sonrío, lo llamo con un gesto y le indico la dirección. De aquí en adelante, no soy yo.

Encontramos la casa. Pagué la carrera. Subí por el sendero. Había una aldaba de bronce en la puerta. Dentro, una luz. El pelo se me estaba cayendo sobre la cara. Me quité la pinza y lo sacudí, para soltarlo. Sonreí. Llamé a la puerta. No había vuelta atrás.

A la mañana siguiente, me desperté en mi cama. Levanté una mano y me quedé un rato mirándola. ¿Se suponía que había cambiado algo? ¿Debía sentirme victimizada, objeto de un abuso? No lo sabía. Los aspectos más sutiles de la teoría feminista no parecían encontrar aplicación. Las cosas me parecían igual que siempre. La misma mano, la misma chica. Me levanté y me preparé el desayuno.

*dimanche, le 30 novembre*

El Chico lleva un tiempo buscando otro empleo (otro empleo de sus energías laborales, no de las sexuales, que conmigo ya están convenientemente encauzadas). Hace mucho que el trabajo no lo satisface, pero es seguro, pero esto, pero aquello, que si patatín, que si patatán. Sus compañeros ya eran amigos suyos en la universidad. Pero ahora, a uno de ellos lo han despedido y él empieza a sentir que las altas instancias jerárquicas están concentrando su atención en todo lo que hace. Yo le insisto en la carrera militar, y no sólo porque crea que podría llenar un uniforme de la manera más atractiva. Así que me ha enviado su currículum por correo electrónico, por si podía hacerle alguna sugerencia.

Se lo devolví al cabo de media hora. Casi de inmediato, sonó el teléfono. Era el Chico y se estaba riendo.

—Es genial, gatita... Pero no creo que pueda usarlo.

—¿Ah, no?

—Para empezar, no creo que al ejército le interese el tamaño de mi miembro.

—No estés tan seguro. Nunca se sabe quién puede hacerte la entrevista.

Me han dicho que las fuerzas armadas se han vuelto muy modernas.

—Bien pensado.

Se hizo un silencio del otro lado de la línea, mientras repasaba el texto del mensaje.

—El tiempo de recuperación entre eyaculaciones no debería figurar en el apartado de «Otras habilidades».

—Para mí es importante, cariñito.

—Sin duda. ¿Y estás segura de que debería poner «sexo oral: dar y recibir» en «Intereses y aficiones»?

—¡No me dirás que no es cierto!

Los dos reímos.

He pensado en recomendarle mi línea de trabajo, pero no creo que se anime. El Chico es más puritano que un corsé de ballenas. Yo, en cambio, tengo fama de amoral entre nuestros conocidos. Incluso entre aquellos que no saben a qué me dedico.

*Décembre*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

## *D-G*

### *D de Desastre*

Para mí no existen los desastres insuperables. Si todo sale horriblemente mal, consuélate con la idea de que probablemente nunca volverás a ver al cliente. Incluso si todo sale bien, lo más probable es que nunca vuelvas a verlo.

Dicho esto, asegúrate de tener siempre el teléfono con la batería cargada y al alcance de la mano, por si lo necesitas. Y lleva un bote de toallitas húmedas, para limpiar toda suciedad de origen biológico.

### *E de Engullir*

Fornicar es como hacer deporte: no puedes comer cuando falta poco para la cita, porque te arriesgas a expeler ventosidades en el momento menos oportuno. Debido al horario habitual de los encuentros sin cena, las cenas normales quedan prácticamente descartadas. Come bien a mediodía. Llévate algo para picar en el camino de vuelta. Lleva una cuchara, por si acaso.

### *E también de Ejercicio*

Alguien me dijo una vez que las posturas con la chica arriba queman tantas calorías por hora como una sesión de *step* en un gimnasio. Ten en cuenta, sin embargo, que el caballero tenderá a darse por vencido antes de que tú consigas hacer un buen trabajo de reducción de grasas.

### *F de Fallo de memoria*

Confirma siempre los detalles de la cita con la agencia. Llamar a la puerta de la habitación 1203, en lugar de la 1302, puede tener consecuencias inesperadas. Yo suelo llevar un bloc de notas, para no tener que confiar en mi memoria.

## *G* de punto *G*

En el trabajo no necesitarás saber dónde está. Déjalo guardado en el armario de casa y resérvalo para mejores momentos.



*lundi, le 1 décembre*

Las manos del cliente eran cuadradas, de dedos largos y errabundos. Me recordaban las del Chico. Me palpó los pechos, los muslos, se aventuró por dentro.

Di una repentina sacudida.

—Perdona. ¿Te he hecho daño? —preguntó él.

Yo estaba echada de lado y él me abrazaba por detrás, con los dedos culpables reposando entre mis piernas.

—Sólo un poco.

Le cogí la mano derecha y le examiné las uñas. Limpias, pero más largas de lo normal. Y bastante desiguales.

—¿Te las comes?

—Sí.

Rodé hasta el borde de la cama para alcanzar mi bolso en el suelo.

—Un momento —le dije.

Volví con un estuche plateado y saqué una lima de uñas.

Él se estremeció.

—No soporto las limas —dijo—. Me hacen el mismo efecto que cuando alguien araña una pizarra.

—Tú déjame a mí —le dije, mientras le pulía los bordes de las uñas. Repasándose los bordes con los pulgares, admitió que había una gran diferencia.

—Eres demasiado amable para este trabajo —dijo en voz baja, lo cual se podía interpretar como que había tenido malas experiencias con otras chicas del oficio, o bien que casi todas eran muy amables, pero yo más que ninguna. Esperé que fuera lo segundo.

*mardi, le 2 décembre*

A ver, ¿qué puede hacer una chica con un día libre?

Aparte de salir a comprar bragas, naturalmente.

Día escogido de antemano y con suficiente antelación. El Chico no está en la ciudad, ni tengo sesión en el gimnasio con N. Intento quedar para comer con A1, A2 y A4, sin éxito. No estoy mala, ni tengo clientes. Remoloneo hasta tarde en la cama. Ningún recado que hacer, ninguna cita y toda la colada al día. Hora de cocinar (lo de fregar los platos puedo dejarlo para otro día). Hoy no viene la señora de la limpieza y la jefa no llama. Ningún sitio a donde ir, nadie que pueda ser. Sólo yo, solita conmigo misma.

Lo mejor que puedo hacer es echar mano de ese vibrador.

*jeudi, le 4 décembre*

Hay una persona en Londres que acaba de pagar un dinero por lamerme el culo durante una hora. ¿No es eso lo que todo el mundo quiere realmente en la vida: alguien que le bese el culo y encima disfrute?

Si me hubiesen dicho desde el principio que existían clientes tan perfectos, me habría apuntado sin dudar.

*vendredi, le 5 décembre*

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —me preguntó el cliente, acariciándome los pechos.

—Sí —contesté; él suspiró—. Muchas. Fuera del trabajo.

Había pasado bastante tiempo desde la última. El Chico refunfuña y se pone de morros de vez en cuando, porque sabe de mi pasado y no lo ha hecho nunca con dos a la vez. A mí me preocupan los problemas que una segunda chica pueda causar en la relación. Mejor buscar una profesional, me digo. Quizá en algún momento en el futuro. Ahora, no.

—¿Eres lesbiana?

—No, es sólo que me gustan las mujeres.

Probablemente tanto como los hombres, para el sexo. Pero para una relación prefiero a un hombre, lo cual significa que soy esencialmente hetero, supongo. Fue la conclusión a la que llegué después de superar las desgarradoras tonterías acerca de mi identidad durante la universidad. Me gusta follar con mujeres, pero prefiero no encontrarme con una en casa cuando vuelvo por la noche.

*samedi, le 6 décembre*

He vuelto a mirar la web de la agencia. La jefa reorganiza de vez en cuando los perfiles, para darle un empujoncito en el negocio a esta o aquella chica, o para destacar una incorporación reciente.

Mi ficha sale bastante bien parada, en comparación con los perfiles de las otras chicas de la agencia y del resto de Internet. Nada que me distinga particularmente: igual que otros cientos de chicas. Nunca dejará de sorprenderme la cantidad de señoritas de compañía que trabajan en Londres. Se diría que hay una diosa sexual de largas piernas, rubia o morena, por cada ejecutivo potencialmente salido que alienta en el mundo, y que hasta puede que sobren dos o tres.

Recuerdo la primera vez que me vi en la web. El perfil no había quedado del todo mal. Nunca lo habría pensado, teniendo en cuenta cómo había ido la sesión fotográfica. Se notaba un poco de recorte selectivo y de magia con el Photoshop, pero la mujer que aparecía en las imágenes era yo, sin género de dudas. ¿Me reconocería alguien? «No seas tonta —me reñí—. Nadie que te conozca y te descubra aquí mientras recorre las webs de contactos se atreverá a confesarlo». Pero después me pregunté con horror si no llegaría alguien a concertar una cita.

Había quedado en encontrarme con la fotógrafa de la agencia en un hotel. Muy mona, hasta que abrió la boca. De entrada empezó a meterse conmigo.

—A ese pelo le falta volumen —señaló, sacando un cepillo que parecía haber militado en una de las mejores peluquerías caninas del país. Después reclutó su propio perfilador rosa de labios para que mis morritos parecieran más jugosos y enfurruñados. La lencería que yo había llevado, todavía en el envoltorio de la tienda, fue juzgada inadecuada, vale decir, de excesivo buen gusto.

—Te quedaría bien algo... lila —dijo, arrojándome encima un body barato de encaje. Al menos estaba sin usar; todavía tenía las etiquetas de la tienda. Fue así como acabé exhibiéndome con colores que nunca me pondría, con maquillaje que jamás usaría y con el pelo diez veces más abultado de lo normal, haciendo contorsiones sobre el mobiliario de un hotel.

—Levanta las piernas en el aire y mantenlas rectas —me ordenó, mientras me temblaban los muslos por el agotamiento de mantener pose tras pose—. ¡Y... relájate!

Hicimos alrededor de una docena de típicas fotos glamourosas.

—¿Empiezas ya a aburrirte? —preguntó bromeando.

—Sí.

Me miró fijamente.

—¿Estás aburrida? Eso es terrible.

—Lo decía irónicamente. En realidad, no estoy ni remotamente aburrida —repliqué, levantándome por trigésima vez una teta.

—Una pena, las marcas del bikini. Parecen de actriz porno de los setenta.

¿Y me lo decía ella, que me había hecho vestir con minishorts de látex rosa? Cambió el rollo y lo terminó. Yo no habría imaginado que podría haber más contorsiones imposibles de ejecutar. Al cabo de una hora, harta de todo, me levanté para recuperar mi aspecto normal.

—La próxima vez que nos veamos, recuérdame que te pase la dirección de un salón de belleza

donde hacen unos tratamientos faciales milagrosos —me dijo a modo de despedida, mientras me dirigía a la puerta. La sutileza no era uno de sus fuertes.

Recibí el veredicto en cuestión de horas. Asombrosamente, la jefa parecía encantada con los resultados.

—¡Cariño, las fotos son fabulosas! —ronroneó del otro lado del teléfono. Ya había notado que nunca se presenta cuando llama, sino que pasa directamente a la conversación. Debió de graduarse en la misma academia de protocolo que mi madre.

—Gracias, me preocupaba no parecer suficientemente relajada.

—Nada de eso, son perfectas. ¿Me harías un favor? ¿Podrías escribir unas líneas sobre ti misma para el perfil? A la mayoría de las chicas se las escribo yo, pero estoy segura de que tú sabrás hacerlo muy bien.

Parecía complacida de haber captado a otra universitaria para la agencia. ¿Cobraría un plus por nivel educativo?

Horror, veamos. «Soy alta, lasciva...», no, no. ¿Divertida? ¿Con mucho *savoir faire*? Menos. ¿Altamente motivada, con gran capacidad para el trabajo en equipo? Tal vez más cerca de la verdad. ¿Dónde enseñarán a escribir currículums para putas?

Al final, quedé satisfecha con el resultado. El aspecto de la web de la agencia me había gustado desde el principio, en particular las descripciones de las chicas. Parecían más sinceras que la mayoría (no decían tonterías sobre tallas ni especialidades) y, además, menos pornográficas. Ni una sola garantizaba que la chica de la foto fuera capaz de tragarse una manguera, ni que fuera una inagotable máquina sexual, ni que hubiera aparecido en las páginas centrales de una revista importante. La horterada de ropa que me había hecho poner la fotógrafa parecía inesperadamente sexy, y mucho más elegante en las fotos que en la realidad, aunque por nada del mundo lo hubiese admitido estando ella presente, claro.

Y después de ver las mismas poses repetidas en cientos de imágenes, las contorsiones que me había hecho realizar empezaron a resultarme familiares.

Claramente, la fotografía glamourosa tiene su arte. Por un lado, se espera la perfección y no se tolera nada por debajo de ese objetivo, por lo que la manipulación de los píxeles es forzosamente nuestra mejor amiga. Pero, por otro, las personas a quienes nos agrada el aspecto de nuestro cuerpo nos sentimos en clara desventaja respecto a aquellas que no dudarían en abrirse paso hacia las pasarelas a golpe de aerógrafo, si pudieran hacerlo. Un recorrido por las fotos reveló las siguientes tendencias:

- *El encuadre pectoral con inclinación hacia adelante*: Todas salen favorecidas. Hasta Vanessa Feltz podría pasar por Heidi Klum en esa pose. Si no ves todo el material de frente y en su totalidad, no te extrañe que en carne y hueso resulte ser bastante menos de lo que esperabas. (Véase también «la pose a cuatro patas» y «boca abajo con los brazos abiertos»).
- *La pose de tetas agarradas*: Una talla 80 puede adquirir proporciones ciclópeas con la adecuada inclinación de la carne pectoral. Me pregunto para qué lo harán. A muchos hombres les gustan las tetas pequeñas. Como alguien dijo una vez, más de lo que cabe en la

boca es un derroche. (Las mías caben exactamente en las manos, pero tendréis que confiar en mi palabra; además, no he dicho en las manos de quién).

- *Canalillo pectoral en visión cenital*: Véase la pose anterior.
- *Los pies en punta*: No es ninguna bailarina de ballet; sólo intenta que sus piernas parezcan más largas. Supongo que si Dios hubiese querido que pusiéramos en punta los pies descalzos, no habría inventado el tacón de aguja.
- *El chal de fiesta / pieles estratégicamente situadas*: Tiene los brazos gordos.
- *El cuello de la blusa o el abrigo levantado / la melena tapando la mejilla*: Tiene papada o carece de barbilla.
- *Botas hasta las rodillas con falda de tubo*: En la vida real, un conjunto extremadamente sexy. ¿Quién no ha deseado acariciar la lechosa franja blanca de pierna que queda a la vista? Pero tratándose de fotos sexy, cualquiera que no quiera enseñar más de una pulgada de pierna tiene algún problema.
- *El baño de espuma*: Un buen recurso para ocultar multitud de defectos.
- *La inclinación hacia atrás*: Como el encuadre pectoral con inclinación hacia adelante, pero al revés. Barriguita más que probable. Personalmente, prefiero ver un poco de carne de donde agarrarse que obligar a alguien a aguantar la respiración metiendo la tripa durante una hora.
- *Piernas cruzadas*: No se ha depilado.
- *Calcetines*: Lo mismo.
- *Coletas de colegiala y ropa de adolescente*: En realidad, tiene treinta y cuatro años.

*dimanche, le 7 décembre*

N, el eje de todos los cotilleos, había quedado conmigo en el gimnasio y para cenar en casa después. Siente un vivo interés por la pornografía y tiene una colección de revistas para demostrarlo. Me contó que tenía pensado viajar a Ámsterdam con un amigo del trabajo.

—¿Por qué no te buscas a un par de chicas para un trío mientras estás allí? —le pregunté, inclinándome sobre el manillar de una bicicleta estática. El trío es la más antigua de sus fantasías. Después de las abuelitas y los caballos, naturalmente.

Me da pena N. Tras saborear un par de veces los frutos del sexo en grupo, ahora está obsesionado con el tema. Fue él quien me pidió, por ejemplo, que le describiera con lujo de detalles y hasta con diagramas ilustrativos mi noche con la señora elegante y su amigo.

—¿Por qué lo dices? ¿Te parece que las holandesas son más proclives que las inglesas?

—No, lo que digo es que podrías contratar a un par de chicas.

—Hum —replicó.

Es un hombre atractivo. Aunque favorable al concepto de la prostitución, no creo que esté dispuesto a probar con una profesional.

—Si hubiera burdeles legales —prosiguió en tono reflexivo, corriendo pausadamente en la cinta andadora mientras yo pedaleaba—, podría contratar a todas las chicas a la vez.

—Ahora estás siendo avaricioso —lo regañé—. Si no recuerdo mal, con una vez sueles tener suficiente.

Con escasas excepciones. Una vez, hace mucho tiempo, él y yo nos montamos un trío, y por lo que yo sé, no ha vuelto a probarlo desde entonces.

—¡Un golpe bajo!

Pero estaba sonriendo. Cuando sonrío, recuerdo lo sexy que me parecía, y cómo se le forman arruguitas alrededor de los ojos, como a una estrella de cine.

—¿Alguna probabilidad de que tú y yo...? —empezó.

—Lo siento, cariño, ese tren abandonó la estación hace años.

Puaj. Amigos contratándome para tener sexo conmigo. La idea ni siquiera se me había ocurrido. Mentalmente, tomo nota de que debo cortar de raíz toda posible sugerencia en ese sentido, sobre todo teniendo en cuenta que no todos saben exactamente a qué me dedico. A2 lo sabe perfectamente; A1 y A4 están al tanto en líneas generales, pero ignoran los detalles, y cuanto menos sepa A3, mejor. N, como es lógico, se sabe toda la historia, con pelos y señales. Literalmente.

La cinta andadora rechinaba y se combaba bajo el peso de N.

—¿Ya has torturado suficientemente a esa máquina? Porque me está dando hambre.

Fuimos en su coche a mi casa. No era tarde, pero la ciudad estaba oscura como boca de lobo. N nació y creció en Londres, y suele llevarme por callejas y rutas secundarias cuya existencia yo ignoraba. El aire de la noche todavía estaba húmedo de la lluvia de la tarde; las calles brillaban con el alargado reflejo de luces blancas y rojas, y bajé el cristal de mi ventana para escuchar el



suave susurro de los neumáticos sobre el asfalto.

—¿Cuánto le cuentas a ese hombre tuyo? —dijo N después de un largo silencio.

N y el Chico se conocen y no se caen bien; pero como viven en diferentes ciudades, rara vez se encuentran.

—Lo suficiente.

—No creo que le haga mucha gracia.

—No creo que pueda hacer nada al respecto —reliqué, fingiendo más valor del que sentía. Si en algún momento se opone seriamente, me buscaré alguna otra cosa que hacer.

Probablemente.

*lundi, le 8 décembre*

Cita con un ejecutivo de un banco en un hotel cerca de Bond Street. Bebemos café, conversamos brevemente sobre Nueva York y pasamos a nuestro asunto. A nuestro negocio, podríamos decir.

Él:

—Ha sido mi primer anal.

Yo:

—¿De verdad? Me sorprendes.

Quizá no tanto, porque ha habido otras primeras veces en mi pasado. Pero me sorprendió que no lo hubiera mencionado al principio y también me sorprendió la imaginación espacial de alguien capaz de manipularme con tanta fluidez alrededor de su miembro.

—Me ha gustado.

—Te diría que también ha sido mi primera vez, pero estaría mintiendo y tú lo sabrías.

—¿Entonces qué? —replicó él riendo—. ¿Qué tal he estado?

—Excelente. Sólo tienes que recordar: mucho lubricante y usa primero los dedos, tal como lo has hecho.

—Gracias, eres muy amable.

—Bueno, tú has hecho todo el trabajo duro, por así decirlo.

Más tarde...

Él:

—No entiendo por qué mis colegas prefieren enredarse con alguna chica de la oficina y poner en peligro sus matrimonios, cuando podrían tener a alguien como tú.

Yo asentí con la cabeza, sin nada que añadir.

—Debe de ser cuestión de poder, o de presumir delante de los otros hombres. Aun así —se estremeció ligeramente, como lo hace un hombre en cuyo dedo anular aún resulta visible la tenue línea de un anillo de matrimonio retirado—, yo no podría arriesgarme a que alguna chiquilla en prácticas llamara a mi mujer, semanas o meses después.

Los dos teníamos tiempo hasta nuestras citas siguientes, así que nos quedamos hablando de los restaurantes libaneses en Londres (buenos en general) y de los restaurantes italianos (uniformemente penosos). Después, dejó caer que había intentado reservar mis servicios en una ocasión anterior, cuando yo estaba fuera. Me alegré de que su perseverancia hubiese tenido su premio.

—¿Tienes novio? —me preguntó.

—Sí —contesté.

*mardi, le 9 décembre*

Fui andando hasta el hotel, ceñida en el voluminoso abrigo, más una garantía para no dejar caer ninguno de los instrumentos del oficio que una protección contra el tiempo desapacible. El cliente se desvistió, mientras yo desplegaba los objetos que había solicitado: venda para los ojos, persuasores, collar de sofocación y pinzas para los pezones.

—No lo he hecho nunca —dijo, mirando los látigos.

Titubeó. Pero era su fantasía, no la mía.

—Entonces, seré amable contigo —repliqué. Estaba mintiendo y los dos lo sabíamos.

Al cabo de una hora exacta, habíamos terminado. A veces, el trabajo es tan fácil que casi resulta increíble.

*mercredi, le 10 décembre*

Malhumorada. Nada coherente que escribir. Os doy a cambio una lista.

### ***El amor: Guía para observadores***

- *Amor a primera vista*: Deseo incontrolable de ver el interior de la despensa más cercana (o los lavabos del pub, o el patio trasero de la casa de un amigo, o el callejón más próximo).
- *Amor verdadero*: El que puede presentarse a la familia sin temor irracional a pasar vergüenza (por lo que pueda hacer la familia).
- *Amor eterno*: Pareja promiscua que lleva años sin hacerlo entre sí.
- *Matrimonio por amor*: Alianza entre dos reinos.
- *El amor de tu vida*: El joven indolente del último año de universidad, que pasaba ocho horas al día conectado a Internet y se tomaba toda la Nutella, cuyo recuerdo, por algún motivo, mejora con el tiempo.
- *Enamoramiento*: Episodio pasajero durante el cual se siente casi tanto interés por otra persona como por uno mismo.
- *Enamorado/a*: Capaz de indecibles cantidades de angustia.
- *Amor materno*: Capaz de indecibles cantidades de angustia.
- *Amor fraternal*: Prohibido por las leyes de la moral y casi todas las religiones del mundo.
- *Amante*: El que viene a verte cuando tu pareja está «en viaje de negocios» (léase: viendo a su amante).
- *Adorable*: Entrañable. Nada bueno (como decir de una persona que está «hermosa» para dar a entender que está gorda).
- *Un amor*: Apenas tolerable. («¡Ha sido un amor de fiesta! ¡A ver cuándo vuelves a invitarme a Kettering!»).
- *Filtro de amor*: Quizá lo único, a estas alturas, que incitaría al Chico a venir o a llamarme. Empiezo a sentirme sola.

*jeudi, le 11 décembre*

N me llevó a casa en su coche. Él ya había cenado y yo estaba más que cansada. Preparé un bocadillo para mí y té para los dos, mientras él me leía el periódico en voz alta.

Después intenté echarlo para poder darme un baño. Hace tiempo que no me concedo un remojón largo y burbujeante.

—Esperaré —dijo.

Además de raro, es testarudo, y yo estaba demasiado agotada para discutir, así que no lo contradije.

Cuando salí del baño, me hizo rodar encima de la cama y me masajeó boca abajo, del cuello a los tobillos. Se lo habría agradecido, pero supongo que los suspiros de satisfacción le transmitieron el mensaje. Cuando se dirigía hacia la puerta, hizo una pausa.

—Desde luego, la próxima vez querré por lo menos una felación a cambio —dijo.

—¡Ay, cielo! Eso sólo tiene gracia porque sé que no lo dices en broma.

Los hay que no preguntarían. Puedo pensar en uno en concreto. Siempre me han atraído los hombres altos y fuertes. Y nunca me han obligado a hacer nada. Excepto uno. Pero yo le había suplicado que lo hiciera.

Fue un atentado a la integridad física, con besos. Lo llamaré W. Cuando nos conocimos, los dos estábamos enamorados de otras personas, pero nos dio igual. De todos modos, lo que hicimos sólo puede considerarse ayuntamiento carnal en un sentido muy laxo del término.

W era alto y estaba muy bien formado, como resultado de su carrera deportiva. Coqueteamos durante una semana y acepté salir con él el viernes por la noche. Mientras me vestía, pensaba en W, en sus largos y robustos miembros y en sus manos grandes, sabiendo que algo raro estaba pasando. Me imaginaba a mí misma no tanto en los brazos de ese hombre como en el extremo de su puño. Parecía capaz de romperme en pedacitos y aplastar después los fragmentos en una bola. No podía dejar de pensar en él haciéndome daño, y la idea me daba náuseas. Pero también me excitaba.

Habíamos quedado en un lugar al sur del río. Estuvimos un rato de pie junto a la atestada barra de un pub, antes de recalar en un bar con actuaciones de humoristas, donde me puse ciega de gin tonics. Las actuaciones variaban entre malas y criminalmente penosas. Empecé a fantasear con el hombro de W estrellándose contra mi cara. Bajé a los lavabos y W me siguió.

—¿No pensarás acorralarme en los servicios, no? —pregunté, manoteando su camisa. Mi cabeza apenas le llegaba a la mitad del pecho. Podía oler en él las vaharadas amargas del sudor de todo un día y estaba excitada.

—No te estoy persiguiendo —dijo—. No mucho.

Lo mordí como disuasión. Las capas de tela me supieron a pelusa en la lengua. Mis dientes se cerraron sólo lo suficiente para que le doliera. Pero no se inmutó.

—Vale, vale —dijo, cogiendo mi cara entre sus manos—, pagarás por esto. Te veo fuera.

Recorrí todo el camino hasta la esquina de mi casa andando inestable sobre mis tacones,

apoyada pesadamente en su brazo. Nos detuvimos y alcé la vista. Él levantó mi cuerpo con facilidad y me depositó en un banco de la calle. Desde esa altura nos dimos nuestro primer beso.

—¡Eh, buscaos un hotel! —nos gritaron unos adolescentes desde la acera de enfrente.

No lo hicimos. No esa noche, al menos. La noche siguiente.

El escenario fue un establecimiento de una cadena de hoteles, decorado en colores pastel, en Hammersmith. Ni siquiera me llevé un bolso con lo mínimo para pasar la noche. Me tiró en la cama nada más entrar y se me montó en la cintura. Se sacó la polla, y no la orientó hacia mi boca, ni al surco entre mis tetas, sino a mi mejilla.

Así empezó. Después de aquella primera vez, cuando con su erección me golpeó con tanta fuerza la cara que me dejó llagas por dentro de la boca, no hubo vuelta atrás.

—Nunca había hecho llorar a una mujer —dijo—. Me ha gustado.

Ni la menor apariencia de romanticismo. Sólo nosotros, en cualquier lugar donde pudiéramos estar juntos, y su palma abierta. En los días fríos, en parques donde el tiempo gélido volvía más punzante la sensación, solía detener repentinamente el coche, y entonces nos bajábamos y él me arreaba una bofetada. Siempre se me encharcaban las bragas.

No podía explicar los cardenales. «Choqué con una puerta», decía yo encogiéndome de hombros. «Una sesión fuerte en el gimnasio». O también, «¿Un morado? ¿Dónde?».

Un fin de semana, W reservó una habitación en el Real Colegio de Médicos, donde pueden pernoctar los facultativos que están de paso en Londres. No sé qué mentiras habría contado para conseguirlo. Sentados en la estrecha cama individual, vimos un documental porno y comimos pizza. Yo había comido demasiado, cuando me dispuse a mamársela. Su miembro estaba demasiado grande y me sofocó, por lo que acabé devolviendo sobre su pierna la especial de carne y la Coca-Cola *light*. El pene se le puso todavía más duro. Me tiró del pelo hasta hacerme gritar y se masturbó sobre mi cara cubierta de lágrimas y vómito. El cuarto de baño era compartido con la habitación vecina. Cuando me asomé al vestíbulo, un joven médico de la India salía del cuarto de enfrente. Levantó la vista y se quedó helado. El hombre debía de estar oyendo lo que hacíamos, aunque no en todos sus detalles, porque pareció asombrarse al ver los restos de vómito en mi barbilla y en mi blusa. Levanté la mano en un breve saludo.

—¿Cuál de los dos es el médico? —preguntó, de una forma extraña.

—Yo —mentí cuando pasó a su lado, de camino al cuarto de baño. Al doctor se le abrió la boca del asombro.

A W aquella atracción le intrigaba tanto como a mí.

—¿Qué piensas cuando te pego? —me preguntó una tarde.

Estábamos sentados en un banco en Regents Park, mirando los gansos y los cisnes. Cada pocos minutos, después de comprobar que no venía nadie por los senderos, volvía a sacudirme.

—Nada —respondí.

No había más que el momento en el que su mano dejaba de acariciarme la mejilla y yo sabía que venía la bofetada; el primer duro impacto de su palma contra mi cara; el aguijón de dolor que me anegaba los ojos; el tibio fulgor de calor que se me quedaba después. Quizá fuese el único momento en que no había ninguna otra cosa en mi cabeza. Era puro y excitante, como cualquier

otra experiencia física. Como el instante del orgasmo, cuando te olvidas de ti, de tu pareja y del mundo.

—¿Te enfadas conmigo?

—No.

W vino a mi casa solamente una vez. Me dio de latigazos a través de la blusa, después a pecho descubierto, y sólo paró cuando empecé a sangrar. En la ducha, en el piso de arriba, me cubrió de meada y me obligó a meterme de cara en el charco, mientras me golpeaba la parte trasera de los muslos. Después de correrse en mi cara, me puso un espejo delante. «Eres todo un espectáculo», suspiró. Con el semen escociéndome en los ojos, entreabrí los párpados y vi a una chica de mejillas rojizas, a cuatro patas en un baño de baldosas blancas. Él estaba en lo cierto. Era un buen espectáculo. Aunque no para una portada de *Glamour*, obviamente. Sonreí.

Una vez, de vacaciones en Escocia, le envié furtivas cartas a W. «Hoy tomé comida de picnic y estuve pensando en las dimensiones de tus manos», rezaba, tentativa, la primera carta. Más tarde: «La próxima vez que nos veamos, no olvides traer una linterna y aquellas cuerdas».

Y la última, escrita después de escuchar en el frío de la noche la voz de W describiendo exactamente y con todo detalle lo que quería hacerme, mientras una nube de mosquitos diminutos me comía viva: «Después de oírte contar cómo pensabas golpearme y humillarme, estaba chorreando cuando entré». Sí, yo seguía enamorada de otra persona, pero se trataba de un chico guapo como un modelo, dulce y amable, que ni siquiera me habría escuchado estando yo en el baño, ni menos aún habría contemplado la posibilidad de pintarme la cara con sus heces.

La relación parecía demasiado agobiante para sobrevivir, destinada a la ruptura, o a una temporada en la cárcel o —en el peor de los mundos posibles— a un matrimonio en un barrio residencial, con sesiones ocasionales de sadomasoquismo *light*. W tampoco soportaba la idea, y una noche, con la excusa más peregrina, orquestamos el fin de lo nuestro. Entonces yo, con educada determinación, como una protagonista del cine negro, le aticé una bofetada.

—Has deseado hacer esto desde que nos conocimos —dijo él.

Eso no me impidió seguir deseándolo. Dos semanas después, le envié una nota: «Todavía tengo las marcas de tus uñas en mi teta izquierda. Te echo de menos».

*vendredi, le 12 décembre*

Llamada telefónica del Chico, anoche. Por fin. Consistió en los habituales gimoteos y quejidos, tanto en el sentido sexual como ante nuestro destino de amantes contrariados, con la A23 interpuesta entre nosotros.

Hacia el final, la conversación se volvió más prosaica:

—Mi padre pasará un par de noches en Londres esta semana.

—¿Por qué?

—Por el programa de formación permanente de su trabajo —dijo el Chico—. Está horrorizado.

Le espanta Londres. Es normal, porque, ¿qué va a hacer, solo en la ciudad, sin conocer a nadie?

De inmediato se me ocurrió algo. ¡Dios, haz que no llame a una chica!

—Oh, seguro que se las arregla muy bien. Tu padre es un tío estupendo. Ya se ofrecerá alguien a llevarlo a dar una vuelta una de esas noches.

(Por favor, Dios, haz que no llame a una chica. Y por favor, ya sé que es mucho pedir, pero, por favor, haz que no sea yo).

—¿No podrá acompañarlo tu madre? —pregunté.

—No, esta semana está ocupada.

Mierda. Mi mente racional sabe que estadísticamente es improbable. Aun así, tengo tres visitas de hotel reservadas para estos dos días y no puedo evitar pensar. Si algo me ha enseñado el tiempo es que *a*) engañar a la pareja es propio de la condición humana, y *b*) los astros siempre se alinean contra mí.



*samedi, le 13 décembre*

Anoche fui a Bedford para atender a un cliente y volví en uno de los últimos trenes. No había casi nadie en el andén: un hombre más bien joven con pinta de profesional liberal, con auriculares y zapatillas deportivas, y unas pocas mujeres solas. Me pregunté si estarían volviendo del trabajo y, de ser así, por qué tan tarde. Los trenes circulaban con retraso y pareció como si llevásemos siglos esperando.

Unos cuantos adolescentes subieron al tren, borrachos y ruidosos. Uno de ellos me clavó la vista, mientras los demás se burlaban del más gordo del grupo. Le quitaron un zapato y se dedicaron a pasárselo con creciente violencia, hasta que el juego culminó con el lanzamiento del mocasín por la ventana, en dirección a otro tren. El damnificado empezó a gritar y derribó a dos de los otros chicos. Se apearon en Harpenden, como era de esperar, y tuve el vagón para mí sola hasta Kentish Town.

Me sentí inexplicablemente feliz y volví a casa andando, en lugar de coger un taxi. Ni los tacones, ni los imbéciles alcoholizados me asustan; cuando te pasas la vida sobre tacones de aguja, no hay acera que se te resista, y me he quitado de encima a tantos idiotas que podría escribir un libro al respecto. Me puse a cantar en voz alta una canción sobre amantes que quisieran ver al otro muerto. Varios autobuses nocturnos vacíos pasaron bramando calle abajo. Un ciclista pasó a mi lado. «¡Bonitas piernas!», me dijo. Ralentizó la marcha y volvió la cabeza por encima del hombro para calibrar mi reacción. Yo sonreí y se lo agradecí. Él siguió pedaleando.

Hacía frío y el cielo estaba despejado. Levanté la vista y me asombró la cantidad de estrellas.

*dimanche, le 14 décembre*

La jefa llamó para darme las señas de un cliente, cerca de Waterloo. «Un hombre encantadorrr», me dijo. Decidí ir de blanco de la cabeza a los pies, principalmente porque tenía un body-liguero nuevo de encaje que aún no había visto la luz del día (ni tampoco de la noche), y también porque todos mis otros pares de medias tenían carreras. La cita era para dos horas, lo cual significaba que el cliente quería algo raro, o bien que quería conversación.

Era lo segundo. Hice sonar la aldaba de bronce de la puerta y salió a abrirme un hombre más bien bajo. Viejo, pero no anciano. Profundos surcos llenos de carácter a ambos lados de la boca de labios finos. Una casa acogedora y amueblada con gusto. Intenté que no pareciera que estaba evaluando la decoración. Nos bebimos dos botellas de chardonnay frío, analizamos la inclinación del sultán de Brunei a los juegos de azar y escuchamos música.

—Supongo que te estarás preguntando cuándo pasamos a la acción —sonrió.

—Así es.

Lo miré desde el suelo, donde estaba sentada descalza. Se inclinó y me besó. Fue como el beso de una primera cita. Tentativo. Me puse de pie y me quité el vestido por la cabeza.

—Así de simple —dijo él, recorriendo con sus manos mis caderas y mis muslos.

El fino tejido bisbiseaba contra la sequedad de sus palmas. Se incorporó, me volvió de espaldas e hizo que me inclinara sobre una mesa. Apretó la boca contra mis bragas y sentí su aliento caliente a través de la tela. Volvió a incorporarse para ponerse un condón y, apartando a un lado el borde de las bragas, me tomó por detrás. Terminó en seguida.

—Te llevaré conmigo la próxima vez que salga de vacaciones, nena —me dijo—. Te mereces salir de la ciudad.

Esto último me pareció bastante dudoso, pero fue bonito oírlo.

Tenía cantidad de toallas esponjosas y una bañera gigante para después, y estuvimos comiendo patatas y bebiendo vino durante toda una hora después del final del tiempo reservado. Curiosamente, me pareció que el taxi llegaba demasiado pronto. Me preguntó mi nombre verdadero y me pidió el teléfono. Yo vacilé; aquello iba contra la política de la agencia. Sin embargo, hasta la jefa había reconocido que más de una chica lo hacía. Le di mi número y envié un mensaje a la jefa, para hacerle saber que iba de vuelta a casa.

Hacía frío en la calle, hasta para los pocos pasos que separaban la puerta del taxi. Yo llevaba abrigo largo y bufanda de lana, y me complací secretamente ante la idea de no tener que andar ni siquiera hasta una estación de metro o una parada de autobús. El taxista era de Croydon, y estuvimos hablando de Orlando Bloom, los fuegos artificiales de Año Nuevo y las fiestas que se organizan para Navidad. Le dije que yo trabajaba en una conocida firma contable. Creo que no se lo tragó ni por un momento. En lugar de volver a casa, le indiqué la dirección de un bar nocturno en el Soho. Cuando saqué el dinero para pagarle, el rollo de billetes en mi mano pareció incongruentemente grande.

N trabaja de gorila en la puerta de un club gay, entre otras cosas. Aparecí por allí para ver

cómo le iba con el frío y, con suerte, para hacer subir un poco sus acciones, una estrategia que quizá funcione si alguna vez nos encontramos en un sitio frecuentado por heteros.

—Oye, corazón, ¿está mal tener celos de una *drag queen*? —suspiré, cuando pasó a mi lado la viva imagen de Doris Day con un gorro de piel blanca.

—¿Quién es esta vez el objeto de tu envidia? —preguntó.

Yo le señalé con la cabeza a la diosa rubia.

—Oh, quédate tranquila —añadió él—. Me han dicho que pasa tres horas al día depilándose.

Aquello me hizo pensar en mis propias tribulaciones. No hay un método óptimo para la depilación. Las maquinillas de afeitar dejan unos pelos terribles, como de barba de tres días, sobre todo en invierno. He cronometrado en unos tres minutos el tiempo transcurrido entre la suavidad y la más infernal piel de gallina. Las cremas huelen a rayos y nunca eliminan del todo el vello. Los aparatos depiladores, que lo arrancan, deberían anunciarse únicamente para masoquistas; en cuanto a la depilación a la cera, siempre la aplica una filipina de cien kilos llamada Rosita.

No es una queja, sino la aseveración de un hecho inherente a la condición femenina. Probablemente, tendrá algo que ver con el Árbol del Saber. En compensación por tanto sufrimiento, obtenemos algunos beneficios. Partes bajas suaves como el culito de un bebé. Limpieza más fácil. Mayor sensibilidad. Yo tengo que estar siempre pendiente porque he sido bendecida con una espesura folicular que sería la envidia de gran parte de la fauna ártica. Mi madre, por el contrario, solía bromear con que sólo se depilaba las piernas una vez al año, «les hiciera falta o no». Yo empecé la lucha con la maquinilla de afeitar en cuanto pude pillar una y, siendo adolescente, llegué a sopesar la idea de depilarme también los brazos.

Mi régimen de depilación consiste en una combinación de depilación a la cera y afeitado, en gran parte a causa de mi aversión a que me arranquen cosas de las axilas. Con la entrepierna, en cambio, no tengo problemas. No sé por qué.

—Sé cómo se siente —reí, mientras N se hacía a un lado para dejar pasar a un grupo de ruidosos estudiantes.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, mirando otra vez a la calle.

—Bien —dije—. Un hombre agradable.

—¿Soltero?

—Quizá divorciado —repliqué, encogiéndome de hombros—. Fotos de su mujer o su ex mujer por todas partes.

—¿Hijos?

—Dos, ya adultos.

—Joder, yo no podría —dijo.

—Mentiroso.

*lundi, le 15 décembre*

Estábamos sentados en el coche, en silencio. La luz de la casa estaba encendida.

—Se suponía que iba a salir —dije.

—Se suponía —replicó el Chico—. Al menos eso fue lo que dijo.

Parecía a punto de echarse a llorar.

—Entra, por favor —me insistió—. Eres mi invitada. Yo quiero que vengas y estoy seguro de que él podrá soportarlo durante un minuto, si de todos modos va a salir.

Ya sabía yo que había alguna razón para que fuera siempre el Chico el que viniera a mi casa y no a la inversa.

Cuando vino la última vez, quedamos con su amigo S para desayunar. A S lo acababa de dejar H. Lo que S no sabía es que H había empezado a acostarse con el compañero de casa del Chico varias semanas antes, y acordamos no decírselo. En cualquier caso, S nos pareció bastante contento, y de hecho había empezado a sacarse el carnet de moto, ahora que no tenía una novia que se lo prohibiera. Tenía planeado comprarse una moto y bautizarla como «el Cohete de la Entrepiera». Nos invitó a dar una vuelta de prueba en su gigantesca máquina, en cuanto estuviera rodando. De todos modos, ese mismo compañero de casa que se estaba tirando a la ex de S simultáneamente le ponía los cuernos a su novia E, que vivía en la misma casa, con un promedio de tres chicas a la semana. Aunque E ni siquiera lo sospechaba, el Chico y yo no nos engañábamos en cuanto al tipo de hombre que era su vecino.

Y en tales situaciones, ¿qué se puede hacer, excepto cerrar la boca?

Cogimos mis bolsos y fuimos hacia la puerta. El Chico la abrió y con mucho cuidado asomó la cabeza por la esquina.

—¡Ah, hola! ¿Todavía estás en casa? —se dirigió sonriente al Vecino—. Sólo quería anunciarte que estoy aquí, con la encantadora...

—¡No! —aulló el Vecino—. ¡No permitiré que ESA MUJER entre en mi casa!

En teoría, el Vecino me tiene ojeriza a causa de mi trabajo. Pero no siempre ha sido así. De hecho, yo tengo una teoría muy distinta: lo que le fastidia es que soy una de las pocas mujeres que nunca jamás podrá tener. Ni siquiera pagando.

Porque el Vecino es joven, atractivo, inteligente y bien situado. No tiene ningún problema con las mujeres, y lo sabe. Me ha tirado los tejos por lo menos diez veces en tres años, sin ninguna suerte. Yo sería incapaz de tirarme en secreto al sucedáneo de mejor amigo que tiene el Chico. Además, su novia E tampoco se merece que la engañen otra vez delante de sus narices. ¿Verdad que son curiosos los momentos y la forma en que la moral decide hacer acto de presencia?

Puedo tragar con un sinvergüenza. Pero no tengo tiempo para un mentiroso.

—Escucha, piensa marcharse bastante pronto por la mañana, y no tendrás que...

—He dicho que no, ¿me has oído?

El Vecino puede hacerlo, porque es el propietario de la casa. La conversación prosiguió en la misma tediosa vena durante unos buenos diez minutos. No precisamente encantada, me metí en el

coche y esperé. Cuando el Chico volvió, nos fuimos al sitio de patatas fritas de la esquina a tomar un bocado y, al cabo de una hora, convencidos de que el Vecino ya se habría ido, regresamos subrepticamente. Mi estado de ánimo y mi libido se habían visto afectados por el episodio, pero no era nada que un par de tazas de chocolate caliente y un masaje de una hora no pudieran subsanar.

—¿Qué vamos a hacer, gatita? —dijo, medio dormido—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vente a Londres a vivir conmigo —le solté. Ya va siendo hora de que me mude a una zona más sociable de la ciudad, una donde los adictos al crack pasen trastabillando por delante de la puerta, pero no se derrumben del lado de dentro del portal.

—El problema es el dinero —dijo él.

—Podrías vivir de lo que yo gano, mientras buscas un trabajo mejor pagado en la ciudad —dijo—. Puedo permitírmelo.

¡Oh, no! No debería haberle dicho eso. No debería habérselo recordado.

—No sé, todo esto me pilla por sorpresa —replicó.

—Podrías ir en avión a ver a tu familia, en lugar de tener que conducir —le dije.

—Cierto.

—Además, tú tienes muebles más bonitos.

Mi piso está amueblado en el estilo florido y ligeramente hortera que aprecian los caseros de clase social ascendente.

—No tienes que decidirte ahora —proseguí—. No me ofenderé si dices que no. Pero el ofrecimiento está hecho.

¡Ah, negociar las bases de la convivencia moderna! ¿Quién ha dicho que el romanticismo ha muerto?

Resolvería un problema: el del beligerante compañero de casa. Aunque quizá enfrentado a la cotidiana realidad de mis idas y venidas, el Chico pronto renunciaría a la idea. Sin embargo, a mí me irían bien una cara amiga y un masaje en estos pies castigados por el diario trajín sobre tacones de aguja.

*mardi, le 16 décembre*

Como me pagan en efectivo, voy bastante a menudo al banco y suelo acudir a la misma sucursal todos los días. Los cajeros son personas naturalmente curiosas, y sólo la muerte cerebral les impediría preguntarse por qué me presento varias veces a la semana con fajos de billetes, que procedo a depositar en dos cuentas, una de las cuales no es mía.

Un día llevé los detalles de las cuentas escritos en una hoja suelta, en cuyo reverso había hecho un dibujo el Chico, que en algún momento remoto del pasado estudió bellas artes y todavía suele hacer garabatos en los papeles que encuentra. La cajera le dio la vuelta a la hoja, miró el dibujo y me miró a mí.

—Es bueno. ¿Lo ha hecho usted? —me preguntó.

—Sí, es decir, yo... soy dibujante de cómics —mentí.

La cajera asintió con la cabeza, convencida. Por eso ahora el personal del banco cree que me gano la vida dibujando. Lo que ya no sé es si ha dado el siguiente paso lógico, que consistiría en preguntarse por qué una artista con un trabajo legítimo iba a pedir que le pagaran en efectivo.

Una de las ventajas de este trabajo es no verme constreñida a utilizar la hora de comer para hacer compras y recados. Suelo hacer la compra a media tarde.

—¿Vive cerca de aquí? —me preguntó un día el frutero junto a la estación del metro, mientras yo elegía manzanas y kiwis.

—A la vuelta de la esquina —respondí—. Trabajo cuidando niños.

Lo cual es ostensiblemente inverosímil, porque nunca llevo niños conmigo y, a menos que esté el Chico en casa, compro siempre para una sola persona. Aun así, ahora el hombre me pregunta ocasionalmente qué tal están los niños.

Con los vecinos me topo muy rara vez, excepto por la noche, cuando me ven de punto en blanco, con vestido o traje de chaqueta, maquillada, el pelo recién lavado y a punto de coger un taxi. «¿Va a salir?», me preguntan. «A la fiesta de pedida de mi mejor amiga», contesto. «Una copa con compañeros de la oficina», les digo. Ellos hacen un gesto de asentimiento y me expresan sus buenos deseos de que lo pase bien. Yo salgo por la puerta, preguntándome qué historia le contaré al taxista.

*miércoles, le 17 décembre*

Hoy había quedado con los A para comer. No siempre cazan en manada, pero cuando lo hacen, no hay establecimiento de restauración que esté a salvo.

A1, A2, A3 y A4 ya estaban esperando en el restaurante tailandés. Inesperadamente, fui la última en llegar, aunque al menos tres de ellos son tardones por naturaleza. Intercambiamos besos y nos sentamos a una mesa apartada.

A1 me apretó la rodilla, fingiendo la risita de un viejo verde. A2 me hizo un guiño por encima de la carta. A3 me miraba intensamente desde su rincón, como es su costumbre, y A4 sonreía de oreja a oreja, con la vista fija en algún punto a media distancia.

—Y bien, ¿qué pensáis hacer hoy, chicos? —pregunté.

—No mucho —dijo A1. Sus medidas palabras sonaban como las de un maestro de escuela.

—No, no mucho —dijo A2.

A4 me sonrió:

—Hacerte perder todo el tiempo que podamos.

—¿No tenéis trabajo que hacer?

No todos viven en Londres, pero sus ocupaciones los traen a la ciudad con cierta regularidad.

—En teoría, sí —gruñó A3. Es el pelirrojo. Un hurraño chico del norte. Y lo digo con admiración.

—Bobadas —dijo A2, volviéndose hacia mí—. ¿Y tú? ¿Algo que hacer, alguna cita?

—Nada hasta más tarde —dije.

La camarera vino a tomarnos el pedido. A1 pidió el menú especial para todos. Ninguno sabíamos lo que era. Tampoco importaba. A3 no parecía muy dispuesto a renunciar a la carta. A2 preguntó por el Chico.

—Le he pedido que se venga a vivir conmigo —dije.

—Mal hecho —replicó A1.

—Muy mal hecho —convino A2.

A3 murmuró algo ininteligible.

A4 seguía sonriendo sin razón aparente. Por eso es el que me gusta más.

Mi teléfono zumbó en mi bolsillo. Era la jefa. Me preguntó si podía ir a Marylebone y añadió no sé qué de «cuatro».

—¿A las cuatro o para cuatro?

A las cuatro. Consulté el reloj. Perfectamente posible. Los A fingían no estar escuchando.

La mayor parte de la gente arquea una ceja cuando se entera de que mis mejores amigos son casi todos hombres y, en su mayoría, hombres con quienes me he acostado. Pero ¿con quién si no vas a irte a la cama, si no lo haces con la gente que conoces? ¿Con extraños?

No respondáis a eso.

Cuento las horas que he pasado disfrutando del sexo desde la primera vez que me acosté con A1. Recuerdo claramente aquella tarde. La mole de su cuerpo bloqueaba la luz de la única ventana

de su apartamento. Estábamos desnudos, los brazos y las piernas entrelazados. Él se inclinó, me rodeó un tobillo con una mano y me levantó la pierna hasta cruzármela por encima. Después se tumbó sobre mi cuerpo flexionado y me penetró.

—¿Qué haces? —chillé.

—Quiero sentir la plenitud de tu culo contra mi cuerpo —dijo.

Aunque no era mi primera vez, ni mucho menos, podría haberlo sido. Por fin un hombre que sabía lo que quería y, mejor aún, que sabía lo que tenía que hacer para conseguirlo.

A1 y yo estuvimos saliendo varios años. No fue una relación sencilla, excepto en lo referente al sexo. En cuanto nos quitábamos la ropa, pisábamos terreno seguro. Yo sabía que podía pedirle lo que fuera, y que él también podía pedírmelo a mí. Por lo general, decíamos que sí a todo lo que quería el otro, pero no nos ofendíamos cuando una sugerencia era rechazada. Fue el primer hombre a quien creí cuando dijo que yo era guapa, la primera persona ante la cual pude pasearme desnuda, fuera de la ducha de un gimnasio. Y físicamente, me encantaba. A1 es alto, pero no demasiado alto, y además musculoso, velludo. Su pelo liso y oscuro y su voz casajosa son deliciosamente anacrónicos. Es el tipo de hombre que debió de vivir en los años cincuenta, como capitán de la industria.

Teníamos unas broncas increíbles. La pasión que sentía por él era algo que no sabía manejar. Era demasiado intensa y resbaladiza para mí, como mercurio líquido manando de mis manos. Lo solucionábamos en el dormitorio, naturalmente. O en la encimera de su cocina. O en la mesa de su despacho, cuando su jefe se marchaba. En un ascensor. En la sucursal de correos de la universidad.

Y lo hacíamos de todas las maneras que podíamos imaginar, desde las más exóticas (doble penetración, contenciones, lluvia dorada) hasta las más chocantes de tan prosaicas, como la postura del misionero con él mirando un partido de fútbol por la tele. Desde entonces, he hecho más y mayores guarrerías con otras personas, pero nunca he vuelto a experimentar aquella sensación de forzar mis propios límites.

Fue el primero en atizarme el culo con una palmeta; por mi parte, yo le sacudía el trasero con un cinturón de cuero doblado por la mitad, mientras él se inclinaba sobre un sofá, agarrándose los genitales para protegerlos de los golpes. Su colección de pornografía, impresionantemente variada, fue la primera de porno duro que vi; los dos comprábamos juntas nuevas revistas y las ordenábamos con fruición por categorías. Había un lugar para todo lo que le gustaba, como los enemas y otros juegos acuáticos, el sexo anal y las mujeres con espumarajos de semen chorreándoles por la cara; pero también tenía su sitio lo que no le gustaba, como la zoofilia o las lesbianas, porque era un coleccionista. El permiso explícito para mirar simplemente el cuerpo de alguien, en lugar de echarle subrepticias miradas en el gimnasio o espiarlo antes de que lo taparan las mantas y las luces se apagaran, era todo un deleite.

Empecé a salir con A2 varios años después de que A1 y yo lo dejáramos. Era un amante sensible. No precisamente blando, sino fuerte y parsimonioso. Se hubiese dicho que nunca hacía movimientos innecesarios, y a mí me fascinaban sus pasos largos y medidos. A veces, con su tez pálida y su cabello claro, parecía todavía adolescente. O incluso más joven, como un niño grande. Ningún cuerpo, ningún tacto me ha parecido nunca tan justo como el suyo, todas las veces,



desde el principio hasta el final de nuestra relación. No ha habido dedos ni lengua tan próximos a mi idea del amante perfecto. Era delgado, pero musculoso. Alto, pero no en exceso. Ni un gramo desperdiciado.

Él tenía lavadora en casa y yo no. Una vez llevé mi colada y encontré unas bragas mías dentro de la máquina vacía.

—¿Qué hace esto aquí? —le pregunté.

—Te echaba de menos el fin de semana pasado, cuando te fuiste a visitar a tus padres, así que me las puse —respondió.

Examiné el elástico. Tenía las caderas tan estrechas que no estaban nada dadas de sí.

—A lo mejor deberíamos comprarte unas para ti —dije bromeando.

—A lo mejor —replicó él, en serio.

Me había dado su llave. Después de despertarme y desayunar (huevos escalfados sobre una tostada si tenía hambre, o café con leche con una rebanada de pan *challah*, si no), me iba en bici a su casa. Él solía levantarse tarde y, por lo general, se estaba duchando cuando yo llegaba. La puerta del dormitorio estaba abierta y yo iba directa hasta el cajón de la cómoda, donde guardaba casi dos docenas de bragas. Elegía una, la dejaba en el cajón de su mesilla de noche y volvía al cuarto de estar. Entonces él salía y se vestía. Ningún comentario a propósito de las bragas, que eran para más tarde.

Pasábamos juntos la mayor parte del día. Él trabajaba desde su casa y yo hacía los peores turnos en una librería cercana. Mientras yo trabajaba, él hacía una pausa y me traía un té o un café. Leíamos suplementos literarios y yo le regalaba pruebas encuadernadas de libros próximos a publicarse, que sacaba de la trastienda. Mis compañeros de trabajo eran una pirada de mediana edad, bebedora de absenta, y el jefe, que se ausentaba a menudo y nunca estaba contento. Casi todas las semanas acababa cubriendo la mitad de sus horas, pero no me importaba. Había un montón de libros, y era emocionante estar ahí las raras veces que un autor conocido iba al local. Observé, sin embargo, que casi todos entraban como una exhalación y se iban a comprobar que sus títulos estuvieran en las estanterías, antes de volver al frente a saludarme.

Después del trabajo, A2 me esperaba en su casa. Sin palabras. Yo entraba por la puerta e iba directamente a su sofá. Él se quedaba sentado, con los brazos levantados sobre el respaldo, mientras yo le bajaba la cremallera con los dientes, un truco que siempre me parecía más difícil en la realidad que en mi memoria. Después, el primer destello de seda o encaje, y la dureza de su polla distorsionando la tela. Yo apoyaba mi cara en su entrepierna y aspiraba a través de las bragas el olor de todo un día de sudor, orines y goteos previos a la eyaculación. Lo mordisqueaba y lo lamía, hasta que la ropa interior se le pegaba a la piel.

A2 disfrutaba manejándome y haciéndome girar entre sus manos. Me desnudaba por completo, pero sin quitarse las braguitas de chica. Cuando me penetraba, casi siempre por vía anal, lo hacía con las bragas apartadas hacia un lado, apretando la base de su pene y adheridas a sus testículos.

Al cabo de unos meses, las bragas ya no fueron suficientes. Me compré un vestido de verano, de falda corta y colores brillantes. Él se lo probó. Yo me eché a reír y me lo tiré con el vestido puesto. Lo único que me deprimió hasta cierto punto fue comprobar que A2 tenía las caderas más

esbeltas y mejores piernas que yo.

—Vamos a las rebajas —dijo un fin de semana. No tuve que preguntarle si las compras iban a ser para él o para mí. Muy pronto, varios bonitos vestidos cortos se sumaron a las bragas del cajón.

Yo sabía que había otra mujer. Él mismo me lo había dicho antes de que nos acostáramos por primera vez. Probablemente me engañé, diciéndome que la relación estaba a punto de terminar, porque ella vivía a varias horas de distancia y, por lo que sabía, siempre lo había tratado mal. Pero una vez él se fue durante una semana a visitar a unos amigos en la ciudad donde ella vivía. Aunque durante varios días intenté ignorar el urticante peso de su llave en mi bolsillo, al final no lo pude resistir. Puse su casa patas arriba buscando huellas de la otra: mensajes de correo electrónico, fotos. Una en particular me destrozó el corazón: su preciosa cara sonriente, sobre un pijama rosa de satén, abierto hasta la cintura. Encontré su nombre y su teléfono, y la llamé. No hubo respuesta. Dejé un mensaje en el contestador: «Soy una amiga de A2. Solamente quería hablar contigo. No te preocupes, no es por nada urgente».

Me llamó.

—Hola —dijo con voz que parecía cansada.

Me resultó difícil contenerme para no gritar. Sentía la sangre palpitando en mi cuello.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté.

—He oído tu nombre —dijo.

Le hablé acerca de mí y A2. Ella guardaba silencio.

—Gracias —dijo al final.

Al día siguiente de que A2 volviera, usé su llave para entrar, pero no lo encontré en la ducha.

Me estaba esperando. La había importunado, me dijo. ¿Qué derecho tenía yo de hacer lo que había hecho?

No respondí nada. Estaba temblando de ira. ¿Qué derecho tiene nadie de sentir celos?

Cuando iba al instituto, uno de los profesores nos dio una charla sobre el matrimonio a las chicas de mi curso. «El amor es una decisión», declaró, en una sala llena de adolescentes cargadas de hormonas. Qué ridiculez, pensamos. El amor no es una decisión; las películas y las canciones dicen lo contrario. Es una fuerza, una virtud. Estábamos en esa edad encantada en que puedes mamársela al mejor amigo de tu hermano en tu habitación y aun así creer en el amor verdadero.

Entonces me enamoré de alguien que me hizo daño y, poco a poco, fui adoptando el punto de vista del profesor. Para que alguien entre, tienes que abrirle la puerta. Una vez dentro, nada te garantiza el control, desde luego, pero el proceso es comprensible, aunque no enteramente lógico.

Lo mío con A2 lo tenía bajo control, o al menos eso creía. Pero los primeros celos me destrozaron tanto como lo había hecho el primer amor. A2 y yo discutíamos y follábamos, follábamos y discutíamos, y al final discutíamos cada vez más y follábamos cada vez menos.

Y cuando por fin nos enrollábamos, todo había cambiado. Antes, él se ponía las bragas y se inclinaba sobre el borde del sofá. Riendo, yo le atizaba el culo con una fusta. Al cabo de unos minutos, corríamos al baño, donde él se bajaba con entusiasmo las medias para mirarse al espejo. Si todavía no se le había grabado en la piel el dibujo de la tela, volvíamos atrás y lo intentábamos

de nuevo.

Después, simplemente le daba de latigazos hasta dejarle la piel morada y manchada de sangre. Hasta que me pedía que parara.

Cuando pasábamos la noche juntos, A2 dormía rodeándome con sus brazos. Yo pataleo y lucho con las mantas y las sábanas por la noche; él me mantenía dentro. Yo froto las piernas como un grillo; él me calentaba los pies fríos con los suyos. Cada vez que su mano descansaba sobre mi vientre, yo me despertaba, intrigada no sólo por su quietud (parecía sólo ligeramente menos vivaz que cuando estaba despierto), sino por su estado de inconsciencia. Qué desprotegido está el cuerpo. El éxito de nuestra especie depende de lo que hay debajo de nuestra piel, y no de un millar de púas montadas encima. Podría haberlo herido en cualquier momento de su sueño. Si se daba la vuelta, dejaba expuesta la columna vertebral. Podría haberlo atacado entonces.

Una vez abrí los ojos antes de que sonara el despertador y me encontré las cortinas descorridas sobre una mañana perfectamente gris. Al oír un suspiro, me giré hacia él, creyéndolo despierto. Aún se demoraba en la penumbra del sueño, con los largos brazos en ángulos forzados, metidos bajo la almohada desplazada.

—¿Por qué escondes así las manos? —le pregunté, al ver que sus codos se proyectaban hacia afuera, mientras sus manos se escabullían bajo las sábanas.

—Para que no me retuerzas las muñecas —farfulló, antes de caer en un sueño más profundo. Fuera, en un árbol, empezó a cantar el primer estornino de la mañana.

Él rompió con su otra amante, pero yo nunca lo creí del todo, y empezamos a alejarnos y a dormir juntos cada vez con menos frecuencia, hasta que un día él comenzó a salir con otra persona y yo también. Los dos nos alegramos por el otro.

*jeudi, le 18 décembre*

N y yo tuvimos un encontronazo menor en el gimnasio. Nada serio, como hubiese sido una discusión sobre si son sus glúteos o los míos los que se están beneficiando más de los ejercicios añadidos a la rutina, sino una diferencia de opinión sobre la necesidad de restringir el acceso a las ayudas y los servicios públicos. Él es favorable a la restricción y creo que, en algún momento, las palabras «paranoico xenófobo» atravesaron mi mente, si no mis labios.

Pero conseguimos no estrangularnos mutuamente y recalamos en mi casa para comer un risotto. La conversación se mantuvo en terrenos menos comprometidos, como zapatos, rugby o cuál de las chicas del coro de la serie «Footballers' Wives» tiene la mejor delantera. Estoy convencida de que a la larga solucionaremos nuestras diferencias, tanto en lo que hace a las esposas de futbolistas como al debate sobre el documento de identidad. Pero aun así, los desacuerdos tardan más tiempo en solventarse cuando ya no puedes follarte a la otra persona.

*vendredi, le 19 décembre*

La jefa es un cielo, pero se lía fácilmente. La prueba: yo, sentada en el asiento trasero de un taxi, con el conductor tratando de encontrar el Royal Kensington Hotel, que en realidad no existe. Llevaba quince minutos de retraso. Por fin supusimos que debió de querer decir el Royal Garden Hotel, en Kensington. El taxista se quedó esperando fuera, mientras yo comprobaba el nombre y el número de la habitación en recepción. Eran correctos. Le hice una señal afirmativa al taxista, que se marchó.

El cliente estaba recién salido de la ducha, con un albornoz blanco. Pasamos a la salita de la suite, donde había otra mujer sentada, bebiendo vino, ya con el pecho descubierto. Era una rubia guapa y menuda, de Israel.

Le quité la falda y los zapatos, y solté con los dientes los lazos de sus bragas de seda negra. Me habían dicho que era la novia de él, pero había algo que no acababa de encajar. El hombre no parecía conocerla mucho más que yo. Si se trataba de una profesional, definitivamente no era de mi agencia. Pero la intuición no siempre acierta, y en los tríos con la novia de alguien, lo más aconsejable es colmar de atenciones a la mujer. No fue ningún sacrificio: olía a polvos de talco y sabía a miel tibia.

Nos trasladamos al dormitorio. Él me acometió por detrás, mientras ella se arrodillaba para trabajarme con la lengua, los dedos y un minivibrador. Su cuerpo, excepcionalmente suave, me resultó fascinante: alguien se había pasado un montón de tiempo depilándose a la cera en el salón de belleza del hotel, aunque el efecto no llegaba a ser óptimo, a causa de la barba dura y sin arreglar de su amigo. Las patillas me hacían cosquillas y me raspaban mientras él me lamía mis partes femeninas.

—No sé qué planes tenías —le dije cuando mi tiempo se estaba agotando—, pero creo que sería fantástico que te corrieras en la cara de las dos.

La chica israelí se relamió y me hizo un guiño. Una profesional. Seguro, segurísimo.

Después saqué un frasco de aceite de albaricoque, y ella nos dio a mí y al cliente el más delicioso de los masajes. Si no lo hubiese disfrutado tanto, me habría dado envidia su habilidad. Recogí mi ropa de las dos habitaciones, mientras ella le aporreaba y amasaba la espalda.

El cliente salió a recoger mi abrigo. Le di un beso a la chica y le señalé con un gesto el frasco de aceite de albaricoque en su mano diminuta.

—Quédatelo. Lo usarás mejor que yo.

Él regresó y le pasó un brazo posesivo por los hombros. Yo volví a preguntármelo. ¿Profesional? ¿Novia? No podía estar segura. La propina que él me deslizó en la mano era igual que la tarifa.

*samedi, le 20 décembre*

Me voy al pueblo a ver a los amigos y a la familia, como es mi costumbre. El Chico también se ha ido a pasar unas semanas con sus padres, como es su costumbre. Creo que ciertas cosas sagradas deben quedar a salvo de toda intrusión por parte de la pareja, y ver a tu familia emborrachándose y perdiendo el sentido en el cuarto de baño es una de ellas.

Los viajes en tren son uno de los enigmas más emocionantes de la vida moderna. Pese a haber inventado no pocos medios de transporte más veloces, económicos y confortables, insistimos en perpetuar un método de desplazamiento anticuado y, me atreveré a decir, terriblemente poco práctico. ¿Qué otro modo de viajar impone que vayas por tus propios medios a las estaciones de origen y de destino, que esperes todo cuanto convenga a la compañía para empezar el trayecto, que te estés tanto tiempo sentada sin ofrecerte siquiera un refresco medio tibio gratis, y que por culpa de la disposición de los asientos y las mesas vayas frotándote los muslos con cuanto pervertido pueda haber desde King's Cross hasta Yorkshire?

A mí me encanta, como habréis podido imaginar.

Al haber hecho el recorrido tan a menudo, se cuándo falta un minuto para mi estación, segundos antes de que la voz del revisor lo anuncie por los altavoces, y sé cuál de todos los vagones me dejará más cerca de la salida. Podría dirigir una visita guiada de la estación con los ojos vendados. Incluso cuando no hay nadie esperándome y hay una cola de veinte minutos para coger un taxi, el efecto de bajar al andén es de intenso deleite. Y el encanto de pisar suelo propio dura indefinidamente, o hasta que el taxi me deja delante de la casa de mis padres. Lo que suceda primero.

## *dimanche, le 21 décembre*

Mi padre y yo fuimos a dar una vuelta poco después de ponerse el sol. Adujo que tenía calambres en las piernas de tanto estar sentado, pero sospecho que fue para zafarse de mi madre, que está sobreexcitada con tantos festejos. Es una vocacional de las celebraciones, capaz de combinar cinco o seis festividades de diferentes culturas. La última vez que le prestamos atención, estaba intentando cosechar entusiasmo familiar para celebrar con fuegos artificiales la fiesta del Cordero. Como no tengo más que una vaga noción de lo que es la fiesta del Cordero y de quiénes la celebran, y como no sabría qué calzado ponerme para salir al jardín y pillar tortícolis mientras contemplo estallidos multicolores de pólvora, me decidí por el paseo.

Había una sensación fría en el aire, lo suficiente para hacer hormiguitar las mejillas y las orejas. Pasamos junto a una casa con humo saliendo de la chimenea.

—Carbón —dijo mi padre con autoridad. Cuando yo era pequeña teníamos una estufa de leña, que también usábamos para cocinar. Me dio mucha pena cuando la cambiaron por la nueva cocina eléctrica y el fuego falso.

Cuando volvimos, la casa estaba a oscuras y delante había un hombre de expresión preocupada, intentando empujar su coche para separarlo del nuestro. Se puso a dar saltitos de un pie a otro, tratando de parecer inocente, lo cual no resulta nada fácil cuando el parachoques delantero de tu vehículo está enganchado con el de un coche familiar ajeno.

Mi padre soltó un silbido por lo bajo.

—Ay, ay, ay, mi mujer se va a llevar un disgusto —le dijo al desconocido, como si la amenaza de la desazón de mi madre pudiera convencer a un perfecto extraño de no escaquearse de su responsabilidad. Mi padre se puso a dar vueltas alrededor de la escena del incidente, que hasta yo podía ver que no era grave. Pero era evidente que el desconocido había estado celebrando las Navidades y empezaba a asustarse.

—No sé, no sé —dijo mi padre, inspirando el aire sonoramente—, la reparación podría salirme por un pico.

El hombre suplicó indulgencia. La historia habitual: los puntos del carnet, un seguro con cobertura insuficiente y una esposa en casa a punto de dar a luz a una hidra multicéfala, que no salvaría la vida a menos que él regresara a tiempo.

—Le diré lo que haremos —dijo mi padre, frotándose la barbilla—. Deme doscientas libras y nos olvidamos de todo.

—No llevo más que ciento veinte encima.

—Ciento veinte y esa botella de whisky del asiento delantero.

Un breve gesto afirmativo y el hombre entregó lo acordado. Mi padre se agachó y, con un esfuerzo coordinado, desengancharon los parachoques. El hombre se metió en su berlina y se alejó lentamente, mascullando expresiones de agradecimiento. Lo saludamos hasta que giró la esquina.

—Bueno, ha sido muy emocionante —dijo mi padre, mientras abría el cerrojo de la puerta delantera y me daba la mitad de los billetes—. No le digas nada de esto a tu madre, ¿vale?

*lundi, le 22 décembre*

La primera prostituta que conocí en mi vida fue una amiga de mi padre. Fue más o menos por esta época del año. Yo era estudiante.

Mi padre no es un chulo, lo juro. Tiene la costumbre de emprender proyectos imposibles. Probablemente sería candidato a la canonización si fuera católico y estuviera muerto. Sus esfuerzos altruistas han abarcado desde la resurrección de un restaurante condenado a la quiebra hasta la rehabilitación de una serie de mujeres perdidas. Su tendencia ha conducido a un enfriamiento nada despreciable de sus relaciones con mi madre, pero ella ya ha dispuesto de varias décadas para acostumbrarse a la blandura de corazón de su marido.

Mi madre podía adivinar cuándo se había embarcado en otra causa perdida, antes incluso de que él abriera la boca.

—Sólo hay una razón para que me vengas con flores —le ladraba desde la cocina—. Y no es nuestro aniversario.

Quizá sea el nombre de ella el que habría que proponer al Vaticano.

La alegría navideña prácticamente no me afectó aquel año, a causa de una reciente ruptura y al hecho de no ser cristiana. Las vulgaridades de las fiestas resultan a veces entrañables, o en ocasiones irritantes, pero aquel año se me hacían insoportables. Lo único que podía ver era un montón de gente acrecentando su felicidad por un acontecimiento al que la mayor parte del mundo no atribuye más que una mínima importancia, representado con interminables metros de espumillón y regalos no deseados. Una tarde, mientras hacía cola en el banco, vi mi reflejo distorsionado en una bola roja barata que adornaba un arbolito, y pensé en lo provisional y pasajero que era todo: las fiestas, tu cuenta bancaria y el mundo en general. Incluso me sentía incapaz de enfadarme por estar sola. Estaba vencida. Entonces hice lo que cualquier niña mimada habría hecho y volví a casa de mis padres por unas semanas, para enfurruñarme como era debido.

Como paseo reparador, mi padre me sugirió que lo acompañara a visitar a una de sus «amigas», que según me dijo acababa de pasar una temporada en la cárcel, por un delito de estafa relacionado con su adicción a las drogas. Tras recuperar la custodia de sus hijos, estaba trabajando de limpiadora en un hotel y tratando de mantenerse en el terreno de lo legal. Fantástico. Forcé una sonrisa y salimos en el coche a visitarla.

Rodamos en silencio durante un cuarto de hora.

—Yo sé que tú sabes que tu madre no lo aprueba —dijo él de pronto, afirmando lo obvio.

No dije nada y me puse a mirar por la ventana a la gente que salía de las tiendas al aire de la noche.

—Es una persona maravillosa —me dijo de su amiga—, y sus hijos son verdaderamente adorables.

Mi padre es un pésimo mentiroso. En su deprimente cocina, la mujer nos obsequió con la detallada historia de una infección supurada en uno de sus pulgares, que había culminado en una semana de baja laboral. Sus dos hijos eran tal como los había imaginado: el mayor, de unos quince



años, me escudriñaba las curvas bajo tres capas de ropa de abrigo, y a su hermano menor habría sido imposible arrancarlo de la tele.

No podía dejar de pensar en mi último novio, que me había abandonado repentinamente, acusándome de frivolidad y falta de sentimientos por el prójimo. Bueno, como escribió Philip Larkin, es bueno saberlo.

Los otros adultos y el hijo mayor salieron del cuarto para ver la bicicleta de éste, un trozo de chatarra recuperado de un vertedero, que yacía retorcido delante de la puerta. Mi padre es bastante manitas y prometió hacer algo al respecto. Yo sabía que era más probable que sus intenciones se tradujeran en un regalo contante y sonante para el jovencito que en una resurrección del biciclo. Me quedé resoplando, viendo cómo el hijo menor atacaba el mando a distancia.

En cuanto nos quedamos solos, se volvió hacia mí.

—¿Quieres que te enseñe mi pajarito? —me dijo.

Me pregunté si no sería un eufemismo.

—Vale —respondí.

Fuimos hasta la ventana y él la abrió. Fuera había un gran arbusto de acebo. Hizo chasquear la lengua y esperó. En la calle sólo se oía el ruido de unas motocicletas y de unos borrachos festivos saliendo de un pub.

Volvió a chasquear la lengua y silbó. Entonces, un pequeño herrerillo le contestó y salió volando del arbusto, para posarse en su hombro. Cuando abrió la mano, con la palma hacia arriba, allí se le posó.

Volviendo a la ventana, me indicó que tendiera la mano. Hice lo que me decía. Me enseñó a quitar rápidamente la mano, dejando caer al herrerillo y cogiéndolo otra vez cuando empezaba a abrir las alas.

—Así le enseñé a volar —dijo.

—¿Tú le enseñaste a volar?

—Un gato mató a su madre, así que entramos el nido —me contó—. Cazábamos grillos y se los dábamos de comer con una pinza.

Había seis polluelos en el nido, pero sólo uno sobrevivió. Me enseñó otro truco. Con el herrerillo sobre el hombro, miraba primero a la derecha, después a la izquierda y después otra vez a la derecha, y el pajarito se asomaba para mirar dentro de cada oreja, cada vez que se le enseñaba.

Volvieron los otros, con el hijo mayor lleno de satisfacción por haber hecho que mi padre se despidiera de parte del contenido de su cartera. La avecilla salió volando y el hijo menor cerró la ventana. Su madre estaba describiendo animadamente otra indisposición reciente, atribuible —no lo dudaba— a la mala calidad de la comida en las cárceles de Su Majestad.

—No te dan casi nada, estás todo el tiempo muerta de hambre y aun así engordas.

Nos quedamos lo suficiente para tomar otra taza de té y unas galletas de chocolate, y después mi padre y yo nos marchamos a casa en silencio.

*mardi, le 23 décembre*

Abrigo largo: sí.

Gafas oscuras: sí.

Una excusa para zafarme durante una hora de las atenciones de mis padres: sí.

Salgo a la calle y estoy libre.

Llego puntual a la cita. Él llega tarde. Sorbiendo un café, finjo leer el periódico. Él entra por la puerta sin hacerse notar y se sienta frente a mí. Lo saludo con un gesto y empujo el paquete a través de la mesa.

A4 levanta discretamente la tapa y mira el interior de la caja.

—¿Estás seguro de que son de las buenas? —pregunta.

—No hay mejores —digo—. Resultado garantizado.

Suspira aliviado, aflojando la tensión de los hombros.

—Si no te importa que te pregunte —le digo—, ¿de verdad necesitas tanta cantidad para pasar una semana con tu familia?

—De otro modo, me matarían —responde, abriendo otra vez la caja y haciendo una profunda inspiración—. En cuanto empiezan a oler sangre en el agua, les echo delante estas trufas. Así dispongo al menos de unas horas.

—La receta es secreta —miento. En realidad, la he encontrado en Internet. Mantequilla, chocolate, nata y ron. Tan simple que ni siquiera yo podría fastidiarla.

A4 y yo estuvimos saliendo varios años e incluso vivimos juntos una temporada. No teníamos ni un orinal donde mear, como suele decirse, pero nos habíamos montado una vida confortable y teníamos un montón de intereses comunes: básicamente, despotricar contra el resto del mundo. Duró hasta que yo me marché de la ciudad, en el primero de varios intentos infructíferos de encontrar una ocupación útil. Hace poco me dolió averiguar que, en su opinión, la casa postestudiantil que compartimos era «una cueva».

—Me has salvado la vida —dijo A4.

Por él sigue preguntando todavía mi padre, como si aún estuviéramos juntos. De él es de quien tengo más fotos. Tengo una suya en la montaña, en un marco de plata, en mi librería. Está mirando hacia la cámara, hacia mí, con una mano extendida para no caerse, y sonriendo. Dulce criatura. Sonríe a menudo.

—Ya me devolverás el favor en otra ocasión.

*mercredi, le 24 décembre*

Añoro la vida en el norte. Todo lo que se cuenta es cierto. Es verdad que la gente es más amable. Es cierto que las patatas fritas son mejores. Es cierto que todo es más barato. Es verdad que en invierno las mujeres salen a la calle con menos ropa.

Añoro poder pillar una tajada por menos de cinco libras.

*jeudi, le 25 décembre*

Llevo literalmente semanas deseando decir esto:

«¡Feliz Navidad, jo-jo-jó!».

Es Hanuká y ahora mismo estoy comiendo monedas de chocolate blanco, lo cual es bastante más que una pasada. Ni señales de un regalo del Chico, lo cual es bastante menos que una pasada.

*vendredi, le 26 décembre*

Mi primer diario fue un regalo para mi séptimo cumpleaños. Por fortuna, la mayoría de los volúmenes intermedios se han perdido. Esta mañana, muerta de aburrimiento, me puse a limpiar el escritorio y encontré algunos de hace unos años. Están escritos en libretas de tapas blandas con flores dibujadas en las cubiertas. Datan de la época en que N y yo nos conocimos.

Fue hace unos años. Intimamos en seguida, lo cual es una manera mojigata de decir que nos metimos en la primera habitación de hotel que encontramos. Un par de días después, cuando salimos a respirar, mencionó a su amiga J y la posibilidad de hacer un trío. Ya había montado varios tríos con ella, y me garantizaba su belleza y su apabullante sexualidad.

Estábamos sentados en su coche, mirando el río cerca de Hammersmith. «De acuerdo», dije. No había estado con muchas mujeres, pero considerando todo el terreno que habíamos cubierto en un fin de semana, parecía imposible rechazar la oferta. La llamó para quedar. Así continuaba la anotación de ese día en el diario:

*Nos encontramos con J en su casa y fuimos a tomar un brunch. La comida estuvo bien y hablamos de sexo y de arqueología submarina.*

*De vuelta en el piso de ella, preparé chocolate caliente para N y para mí. Cuando él salió de la habitación, ella me besó y me preguntó con cuántas mujeres había estado. Le mentí, diciéndole que con ocho o nueve.*

*Bebimos el chocolate en la sala, y N dijo que se iba a echar una siesta. / me llevó a su dormitorio, donde había una enorme cama blanca de matrimonio, con las palabras «La Nuit» bordadas en las fundas de las almohadas.*

*Nos besamos y nos tocamos. J me pareció bajita hasta que me quité los zapatos; en realidad, somos de la misma estatura. Su trasero tenía muy buena pinta dentro de los pantalones de rayas color crema, pero al descubierto estaba todavía mejor. La noche anterior, N había dicho que yo tenía el mejor culo que había visto, pero creo que el de J es mejor. Su cuello, su piel y su pelo olían tan bien que de pronto empecé a notar mi propio sudor. «¿Eso te lo ha hecho N?», me preguntó, señalando los profundos arañazos en mi hombro. Le enseñé los oscuros cardenales que tenía en los muslos y las tenues marcas de su polla en mi cara. Me pidió que me acostara, y entonces me vendó los ojos y me ató las manos.*

*Me recorrió el cuerpo con un látigo suave, de varias tiras.*

*—¿Sabes lo que es esto?*

*—Sí.*

*—¿Lo quieres?*

*Reservó los golpes más fuertes para mis tetas y me folló con un consolador de doble cabeza. Cuando apreté mi cara contra su entrepierna, me desató y me quitó la máscara. La lamí a través de las bragas y después se las quitó. Tenía el coño depilado.*

*Me resultó fácil hacer que se corriera con mis dedos, después de lo cual vi que N estaba mirando desde la puerta abierta. Le pregunté cuánto tiempo llevaba ahí.*

*—Desde que te puso la máscara —dijo—. Podía oleros a las dos incluso antes de llegar a la puerta.*

En ese momento se presentó el novio de J y, a partir de ahí, el diario se vuelve un poco vago. En pocas palabras, el novio tenía un problema con N: básicamente, no quería que N tocara a J. Frustrado, N le soltó que, en ese caso, él tampoco podía tocarme a mí. Mientras tanto, N trataba infructuosamente de meterme el puño; yo estaba tan distraída que no pude correrme, y J le comía la polla a su pareja. Nos duchamos todos por separado, intercambiamos los teléfonos, y N y yo nos marchamos. Me dejó en la estación de King's Cross, no sin antes preguntarme si necesitaba algo para el viaje.

*—Algo que le dé sentido a la vida —ironicé yo.*

*—Comida y sexo —replicó él de inmediato, y yo me eché a reír. Desde entonces, le he recordado varias veces ese destello suyo de filosofía, pero él no recuerda haberlo dicho.*

*Andando por la estación, me sentía más ligera que el aire, aturdida. Feliz.*

*—Bueno —dijo él, encogiéndose de hombros poco antes de que se cerraran las puertas del tren —, supongo que cuatro en una cama son demasiados.*

Recuerdo que me masturbé en el trayecto hacia el norte. No fue fácil, porque el vagón iba lleno y no dejaba de sentármeme gente al lado. No quería hacerlo en el lavabo. Pero disponía de varias horas y me desabotoné los pantalones con la lentitud requerida por el más absoluto silencio. Lo hice con una chica asiática sentada a mi lado, que se había girado para ir hablando con una amiga suya sentada varios asientos más atrás. Yo me había echado el abrigo por encima y fingía ir durmiendo. Después llamé a N para contárselo. Fue en algún lugar cerca de Grantham, según creo.

*samedi, le 27 décembre*

Nunca he sido el tipo de chica que hace resoluciones para el Año Nuevo. Esas cosas conducen a reuniones de abstemios militantes, a matrimonios desatinados o a desgracias aún peores. Una vez decidí usar hilo dental y colutorio antes de cepillarme los dientes, durante un año entero. Eso fue antes de comprender (alrededor de 1,4 milisegundos más tarde) que el mantenimiento de tales niveles de higiene dental no sólo tenía escasas probabilidades de durar más de una semana, sino que iba a resultar muy poco atractivo. ¿Quién querría despertarse diariamente escuchando todo un musical de Broadway con mis adoradas encías en el papel protagonista?

Otro año decidí llevar un diario manuscrito, sin abandonarlo por aburrimiento ni por olvido. Milagrosamente, llegué a la marca de los seis meses, espoleada por la lectura simultánea de los diarios de Kenneth Tynan y Pepys. En comparación, el mío carecía de historias sobre el despiojamiento de mi peluca o sobre noches enteras bebiendo con Tennessee Williams.

Aun así, hasta el más reacio de los leopardos puede perder sus manchas, por lo que he estado reflexionando un poco sobre buenas acciones y resoluciones para los próximos doce meses.

Queda resuelto, por tanto, que nunca volveré a comprar un frasco de lubricante de marca blanca. Nunca más.

Creo que hay cierta probabilidad de que esta vez cumpla mi decisión.

*dimanche, le 28 décembre*

Ah, el seno del hogar. Tan reconfortante. Tan acogedor.

Tan agobiante, lo mismo que todos los años. Me vuelvo al sur, antes de que mi madre note la abolladura en el lateral del coche.



*lundi, le 29 décembre*

Suena el teléfono.

Yo:

—¿Diga?

La jefa (porque es ella):

—Querida, ¿estabas durmiendo?

—Hum, no.

—Perrrrfecto. Pareces tan distendida. Yo me considero una persona tranquila, pero tú siempre pareces mucho más distendida que yo. ¿Lees mucho?

—Hum, sí.

—Debe de ser eso, entonces. La gente que lee siempre está distendida. En cualquier caso, tengo una cita para ti ahora mismo. No sé qué ha pasado de pronto, pero todos se han vuelto locos por ti.

Dicen que las madames suelen tener sus favoritas y que promocionan a unas chicas más que a otras, según su capricho personal, pero yo de momento no lo he notado. El negocio parece tener semanas buenas, cuando tengo que rechazar citas, y semanas malas, cuando no hago más que preguntarme si tendré alguna. Pero la jefa siempre emplea el mismo tono de mujer de negocios.

—Hum, bien.

—Perrrrfecto, querida. Te enviaré un mensaje de texto con las señas. Disfruta de tu libro.

Tuve que llamar un taxi diferente del habitual. El nuevo conductor no hizo nada por caerme bien; primero, puso rumbo al este, y después se dedicó a dar un complicado rodeo alrededor de casi todo Islington. Yo iba hablando por teléfono con A4 y casi no prestaba atención al recorrido. Veinte minutos más tarde, cuando aparecimos tres calles al sur de mi casa, estallé:

—¡Para venir hasta aquí, habría llegado antes andando!

—Ya. El problema a estas horas de la noche es el tráfico —replicó él.

Miré a la derecha y después a la izquierda. No se veía ni un solo coche en ninguna dirección.

—No me lo puedo creer.

Al ritmo que íbamos, calculé que llegaría diez minutos tarde, y llamé a la agencia para comunicarlo.

Al sur del Hyde Park, el taxista se metió en un atasco de un kilómetro de largo que hasta yo habría sabido evitar.

—Disculpe, pero ¿usted sabe adónde va?

—Claro que sí.

—Voy a llegar tarde a una reunión.

Ya, de esas a las que se va en plena noche, con medias de encaje y bragas y sujetador a juego, debajo de un vestido vaporoso.

—¿Conoce algún camino mejor? —me soltó con desdén.

—No, pero no me pagan por conocerlo.

—Es el tráfico, a estas horas de la noche. No hay nada que hacer.

—De eso nada. Podría haber ido por una docena de caminos distintos. ¿Me pasea por mi propio barrio durante veinte minutos, para después meterme en un atasco monumental? ¡Por favor, que no nací ayer!

Me miró por el espejo, para confirmar que así era.

—Ya le digo, no hay nada que hacer.

—Al menos podría disculparse.

No hubo respuesta. Estuvimos sentados en silencio durante diez minutos, mientras el tráfico avanzaba reptando. Yo humeaba, hervía y estaba a punto de estallar.

—¿No puede al menos dejar que me baje?

—Claro que sí, señora, lo que usted diga.

Me bajé sin pagar, en medio del tráfico. Acabábamos de pasar junto a una parada de taxis al principio de North End Road y me fui directamente hacia allí. El segundo taxista me llevó al lugar de la cita en cinco minutos, por la módica suma de cuatro libras, por lo que le dejé otras seis de propina.

Por fortuna, el cliente fue muy comprensivo y me invitó a una copa. Me encantan los ingleses arquetípicos: ex alumno de colegio selecto, treintañero y director ejecutivo de la empresa de su padre. El tipo de persona que dice «chin, chin» para brindar. Me quedé en ropa interior al pie de la escalera, y él me contempló mientras yo subía lentamente.

Hice una pausa al llegar arriba, me volví y miré por encima del hombro:

—¿Qué planes tienes?

—Quiero hacerte el amor.

—¿Como en una canción de Barry White?

—Exacto.

Luchamos entre las sábanas durante una hora casi completa. Su vello era suave y espeso, y tenía un olor ligeramente metálico.

—¿Qué puedo hacer para que te corras?

—Es muy complicado. Estaríamos aquí toda la noche.

Nunca me corro con los clientes. Algunas chicas no besan, pero a mí eso me parece una idiotez. Después de todo, no son más que labios. Pero los orgasmos los guardo para otra persona. No me resulta difícil. Nunca he llegado al orgasmo con facilidad.

—Me parece ideal.

—Sí, pero ¿dispones de tres vibradores de seis velocidades y una pluma de pavo real? Además, los planetas no están en la alineación correcta.

—De acuerdo, tomaré nota para la próxima vez.

Cuando me iba, me dio su tarjeta, diciendo que le gustaría quedar algún día para tomar una copa.

—La pelota está en tu tejado —añadió, mientras yo bajaba la escalera hacia el taxi que me estaba esperando.

A la luz intermitente de las farolas entrando por la ventana del taxi, estudié la tarjeta. Rosa y

verde, en relieve, tipografía moderna. Habría estado tentada de llamar si no hubiese tenido novio, aunque no imagino cómo haría una pareja que se hubiese conocido en semejantes circunstancias para explicárselo a sus amigos.

—No me gustan los de su clase —me dijo la jefa cuando la llamé en el trayecto de vuelta a casa—. Seguro que redacta un informe.

Hay webs dedicadas a evaluar los servicios de las distintas agencias, y el hecho de que todo haya ido aparentemente bien no es garantía de que la crítica sea buena. Ojalá se volvieran las tornas y pudiéramos criticarlos nosotras a ellos.

El taxista rodeó por tercera vez una manzana cualquiera de Kensington. Deben de creer que no me fijo.

—¿Cómo era, entonces?

—Todo un caballero.

Un resoplido incrédulo del otro lado de la línea telefónica.

—Me lo metí en el bolsillo —añadí.

Me he acostumbrado en seguida a decirlo, sea cierto o no. No quiero que la jefa se preocupe, ni quiero que deje de apreciarme.

*mardi, le 30 décembre*

—Hay un cliente que quiere hacerte pis encima —dijo la jefa. Os aseguro que si alguien transcribiera mis conversaciones telefónicas, probablemente pensarían que soy una... oh, pero resulta que sí lo soy.

—¿Que quiere hacer qué? —pregunté, sabiendo perfectamente bien lo que había dicho.

—Pis. Encima de ti. No te preocupes, cariño, en la ropa no. Estarás en un baño.

—¿En un baño de qué? ¿De orina?

—No, en una bañera, en un baño normal.

Suspiré débilmente.

—Ya sabes que no hago humillación.

Al menos, no en el trabajo. Ya sé que parecerá raro, pero incluso cuando W me estaba tratando peor, yo sabía que lo hacía porque me tenía aprecio. Me costaría mucho dejar que un extraño me hiciera algo parecido.

—Oh, pero si no es nada de eso, cariño —dijo—. No quiere humillarte. Sólo quiere hacer pis encima de una chica que lo disfrute.

Al final, acepté, pero sólo después de convenir un sustancial aumento de la tarifa habitual. El cliente era bastante agradable y parecía enormemente tímido. Hablamos un ratito y bebimos una copa: algo fuerte para mí y una cerveza grande para él. Para llenar mejor la vejiga, supongo. Cuando llegó el momento de hacer lo que había que hacer, lo desnudé de la cintura para abajo, me quité todo lo que llevaba puesto y me arrodillé en una bañera vacía.

Me miró, miró la pared encima de mí y suspiró. No pasó nada durante un par de minutos. Yo empezaba a tener frío.

—¿Algún problema? —pregunté.

—No voy a poder. Estoy demasiado excitado —dijo, y volvió a bajar la vista—. Si te miro, se me pone dura. Si miro para otro lado, pienso en lo que va a pasar y también se me pone dura.

—Trata de pensar en algo que no te excite.

—¿Como por ejemplo?

—Tu madre comprando ropa interior para ti. Contigo detrás. Con treinta y cinco años.

Se echó a reír. Sentí el primer chorrito sobre el cuello y cayendo por mis pechos.

Después me duché, mientras él me miraba. Cuando me estaba secando el pelo, empezó a carraspear.

—¿Te sientes bien? —le pregunté.

—Creo que me queda un poco más —dijo, ruborizándose e indicando con un gesto su grifo—. No tienes por qué decir que sí, pero ¿te parece bien si lo echo en un vaso y...?

—Eh, no, gracias —dije—. La salud, la seguridad y todo eso.

—Algunos lo beben precisamente por salud —arriesgó.

—Sí, y también algunos creen que comer solamente carne es bueno.

Me puse el abrigo y lo besé en la mejilla.

—Quizá en otro momento, con más tiempo para pensarlo —añadí.

## *mercredi, le 31 décembre*

Sola en Londres, la víspera de Año Nuevo.

Se suponía que el Chico iba a visitarme, o al menos eso había dicho. Anoche llamó después de medianoche para decirme que no iba a poder venir. Se había ido a esquiar. ¿No podía yo coger un avión para ir a reunirme con él?

Con menos de doce horas de antelación. El 31 de diciembre.

Ni siquiera me había dicho que estuviera de vacaciones. ¿Por qué no podía venir él aquí? Porque le saldría demasiado caro cambiar el billete, claro. Me asombra que alguien que supuestamente tiene poquísimo dinero sea capaz de reunir un montón de pasta para irse a las cumbres nevadas de Europa, pero no para recibir el Año Nuevo con su chica. Aun así, estuve investigando en Internet, para ver si por algún milagro podía despertarme en Francia. British Airways no ofrecía reservas para antes del 2 de enero, y hasta para Lastminute.com era demasiado tarde.

Así que, con gran dolor de mi corazón, decliné su invitación. A decir verdad, no pareció demasiado contrariado. ¿Sospechoso? Por supuesto. Su compañero de viaje en esta pequeña excursión es el vecino que tanto me detesta.

Fui al centro a comer, a cortarme el pelo y a dar una vuelta por el museo Victoria y Alberto. Mirando, mirando, vi...

- Que todos los que subían al metro en King's Cross bajaban en Knightsbridge, dejando prácticamente vacíos los vagones antes atestados.
- Un hombre que paseaba dos perros: un rottweiler enorme y un dogo diminuto. Los dos perros eran negros y fornidos, pero el rottweiler daba un paso por cada tres del dogo.
- Una adolescente comiendo un bocadillo de salmón y crema de queso, con patatas fritas.
- Tres hombres caminando juntos, con gorras de lana negras a juego.
- Tres chicas que se les cruzaron, con bufandas de lana rosa mal conjuntadas.
- En Exhibition Road, a las puertas del museo de Historia Natural, hojas de este último otoño, aplastadas por miles de neumáticos hasta dejar un dibujo naranja dorado en la calzada.

*Janvier*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

## *H-J*

### *H de Habitual*

Un habitual es un hombre que normalmente hace uso de servicios de compañía. Los hay de todas las clases, desde el hombre experimentado y con encanto que deja propinas enormes hasta el rúcano aburrido que te compara para mal con todas las prostitutas que se ha tirado. Trátalos a todos como si fueran de los primeros, porque probablemente reseñarán tu actuación en Internet.

### *I de Invisibilidad*

Cuando salgas, no te entretengas en el vestíbulo del hotel, hablando por el móvil con tu jefa acerca del cliente o de la comisión que le corresponde. He visto a chicas hacerlo; es espantoso. ¿Qué esperas, hordas de admiradores fanáticos? Sal, coge un taxi y vete a casa. Sé discreta.

### *I de Jodidos ojos*

Cuando un cliente de los que repiten, especialmente uno que te gusta y suele dejar buenas propinas, se pase a otra chica o deje de llamarte por algún otro motivo inexplicable, tómatelo con filosofía. No paga por acostarse contigo porque quiera una relación, tonta. Habrá otros. Siempre hay otros.

### *I también de Jet Set*

Muy pocas chicas viajan con regularidad más allá de un radio de unos cien kilómetros. Un cliente puede proponerte que lo acompañes a dar la vuelta al mundo en su yate, pero no te desanimes si la invitación no llega a materializarse. Incluso cuando van con una puta, los hombres tienden a exagerar sus ingresos y sus relaciones, para impresionar, o incluso como tema de conversación. Por eso, no empieces a pensar qué harás con el programa de puntos de esas líneas aéreas mientras no tengas el billete en la mano.





*jeudi, le 1 janvier*

N y yo quedamos anoche en el centro, para dar rienda suelta a nuestra misantropía en época festiva. Detesto salir el día de Año Nuevo, pero estar sola es infinitamente peor. Últimamente, la copa preferida de N es Baileys con hielo, lo cual equivale prácticamente a flan servido en un vaso. Cuando levantaba el mío para brindar, un conocido nuestro pasó a mi lado y me derramó la mitad de su contenido en los vaqueros.

—A ver, ¿qué problema tiene tu chica? —le pregunté a N, oliéndome algo.

—Nada que no pueda curar una estancia de dos semanas en un burdel turco —dijo N. Así inspirados, pasamos el resto de la velada compilando una lista de las personas cuya actitud, en nuestra opinión, podría mejorar considerablemente tras una temporada en dicho lugar.

Naomi Campbell

La princesa Ana

Cherie Blair

Las chicas de Tony Blair

(E)liz(abeth) Hurley

Cualquier Jagger, tanto las ex como sus retoños

Palmer-Tompkinson

y, en general, cualquier rubia a la que se le puedan aplicar los calificativos «andrógina» o «ambigua».

*vendredi, le 2 janvier*

A propósito de orgasmos en el trabajo:

No tengo. No equiparo el número de orgasmos con el nivel de goce sexual, ni el buen sexo con la capacidad de producir orgasmos. A los diecinueve años, si no recuerdo mal la persona y la conversación, me di cuenta de que lo importante en el sexo era la calidad del disfrute, que no siempre equivale al orgasmo.

Por otro lado, también recuerdo que aquella conversación consistió básicamente en comparar nuestras experiencias con los tripis. Aun así, el convencimiento de que el sexo era un fin en sí mismo nunca me abandonó.

Las cosas como son: se trata de un servicio al cliente, no de una odisea en pos de la realización personal.

Pagan por su orgasmo, no por el mío. Muchos hombres —más de los que os imagináis— ni siquiera llegan a correrse y nunca insinúan que sea un fracaso mío. A veces sólo buscan contacto humano, un cuerpo tibio, un abrazo erótico. La mayoría de las veces, ahora que lo pienso.

Cuando hablo de la incapacidad de los clientes para provocarme el orgasmo, no lo hago como crítica. En lo que a su parte del trato respecta, ellos hacen un trabajo estupendo, y yo disfruto del sexo más allá del estremecimiento puramente físico. Ser deseada es divertido. Arreglarse para salir es divertido. Sentir la presión de tener que llegar al clímax por temor a dañar el ego de alguien, o tener que hacerlo llegar al orgasmo por miedo a no volverlo a ver, es lisa y llanamente perverso.

A veces, una carrera es un buen día paseando, sin importar en qué posición hayas quedado.

*samedi, le 3 janvier*

Mensaje de texto del Chico: «¿Estás bien? Estoy triste porque me da que ya no quieres hablar conmigo».

A veces me pregunto si no seré anormal. Un poco fría para el amor, algo falta de sentimientos. En cuanto el interés de la otra persona decae, empieza a pasarme lo mismo. Como decía Clive Owen en *Croupier*, «hay que agarrarlo con fuerza cuando viene y dejar que se marche cuando se va».

No doy suficientes oportunidades a la gente.

Quizá sé que no hay que dárselas. Todo romanticismo es narcisismo, me dijo A1 una vez. Pero también fue él quien me dijo que las mujeres de más de treinta años no deberían llevar nunca el pelo largo, por lo que probablemente se trata de una fuente poco fiable. En cualquier caso, al no responder al mensaje del Chico, nos hago un favor a los dos.

También han pasado otras cosas, pero nunca he querido pensar en esas cosas ni escribir al respecto, porque temía precipitarme, en caso de que todo se arreglara. Aún podría arreglarse. Podría llamar por teléfono, o enviar un mensaje, pero las dos cosas me parecen sucedáneos demasiado pobres de la comunicación. Si no puedo ordenar lo que tengo en la cabeza, ¿cómo voy a expresarlo en frases inteligibles?

De todos modos, si espero demasiado, ya no estará en mi mano tomar la decisión.

Resuelvo salir y gastarme todo el dinero en ropa interior, para después dispersar todas mis compras por la habitación, como un I-Ching de satén y encaje, y decidir así mi destino. Que sean los dioses de Beau Bra quienes decidan.

He comprado un conjunto de encaje color chocolate, con lazos de satén rosa en los laterales de las bragas y entre las copas del sostén, pero no es para el trabajo ni para el Chico.

En el camino de vuelta, el metro estaba lleno de cazadores de rebajas y turistas. Traté de adivinar lo que habría en el interior de cada bolsa de papel brillante. ¿Unos pañuelos? ¿Cómics? ¿Perfume? Era un éxodo masivo hacia el norte de la ciudad, con grandes cantidades de gente saliendo del vagón en cada estación, como aquella mujer que no veía la hora de llegar a su casa y que no iba a esperar ni a quitarse el abrigo para abrir las bolsas, o aquel hombre que ya le estaba arrancando el plástico a un cedé nuevo y estaba tirando los trozos del envoltorio al suelo.

Esta noche voy a una cena anual con amigos. Los hombres irán embutidos en sus esmóquines, que desde el año pasado se han vuelto misteriosamente ceñidos, y rezongarán por lo exiguo del plato principal. Las mujeres navegarán de mesa en mesa, enfundadas en brillos y tejidos ajustados, con el pelo suave como pétalos.

El vagón da varios bandazos cerca de mi estación. La canción que suena en mis auriculares es movida, el tipo de éxito pop que figuraría en un millar de recopilaciones de «lo mejor de 2003». Cuando levanto la vista, veo lo cerca que está el pasamanos amarillo de la lámpara del techo y rozo la cubierta con la yema de los dedos. Un cochecito de bebé se sacude con los tumbos del vagón, y se desparraman las bolsas de las compras que ha hecho la madre. No puedo reprimir una

sonrisa. Un poco más allá, un hombre calvo mira fijamente el vacío.

*dimanche, le 4 janvier*

N asistió de mi brazo al acontecimiento formal de anoche. Yo seguía enfadada con el Chico, en la línea dura de que «todos los hombres son unos capullos, a menos que paguen, y entonces son unos capullos que pagan». Habiéndolo comprendido, N aceptó acompañarme, en calidad de capullo galante, lo cual significa probablemente que intentaba llevarme a la cama.

Nos duchamos y nos vestimos en mi casa, y yo le anudé el lazo de la pajarita antes de salir. Él había pensado en ponerse una de esas que ya vienen anudadas, pero lo convencí para que se pusiera una auténtica. No me dejaría ver en público con ningún hombre cuya pajarita perteneciera a ninguna de las siguientes categorías: de enganchar, con elástico o metalizada. Hay un momento y un lugar para la comedia en materia de indumentaria. Y creo que ese momento pasó cuando Charles Chaplin se separó de su cuerpo mortal.

Con la boca seca, nos detuvimos para echar un trago precelebratorio, en un bar ingeniosamente oculto en el subsuelo de otro bar. Ya se habían congregado allí otras varias docenas de asistentes a nuestra fiesta, y N procedió a presentarme a unos cuantos. Una chispeante doble de Nigella Lawson, de melena negra como ala de cuervo, se plantó a mi izquierda.

—¡Hola! ¿Qué tal? —me soltó en tono nasal—. Me llamo T...

De momento, su vestido se las arreglaba bastante bien para sujetarle las tetas, pero no parecía probable que resistiera toda la noche.

«¿La conoces?», le pregunté a N con la mirada, a lo que él me respondió, también con la mirada: «No. ¿Crees que se iría a la cama conmigo?».

Mientras tanto, ella había apoyado su mano perfectamente manicurada sobre mi rodilla.

—¡Me encanta tu acento! —exclamó con entusiasmo—. ¿De dónde eres?

—De Yorkshire —respondí—. ¿Y tú?

—Michigan.

Encantadora. Pero a la gente le apetecía moverse, y nos marchamos al lugar de la cena. Por desgracia, T y su amigo estaban a tres mesas de distancia de nosotros. A nosotros nos situaron en una mesa con mayoría de parejas, y yo quedé sentada junto a la esposa de un conocido mío y de N. Con varias copas de más, nos miró a los dos de arriba abajo, y en cuanto N se volvió para hablar con alguien, me soltó:

—Oye, ¿cuánto hace que volvéis a estar juntos?

—Hum, solamente estamos viendo a ver qué pasa. De momento, sólo somos amigos.

—Ya, claro que sí.

Me hizo un guiño pícaro, para mostrarme que no se creía ni una palabra de lo dicho, un gesto que habría revestido más peso si simultáneamente no se hubiera derramado la mitad del vino tinto en el vestido.

Los discursos marcaron el apogeo de la velada: un deportista paralímpico multimedallista con una reserva interminable de chistes verdes, seguido de otro personaje deportivo, seguido a su vez de un señor barrigón de pelo blanco. Era tal el nivel de los oradores que incluso yo, una vulgar

aficionada en todo lo que no huela a esfuerzo sexual, logré fingir interés durante veinte minutos.

Después, nos fuimos todos a la discoteca. Bailé, bebí, bailé un poco más. Por el rabillo del ojo, descubrí a N inclinado, hablándole a T al oído. Buen chico, pensé. Cuando ella se alejó para bailar con su amigo, fui a buscarlo.

—Eres un buitre. ¿Has conseguido su teléfono?

—En realidad, estaba más interesada en ti.

—¿De verdad?

Me volví para mirar la pista, donde tres hombres la estaban haciendo girar y girar, probablemente un experimento sobre la fuerza centrífuga y sus efectos sobre el satén. Hasta donde yo podía ver, el vestido aún se resistía a estallar, no sé si por arte de magia o por obra de la cinta adhesiva de doble cara.

—Así es, pero creo que he arruinado tus perspectivas.

—¿Por qué?

—Le he dicho que sólo te irías con ella si iba yo también.

—¡Serás capullo!

Le di un puñetazo en el hombro, y me hice más daño yo en la mano que a él.

Entonces me dio un beso en la coronilla.

—Lo he hecho para salvarte de ti misma, querida.

*lundi, le 5 janvier*

## ***El sexo: Guía para observadores***

- *Sex-shop*: Pese a su nombre («tienda de sexo»), no vende sexo. Es el equivalente léxico de llamar «carnicería» a una tienda de productos para vegetarianos.
- *Sexo caliente*: Imitación con la mayor aproximación posible del efecto visual de la pornografía. Véase también: sexo telefónico.
- *Sexo bueno*: Cuando consigues todo lo que quieres.
- *Sexo malo*: Cuando otra persona consigue todo lo que quiere.
- *Gatita sexy*: Una mujer de razonables encantos que, sin embargo, suele depender de los efectos optimizadores de la lencería.
- *Sexual*: Término habitualmente relacionado con los rituales de apareamiento de las especies animales o con las apremiantes urgencias hormonales de la juventud. No se utiliza nunca en un auténtico episodio sexual sin provocar ataques de risa. La excepción que confirma la regla son varias de las canciones de Marvin Gaye.
- *Educación sexual*: Interfaz entre un plátano y un condón, que no siempre aporta información útil.
- *Bomba sexual*: Arma de destrucción masiva.



*mardi, le 6 janvier*

Llamé al timbre del portal. No hubo respuesta por el interfono. Me abrió la puerta sin más. Ya en su piso, me hizo pasar y desapareció en la cocina para preparar una copa. El interior era limpio, casi estéril. Espejos de cristal ahumado por todas partes. Tuve la sensación de estar en un restaurante. Un sitio bastante increíble para alguien que, según la jefa, era estudiante. Las becas de doctorado probablemente dan para pillar varias tajadas por trimestre, pero dudo que sean suficientes para pagarse una dama de la noche.

Él:

—No estés tan nerviosa.

Yo (sorprendida):

—Estoy tranquila. ¿Qué has dicho que estudias?

—Te lo diré luego.

Me dijo su nombre.

—¿De verdad? —reaccioné; era un nombre raro y anticuado—. Mi novio también se llama así. «Ex —me dije con sorna—. Deja de pensar en él en presente».

Hablamos de los planes del cliente de trasladarse al norte de Londres, que al parecer tiene «la mayor densidad de psicoterapeutas del mundo». Conociendo a algunos de los que viven allí, lo comprendo perfectamente.

Él:

—Eres extraña. No acabo de ubicarte.

Yo:

—Soy bastante simple.

—Un libro abierto, ¿no?

—Algo así.

Más tarde...

Yo:

—¿A qué me has dicho que te dedicas?

Él:

—Al psicoanálisis.

Lo cual nos convertía en camaradas, si no exactamente en colegas. La conversación derivó hacia la biología evolutiva y el papel de las feromonas en la atracción. Al parecer, el grado de aprecio del olor de otra persona guarda relación con las probabilidades de que ambos puedan producir descendencia con la menor cantidad posible de defectos congénitos. No es el prólogo habitual de un encuentro amoroso, pero a mí me funciona. A él le gustaba el sexo intenso, sensual y linguocéntrico. A mí me gustaron sus espejos. Me abrió y me tomó analmente, deslizándose dentro y fuera. Cuando se corrió, fui a asearme y observé en el baño un ejemplar del último libro de Richard Dawkins.

Yo (vistiéndome):

—Está bien este libro. Y tú hueles bien.

Él:

—Fantástico. Eso significa que podemos tener hijos.

Los dos nos echamos a reír.

—De momento, mejor no.

Todavía había tiendas abiertas y yo quería gastarme el dinero que llevaba en el bolso. Con los tacones repiqueteando, recorrí un pasaje subterráneo. En uno de los extremos de la galería embaldosada había unas cajas de cartón donde se habían instalado unos vagabundos. Nunca sé si devolverles la mirada o no, ni si debo apartarme al pasar junto a ellos. ¿Qué tienen que nos incomoda tanto? ¿Algún tipo de magia contagiosa que amenaza con dejarnos en la ruina si nos atrevemos a acercarnos demasiado?

Eran hombres jóvenes y hablaban entre sí. Capté la mirada de uno. Marcado acento del norte. Yo sentía en la cabeza el sonido de mis zapatos reverberando hacia ellos, tanto como el peso del dinero que llevaba encima. Una buena persona simplemente habría arrojado los billetes en su dirección, ¿no?

Bobadas, intervino otra parte de mi mente. Se lo gastarían todo en drogas.

¡Ah, ya salió la reina de la moral! ¿Quién acaba de acostarse con alguien por dinero?

Vale, sí. Pero yo al menos tengo un trabajo. No cobro por algo que no haría también, aunque fuera gratis.

Puede que sean mochileros necesitados de dinero.

También pueden ser violadores.

El pasillo describía un brusco recodo justo después de su improvisado campamento. Los dos jóvenes (bastante guapos, a decir verdad) levantaron la vista cuando estuve cerca.

—¿De juerga? —preguntó uno.

Sonreí. Podría haberle dicho la verdad. Pero no lo hice.

—Una fiesta —respondí.

—Bien —dijo el de la barba, y volvieron a su conversación.

Sin ralentizar la marcha ni desviarme, seguí andando hasta perderme de vista.

*mercredi, le 7 janvier*

Él:

—¿Vino blanco?

Yo:

—¡Oh, qué atento!

Me ofrece una copa, brindamos y bebo un sorbo.

—Un poco más seco que de costumbre.

—Pensé que sería interesante probarlo.

Cuando un habitual se vuelve todavía más habitual, las reglas se tornan un poco más laxas. Se supone que los clientes no pueden estar bajo la influencia de las drogas durante las citas (ni nosotras tampoco), pero un poco de alcohol no está expresamente prohibido. Habiendo visto varias veces a este hombre en particular, sé que siente la necesidad de fumar un canuto antes de recibirme. Lo huelo, y me sorprende que no afecte a su actuación. La otra noche llegué unos minutos antes (era un lunes por la noche, y casi no había tráfico) y lo pillé in fraganti.

Otro de sus hábitos es usar inhaladores durante mis visitas. Ahora que lo pienso, no son ilegales (al menos, no creo que lo sean), y yo no soy contraria al uso de drogas en sí mismo. «Vive y deja vivir», «delito sin víctimas» y todo eso. Por mi parte, no suelo meterme nada, más allá de una copa de algo fuerte, aunque los que me han conocido en la universidad probablemente dirían lo contrario.

Anoche, en el suelo de su dormitorio, yo estaba acaballada encima de él. Con los ojos cerrados, tendió el brazo hacia el consabido frasquito marrón y esnifó directamente. Después me lo ofreció. «¿Por qué no?», pensé, y esnifé también, y volví a hacerlo cuando él lo cogió otra vez diez minutos más tarde.

Vaya subidón. Sentía el cuero cabelludo, la cara y los oídos palpitando, como cuando te sonrojas, pero mucho más. Cada sonido parecía intensificado, con un toque metálico. Las puntas de los dedos me parecían patas de un palmo de ancho.

Por fortuna, no duró más de un minuto.

Los efectos del inhalador. El sexo duró un poco más.

*jeudi, le 8 janvier*

Con este trabajo, hay varias cosas que no resulta fácil tomarse en serio.

Primero: el transporte público. En un trabajo normal, quizá sea posible justificar veinte minutos de retraso con la sempiterna excusa de la línea del Norte, «siempre igual», gruñido, refunfuño, etc. Pero cuando un marido desatendido dispone de sesenta minutos entre el almuerzo y la siguiente reunión, se ha tomado una Viagra y está que se sale, no puedes llegar tarde. Por eso, los taxis y yo somos viejos amigos, muñeca.

Segundo: los tíos que intentan ligar en los transportes públicos. ¿Se creerán que voy a seguirlos a un oculto nido de amor? ¿O que van a venirse conmigo, y lo nuestro será amor a primera y atestada vista en un trayecto con demora al sur de la ciudad? Ni soñarlo.

Tercero: los rollos de una noche. Como dicen los anuncios para alistarse en el ejército: me divierto y encima me pagan. A veces no es tan divertido, pero siempre me pagan. Recibo más sexo oral de los clientes en una semana que el que obtuve durante todos los años de universidad.

Cuarto: los problemas con el novio. No quiero estar sin pareja y ser prostituta. No quiero estar sin mi Chico. Lo de ahora es una tregua. En serio.

Quinto: la moda. ¿Botas planas, pelo corto, pantalones piratas, faldas con volantes? No volvería a conseguir trabajo en mi vida.

*vendredi, le 9 janvier*

Como era el cumpleaños del Chico, vino a visitarme. Estaba guapo, amable y tenía la clara intención de portarse bien. Durante la mayor parte de la velada, las cosas resultaron sencillas, relajadas y serenas. Yo me fui apoyando cada vez más en su brazo y él me respondió pasándome un brazo por el hombro. «Gracias a Dios —pensé—. No ha sido más que un pequeño paréntesis. Nada que temer».

Decidimos dejar pronto a nuestros amigos en Wimbledon (para darle más trabajo a la cama, cariño), con la más endeble de las excusas, sólo para meternos en un parón del metro de proporciones épicas. Después de una hora entera varados en Earl's Court, con el Chico cabeceando de sueño sobre mi hombro, anunciaron por megafonía un cambio de ruta para nuestro convoy, de modo que nos bajamos en Gloucester Road para hacer un trasbordo. Por desgracia, la línea de Piccadilly también estaba parada.

Tomé la decisión de salir de allí y parar uno de los taxis negros tradicionales, en lugar de los taxis independientes que suelo utilizar.

—¿Cuánto va a costarnos? —preguntó el Chico.

—No te preocupes. Pago yo —respondí, mientras él se agachaba para preguntárselo al conductor—. ¡Vamos, entra, tonto! —le insistí, empujándolo al interior del taxi.

Primero le indiqué al taxista que parara delante de un banco para sacar dinero. Cuando volví al coche, el Chico parecía indignado.

—El taxímetro siguió funcionando mientras esperábamos —gruñó—, probablemente le añadió una libra más a la carrera.

A mí no me pareció mal.

—Han sido un par de minutos de espera —dije.

Además, al haber cogido un taxi tradicional y no uno independiente, tenía cierta confianza en que, por mucho que subiera el precio, al menos el conductor no intentaría darnos un paseo por toda la ciudad. Vivo relativamente en la periferia y a veces llego a pagar hasta cuarenta libras por un taxi. Cuando me desplazo por trabajo, como es lógico, paga el cliente. Teniendo en cuenta la hora de la noche y el trayecto, me consideraría afortunada si la carrera nos salía por unas veinte libras.

El Chico se puso de morros, retiró su mano de la mía y se puso a mirar por la ventana, enfurruñado.

Cuando estábamos a unos tres kilómetros de mi casa, dijo:

—¿Qué te parece si bajamos aquí? Estamos bastante cerca.

El taxímetro acababa de superar las veinte libras, pero yo llevaba tacones de aguja y no tenía intención de pasar media hora andando en el frío de la noche, pudiendo estar mucho antes en el calor de la cama.

Le dediqué una mirada punzante.

—Si quieres bajarte y andar, yo no voy a impedírtelo.

Por mi parte, yo no tenía intención de ir a ninguna parte. Era su cumpleaños, pagaba yo, ¿y a quién le importa el dinero cuando se trata de estar en casa en brazos del otro?

El semáforo se puso verde. El taxista, nervioso, nos miró por el retrovisor.

—Ejem, ¿va a bajarse aquí, jefe? —preguntó.

—No.

El Chico se cruzó de brazos y se hundió un poco más en el asiento.

Al cabo de menos de cinco minutos estábamos en mi casa, sanos y salvos. Mortificada por la escenita, le di al conductor tres libras de propina. Subimos la escalera. Abrí con la llave y entré.

—Bueno —dije.

—Bueno.

—¿No vas a disculparte?

—No puedo creer que lo dejaras desplumarte de ese modo.

—Y yo no puedo creer que tú actuaras de ese modo. No era más que dinero.

—Un montón de dinero.

—Yo me gasto mi dinero como me da la gana, y me daba la gana gastármelo en venirnos a casa tú y yo para estar juntos. No ha costado más caro que una ronda en el pub.

A continuación, toda una noche de discusión, durante la cual, irónicamente, la puta hizo de abanderada de la causa «el dinero no significa nada», mientras su novio enumeraba los favores ofrecidos y los gastos incurridos por él a lo largo del año pasado. Si es cierto que quiere cambiar de trabajo, quizá debería pensar en la contabilidad. La cosa terminó más bien abruptamente, conmigo extendiendo un cheque por el valor aproximado de mi tarifa horaria y poniéndoselo en la mano.

—¿Tendrás suficiente con esto? —le pregunté—. ¿Te quedas más contento?

Por la mañana salió como un vendaval a charlar con la vecina y a probar sus juguetes tecnológicos, más brillantes y mejores que los míos. No hay peor ruido que las risitas codiciosas de una pelirroja enseñando su agenda electrónica yuxtapuesta a su surco interpectoral.

Pasé por lo menos una hora repasando horarios de trenes.

*samedi, le 10 janvier*

Estábamos agotados después de pasar la noche discutiendo. Él tenía un tren que coger en London Bridge y yo había quedado con unos amigos, así que salimos de casa al mismo tiempo. En la estación de metro, nos sentamos dejando entre ambos un asiento vacío. Él examinaba un plano de Londres, sin ningún propósito.

Llegó un tren de la línea del Norte. Los vagones cerca de nuestro extremo del andén estaban vacíos. Corrí y me metí en uno de ellos. Las puertas permanecieron abiertas unos instantes. Me senté y miré a mi alrededor; él no me había seguido. Asomé la cabeza por la puerta. El Chico no estaba. Las puertas se cerraron.

Volví a sentarme, apoyé la cabeza en el bolso grande que tenía en la falda y suspiré. Pasaron un par de estaciones. Entraron más pasajeros, algunos en grupos, conversando. Me apeé para hacer un transbordo en Euston y por un momento pensé en retroceder. «No —me dije—, se habrá ido hace rato». Pero me quedé en el andén y esperé a que llegaran un par de trenes, por si acaso. Al cabo de diez minutos, me di por vencida y me monté en un tren. Sentados frente a mí había un hombre joven de rasgos asiáticos, una chica con un pañuelo en la cabeza y auriculares, y una rubia de expresión aburrida, con la bolsa de la compra.

Poco antes de London Bridge, una cara se materializó delante de la mía. Di un brinco. Era él. Me pilló por sorpresa, no supe qué decir. Obviamente, no fue la reacción correcta.

—Bah, da igual —dijo él, situándose de pie junto a la puerta.

—¿De dónde has salido? —pregunté.

—¿Qué quieres decir? He estado aquí todo el rato.

—¿En este tren? ¿En este vagón?

—Sí.

Hizo un mohín desdeñoso, se cogió del pasamanos y se puso a mirar por la ventana, mientras el convoy se detenía al entrar en la estación.

—Gracias por gritar —añadió—. Ahora todos creerán que soy un asesino o algo así.

—No he gritado. Es sólo que me has sobresaltado. ¿Estás seguro de que ibas en este vagón? No es posible.

—He ido todo el trayecto de pie a tu lado.

—No, yo he mirado. Y esperé en Euston. No puede ser.

Salió del tren al andén. La corriente de gente se dividió, para fluir a su alrededor.

—Si quieres hablar conmigo, sal y habla conmigo.

Volví a sentarme.

—No puedo. Si tú quieres hablar conmigo, sube.

—No, baja tú.

Las puertas empezaron a cerrarse. Dije su nombre, tensa la voz, en tono seco y agudo.

—No seas tonto. Ven.

Las puertas se cerraron, separándonos. La última vez que vi al Chico, me estaba haciendo

adiós con la mano.

Suspiré. El vagón estaba casi vacío. La rubia de la bolsa se inclinó hacia mí.

—Te ha mentado —me dijo—. Subió en Bank.



*dimanche, le 11 janvier*

El sexo anal se ha vuelto lo más normal y socorrido.

Que levante la mano quien recuerde la época en que las estrellas del porno no lo practicaban, y los únicos que llamaban con regularidad a la puerta del pompis eran los gays y los médicos examinadores de próstatas. Cualquier hombre que le propusiera a su esposa que se agarrara los tobillos y se dejara hacer como un monaguillo probablemente se estaba arriesgando al divorcio o, al menos, a que le quemaran la cena durante un mes.

Pero como todo se está masificando, el sexo anal se ha vuelto de lo más normal. Las chicas que antes se preguntaban si podían mamársela a un chico y aun así considerarse «técnicamente» vírgenes se preguntan ahora si pueden abrirle la puerta trasera y seguir siendo teóricamente puras.

¡Fabuloso!, digo yo, porque el sexo anal es fantástico. Pero he de reconocer que yo tuve la suerte de ser iniciada en la práctica de forma suave y considerada, a lo largo de varias semanas, por un hombre cuyo deseo de que yo fuera capaz de abrirme a él le inspiraba la paciencia necesaria para perseverar. Empezó por masajearme y estimularme el ano; después comenzó a insertarme sus dedos bien lubricados, y al poco empezó a introducirme pequeños vibradores. Cuando finalmente llegamos al gran acontecimiento, yo le estaba suplicando que lo hiciera.

Y el resto de la gente también debe de estar poniéndose al día, porque actualmente todo el mundo lo hace. Cuando lo mencionaron en «Sexo en Nueva York», todos mis amigos se encogieron de hombros.

—¡Vaya cosa! —dijeron—. Hace siglos que lo hacemos.

No me extrañaría que la próxima temporada Charlotte saliera con una camiseta de lentejuelas, con la leyenda: «A mi Barbie le mola que le den por el culo». Quizá debería hacerle una y mandársela.

Así es el sexo anal. Lo más normal y socorrido. Lo que antes era tan fuerte ahora resulta que ya no lo es tanto. Anoche estábamos N y yo mirando una revista porno que me había traído él, y en una de las páginas había una mujer que por su edad podía ser abuela, a la que le habían metido el puño por los dos orificios. Y estaba sonriendo. Ni siquiera me asombré. Son pocas las cosas que encuentro chocantes, a decir verdad. Pero hay una que siempre me trastorna, todas las veces.

Sé que el sexo anal se ha vuelto lo más normal del mundo, porque mi puñetera madre acababa de llamarme para hablar del tema.

Pero ya que la tenía al teléfono, pensé que podía aprovechar para contarle lo sucedido con el Chico. Tengo que reconocer que estuvo callada hasta que hube terminado. «Pobre criaturita», dijo, y fue justo en ese instante cuando sentí las primeras lágrimas cayendo. Sí. Pobre, pobre de mí. ¡Qué suerte tengo de que mi madre me apoye tanto! Una madre que, acto seguido, se dio la vuelta y le contó toda la historia a mi padre, palabra por palabra.

Decidieron que me convenía pasar unos días en su casa. No tuve fuerzas para discutir.

*lundi, le 12 janvier*

Mi cabeza cayó un poco más hacia la superficie de la mesa. No quería la taza humeante de té que tenía entre las manos. No quería el desayuno. Mi madre suspiró. Obviamente, quería decirme algo.

—Supongo que, al menos, cada relación fracasada aumenta mis expectativas para la próxima —gruñí.

—Cariño, ¿no te preocupa pensar que algún día tus expectativas serán tan altas que no encontrarás a nadie que las satisfaga?

Si hubiese tenido fuerzas para levantar la frente por encima del borde de la taza, la habría fulminado con la madre de todos los rayos.

—Ni siquiera sé por qué pasó —mascullé—. O más bien, sé por qué pasó concretamente, pero no globalmente.

Mi padre hizo crujir su periódico y miró con expresión de interés.

—No te preocupes, cielo —dijo—. Probablemente habría empezado a salir con otra y estaría buscando una excusa para terminar contigo.

—Ah, eso me reconforta mucho, gracias.

Pensándolo bien, quizá fuera eso. Hubo a veces algunos mensajes de texto y algunas llamadas que en su momento me parecieron raros. Y una cosa gorda, hace varios meses. «Nunca me sorprendes», solía decirme. Lo decía a menudo, por lo general, cuando estábamos a punto de tener una pequeña discusión, cuando mi actitud chocaba con su ego y la primera palabra desatinada que dijera uno de los dos amenazaba con mandarlo todo a la porra. «Nunca me sorprendes», me decía y, anticipándome a la inminente lista de Cosas que Has Hecho Mal durante el Año, yo me iba a la habitación contigua y desconectaba: puerta cerrada, televisor, retrete o lo que hiciera falta. Ya me sabía la lista de memoria. Iba desde un pequeño período durante el cual volví con un ex hasta asuntos menos concretos, como el que lo presentara o no a otras personas diciendo que era mi novio o solamente un amigo. Me ponía los auriculares. Una hora de silencio hacía que pidiera disculpas.

Pero una mañana de diciembre estaba yo con ánimo expansivo. El sol acababa de salir y, por razones que no sabría especificar, me desperté con los pajaritos. ¿Que nunca te sorprende? Ahora verás. Bajé andando a la estación de Kentish Town y me puse a esperar en el andén de los trenes que van al sur.

Al final del trayecto, un taxi me dejó en su puerta. El aire estaba húmedo y olía a sal. Todavía no eran las nueve de la mañana. La puerta trasera suele estar cerrada sin llave y yo no quería despertar al Vecino. Subí sigilosamente la escalera y apoyé la mano en el picaporte de su puerta.

Lo giré. No hubo suerte. Casa antigua, estilo regencia, con lo cual a veces las puertas y ventanas se encallan por culpa de la humedad. No era eso. Estaba echado el cerrojo. Llamé a la puerta. Ya se me estaba hundiendo el corazón.

Dentro se oyeron unos cuchicheos. Una cama crujió.

—¿Sí? —fue el susurro que atravesó la puerta. Era su voz.

—Soy yo —respondí.

—Ah.

Más cuchicheos.

—Ejem, ¿me dejas pasar?

—Espera en el jardín trasero. Ahora bajo.

¿He dicho que el corazón se me estaba hundiendo? Me desapareció. El estómago ocupó un lugar en algún punto en medio de mi garganta.

—¿Qué está pasando? —chillé.

—¿No puedes esperar fuera? —dijo él, sólo un poco más fuerte. Se oyeron más ruidos dentro de la habitación.

—No —dije yo, levantando la voz—. Déjame pasar.

Entonces él salió rápidamente y cerró la puerta con firmeza. Yo hice ademán de acercarme a la puerta, pero él me contuvo sin demasiado esfuerzo.

—Por favor, no me hagas pasar vergüenza —dijo, con ojos suplicantes.

«Ni soñarlo. Ahí dentro hay alguien», pensé. Pero no pude vencer su resistencia. Empezó a bajar la escalera, llevándome a mí, que luchaba con él.

—¿Qué demonios está pasando? —grité.

Oí las puertas de los otros dormitorios abriéndose y a los otros inquilinos de la casa saliendo a ver qué pasaba. Me metió a empujones en la cocina. Admitió que sí, que había una chica dentro. Una amiga de su amigo, el propietario de la casa. ¿Había dormido en la cama plegable? No, en la suya.

—¿Quién es? —grité.

«No me hagas pasar vergüenza —repetía él una y otra vez—. No me hagas pasar vergüenza». La chica era oficial médico del ejército. Amiga de un amigo, pero no había pasado nada. ¡Ya! ¡Nada! Nadie comparte una cama sin que... ¿A que no llevas nada debajo de ese albornoz? Me zambullí en su entrepierna y era cierto: no llevaba nada.

—Confía en mí —suplicó—. Vete a la cafetería al final de la calle. Hablaremos luego de ello.

—¿Que confíe en ti? ¿Que confíe en ti? ¿Acaso puedo confiar en ti?

Ahí le cambió la cara. Empezó a hacer acusaciones. Jugó la carta de la prostituta.

La expresión «perder los papeles» siempre me había parecido imprecisa. No sabía muy bien lo que quería decir. Para mí era una de esas cosas que se dicen, como «¿qué se habrá creído?» o «¡toma!», que resultan difíciles de explicar y sólo tienen sentido en su contexto.

Ése fue su contexto. Perdí los papeles.

—Nunca me has encontrado con nadie en la cama. Ni me encontrarás. ¿Es éste el precio que he de pagar por mi sinceridad?

«Me estoy cavando mi propia fosa», pensé. Nadie valora la verdad por encima de la percepción de fidelidad. Yo follaba con otros para ganarme la vida, es cierto, y le contaba todo lo que quería oír, pero ¡ah, ah, ah! Mi corazón siempre había estado donde tenía que estar, o al menos eso creía. Mi cabeza dejó de utilizar palabras para comunicarse.

Me marché. Me fui a la costa, esperé a que abrieran los comercios y compré una bolsita de

gominolas cubiertas de coco. La marea estaba alta y el viento contrario formaba crestas de espuma blanca sobre las olas. Mi teléfono sonaba y sonaba: el Chico. Lo desconecté. Me dejó mensajes. Me juraba y perjuraba que no había pasado nada. Era una conspiración de su compañero de casa, el que me detesta. La médico (rubia, delgada —esperé lo suficiente detrás de los arbustos de la carretera para verla salir—, pero no guapa, no guapa) estaba muy bebida, se había quedado dormida en ropa interior en la cama de él, y él estaba demasiado cansado para montar la cama plegable o bajar a dormir en el sofá. En cualquier caso, no lo llamé. Cogí el tren de vuelta y acepté tres citas para ese mismo día. Después, oliendo a sudor y a látex, estuve escuchando a Charles Mingus y bebiendo oporto hasta altas horas de la madrugada. Lo superamos con mensajes de texto, al cabo de varios días.

Seguía sentada a la mesa del desayuno, en casa de mis padres, con la taza de té, ya fría entre las manos. Mi padre volvió a doblar el periódico y me lo dejó junto al codo. «Vuelve a casa, ponte a trabajar, supéralo», me dije.

*mercredi, le 14 janvier*

Hice algunos recados poco antes de una cita y fui andando del hotel al banco, con todo el maquillaje, el traje de batalla y los tacones. Cuando pasaba por el parque, un hombre se detuvo.

—¡Cielo santo, qué guapa! ¿Eres modelo?

¡Oh, no! ¿Funcionará alguna vez esa manera de entrarle a una chica?

—No, trabajo por aquí cerca.

«Piensa rápido, ¿qué hay por aquí cerca?».

—En el Royal Albert Hall —añadí.

Difícilmente podría haber elegido un sitio menos verosímil.

Él:

—¿Y estás a gusto ahí?

Yo:

—Bastante. Trabajo con gente interesante.

—Mucha gente famosa, ¿no?

—Sí —respondí, mirando ostensiblemente el reloj—. Bueno, he quedado con un amigo para comer. Tengo que darme prisa.

—Eso que llevas son medias de verdad, y no pantis, ¿no?

—¡Por supuesto!

—Eres fabulosa. ¡Ojalá pudiera salir contigo alguna vez!

—Nunca se sabe. Hasta otra.

*jeudi, le 15 janvier*

La autointroducción del puño se vuelve considerablemente más sencilla con la práctica y es una especialidad con mucha demanda para los que prefieren mirar en lugar de actuar, que son muchos. Sin embargo, supongo que por mucho que practiques, la autointroducción por vía anal es imposible. Aun así, un cliente quiso ver cuántos dedos era capaz de introducirme por el pasaje trasero mientras él me follaba. Pude sentir claramente la cabeza hinchada de su pene a través del fino tabique que separa los dos orificios y moví las puntas de los dedos para hacerle cosquillas. Se corrió en seguida, pero no se le vino abajo, siguió follando y repitió.

Él (derrumbado en la cama, después del tercer polvo en una hora):

—Tuve tiempos mejores, de verdad.

Yo (subiéndome las medias):

—¿A qué te refieres?

—Aquí, el colega, ha quedado para el arrastre. Me sorprendería que volviera a levantarse antes de un mes.

—Siendo mujer, no sabría decirlo; pero en mi opinión, se ha portado admirablemente —repliqué, dándole unas palmaditas al trozo de carne ya marchito—. Has estado muy bien. Descansa; te lo mereces.

—Te gusta de verdad lo que haces, ¿no?

—Lo tendría muy difícil si no me gustara. No tengo suficiente imaginación para abstraerme de una doble penetración.

*vendredi, le 16 janvier*

N y yo estábamos tomando el té en mi casa y escuchando la radio.

—Veamos —me dijo—, ¿qué cinco discos te llevarías a una isla desierta en el Pacífico sur?

—Mucho rock y mucho blues. —Estuve pensando un momento—. Al menos tres de blues, probablemente.

—¿Para ti sola en una isla desierta? ¿No sería un poco deprimente?

—Ya estoy sola en una isla desierta, sólo que esto no es un desierto, y el clima es frío y húmedo.

—Recuerda que tienes a tu Viernes —me dijo, palmoteándome los pies.

Nos quedamos dormidos en el sofá, escuchando a Robert Johnson.

*samedi, le 17 janvier*

Las siguientes son algunas de las cosas que me gustan (y los clientes nunca me piden):

*Correrme de verdad:* ¿Por qué iban a pedirlo? Con alguien que acabo de conocer, que no conoce el mapa inexpresado de mi cuerpo, haría falta una era geológica y una lengua con más potencia que una sierra industrial. Lógicamente, cuando me lo piden, puedo fingir.

*Canicas de cristal:* Infinitamente mejores que la variedad de caucho y más baratas que un consolador de vidrio. Se adaptan bien en sus diferentes tamaños a las dimensiones y el estado de relajación del orificio. El ruido que hacen al salir es tan delicioso como el cambio de temperatura al entrar.

*Relacionar comida y sexo:* Nunca jamás me han pagado por untarle salsa de chocolate a alguien y lamerla, o dejar que me lo hicieran a mí. En privado, sin embargo, me gusta considerarme un plato excelente y cuidadosamente mantenido. Pero ¡atención!, esto no incluye la inserción de hortalizas, que después ni siquiera se comen.

*Presentarme a la cita tal como voy vestida normalmente:* El sexo con una persona tomada al azar es una pasada. El sexo con una persona tomada al azar, que además lo parece, es todavía mejor. Además, soy muy perezosa.

*Bañarlo a él después:* Me encanta enjabonar el cuerpo de un hombre, la actitud levemente sumisa de arrodillarme para deslizar las manos por los pilares de sus piernas, y luego levantar suavemente primero un pie y después el otro para lavarlos. También adoro secar a un hombre: imaginar lo que me gustaría secar primero (la cara y el pelo), lo que requiere un suave palmoteo (axilas y genitales) y lo que tal vez se me olvide (la parte posterior de las rodillas o el espacio entre los omóplatos). Sin embargo, muchos quieren bañarme a mí, por lo que tal vez estén expresando el mismo deseo.

*Anilingus:* Después de una limpieza a fondo con agua caliente y jabón, estoy dispuesta a hacerlo. Es como tratar de besar unos morritos apretados. Es un desafío, y toda agitación de la lengua, por mínima que sea, hace más efecto que en cualquier otra parte del cuerpo. Es como un cunnilingus en miniatura. En cuanto a esta última práctica, me lo hacen todo el tiempo. No puedo quejarme.

*Imitar a un animal:* Por alguna causa, pensé que me lo pedirían. No lo hacen.

*Imitar a personajes de los Simpson:* Esto no tiene nada que ver con el sexo, pero se me da bastante bien, especialmente Milhouse y el tío de los cómics. Quién sabe, quizá algún día conozca a un hombre con una fijación fetichista con Patty y Selma, y entonces mi barco habrá llegado a su puerto.

En cuanto a esta noche, tengo una cita. Una cita auténtica con alguien que me llama por mi nombre verdadero y tiene mi verdadero teléfono. Vale, puede que sea un holograma, pero de



momento no puedo saberlo con certeza.

*dimanche, le 18 janvier*

Hacia siglos que no tenía una cita de verdad. Él era un conocido de N, lo cual nos dio tema de conversación al principio, pero en seguida me hice adicta a su aspecto, su voz y su sentido del humor. Me sorprendió sentirme tan excitada y trastornada coqueteando con alguien, como antes. ¿Me puse nerviosa cuando tuve que dejarle un mensaje en el contestador? Afirmativo. ¿Me costó decidir lo que iba a ponerme para salir con él? Afirmativo. ¿Me obsesioné con los detalles y me dediqué a *googlear* su nombre cada pocas horas? Claro que sí. ¿Se me aceleró un poquitín el corazón con cada uno de sus mensajes de texto o de e-mail? Pues claro.

Así que salimos (los detalles son irrelevantes), y hablamos y hablamos sobre nosotros y sobre nuestra mutua atracción. Yo no dejaba de mirarle las manos, cada vez que pensaba que no iba a darse cuenta. Él debía de estar mirando las mías, porque de pronto, en el tren, me cogió de la mano (¡santo cielo, íbamos cogidos de la mano!) y empezó a explorarme con los labios los espacios entre los dedos (qué estremecimiento). Yo apoyé la cabeza en su hombro (sí, encajaba a la perfección) y él olió mi pelo (sí, sí, por favor).

Entonces lo jodimos todo, jodiendo.

Quizá fueran las dos o tres copas de vino, o quizá la música, que tenía el tempo perfecto para que me diera vueltas la cabeza. Pero lo cierto es que hice lo que no debería haber hecho: pasé directamente de los mimos y los besitos a la Modalidad Puta.

Y el pobrecito se llevó la actuación completa. Los grititos. Las muñecas sujetas. Todo el repertorio empapado en sudor, sacudidor de camas, despertador de vecinos, musitador de guarrerías, con eyaculación en primer plano y gritos de «úsame, vida, hasta gastarme». Se quedó dormido nada más terminar, pero yo no pude pegar ojo, porque sabía lo que acababa de hacer. Había tenido una sesión de sexo ultracaliente, pero sin una pizca de alma, con alguien que (hasta ese momento) me hubiese gustado seguir viendo.

Hay un dicho sobre la inutilidad de comprar la vaca cuando la leche está en venta, ¿sabéis cuál digo?

Así que nos despertamos temprano y nos vestimos. Me acompañó a la estación y me fui a casa en el primer tren. No podía ni mirarlo y me sentía como una completa idiota. Nota para mí misma: nunca te acuestes con un tío en la primera cita.

*lundi, le 19 janvier*

Anoche soñé con el Chico.

Estábamos en un restaurante que tenía un bar y una especie de túnel hacia un lugar subterráneo y siniestro, situado dentro de un monumento religioso medio derruido, con columpios al fondo (esto último no puedo explicarlo, los sueños son así), y yo estaba tomando una copa con una chica del gimnasio que tiene unas tetas fantásticas. Le conté a Tetas Fantásticas el final de mi relación con el Chico y ella me preguntó cómo se llamaba.

Le dije su nombre de pila y ella dijo su apellido, pero a voz en cuello. Iba a preguntarle si lo conocía, pero entonces me volví y me percaté de que TF lo estaba llamando directamente a él. Ahí estaba él, con su nueva novia, una conocida estrella del cine porno.

Gran incomodidad mientras Tetas Fantásticas y el Chico se saludaban. Le sonreí a la estrella porno, que inexplicablemente iba desnuda. De pronto, el Chico y yo estábamos andando por un túnel tapizado de hierba que subía y salía al parque del fondo; yo me detuve y me tumbé, y él se acostó junto a mí. Me dijo que me echaba de menos, que añoraba los polvos conmigo. Sentí que se le ponía dura y me la deslizaba entre los muslos.

—No puedes —dije. Entonces me metió la primera pulgada.

Para entonces, la estrella porno (que no sé si hace falta aclararlo, pero NO está saliendo con mi ex en la vida real, sino únicamente en el sueño), todavía inexplicablemente desnuda, se había situado acostada boca arriba delante de mí. «Allá voy». Me dijo que no le gustaba la estimulación directa del clítoris. Se lo froté a través del capuchón, mientras le trabajaba con la lengua los labios menores. El Chico me montó por detrás.

Me desperté medio envuelta en una sábana. No me corrí. No puedo dejar de pensar en sus manos, sus manos. El tacto de su pelo. El olor de la piel de su espalda en verano.

*mardi, le 20 janvier*

Dicen que las pocas veces que llueve, diluvia. Pero ¿qué se puede decir de la situación opuesta? ¿Que las pocas veces que no llueve hay sequía?

Las últimas reservas han acabado en cancelaciones o pérdidas de tiempo. En este trabajo siempre hay cierta cantidad de citas fallidas, como la del hombre que hizo una reserva para toda la noche, pero no llamó a la jefa al llegar al hotel. Yo sabía su nombre de pila y tenía apuntados la hora y el lugar de la cita, pero no podía recorrer todas las plantas del hotel, llamando a cada puerta.

¿Os lo imagináis? «¿Servicio de habitaciones? ¿No? Entonces probaré en la puerta siguiente».

Varios días después, se puso en contacto con la agencia, para disculparse. Al parecer, simplemente no había apuntado el teléfono y no pudo volver a llamar. Ya, claro.

Otras veces, la que cancela la cita soy yo. Me pongo nerviosa cuando alguien cambia más de una vez la hora y el lugar. También me suele dar aprensión cuando piden demasiadas cosas o demasiado específicas. Disfrazarse está bien. Pero disfrazarse de la abuela sesentona de alguien y llevar una mortaja ya no está tan bien. Un radar de tipos raros bien sintonizado es parte necesaria de este negocio. Después de todo, la mía es una ocupación que en materia de peligrosidad se sitúa en algún punto entre inspector de reactores nucleares y delantero de rugby, con la diferencia de que yo no llevo traje antirradiactivo ni botas protectoras.

También he aprendido a no confiar en las reservas realizadas con más de tres días de antelación, ya que esa gente casi nunca vuelve a llamar para confirmar los detalles de la cita. Al principio imaginé que mi agenda iba a estar completa con semanas de antelación. Pero las citas más seguras son las que se conciertan entre seis y doce horas antes, incluso tratándose de clientes habituales. Por lo visto, cuanto más tiempo tienen para pensar, más los agobia el peso de la culpa. O quizá decidan salir del paso por su cuenta. Un ejemplar de un periódico deportivo no va a comerles la polla ni les va a masajear la espalda, pero es fácil encontrarlo en el bar más cercano y, en todo caso, cuesta menos de una libra.

Excusas endebles, cancelaciones, pacientes agresivos, remedios dudosos vendidos sin receta. Ahora sé lo que siente un médico de cabecera.

Pero, al menos, los cuatro A están de visita por unos días en mi humilde morada. Frases de la noche:

A2:

—¿Entonces qué proponéis que hagamos mañana?

A1:

—Pues yo digo que deberíamos ir a primera hora a comprar esa botella de whisky.

Sería difícil encontrar mejor pandilla de colegas, de verdad.

*miércoles, le 21 janvier*

N está próximo al primer aniversario de una ruptura sentimental. Yo soy de las que creen que normalmente hace falta tanto tiempo como ha durado la relación para restañar la herida, lo cual significa que él debería haber superado ésta hace unos nueve meses. Su ex era una chica un poco insustancial. Francamente, nunca pensé que fueran a durar mucho. Tenía razón, pero no es el tipo de cosas que le dices a un amigo cuando se ha dado un porrazo. Ejemplo:

—Le envié una tarjeta de Navidad y otra de cumpleaños, y ella ni siquiera me ha mandado un mensaje de texto.

«Claro que no, tonto —pienso yo—. Probablemente se habrá casado con un magnate del petróleo y a estas alturas ya tendrá varios hijos». Pero en cambio le digo: —¡Cómo es posible! ¡Es profundamente injusto!

N tiene una encantadora capacidad para pensar en positivo sobre el mundo de sus ex. Naturalmente, no me estoy quejando. Ojalá más de mis conocidos me tuvieran en un pedestal. Afectado por la falta de noticias de su ex, N está buscando a todas las otras dueñas eternas de su corazón que han cruzado su camino, muy a lo *Alta fidelidad*. Empezó el mes pasado, con Su Primera.

Estuvieron varias semanas llamándose por teléfono. Él estaba encantado. Por lo visto, hablar con ella reavivaba un montón de recuerdos: cómo se conocieron, cómo coquetearon en secreto durante varios años, por qué ella nunca había querido casarse ni tener hijos, la última vez que se vieron y la triste y tensa despedida final. Como a todo el mundo, me encantan las pasiones, y las buenas historias me gustan todavía más.

Por fin N organizó un encuentro con Su Primera. Sus reminiscencias oscilaban entre la novela rosa y el sexo más descarnado. Nunca había tenido una mujer con las tetas tan grandes. Ella le había enseñado todo lo que un hombre debe saber para lamer un coño. Aún recordaba la reacción de ella ante el sabor del semen. Y así sucesivamente.

—¡Dios santo, si me dejara, me encantaría volver a acostarme con ella! Sólo una vez, por los viejos tiempos.

Para mis adentros, me digo que yo no volvería a hacerlo con ninguno de mis ex. De eso estoy segura, por lo menos en un noventa y cinco por ciento. Normalmente. Según las circunstancias. Pero le digo:

—¡Qué buena idea! Apuesto a que ahora sería todavía mejor que antes.

—Seguro que ahora están todavía mejor que antes —replica él, haciendo un gesto rotundo con ambas manos delante del pecho.

—Claro, claro, eso mismo he querido decir.

Me mira y sonrío.

—Entonces, si consigo llevármela a la cama y ella está de acuerdo, ¿harías un trío con nosotros?

«Ni lo sueñes, muñeco. Ella jamás dirá que sí, y aunque lo hiciera, yo no querría», pienso yo.

Pero en lugar de eso, le digo:

—Claro que sí, inténtalo. Cuantos más seamos, más reiremos.

N me pasa un brazo por los hombros.

—Eres la mejor mujer del mundo, ¿lo sabías?

Por fortuna, de momento seguiría creyéndolo. Fuentes bien informadas me han revelado que Su Primera no le permitió más intimidad que un incómodo abrazo al final del encuentro. Ahora, él puede seguir pensando que soy un santa sexual, sin necesidad de ponerme a prueba.

*jeudi, le 22 janvier*

—¿Puedes hacer un servicio esta tarde, cariño?

Yo me estaba pintando las uñas de los pies y estaba un poco malhumorada.

—No, lo siento. Tengo la regla.

Sospecho que la jefa no presta mucha atención a nuestros ciclos menstruales, o quizá sea demasiado cortés para acusarme de mentir descaradamente.

Sólo que esta vez no era mentira. Sí lo fue, en cambio, cuando usé la misma excusa hace dos semanas.

—Este hombrre es muy rico —dijo—. No hace más que preguntar por ti.

—No puedo —repliqué secamente, mientras buscaba el ibuprofeno y me ocupaba de otras cosas bastante más importantes, como esperar a que se secase la laca de las uñas y leer el periódico—. No creo que quiera sangre en las sábanas.

—La cita es en un hotel.

—Pues le molestará a la administración del hotel. O a quien sea —repliqué.

—Querida, te diré lo mismo que les digo a las otras chicas. Usa un trocito de esponja.

¿Un trocito de esponja?

—¿Un trocito de esponja?

¿Qué era eso? ¿Alguna alusión a los demenciales métodos anticonceptivos de los noventa, o el comienzo de una resbaladiza cuesta abajo en la que tendría que interpretar las fantasías de algún buceador griego?

—Es muy sencillo, cariño. Cortas la esquina de una esponja limpia y te la metes en el...

—Vale, bien, ya veo por dónde vas —me estremecí.

Después de lo que me pasó hace años, cuando se me olvidó quitarme el tampón antes de un polvo, no estaba dispuesta a repetir la experiencia. No me tentaba en lo más mínimo la idea de un tío aporreando la puerta de mi cuello uterino, mientras yo me angustiaba calculando las probabilidades de recuperar un trozo de esponja sintética y, por ende, las probabilidades inversas de acabar en urgencias.

¿Y qué hacer si el cliente ansiaba meter profundamente los dedos en mis partes bajas para luego chupárselos?

—Te durará una hora. Cuando las otras chicas tienen la regla, nunca les tomo reservas para más de una hora. Ya verás como todo sale bien, cariño.

Tenía razón, claro, aunque tal vez no me resulte fácil explicar qué ha sido de la esquina faltante del salvaúñas a la próxima persona que entre en mi cocina. En cuanto a su recuperación, a decir verdad, el cliente ni siquiera se acercó al problemático trozo de esponja.

*vendredi, le 23 janvier*

Para mi gran asombro, el hombre con quien tuve una primera cita ha vuelto a llamar. Al parecer, no se había percatado de mi conciencia culpable. De hecho, ha estado de excursión por el norte y no ha podido llamar. El esfuerzo que he hecho para quitármelo de la cabeza ha sido inútil. Pero sólo oír su voz me hizo sonreír. Quizá merezca perseverar, después de todo.

Me invitó al teatro. Por desgracia, me gusta dejarme las noches libres para trabajar, sobre todo cuando la cuenta bancaria no está muy esplendorosa, como es el caso actualmente. Debe de ser esa molesta costumbre que tengo de gastarme el dinero en tonterías. Decliné amablemente la invitación, pero dije que teníamos que vernos más adelante en la semana.

—Puedes mandarme tranquilamente a freír espárragos —dijo él—. No me ofenderé.

—Oh, no, nada de eso —repliqué yo en seguida—. Me apetece mucho verte pronto.

No todos los hombres te invitan al teatro cuando saben que pueden mojar sin necesidad de hacerlo. La mayoría se tomarán el sexo en la primera cita como excusa suficiente para abrir una lata de cerveza y ver las carreras de Fórmula Uno por la tele en todas las citas siguientes.

Pero Primera Cita, según sospecho, es mejor que la mayoría de los hombres. Mucho mejor.

—¿Lo prometes?

Todavía puedo oír la sonrisa en su voz.

—Te lo garantizo —dije yo, devolviéndole la sonrisa.



*samedi, le 24 janvier*

Están celebrando el Año Nuevo chino. Normalmente no lo sabría, pero hoy, al final de una cita, el cliente me dio dos galletas de la suerte envueltas en papel dorado. No sabía que las galletas de la suerte fueran particularmente tradicionales, pero me gustó la idea de que un trozo de papel colocado aleatoriamente en una galleta pueda encerrar la clave del futuro de alguien. En cualquier caso, no es menos improbable que encontrarla en los horóscopos de la última página de *Metro*.

La primera predicción decía: «La semana próxima recibirás una llamada que te alegrará».

Me pareció muy divertido. ¿La semana próxima con respecto a qué fecha? ¿La de impresión del papelito? ¿La del consumo de la galleta? ¿O la «semana próxima» en general? Estrictamente, podría decirse que si la llamada anunciada no se materializa antes del próximo 31 de enero, entonces lo hará «la semana próxima».

La segunda predicción decía: «El año que viene saldrás en la tele».

Ésta ya me da un poco más de miedo (¡espero que no se cumpla!), pero está sujeta a las mismas restricciones que la anterior. Si no salgo en la tele durante el Año del Mono, entonces seguramente saldré en el Año del Gallo, que también es el de los pollos y las pollas.

Por ésta y otras razones que no guardan la menor relación, ahora espero con impaciencia el Año del Gallo.

*dimanche, le 25 janvier*

Un curioso efecto secundario de este oficio es la sensibilidad al olor corporal.

Normalmente no me ducho nada más terminar un servicio. Hay un cliente habitual que suele bañarme con esponja y jabón de almendras en su casa, pero con los demás suelo esperar hasta que llego a casa.

Por eso, a veces, cuando salgo de un taxi o subo la escalera de mi casa, percibo una vaharada. No de sexo, o por lo menos no específicamente, sino sólo del olor de otra persona. El olor de su piel, de su pelo o de su crema de manos, que se me ha quedado impregnado en la piel y en la ropa. A veces está mezclado con mi propio olor y sé que, en cuanto pueda, me desvestiré y olfatearé los pliegues de mi ropa.

¿Recordaré a esos hombres si los huelo de nuevo? De todos los sentidos, dicen que el olfato es el más poderosamente asociado con la memoria. Y también que es el más descuidado. ¡Es tan efímero! Nos cansamos en seguida de los olores fuertes, pero nunca nos parece suficiente la insinuación, el leve aroma asociado a un recuerdo huidizo.

El Chico tenía un olor fuerte, pero no desagradable. Sudaba en cantidades increíbles. Después de una larga sesión en el dormitorio, solía levantarse con el pecho y la espalda chorreando sudor. El olor era ligero y el sabor salado, a veces yo se lo enjugaba, lamiéndolo. En ocasiones, bastaba un morreo un poco intenso para que se le perlara de sudor la espalda. Las palmas de las manos se le humedecían con sólo tocarlas. Me juraba y perjuraba que yo era la única mujer capaz de provocarle esa reacción. Yo le decía que debía de ser medio perro: un animal jadeante.

Al cruzar la calle, olí una colonia que debía de ser la misma que usaba mi psicoanalista. Recuerdo haber tocado el frasco verde y liso en su lavabo. Una mañana me puse unas zapatillas que inexplicablemente me recordaron a un cliente de varios días atrás. ¿Pensé en su momento «este hombre huele a cuero, a zapatillas de deporte usadas, a calcetines sudados»? No. Pero había una nota profunda de similitud, y a la hora del almuerzo me los tuve que quitar, porque no podía dejar de pensar en el trabajo.

A veces me cruzo con hombres que huelen como A1. Hace tanto tiempo que somos solamente amigos que mi intimidad con él parece datar de hace un siglo. Olía a arena caliente. Siempre estoy tentada de seguir a esos hombres, vayan donde vayan. Cogerlos por el codo antes de que desaparezcan entre la multitud en una estación de metro, o garabatear una nota para deslizarla en sus bolsillos. Quiero averiguar el perfume que usan. Preguntarles qué derecho tienen a ir por ahí oliendo como el sexo mismo.

*lundi, le 26 janvier*

N tiene una amiga, Angel, que también es del oficio. La veo de vez en cuando porque solemos recalar en los mismos sitios.

Siempre he admirado su tipo, pero nunca lo he querido de verdad para mí. Todas sus curvas femeninas han sido proscritas, en beneficio de unos muslos estrechos y un culo perfecto. Su cuerpo es un cincelado triunfo de la ingeniería, todo piernas y pelo largo, con los gramos justos y suficientes para que aliente la vida. No sería lo peor del mundo despertarse un día en ese cuerpo enfundado en Versace. Pero posiblemente sería lo peor del mundo intentar conseguir ese tipo por mí misma.

Hace unas noches, estaba yo por ahí y entré en unos servicios para arreglarme el pintalabios. Por desgracia, era uno de esos locales ultramodernos, con lavabos que parecen fregaderos y salpican el agua en todas direcciones, y unos espejos demasiado estrechos, con iluminación oblicua desde abajo, que reflejan el espacio entre las clavículas y el mentón. De los que no favorecen absolutamente a nadie.

Nada más constatar que los servicios habían sido diseñados por alguien que odiaba a las mujeres, me volví y vi a Angel agachada en el suelo, sollozando. Casi no me detengo. Todavía no me había visto. Pero algo en la fragilidad del arco que formaban sus hombros sacudiéndose me impidió marcharme.

—¿Estás bien? —susurré, arrodillándome junto a ella.

Toda la historia fue saliendo como a empujones: primero problemas con su pareja, después líos con la familia, luego una intervención quirúrgica que no había salido bien, y finalmente la causa de esa intervención. Al parecer, Angel había sido la víctima de un notorio caso de violencia, hacía unos años. Era el aniversario del suceso.

—¿Eras tú?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuánto lo siento.

Me enseñó las cicatrices de la cirugía plástica que le habían practicado, justo en la línea del cuero cabelludo. La abracé con delicadeza. Le hablé de mis últimos años, de cuando se pierden los lazos con la familia y las perspectivas de futuro, de cómo a veces te sientes como un corcho flotando sobre un mar embravecido, de cómo suele ser peor que te digan «alegra esa cara» y «levanta la cabeza». Sí, así es, el mundo es injusto. Sí, estas cosas pasan para ponernos a prueba. No, no tienes por qué estar sonriendo a todas horas, todos los días del año. No ha sido culpa tuya.

Me quedé ahí casi una hora, mientras la gente entraba, salía y pasaba por encima de nosotras. Entonces, Angel se levantó, se arregló la ropa y se pasó un cepillo por el pelo. Aunque yo no esperaba que aquello fuera el inicio de algo hermoso entre ambas, pensé que quizá habíamos establecido una conexión.

Tal vez no tanto como para ver juntas la tele los viernes por la noche, devorando una caja de bombones, pero sí como para que hubiera entre ambas un leve e inexpresado reconocimiento. Un

discreto gesto de un extremo a otro de un bar. Un poco de hermandad.

Anoche volví a verla. Otro local, otros lavabos. La saludé. Ella simplemente me ignoró. Corrí directamente a N, herida por el desaire.

—Sí —dijo él—. Yo le dedicaría mucho tiempo, pero en diez segundos puede pasar de desdichada a quisquillosa, y nunca sabes con cuál de las dos te vas a encontrar.

*mardi, le 27 janvier*

Llamé a la jefa para hablar de mi horario de trabajo en lo sucesivo, pero se reía tanto que casi no podía hablar, lo cual no cuadra con su imagen glacial de supermujer de Europa del Este.

—Ejem. ¿Te sientes bien?

Pensé que la había pillado en mal momento y que estaría administrando joviales latigazos a algún cliente rezagado.

—Querida, ¿has oído algo de The Darkness?

—Sí, ¿por qué?

—Ah, es que me tronchan. ¡Son tan divertidos!

—Hum. Sí, a su manera, supongo.

Quizá sea un prejuicio mío pensar que alguien que parece el hijo bastardo de Robert Plant y Steve Perry mezclado con el dentista de Austin Powers no tiene nada que hacer como ídolo del rock.

—¿Te parece bien que libre los lunes y los miércoles por la noche, hasta nuevo aviso?

—Claro que sí, cariño. Libra todas las noches que quieras.

Acto seguido se puso a gorjear una versión de *Get your hands off my woman*, algo menoscabada por el hecho de que su voz en falsete ni siquiera se acerca a los estratosféricos agudos del original. Espero sinceramente que a la vez no estuviera bailoteando enfundada en unos pantalones de vinilo blanco con cordones en la bragueta. Aunque, pensándolo bien, probablemente hay empresarios dispuestos a pagar cifras inauditas por su interpretación (si no es ya un número habitual en el espectáculo de los Spearmint Rhino Clubs).

Alguien me preguntó hace poco qué servicios no estaría dispuesta a ofrecer y no se me ocurrió nada que responder. Ahora «imitar a un insecto palo de Lowestoft que imita a Freddie Mercury» ha pasado a ser el primer elemento de la lista.

*miércoles, le 28 janvier*

Anoche organicé una reunión en casa, no por celebrar nada, sino como excusa para liquidar las botellas que habían estado rodando por la casa desde tiempo inmemorial. Hice unas llamadas y envié unos correos, todo en el último minuto. Por fortuna, mi humilde morada resultó ser del tamaño justo para acoger a los doce o trece que creyeron oportuno presentarse, por lo que no fue necesario que ninguno saliera al tejado. Me habría contrariado profundamente tener que hacerle eso a alguien con este tiempo, de verdad.

En un momento dado, hablando de la pintura italiana y flamenca del Renacimiento, la conversación derivó elegantemente hacia la revelación de que en la Royal Academy hay una exposición de cuadros de mujeres con semen eyaculado encima. Si es verdad, ya estoy yendo a verla.

Hacia las tres de la madrugada, me quedé con dos invitados bastante cocidos, pero serviciales, que recogieron platos y vasos, cargaron el lavavajillas y echaron de una patada al gato del vecino. Pero era evidente que no estaban en condiciones de conducir. Había que organizar dónde dormiría cada uno. Por desgracia, los dos rezagados eran N y Primera Cita, el tío con el que tan desastrosamente me acosté la semana pasada.

Estiramos las últimas hebras de conversación hasta que se hizo demasiado tarde para ninguna otra cosa. Era obvio que N no tenía prisa por irse a ninguna parte, ni tampoco Primera Cita, que por lo visto quería volver a estar conmigo a solas. Ya era bien pasada mi hora de irme a dormir y esperaba que uno de los dos se diera por vencido y se fuera a su casa, pero nada.

—Bueno —dije—, en la cama sólo caben dos y somos tres, así que un desdichado tendrá que dormir en el sofá.

Se miraron mutuamente. Me miraron. Ninguno de los dos se ofreció voluntario para el sofá. Ni tampoco para la cama.

—Considerando que ambos sois altos, ¿qué os parece si os quedáis con la cama? Yo soy la única suficientemente baja para dormir aquí cómodamente.

Tampoco hubo respuesta.

—No os ofrezcáis todos a la vez, chicos.

Pasó otro minuto de silencio, mientras yo trataba de descifrar las señales que se intercambiaban con leves movimientos de las cejas.

—Me quedo con el sofá —propuso Primera Cita.

Nos cambiamos por turnos en el baño y yo saqué un edredón y un par de sábanas antes de volver al cuarto de estar. Primera Cita extendió las mantas.

—Hará frío esta noche —dije—. ¿No quieres el edredón?

Se encogió de hombros.

—Déjalo ahí, por si acaso.

N y yo subimos al dormitorio. N cerró la puerta.

—No cierres —susurré—. Creerá que nos estamos enrollando.

La abrí de par en par.

—¿Y a ti qué más te da? Además, ya se habrá dormido.

No sé por qué, pero me importaba. Simplemente, no me pareció buena idea cerrar del todo la puerta.

Unas horas después, me desperté con la boca seca por haber bebido demasiado. Bajé a la cocina a buscar un vaso de agua. Primera Cita estaba acurrucado en el sofá. Se había puesto el edredón y tenía aspecto de estar pasando mucho frío. Subí a la habitación, cogí la piel de oveja y se la puse encima de los pies. No se despertó.

*jeudi, le 29 janvier*

O bien la gente es más confiada de lo que yo creía, o bien yo parezco más digna de confianza de lo que soy. Hace poco, mediante coacciones, convencí a la casera para hacer algunas obras en casa. Con la excusa de que de todos modos hay que cambiar la mayor parte del equipamiento de la cocina, la he convencido para hacer una renovación general de tapizados y papeles pintados, que con suerte culminará en un ritual pagano donde los estampados de Colefax & Fowler arderán en una pira chisporroteante.

Hasta entonces, tendré que soportar algunas molestias. Nada intolerable, obviamente, sino sólo incómodo. Hace poco se lo estaba contando a uno de los A.

—Si empiezan a trabajar pronto, que sepas que estaré fuera en una conferencia los próximos quince días. ¿Quieres las llaves de mi casa?

—Claro que sí, ¿pero no temes que derrame algo en tu alfombra?

A es reconocidamente quisquilloso con su casa, y dicen que no tiene reservado más que un estante para todas las pertenencias de su novia, incluso cuando vive con él.

—Confío en ti —dijo, sorbiendo un whisky con soda—. Sé que tú sabes plancharme las secciones del periódico como a mí me gusta.

Lo triste es que es verdad.

Otro ejemplo: Hace poco un cliente concertó un encuentro de varias horas en su casa. Tras agotar la mayor parte de una botella de ginebra, los muelles de su cama y todos los temas razonables de conversación, se escabulló para darse una ducha rápida.

Esos interludios me ponen nerviosa. No es que tenga planeado robar, ni nada de eso, pero padezco la compulsión de confesar incluso los delitos que no he cometido. En la escuela, cuando nos regañaban a todos los alumnos por algo que había hecho uno solo, estoy segura de que yo era la que se sentía más culpable de todos. Especialmente si no había tenido nada que ver.

De todos modos, los clientes son precavidos en su mayoría. Cuando voy a una casa en lugar de a un hotel, suelen renunciar al ritual del baño o sugerir que nos duchemos juntos, para no dejarme sola. Yo no me ofendo.

Pero este cliente se echó por encima un albornoz y se marchó al baño. Yo me quedé sentada en el sofá. Por un momento pensé en curiosear su colección de cedés, pero supuse que podía parecerle grosero. Estuve examinando detenidamente las acuarelas colgadas en las paredes. Y como no tenía nada más que hacer, ni llamadas que devolver o atender, ni nada que leer, hice lo que cualquier persona razonable habría hecho.

Cuando salió del baño, me encontró muy atareada fregando los platos.

Tal vez soy más digna de confianza de lo que creía.



*vendredi, le 30 janvier*

Ayer por la tarde nevó. Cerca del University College, los estudiantes salían corriendo de los pubs para tirarse bolas de nieve. Las chicas iban de dos en dos o de tres en tres, arracimadas bajo los paraguas. Aunque el día se había oscurecido, la luz era serena y difusa: un cálido resplandor de luces callejeras, reflejado en los blandos copos grandes como plumones que estaban cayendo.

Yo había quedado con A2, que no ha salido con una chica desde hace varias eras geológicas, aunque últimamente ligó con una en alguna conferencia. Una chica de Manchester, lo cual me parece un poco lejos para un polvo, aunque él me asegura que no es solamente sexo. A2 es una excelente persona, pero no sabe mentir.

Nos instalamos en un pub gastronómico con bar, para ver el atasco que formaban los autobuses en la calle helada. Era uno de esos locales con muchos asientos de cuero y poco espacio en la barra, donde a las siete de la tarde suben automáticamente el volumen de la música, sin que importe el número de clientes que haya en la sala. Prácticamente teníamos que gritar sobre el ruido de fondo, para poder oírnos.

—¿Qué opinas del látex? —aulló A2.

—¿Látex? —pregunté a mi vez, pensando que quizá había oído mal—. Una buena idea, en general.

Por desgracia, estoy notando una reciente sensibilización al producto, desde que me noté hinchazón y hormigueo en los labios tras una felación en el trabajo. Aun así, no se trata de una conclusión científica. Igualmente ha podido ser la crema espermicida sobre el Durex.

—No, lo que quiero decir es... —prosiguió, mientras hacía el gesto de ponerse unos guantes de goma—... látex. El tacto del caucho, ya sabes, para...

—¿Ya estáis hablando de enfundaros en látex?

—No te imaginas cómo es esa chica —dijo en tono meditativo—. Y tú, ¿lo has hecho alguna vez?

¿Lo más raro?

—La cobertura total, no, nunca. ¿Quieres decir con el catéter, la máscara y todo? No.

Brrr. «Ahora voy a meterte esto en la uretra» es probablemente la frase menos excitante que puedo imaginar. Con diferencia.

—¡Me apetece tanto!

—Ten cuidado. Vas a asustarla.

—La idea ha sido suya. ¿Algún consejo?

—Muchos polvos de talco, supongo. No quiero imaginar siquiera cómo debe de oler ahí dentro.

—Hum, yo sí.

¿De dónde sacará la gente esas ideas? Y además, ¿no acabarán nadando en sudor?

—Pervertido. ¿No decías que no era «sólo sexo»?

—Hace falta una perversa para reconocer a otro.

—¿Lo dices por mí? —pregunté, llevándome la mano al pecho con fingida sorpresa—. Yo no lo haría nunca en la vida. Soy pura como ya sabes qué —añadí, señalando la nieve que caía fuera.

—Ya. No lo harías. ¿Pedimos algo más? —gritó A2, por encima de un espeluznante éxito musical de una banda de chicos que será mejor no mencionar.

—Algo caliente, si tienen. Con mucho alcohol. Es la única forma de olvidar esta música. Y la imagen mental de verte fornicando con una especie de muñeca hinchable.

*samedi, le 31 janvier*

Con un tiempo como éste, hay que reconocer la derrota, olvidar el mantra «nunca demasiado delgada» y adoptar un nuevo paradigma, que en pocas palabras puede resumirse como el diseño «pantalones con leotardos y calcetines debajo, y quiera el cielo que no tenga que ir al lavabo con todo esto puesto». Quizá sea el pequeño precio que debemos pagar por vivir en este paraíso invernal de nieve a medio derretir.

Y en días como éste, sólo un bellaco dejaría caer como si tal cosa un comentario como «te noto un poco más fondona de caderas». Por eso he tenido que asesinar a N y enterrar su cadáver bajo una capa de *permafrost* en Hampstead Heath. Ningún jurado me condenaría.

*Février*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z K-N*

## *K de Kilos de talento*

Una chica puede destacar por muchas cosas. Algunas lo hacen por su aspecto, otras por la sensación de intimidad que crean y otras por algún talento especial. A mí se me dan bien el sexo anal y la dominación *light*, pero no son mis grandes talentos. Lo mío es el sexo oral. Me han felicitado por mi técnica oral con suficiente frecuencia como para preguntarle al cliente, antes de empezar, si quiere o no correrse en mi boca y, en caso afirmativo, cuánto quiere durar. Muchos no se creen que está en mis manos (o más bien en mis labios) decidir el tiempo de su orgasmo. Claro que lo está. Para eso son ellos los hombres.

## *L de Lamentables cuando besan*

Hay muchos de éstos en el mundo. No es tu deber reformarlos, pero una insinuación amable, en el momento oportuno, puede ser el mayor beneficio que saque el cliente del encuentro. En otras ocasiones, hay que saber morderse la lengua. Sobre todo cuando él no sabe guardarse la suya.

## *M de Música*

Imagino que las convenciones de las bandas sonoras cinematográficas son las culpables de la basura que supuestamente ha de acompañar cada sesión de sexo hedonístico. La música es cuestión de gustos y, por lo general, resulta evidente si un hombre ha puesto algo porque le apetece oírlo y le excita, o sólo porque le parece que es lo que hay que hacer. Ponerse en situación a los azucarados acordes de Luther Vandross es un desatinado intento de crear ambiente. Por otro lado, alguien que te aporrea el culo con las caderas al ritmo de la *Consagración de la primavera* de Stravinsky es claramente un melómano.

## *N de No exageres los jaldos*

La alternativa a la música. Él quiere *feedback*. Dáselo. Pero, por lo que más quieras, no

recurras a los jadeos del cine porno, en una imitación barata del frenesí apasionado, a menos que te lo pida específicamente. Que pague por acostarse contigo no significa que sea estúpido.

## *dimanche, le 1 février*

Primera Cita y yo quedamos para ir a ver un espectáculo de teatro. Pero no una gran producción en una sala del West End, no, nada de eso. Propuso que fuéramos a ver una función montada por unos amigos suyos en un pub. Era una obra de uno de mis dramaturgos renacentistas preferidos, y no me merecía mucha confianza la adaptación.

—Te sorprenderá lo que han hecho con la obra —me tranquilizó—. Un auténtico maratón para dos.

Me reí entre dientes, pensando que esa expresión quizá no significara lo mismo para un actor que para una chica de compañía.

La noche después de la reunión en casa, cuando él durmió en el cuarto de estar y N en mi cama, los tres nos levantamos temprano y tomamos café en la cocina. Los acompañé hasta la calle, le hice adiós con la mano a N mientras se marchaba en su coche y fui andando con Primera Cita hasta la vuelta de la esquina, donde estaba aparcado el suyo. Temí que fuera a devolverme la frialdad que yo le había demostrado, pero no, me plantó un beso en los labios antes de alejarse al volante. Quizá mereciera otra oportunidad.

Esta noche he cruzado la ciudad en metro para verlo. Él ya estaba en el pub, bebiendo una copa con un amigo, que me presentó. Por lo visto, su amigo había protagonizado varios anuncios de televisión cuando era niño, pero como aparentaba al menos cincuenta años, no me sorprende no recordar el producto, ni mucho menos los anuncios. Hablamos brevemente de ordenadores, que para mí son seres detestables, sin gran utilidad, aparte de la producción y distribución de pornografía. En eso se parecen a los hombres. Y no lo hacen mal.

El maratón para dos actores se representaba en una sala de la planta alta. Desde el principio resultó evidente que no iba a gustarme mucho, pero Primera Cita tenía apretado su largo y musculoso muslo contra el mío y reía en los momentos apropiados, y dejando al margen la sobreactuación que estaba teniendo lugar a cuatro metros de nosotros, era agradable estar a su lado en una sala oscura.

Al final, el público bajó a toda prisa en busca de copas. En seguida me sumé al resto de la audiencia, que le estaba dedicando al actor principal calurosos e inmerecidos elogios.

—De verdad, ¿qué te ha parecido? —me preguntó uno de los amigos de Primera Cita, mirándome con una sonrisa astuta en cuanto el actor se hubo alejado.

—Sin nervio —repliqué—, sin pasión.

—¿Por qué lo dices?

—Yo puedo hacerlo mejor —dije, y volviéndome hacia Primera Cita, recité un parlamento de la obra, correspondiente al protagonista, mientras intentaba meterle mano como si fuera Helena de Troya. Él me dio bien la réplica, resistiendo sutilmente mis avances.

Al final, los dos nos volvimos hacia su amigo.

—Ya entiendo —dijo éste.

Primera Cita y yo vaciamos nuestras copas y nos marchamos.

Me ofreció llevarme a casa. En realidad, no le quedaba de camino, pero acepté.

Hablamos de todo y de nada. Le conté a grandes rasgos cómo habían terminado las cosas con el Chico y él me habló de la reciente ruptura con su ex novia. Mis pensamientos derivaron hacia A2, y me sorprendí a mí misma diciendo:

—Supongo que fue toda una revolución para mí darme cuenta de que no tienes obligación de querer a alguien sólo porque esa persona te quiere, y que tampoco puedes decirle que está mal quererte.

Hubo una pausa.

—Eso es bueno —dijo él, cuando íbamos por Hyde Park Corner—. Porque yo te quiero.

Oh, no, por favor. Me sentí atrapada por mis propias palabras.

—Gracias —dije.

Y en ese instante supe que yo no sentía lo mismo. Todavía no. Tal vez nunca. Llegamos a mi casa, nos enrollamos, dormimos. Él se despertó pronto: el hábito de una persona honestamente empleada, supongo. Desayunamos en silencio y se marchó a su casa.



*lundi, le 2 février*

Cliente:

—¿Puedo filmarte?

Yo (descubriendo la cámara de vídeo digital al alcance de la mano):

—No.

—¡Por favor! No se te verá la cara.

Hum. Gracias.

—No, lo siento. Las fotos y las grabaciones van contra nuestra política.

—Sólo quiero ver cómo abres esos labios cuando te meto la polla.

—De acuerdo, podemos hacerlo. Usaremos un espejo. Pero nada de fotos.

—Otras chicas lo hacen.

—Yo no soy otras chicas.

—Otras chicas de tu misma agencia lo hacen —añadió, con expresión contrariada.

¿Y por eso voy a cambiar de opinión? Señor mío, me da igual que tenga usted fotos de mi madre mamándosela a su perro.

—Lo siento muchísimo, pero no.

—¿Ni siquiera una foto? De todos modos, yo seré el que se verá más.

—No.

La conversación empezaba a aburrirme y, lo que es peor, estaba consumiendo gran parte de nuestro tiempo. Así que le sonreí dulcemente, me apreté contra él y me puse a jugar con el botón superior de su camisa.

—¿Qué te parece si...?

Y lo hicimos, pero él condimentó los intercambios durante nuestra sesión con comentarios como «¡Oh, qué increíble! ¡Ojalá pudiera grabarlo!», o «Deberías hacer películas, ¿lo sabías?». Hubo una época en que N y yo coqueteamos con la idea de financiarnos un año sabático en Polonia trabajando en el cine porno de Europa del Este, pero ésa es otra historia, para otro día.

El cliente seguía en sus trece, hasta el extremo de que se me hacía difícil sacudirme con entusiasmo y hacer los movimientos debidos, porque no podía sustraerme a la sensación de estar siendo observada. Al final de la hora, estaba tan mosqueada que me puse a buscar cámaras ocultas por toda la habitación. Era una habitación de hotel y no una casa particular, pero aun así, cuando él se fue al lavabo, abrí todos los cajones y miré debajo de la cama.

Es bueno ser desconfiada, según mi experiencia. De momento me ha ido bien. Nadie se ha aprovechado de mí y quiero asegurarme de que no lo hagan en el futuro. Es uno de los motivos por los que trabajo a través de una agencia.

Sé muy bien que mi posición en el trabajo sexual es de privilegio. Muchas chicas, aunque no todas, son toxicómanas, tienen unas relaciones de pareja destructivas, son objeto de abusos por parte de los clientes o las tres cosas a la vez. A las pocas chicas del oficio que conozco no suelo preguntarles si son felices en el trabajo, lo cual probablemente da la medida de mi ingenuidad.

Sinceramente, ni siquiera supe que existían las prostitutas callejeras hasta bien entrada la adolescencia. A veces cuesta diferenciar entre una chica que va de juerga de otra que, ejem, no va.

Una vez, cuando estaba en la universidad, volvía yo de estar por ahí toda la noche. Vivía en un apartamento cerca del centro de la ciudad y el taxi me dejó en la esquina. Cuando iba hacia la puerta, con las llaves en la mano, un hombre me abordó.

—¿Buscas trabajo, guapa?

Me llevó un segundo comprender lo que quería decir.

—Oh, no.

No llevaba puesto nada terriblemente seductor, sólo... bah, quizá sí. Era estudiante, y las estudiantes que vuelven a casa después de una noche de copas siempre parece como si estuvieran a medio vestir. Fue un error sincero.

Pero yo no grité, ni salí corriendo, ni lo insulté.

—¿Estás segura? —me preguntó.

De vez en cuando, había callejeras en la zona. Un fin de semana, salí por la mañana temprano para comprar un periódico y vi a una mujer que trastabillaba tratando de cruzar una avenida. Iba vestida como para salir por la noche, pero a plena luz del día; parecía demasiado joven para ser estudiante universitaria, y demasiado desnutrida. Otra vez, estando con unos amigos en el pub más cercano, entró una mujer para cambiar un billete de veinte libras. Los camareros se miraron; era evidente que la conocían.

—Estoy segura —le contesté al hombre, y me guardé de añadir «pero gracias de todos modos».

*mardi, le 3 février*

Las obras en casa marchan bien, aunque me cuesta encontrar la inspiración necesaria para escribir sobre tapizados. Baste decir que el *look* anterior (Laura Ashley en un viaje de ácido con Peter Max en Tahití) está siendo sustituido por algo vagamente encuadrado en el presente siglo.

Ayer vinieron a entregar un objeto muy interesante. La casera había encargado a los fabricantes del mobiliario anterior que archivaran todos los detalles y medidas, de tal manera que ahora han podido suministrar atractivas fundas nuevas para la hiperabultada monstruosidad (no me refiero a la casera, sino al sofá). Las nuevas fundas llegaron poco después del almuerzo, junto con detalladas instrucciones de instalación y un instrumento para facilitar la tarea.

El instrumento, todo hay que decirlo, tiene el aspecto de una paleta.

Una paleta muy elegante, de hecho. De la misma reluciente madera noble que el marco del sofá, con un mango liso y redondeado que imita las patas torneadas del mueble, y una hoja plana, ancha y en punta, que aparentemente sirve para meter los almohadones en sus nuevas fundas.

Pero, en mi opinión, no se parece ni remotamente a un utensilio de tapicería. A decir verdad, a mí me parece una paleta terriblemente sexy. ¡Si hasta tiene una tira de cuero colgando del extremo del mango! Y hace juego con los muebles.

Miré la paleta, y después al mensajero.

—¿Tengo que devolverlo cuando haya terminado?

—¿Qué? No, quédeselo o tírelo. Nosotros no lo necesitamos.

—Gracias.

Hace siglos que no recibía un regalo tan bienvenido e inesperado. Es como si el día de San Valentín se hubiese adelantado.

*mercredi, le 4 février*

Cliente (colocando en el suelo el espejo de la cómoda):

—Quiero mirar mientras tú te miras masturbándote.

Bien, es un cambio.

—¿Con qué?

—Primero con las manos. Después con un vibrador.

—Y después, tú...

—No, solamente quiero mirar.

Trajo una silla y se sentó. Me quité las bragas y me subí hasta las caderas la falda del vestido. Ahí estaba todo, en exposición, como rara vez lo había visto. Sí, normalmente me lo miro después de depilarme y antes de salir, pero esta vez fue diferente. También uso con frecuencia espejos de mano tanto en el trabajo como cuando me enrollo con alguien en casa, pero esta vez estaba únicamente yo, sola e intacta. Belle de Jour tal como la ve una mosca desde la pared. Y siendo como soy una egocéntrica, posiblemente estaba tan fascinada como mi cliente.

Contemplé cómo se me ponían más rotundos, rojos y húmedos los labios menores. Mucho más oscuros de lo que imaginaba, casi violáceos, como he visto que pasa con muchos glandes. La abertura propiamente dicha se ensanchó y se abrió. Podía oír el suave chof-chof, como de una boca que se abriera y se cerrara, mientras mi mano se movía más a prisa y mis caderas se movían con menos suavidad.

La sensación era como de estar viéndome por televisión. Supongo que también debió de serlo para él: le prestaba más atención al reflejo que a mí en la silla. Me pregunté dónde estaba la gracia de pagarle a alguien para que se masturbara, sin que hubiera interacción, pero entonces lo comprendí. Quería ser el director.

Cuando sentía que me acercaba al punto sin retorno, ralentizaba el ritmo o cambiaba de posición, ostensiblemente con el propósito de que él pudiera verme mejor o desde otro ángulo, aunque en realidad lo hacía para no correrme.

Me resultó muy difícil retrasar el desencadenante del orgasmo durante la mayor parte de la hora. Al principio, él estaba sentado en la cama, pero después se arrodilló en el suelo y se fue acercando cada vez más al espejo, haciéndome ocasionales indicaciones acerca de la velocidad y la acción del vibrador o la posición de mi mano libre, pero sin tocarme. Cuando se corrió, el semen salpicó el espejo y resbaló espesamente, sobre mi imagen reflejada, hasta la alfombra.

*jeudi, le 5 février*

Llegué a casa empapada y con un humor de mil demonios, después de que me pilló un repentino aguacero en Ladbroke Grove, sin el paraguas. Había salido a reunirme con un hombre con el que había quedado, y digamos solamente que las cosas no fueron bien. Tenía tres llamadas perdidas, todas ellas desde el móvil de la jefa. La llamé a mi vez.

—Hola, siento no haberte llamado antes.

—No te preocupes, querida —replicó la jefa, que por una vez no estaba escuchando alguna cosa horrible de hard-rock—. Podrías haber tenido una cita.

—Había quedado para comer y se me olvidó llevarme el móvil. ¿Algo interesante?

—Ese hombre tan agradable, el que siempre pregunta por ti.

—Ah, ¿el francés?

Esto mismo pasa aproximadamente una vez por semana, desde que empecé a trabajar.

—Es un caballero tan agradable.

—Sí, y siempre llama con menos de una hora de antelación. No puedo salir con tanta prisa.

Mi casa está demasiado lejos del centro.

—Supongo que se lo habrás pasado a alguna de las otras chicas, ¿no? —añadí.

—Así es. Pero siempre pregunta por ti, querida.

—Dile que la próxima vez llame con más tiempo, ¿vale?

—Hum.

Al fondo se oía otra voz, y la jefa hizo un silencio extraño, para luego susurrar:

—Lo siento, tengo que dejarte. Me ha encantado hablar contigo, adiós.

Debía de estar con el novio que no sabe cómo se gana la vida. A mí me parece raro, pero es su trabajo el que es ilegal, no el mío.

Mensaje de texto de Primera Cita, poco después: «Torture Garden. ¿Apetece?».

Si está intentando mantenerme interesada, lo está consiguiendo. Me apetece y estoy dispuesta a ir con todo y campanillas. Enganchadas a los pezones, claro.

*vendredi, le 6 février*

Iba yo andando ayer por un pasillo embaldosado de la District Line, en la estación de Monument. Había un músico arrancando *riffs* dylanescos a la guitarra e improvisando canciones sobre la gente que pasaba.

*... y yo le dije, amigo, habrá una mujer  
que caminará a tu lado  
y la conocerás por su traje blanco y sus zapatos rosa  
una mujer preciosa...*

No pude reprimir una sonrisa, mirándome los zapatos. De color rosa agrisado, con los dedos al descubierto. Muy años cuarenta o setenta, según cómo los combine.

*... y amigo, la reconocerás  
la reconocerás por su sonrisa...*

Seguí andando, pero riendo todo el camino, y me volví para sonreírle antes de volver la esquina.

*samedi, le 7 février*

N vino a casa después del gimnasio para ayudarme con los cojines. Cuando digo «ayudar», quiero decir «sentarse encima mientras yo ponía a calentar el agua para el té», lo cual no deja de ser una ayuda a su manera, supongo. Alguien tiene que dejar la primera mancha en la tapicería. Y conste que no me estoy refiriendo a nada más fuerte que derramar el té.

Los ojos de N se iluminaron inmediatamente al reparar en el instrumento para enfundar almohadones. Cuando volví con las tazas humeantes, ya se estaba atizando unos golpes de prueba en los muslos.

—¿Un juguete nuevo? —preguntó.

—Venía con el sofá —le expliqué.

—Esto sí que es clase.

Una de las otras ex de N, la que le ha partido el corazón, ha empezado a frecuentar el gimnasio de manera intermitente. He notado que nunca va a una hora en que pueda encontrárselo. A veces me demoro en los vestuarios, aguzando el oído, por si la oigo hablando con alguien. N apreciaría mucho que consiguiera averiguar su situación actual. Si ella sabe quién soy yo, al menos no lo deja traslucir. No sé si contárselo ya a N o no. Todavía no habíamos bebido ni media taza de té, cuando inevitablemente ya estábamos hablando de ella.

—Quizá debería llamarla —dijo él—. Si está saliendo con alguien, me sentiré fatal, y si no, me preguntaré para qué ha tenido que romper conmigo.

—Cuando alguien decide cortar, no hay nada que hacer.

—Ya lo sé. Pero yo pensaba que por fin lo tenía todo resuelto, que por fin... ¡coño!

—¿Qué pasa?

—Mira por la ventana.

Miré. Una calle normal, con coches aparcados a ambos lados. Luces encendidas en algunas ventanas y apagadas en otras. Una llovizna casi invisible cayendo en diagonal, que parecía una neblina anaranjada a la luz de las farolas.

—¿Qué hay?

—Es su coche. El coche de tu ex.

Forcé la vista. Mis ojos ya no son lo que eran, pero me da igual, porque no conduzco y sólo he tenido que adaptar el concepto de «distancia normal para leer el periódico» a unos dos centímetros de mi nariz, aproximadamente. Pero sí, en efecto, se parecía terriblemente al coche del Chico: un Fiat con matrícula de 1999, a media manzana de distancia.

Sentí un involuntario estremecimiento. Hacía frío junto a la ventana y cerré las cortinas.

—Por aquí hay un montón de coches como ése.

—Cuando aparqué no estaba —dijo N—, y no es de ninguno de tus vecinos.

Volví al sofá, descrucé los brazos, cogí la taza de té y me senté.

—Hum. No, no creo. No sé.

Cuando N se marchó, una hora después, el coche ya se había ido.

*dimanche, le 8 février*

Recuerdos. Estamos a mediados de los ochenta. A veces, en verano, mi madre me deja durante el día en una especie de club juvenil judío. Por lo general, nos quedamos en un centro cívico, jugando a juegos de mesa o practicando extraños deportes de los que nadie se sabe el reglamento, como el *korfball*. A veces hacemos excursiones.

Un día nos llevan a la playa en dos minibuses. No hace calor, pero la playa es genial (nos dicen) y no podemos desperdiciar el día (también nos dicen). Como una de las maestras de la escuela se trajo una vez una estrella de mar descolorida de sus vacaciones en el extranjero, me paso el día andando descalza por la orilla, arriba y abajo, buscando una. Por supuesto, no hay ninguna. Otras niñas están sentadas a lo indio en el agua de la orilla, jugando a lavarse el pelo con arena. Me invitan a jugar con ellas, pero yo no quiero. Parece demasiado frío.

Antes de volver a los minibuses, los monitores nos sacuden obsesivamente la arena. Pero todavía nos queda arena por todas partes cuando volvemos, por lo que los adultos nos indican a las chicas que vayamos a una sala, y a los chicos a otra, para quitarnos los bañadores y sacudir las toallas. Entre las dos salas hay una especie de pasillo o vestidor, y los chicos no se dan cuenta de que dos de las chicas mayores los están espiando mientras se cambian.

Yo no llegué a ver nada, pero no porque no lo intentara. Las chicas mayores bloqueaban la vista, porque eran mucho más altas, y no dejaban que nadie se acercara. Pero nos describieron lo que vieron (de manera inexacta, como pude comprobar más adelante). Durante años después de aquello, creí que el miembro masculino tenía un surco espiral en toda su longitud, como el de un tirabuzón.

A todas las chicas mayores les gusta una canción de moda, y discuten por ver cuál de ellas ama más intensamente al cantante y cuál de sus nombres quedaría mejor con el apellido de él. Las protestas de asexualidad del cantante no significan nada para ellas. Mejor dicho, sí significan: lo convierten en un trofeo más difícil de ganar. Es tan diferente de los chicos que conocemos como pueda serlo nadie. Es guapo, arcaico, espiritual y de Manchester, y si algo sabemos es que Manchester es mucho más guay que el sitio donde estamos.

En mi primer apartamento después de la universidad, estoy desempaquetando platos en la cocina, cuando la radio emite aquella canción. Es la primera vez que la oigo sin el acompañamiento de un coro de niñas de doce años.

En ese mismo verano del club juvenil fue cuando los amigos de mis padres empezaron a llamarme «la pequeña Alicia», como en *Alicia a través del espejo*. «¿Dónde está la pequeña Alicia?», preguntaban, y yo acudía corriendo desde donde estuviera, feliz de poder impresionarlos. Me llevan a reuniones para mostrar mis hazañas de memorización. Me dejan quedarme con ellos, como una especie de fenómeno: venid a ver al adulto en miniatura. Sé que me tratan con condescendencia, pero al mismo tiempo me gusta estar con ellos, porque puedo hablarles y contestarles en su propio lenguaje. Un amigo de la familia se niega a cenar con nosotros a menos que pueda sentarse a mi lado. Me pregunta por mis ideas políticas y me sorprende descubrir que



tengo opinión, por muy poco informada que esté. No he cambiado mucho desde entonces. Después me pide que memorice la poesía que él recita, verso a verso. Se la recito tal cual. «Puede que algún día asimiles todo esto», dice él riendo.

Y ahí estoy yo en la cocina, sola, escuchando esa canción siendo ya una persona adulta, y no la pequeña Alicia. La letra es bastante triste, a decir verdad. Sin darme cuenta, me he puesto a llorar.

*mardi, le 10 février*

## ***Polvos: Guía para observadores***

- *Un buen polvo*: Hace mucho ruido, alerta a los vecinos de que hay actividad sexual en el recinto, no se deja nada olvidado y no vuelve a llamar al poco tiempo. En pocas palabras, probablemente debería cobrar por los servicios prestados.
- *Un mal polvo*: Cuenta las placas del techo y después pide un anillo de compromiso.
- *Con un polvo*: No tanto «atractivo» en el sentido convencional, como cargado de cualidades animales. A menos que el animal sea una nutria.
- *Sin un polvo*: La nutria del apartado anterior.
- *Infierno impoluto (sin polvo)*: Lugar poblado por rubias bronceadas que prefieren hablar de sus dietas, su espiritualidad y sus perrillos diminutos, en lugar de practicar el sexo. (Véase también: Chelsea, Tántalo).
- *Falto de polvos*: Que ya no es objeto de polvos regulares.

*miércoles, le 11 février*

La semana pasada mis amigos me organizaron tres citas más. Eso quiere decir que se preocupan por mi bienestar emocional, que temen lo que pueda pasar si permanezco mucho tiempo sin pareja o ambas cosas. Además, yo no quiero atarme tan rápidamente a Primera Cita. Es majete y nos llevamos bien, pero cuanto más pienso en él, más me convengo de que sus sentimientos son demasiado... intensos.

Sin embargo, ninguno de los candidatos coincidía muy bien con mi ideal de pareja sentimental.

Soltero núm. 1 era un tío adorable: alto, ojos oscuros de mirada extraña y arrasador acento de Gales. Si hay algo que me enloquece es el tonillo melifluo de los hombres de los valles. Ya sé que es superficial, pero todos tenemos nuestras debilidades.

Por desgracia, supongo que nadie lo había puesto al corriente de los detalles de mi vida profesional, porque a mitad del primer plato me contó una complicada anécdota, que esencialmente se reducía a ridiculizar a su mejor amigo por salir con la hermana de una prostituta. Bah. Bueno. Una pena.

La comida estuvo bien, de todos modos.

Soltero núm. 2 quedó conmigo en un pub y ya iba ciego cuando nos encontramos. Otro tío con buena pinta, pero con claros problemas para negociar la relación entre su cuerpo y la fuerza de la gravedad. Al cabo de media hora se estaba aferrando a la barra para no caer, tras descubrir que yo era demasiado pequeña para servir de apoyo a noventa y tantos inestables kilos de hombre.

Un par de horas después, estábamos haciendo cola para entrar en un club. Pese a la lluvia y al ambiente generalmente desapacible, la política del lugar era ir dejando entrar de uno en uno, a medida que iban saliendo los que estaban dentro, aunque el local no estaba ni remotamente lleno. Indignado ante tamaño ultraje, Soltero núm. 2 se enfrentó a los gorilas de la puerta, quienes procedieron, con toda razón, a echarlo a patadas. Lo recogí de la acera, lo llevé a su casa en taxi, localicé una bolsa de guisantes en su congelador y se la planté en la mejilla, que ya se le estaba hinchando, antes de retirarme. Como ya estaba inconsciente, dudo que se enterara de algo.

Soltero núm. 3 era la clase de persona para quien debe de haberse inventado la frase «mejor estarse callado y dejar que crean que eres imbécil que abrir la boca y despejar las dudas». Tras una hora de reloj de mi brillante cháchara (puesto que a mí no me preocupa que la gente crea que soy imbécil o no), finalmente soltó un par de frases de esas que nunca quedan mal:

—No puedo decir que sea un entusiasta de [lo que yo estudié en la universidad].

Toda una disciplina académica, descartada con una sola frase. Vale, de acuerdo. No tengo melindres para ese tipo de cosas. Volvió a arrancar la conversación, esta vez en torno a la música, un tema sobre el cual parecía un poco más animado.

—Escucho cualquier cosa, excepto country y western.

¿Qué? ¿Vivir sin Dolly? ¿Sin Patsy? ¿Sin los Flying Burrito Brothers? Sí, no lo niego, la producción actual de Nashville es de una monotonía desoladora, pero ¿debemos olvidarnos por

eso de Wilco, Lambchop y compañía?

Parafraseando a la diva de la música country: ¿para esto me he depilado las piernas?

*jeudi, le 12 février*

Iba en un taxi, medio adormilada en el asiento trasero. Había tenido un día de esos en que ya te despiertas cansada y no acabas de superarlo. Sonó el teléfono.

—Querida, espero que te encuentres bien.

Era la jefa. Se me había olvidado llamarla al terminar con mi último cliente.

—Ah, sí, lo siento. Estoy bien.

El taxi rodaba velozmente hacia el norte. Las calles estaban tranquilas.

—Todo bien —añadí—. Era muy simpático.

—Siempre dices «muy bien», «muy simpático». Pareces tan feliz.

—¿Feliz? Sí, supongo que sí. No soy desdichada.

En realidad, el hombre tenía un punto de duende maligno, pero a ella no le interesaba saber cómo era.

—Eso es porque todavía no has sufrido ninguna agresión en el trabajo.

Me eché a reír. En comparación con las relaciones reales, estos hombres son auténticos gatitos domésticos, e igualmente fáciles de complacer. Incluso con sueño y medio desconectada, nunca me ha surgido nada que no pudiera manejar, por lo menos de momento.

—Supongo que eso se lo debo a lo bien que me cuidas.

Poco después llegué a casa y me metí en la cama. Puse el móvil bajo la almohada, por si acaso, ya que estaba esperando otra llamada. Hacia medianoche, sonó.

—¿Todavía levantada, querida? ¿Puedes hacer otro servicio?

—Hummmm, ammmm fffrramm mmmrafff.

—De acuerdo, de acuerdo, sigue durmiendo. Sigue tan feliz como hasta ahora, cielo.

*vendredi, le 13 février*

En general, mi opinión de los clientes es bastante positiva, siendo como son el agua que mantiene a flote mi jabón, y por ser más bien agradables, como pueden serlo unos barcos pasando a lo lejos. Si por ejemplo alguno sigue fanáticamente obsesionado con los encantos de la enfermera que había en su escuela hacia 1978 o insiste en hacerme leer el periódico imitando la voz de una diosa del porno, mientras imagina que le está dando por detrás a una *top model*, yo me adapto y lo hago, pero hay cosas que pasan de castaño oscuro. Hay cosas que me dejan helada.

Como referirse al servicio de la tarde anterior, en una habitación de hotel, como «la delicia de ayer por la tarde», por ejemplo. Por favor, hombre, ¿dónde tienes el buen gusto?

*samedi, le 14 février*

Pero, claro, la jefa se equivoca. No me siento feliz. Ha llegado el bendito día del cariño y el amor, cuando celebramos el aniversario de la decapitación de un santo cristiano, intercambiando baratijas que alcanzan precios astronómicos.

La burda y obvia farsa de San Valentín tiene el poder de deprimirme incluso a mí. No es el mero hecho de estar sola, aunque técnicamente no lo estoy (en Londres es imposible estar sola: tengo cantidad de amigos y suficiente trabajo). No, es más bien el empalagoso mimo recíproco que llegan a experimentar las parejas.

A nadie reprocho los buenos ratos que pueda pasar. Más de una vez he sonreído en el metro a parejas que iban morreándose cómodamente sentadas, mientras varias ancianitas y embarazadas se veían obligadas a permanecer de pie. Mi más sincero deseo para toda persona que tenga una media naranja, o incluso una media mandarina, es que la disfrute y la colme de amor en este día.

Lo que me saca de mis casillas es el descarado aprovechamiento económico por parte de manicuras, esteticistas y proveedores de lencería provocativa. Yo hago el esfuerzo de mantenerme tersa como un bebé y cubierta de seda todos los días del año, ¿y cuál es mi recompensa? Ninguna en absoluto. Pero los que quieran reservar un fin de semana de mimos para dos en una estación termal, en febrero, encontrarán ofertas y descuentos por todas partes.

Pues yo creo que merezco algo más. Puede que para el sector de los cuidados personales San Valentín sea el equivalente económico de las Navidades, pero ¿no deberían tratarnos un poco mejor a quienes los mantenemos a flote el resto del año?

Hace poco le saqué este tema a la señora que me depila. No pareció muy impresionada por la lógica del razonamiento.

## *dimanche, le 15 février*

Como no tenía mucho más que hacer durante el fin de semana, fui a visitar a la madre de N. Es una mujer estupenda, robusta de cuerpo y de mente, y viuda desde hace poco. Me pareció apropiado pasar el día de San Valentín con alguien cuya actitud hacia los hombres se resume en el siguiente comentario: «Déjalo estar, cariño. De todos modos, cuando por fin encuentres uno bueno, se te morirá».

Ha estado pensando en vender la casa de la familia, ahora que todos sus hijos se han hecho mayores y ella se ha quedado sola.

—Te parecerá vacía —le dije con cautela. Es increíble con cuánta facilidad y hasta qué punto es posible meter la pata hablando con una persona mayor.

—No, para nada —replicó—. Tengo a mis fantasmitas, ¿sabes?

—Claro, claro —dije yo. Sabía la respuesta. No volví a pensar en el tema.

Después fuimos a dar una vuelta. Su casa está en un pueblo bastante deteriorado del norte de Londres, que nunca ha estado de moda, donde todavía hay una carnicería (pero no de las que venden salchichas ecológicas de carne de cerdo de Tamworth con cilantro a los recién convertidos a la gastronomía), donde los pubs todavía son tabernas del pueblo y no rivalizan por la atención de las guías Michelin o Egon Ronay, y donde los vecinos aún se desplazan en coches de dimensiones normales y no en gigantescos Land Rover ni, peor aún, en transporte público.

En pocas palabras, un pueblo de toda la vida. Y por eso mismo, muy agradable.

Estuvimos curioseando en la tienda de la esquina y compramos un periódico y bocadillos. En la panadería, le insistí para que compráramos dos pastelitos cubiertos de azúcar rosa y un corazoncito de plástico en cada uno. Después seguimos paseando, hasta el cementerio. El tiempo no era magnífico, algo gris y ventoso, pero había un poco de azul abriéndose paso en el cielo. La madre de N se sentó pesadamente en un banco de piedra, junto a un panteón.

—Anda, lee.

Leí. Una familia: padre, madre y cuatro hijas, con sus nombres y fechas de nacimiento y muerte inscritas en las rizadas letras de comienzos de la época victoriana.

—¿Te has dado cuenta?

—Todos murieron el mismo día. ¿Algún accidente?

—Un incendio —dijo—. En la casa donde vivo ahora.

Una señora de pelo blanco paseando con un terrier hizo una pausa cerca de nosotras. Hizo un gesto de saludo a la madre de N, mientras su perrillo ensuciaba la memoria eterna de un oficial condecorado.

—Ni siquiera se despertaron.

—¿De verdad? ¿No es broma? —dije.

Pero no podía dejar de imaginarme la cama con las niñas, las mantas y los camisones de franela peinada prendiéndose fuego. Un riesgo que hemos eliminado, presumiblemente, con la calefacción central y el mobiliario ignífugo. La clase de cosas que ahora sólo suceden cuando a un



padre al borde de la bancarrota se le cruzan los cables y se lleva por delante a toda la familia.

—Cuando te despiertes mañana, baja a la cocina y ya me dirás si no huele a humo.

—¿Cómo sabré que no eres tú, que se te han quemado las tostadas? —repliqué, sonriendo.

—No seré yo —respondió—. Son cuatro fantasmitas, que ni siquiera se despertaron.

Volvimos a su casa, leímos el periódico y comimos los bocadillos. Le envié un mensaje de texto a N diciéndole que lo estaba pasando muy bien con su madre, mientras me preguntaba para mis adentros si iba a ser capaz de dormir por la noche. Cada crujido de una rama y cada ráfaga de viento sonaba como una llamarada, y cada pocos minutos, me sentaba en la cama, convencida de que el aire olía a quemado.

Cuando me desperté, encontré una cocina sin humo y un mensaje de texto: «Disfruta del fin de semana. No dejes que empiece con sus historias de fantasmas. Besos. N.»

*lundi, le 16 février*

Un golpe en la puerta esta mañana, mientras me estaba secando el pelo. Era uno de los operarios, con una solitaria rosa de color rosa en la mano.

—Eh, ejem —dudó.

—¿Para mí? —pregunté.

Los operarios deberían haber terminado hoy, pero han surgido problemas con el lavavajillas nuevo, cuyos detalles se resisten a revelar a una persona de constitución delicada como la mía, o bien son incapaces de expresar con palabras. Su matinal pedido de té y las vagas promesas de que todo estará terminado muy pronto se están convirtiendo en rasgos permanentes de mi vida doméstica. Si uno de ellos decidiera cimentar un poco más nuestra unión, no estoy segura de ser capaz de desalentarlo, excepto quizá alegando escasez de té.

—¡Qué amable!

—No es mía —aclaró—. Lo que quiero decir... es que no se la doy yo, sino alguien que me dijo que se la diera.

—Ah, qué bien. ¿Venía con una nota?

—No he visto ninguna nota.

—¿De quién ha dicho que era?

—No lo sé.

Estuvo un momento pensando y rascándose la barbilla con el tubo de plástico que protegía la flor, y por fin dijo:

—Un tío.

—¿Qué aspecto tenía?

—Normal.

Es bueno saber que la vaguedad de sus explicaciones no se circunscribe a las obras de mi cocina. Supuse que cualquier intento de averiguar más detalles, como, por ejemplo, si mi pretendiente había venido a pie o en coche, me reportaría respuestas igualmente inútiles.

—Bueno, gracias por traérmela —dije, cogiendo la flor.

El operario se dio la vuelta y volvió a su furgoneta. Noté que en el plástico había una pegatina de la frutería y floristería que hay a la vuelta de la esquina, así que por ese lado no había pistas. Tampoco creí que nadie de allí recordara a quién le había vendido una rosa, teniendo en cuenta la cantidad de clientes que debían de haber tenido esa semana.

Pregunté a todos los posibles candidatos, pero ninguno se hizo responsable del gesto. De ello se deriva que debo de tener un admirador secreto, pero como es una buena época del año para admiradores secretos, he decidido no prestarle mucha atención de momento. ¿Quién ha dicho que el romance había muerto?

*mardi, le 17 février*

En 1992 llevaba seis años estudiando francés. Nunca fui muy buena. Nunca leíamos nada interesante en el colegio. Tenía una amiga canadiense, Françoise, que me había dicho que Marguerite Duras era «sexy», así que compré un ejemplar del más corto de sus libros que pude encontrar, porque mi francés era más bien escaso y ya no me hacía gracia traducir.

El libro era *L'amant*.

Las traducciones son un poco como la pasta italiana. Al principio, como no sabes nada, compras cualquier cosa que encuentras. ¿Un audiolibro de Keith Harris leyendo a Günther Grass? Sí, por qué no. ¿Una versión en cómic de *La Ilíada*? Ahora mismo. Pero en cuanto le coges el gustillo a los originales, te vuelves cada vez más exigente. Pruebas la mano con una traducción sencilla, armada únicamente con los utensilios básicos, y el resultado no está mal. Tus amigos quedan impresionados y, a decir verdad, tú también. Inviertes un poco más de tiempo y esfuerzo, y los rendimientos son positivos. Al final, te compras la máquina de hacer pasta o la Gramática de Oxford y te conviertes en productora de traducciones o de espaguetis. Compras más libros, te afilias a las correspondientes sociedades de amigos y ves los programas adecuados. Entonces te das cuenta de la cantidad de tiempo que consume tu afición o, peor aún, de lo aburrida que te estás volviendo para tus amigos, insistiendo en usar harina doble cero o en leer a Hesse en el original alemán, como si eso importara algo. Lo dejas correr. Los que no acaban haciéndolo profesionalmente no tardan en transformarse en el equivalente social de una granada de mano en cualquier fiesta.

Pero incluso después de renunciar a fabricarte la pasta o a hacer tus propias traducciones, has reunido suficientes conocimientos para arruinar aquello que en un principio te hacía disfrutar. Nunca más te conformarás con un «simple» plato de pasta o con un «simple» librito entretenido para leer. Ni lo uno ni lo otro sabe muy bien cuando es una versión sosa, acartonada y lista para usar, adaptada a los gustos británicos. Por eso compré *L'amant* en francés, a ver si era capaz de leerlo. Además, era la única versión que no traía publicidad de la película en la portada. Nada me repele tanto en un libro como las temidas palabras «ahora gran éxito cinematográfico».

Así que empecé a leer la novela. No me gustó, no me pareció sexy. La autora se pasa por lo menos una docena de páginas hablando del calor que hace en Asia, de un vestido de seda o de un sombrero. Describe a una chica como yo: pequeña para su edad, agobiada bajo una pesada mata de pelo, delicada y rara. Pensé que Françoise me había mentado. Nadie que fuera como yo podía ser sexy. Quizá en algunos pasajes era capaz de entender el sentido, pero la necesidad de consultar constantemente una gramática francesa para desentrañar las líneas sutilmente construidas por la autora fragmentaba demasiado el significado.

Entonces me llevé una sorpresa. Al final del libro, que no revelaré porque si lo hiciera disminuiría su efecto (aunque no es inesperado), estaba hecha un mar de lágrimas. Algo que no me había sucedido a mí me destrozó. Fue así como descubrí que era capaz de experimentar ese sentimiento.

De vez en cuando vuelvo a leerlo. Por lo general, cuando me siento sola. El final siempre llega de repente, y siempre con el mismo efecto.

*mercredi, le 18 février*

Antes me resultaba fácil comprar artículos levemente embarazosos ocultándolos entre el resto de mis adquisiciones. Claro que no es tanto una hábil estratagema como una ficción socialmente aceptada. Ninguna dependienta dejará de reparar en un desodorante extra fuerte sólo porque vaya acompañado de unas naranjas. Pero no está bien visto hacer comentarios ácidos acerca de un solo artículo que desentone en medio de una cascada de compras intrascendentes. Además, todos tenemos funciones biológicas.

Por otro lado, si compras a la vez demasiadas cosas que llamen la atención, es como si estuvieras pidiendo el sarcasmo. Un testigo de mi habitual pedido de cosméticos podría sospechar que estoy haciendo la compra para seis transexuales en período postoperatorio, como mínimo. Por eso voy a una farmacia para las cosas normales y a otra para todo lo demás.

Típica compra en la Farmacia Número Uno:

champú  
pasta de dientes  
sales de baño  
máscara facial de pepino  
esponja vegetal,

que en el peor de los casos puede ocasionar un solícito: «Oh, una máscara facial. ¿Para usted?».

Por oposición a la compra de hoy en la Farmacia Número Dos:

tampones  
óvulos vaginales (para la irritación)  
condones  
pastillas sin azúcar para el mal aliento  
lubricante  
toallitas para después de depilarse  
autobronceador  
cuchillas de afeitar  
gránulos de citrato de potasio (para la cistitis),

que suscitó como único y vagamente indiferente comentario: «Hay remedios contra la halitosis al final del segundo pasillo, si le interesan».

Perra.

*jeudi, le 19 février*

Los operarios han sacado a relucir el irritante problema de mi congelador. Ha sido una sorpresa no sólo porque nunca les habría supuesto familiaridad alguna con los complicados condensadores internos, sino porque no tenía idea de que el congelador tuviera ningún problema.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó uno de ellos ayer por la tarde, distraído de su estudio detallado de una baldosa del suelo agrietada (de lo cual, me apresuro a añadir, fue él la causa, en un infortunado incidente relacionado con la instalación del lavavajillas nuevo, mientras una de mis vecinas más voluptuosas se disponía a iniciar su rutina diaria de jogging).

—No lo sé —dije, levantando la vista del periódico—. Probablemente, el congelador.

Me he acostumbrado a su ocasional zumbido de grillo, y lo encuentro más bien reconfortante.

Abrió la puerta.

—¡Por todos los...! ¿Cuándo descongeló esto por última vez?

¿Descongelarlo? ¿No lo hace él solito si se le concede suficiente tiempo, lo mismo que las botas que tengo desde hace diez años en el fondo del armario, que espero se hayan autorreparado los agujeros cuando vuelva a necesitarlas?

—Creo que no lo he hecho nunca.

El hombre se quedó mirando el paisaje desolador de panes de molde cubiertos de carámbanos y botellas de vodka momificadas.

—¿Se da cuenta de que la acumulación de hielo impide que el mecanismo estanco funcione correctamente?

—¿Qué ha dicho, perdón?

—La puerta no cierra. Ese ruido es el congelador, que trata de reemplazar constantemente el aire frío que se fuga.

Eso explicaría la comente que noto en la cocina.

—Pero eso no significa que tenga derecho a un congelador nuevo, ¿no?

—No.

—Ni que descongelar congeladores sea parte de su trabajo, ¿verdad?

—Tampoco.

Es una pena que la desidia con los electrodomésticos no obligue a la casera a reemplazarlos. Voy a tener que leerme el contrato con más detenimiento cuando llegue el momento de renovarlo. Así pues, en compañía del operario, mientras él disfrutaba de una de sus pausas para el té y de las múltiples y variadas noticias de uno de los mejores tabloides del país, ataqué la tormenta de hielo con las manos enfundadas en paños de cocina y blandiendo un cuchillo de hortalizas, cual intrépida exploradora polar o cual demente caníbal suburbana, cualquiera de las dos. Y la baldosa todavía está por arreglar.

*vendredi, le 20 février*

A2, el aficionado al látex, encantado con su recién descubierto fetiche, está sumamente preocupado por mi bienestar amoroso. Yo intento morderme la lengua y no comentar que si la alternativa a estar sin pareja es oler como una explosión en una fábrica de caucho, entonces paso, gracias.

Quedamos para un café y para ver el material que hay en el centro. O mejor dicho, él miraba el material mientras yo hacía lo posible por eludir su implacable labor de celestina.

—Por encima de mi hombro izquierdo —susurró A2, y yo miré para ver a quién se refería—. ¡No, no mires con tanto descaro! Una miradita rápida.

¿Qué, habíamos vuelto a la escuela? «¿Quieres darme un beso? Marca sí o no».

—Empiezas a hablar como mi madre —protesté—. En cualquier caso, demasiado bajito.

—¿Cómo lo sabes? Está sentado.

—Lo sé, créeme. —Camisa azul de algodón con cuello abotonado, metida en la cintura demasiado alta del pantalón—. Probablemente tiene toda la colección de novelas de Patrick O'Brian.

—Estás de broma. —Evidentemente, A2 es incapaz de distinguir el bosque detrás de los árboles de caucho—. No puedes rechazar a una persona por sus gustos. ¡Qué digo sus gustos! ¡Por lo que tú imaginas que son sus gustos!

—Puedo hacerlo y ya lo he hecho.

Unos minutos después, mientras compartíamos un bollo de chocolate, reparó en otro posible candidato.

—A tu izquierda. Alto. Leyendo.

Miré. Tenía razón. Un larguirucho estiraba las piernas bajo la mesa, con un ejemplar de *Réquiem por un sueño* en las manos.

—No está mal —dije en tono reflexivo—. No, espera. Fuma. Olvídalo.

—¡Pero si ya has salido antes con fumadores!

—Lo he superado —dije—. Si alguien va a tener un vicio caro y absurdo, prefiero que sea esquiar. O mejor todavía: regalarme tonterías caras y absurdas.

—Si sigues así, te morirás sola.

¡Tener que oír eso de la misma persona que a los veintitrés años me anunció que llevaba seis meses sin hacer el amor y que, por tanto, se retiraba definitivamente del mercado! ¡De la persona que sigue añorando a su primera amante, aunque no la ve desde que ambos tenían diecisiete años! Con amigos así, ¿quién necesita parientes?

—¿Quieres decir que a mi edad proveya ya no puedo elegir? —dije con sarcasmo—. Además, mi entalcado amigo, todos morimos solos.

*samedi, le 21 février*

Hay un cliente, lo habré visto un par de veces. Facciones duras, pómulos altos, ojos de un azul acuoso y pestañas envidiables. Un tío seguro de sí mismo, apuesto a su modo, amable. Inteligente. Hablamos de libros. Es ingeniero o algo así, y detesta su trabajo; hablamos de películas y obras de teatro. Yo me entusiasmo hablando de Ben Kingsley en este o aquel papel, o de Anthony Sher. Él sonrío a medias. No sé por qué estará sin pareja. Tal vez sólo *quiegga estagg* solo, como Greta Garbo.

Salí de un bloque de apartamentos en dirección al río, buscando un taxi. De camino pasé por una boca de metro, donde un hombre con una sola pierna pedía donativos.

—Ayuda para los discapacitados, por favor, ayuda para los discapacitados —salmodiaba.

Una gota de sudor me recorrió el interior del muslo, quizá la única parte de mí que sentía auténtico calor. Cuando alcanzó el borde superior de la media, la sentí empapando la malla, disipándose. Un instante después, de nuevo la voz del hombre con una pierna sola.

—Ayuda para los discapacitados, por favor, ayuda para los discapacitados.

La cadencia era monótona pero cantarina, acompasada con el ritmo de los pasos de la gente que circulaba a su alrededor.

—Ayuda para los discapacitados, por favor, ayuda para los discapacitados.

Me puse en una cola, pero no apareció ningún taxi en varios minutos. Se me acercó un hombre bajo y rollizo, con bolsas de plástico llenas a rebosar.

—¿Ha recibido ya a Jesús nuestro Señor? —me preguntó.

La pregunta me sonó a acto reflejo desprovisto de significado, tan automático como un «hola».

—No, lo siento. Soy judía —respondí.

Respuesta estándar. Un rasgo más cultural que religioso en mi caso, pero normalmente suficiente para quitarme de encima a los pirados.

Hizo un gesto afirmativo de comprensión, sin levantar nunca la vista del nivel de mis hombros.

—Los judíos querían un rey, y Dios les envió a uno, pero era maníaco depresivo, ¿sabe?, y se escondía entre los matorrales para gritarle a la gente.

—No muy eficaz como rey, entonces —dije.

—Si me quedo aquí de pie en el puente, me voy a congelar —replicó él, antes de recoger sus bolsas de la compra y marcharse.



*dimanche, le 22 février*

Hoy he cosechado:

una moneda de una libra de vuelta (de una moneda de dos libras; cogí el autobús)

un par de calcetines blancos (del gimnasio donde los había dejado)

un reloj despertador (regalo de un amigo, porque sí)

una pulsera de plata y ámbar (regalo de un cliente)

cinco margaritas de color curiosamente fosforescente (regalo de un admirador de los que no pagan)

la factura de los operarios (¿no habíamos quedado en que la casera se haría cargo?)

miradas raras de un taxista (lo adivinó en seguida) un catarro (por culpa del primer elemento de esta lista)

Así pues, el tan cacareado sistema mejorado de transporte público de Ken Livingstone está demostrando cumplir a la perfección el criterio de «público», pero no tanto el de «transporte». Qué se le va a hacer. Es el momento de meterse en la cama con un par de buenos libros y pedir tortitas con crema a mis allegados más directos.

*lundi, le 23 février*

El coche misterioso ha vuelto. No quiero mirar, pero no puedo dejar de hacerlo. No estoy del todo convencida de que no sea solamente paranoia. Tengo que acordarme de echar todas las llaves y cerrojos. Los operarios me lanzan miradas extrañas. Estoy considerando la posibilidad de invertir en una peluca de peinado globo y en unas gafas oscuras gigantes a lo Jackie Onassis, y no sólo por el *look* retro.

Por lo demás, ya estoy un poco mejor, gracias por preguntar.

*mardi, le 24 février*

Él:

—Hum, tienes un... no sé, no estoy seguro...

Yo (mirando por encima del hombro al cliente arrodillado a mis espaldas):

—¿Algún problema, cielito?

—Tienes... No sé muy bien cómo decírtelo...

De pronto me inquieté bastante. ¿Qué podía ser? ¿Un tajo de la maquinilla de afeitar? ¿Un matorral de vello que se me hubiese escapado? ¿Un tampón de la semana pasada? ¿El muñón de un rabo?

—Dime...

—Tienes morados en la parte trasera de los muslos.

—Ah, sí, claro. Es la prueba de que no eres el primero en recorrer vigorosamente ese mismo camino, cariño. ¿Te parece mal? Podemos hacerlo en otra postura, si quieres.

—Bueno, a decir verdad —replicó, mientras se le endurecía la erección y se volvía un poco más enérgico—, me gustaría que me contaras cómo te los han hecho.

*miércoles, le 25 février*

Hoy era el cumpleaños de A1, una cifra redonda. Su pareja organizó la celebración y reservó una mesa en un restaurante indio de Clerkenwell de fama excesiva. En realidad, era sólo aceptable, pero ya se sabe que ella no tiene criterio.

A mí me hacía ilusión salir en grupo con mucha gente. A veces el trabajo se hace pesado. Es como tener una interminable sucesión de citas a ciegas, intentando a toda costa que todo parezca casual y agradable, pero sabiendo que cada cita dará muy poco de sí. Agotador. El reciente aluvión de primeras citas auténticas tampoco ha ayudado mucho. Y si bien me encanta ir a un bar o a un café con un grupo pequeño de amigos, siempre se corre el riesgo de que el exceso de conocimiento mutuo acabe con toda capacidad útil para la conversación. Sólo con gente que conoces desde la pubertad te puedes pasar el rato así:

—Recuerdas el...

Vago gesto con la mano.

—Sí, como en la película.

—¡Ya! Lo mismo que hacía B con el brazo.

Alusión aleatoria a *La guerra de las galaxias*.

Referencia a algún suceso de la política de los años noventa.

Silencio satisfecho o inexplicable acceso de risa de media hora de duración.

No soy una fortaleza que se rinda fácilmente a nuevos adalides, y las novias de N y de los A suelen quedarse fuera por muchos encantos y habilidades que tengan. Recuerdo una que había crecido en una comuna en Sudáfrica, que se había construido su última casa con sus propias manos y que nunca había pisado un McDonalds (un rasgo bastante admirable, tengo que reconocerlo). Pero no había leído *La princesa prometida* y se encontraba, por ende, en permanente estado de perplejidad, como cuando A2 intentó —sin éxito— proponerle matrimonio explicándole que «la vida es dolor».

Tenemos que salir más. Con otra gente. Gente normal.

Llegué tarde. Estaba divina, con camisa negra de seda, pantalones sastre, el pelo recogido y sutiles pendientes de perlas. Vale, sí, parecía una abogada apuntada a la tendencia gótica. Da igual. La mesa estaba animada, corría el alcohol y la conversación era terriblemente, felizmente y maravillosamente normal. Me senté frente a N, que había llevado a su amiga Angel, con la que tuve aquel pequeño rifirrafe hace un mes. Pero aparentemente había recapacitado y estaba encantadora y alegre.

A mitad de la cena, Angel me pidió que le dejara el móvil para mandar un mensaje de texto, porque el suyo se había quedado sin batería. Sí, lo reconozco, soy un espíritu ingenuo y estaba muy ocupada coqueteando con el Adonis de ojos azules que estaba a mi derecha, por lo que no me fijé qué mensaje mandaba ni a quién.

Por eso me sorprendió que apareciera Primera Cita en el momento de abrir los regalos. Me sonrió. Yo le sonreí. Miró alrededor de la mesa y se sentó al lado de Angel. Interesante. Debería

haber deducido que se conocían, pero nunca los habría considerado una potencial pareja.

A través de la mesa, el Adonis le sonrió y se presentó. Primera Cita le estrechó la mano.

—¿Con quién has venido? —le preguntó el Adonis.

—Con ella —dijo él, señalándome con la cabeza.

Yo me eché a reír nerviosamente.

—¿Ah, sí?

—¿No acabas de invitarme?

Miré a Angel con dureza.

—Supongo que lo parece —repliqué—. No soy responsable de esto, lo siento. Siento mucho la confusión.

Pasé los últimos coletazos de la cena dedicando toda mi atención a la jovencita tímida y pálida que estaba sentada a mi lado, mientras el Adonis y Primera Cita (que resultaron tener conocidos comunes) hablaban de sus tiempos en la universidad. No se excusó en seguida, el Adonis se marchó y todos los del otro extremo de la mesa se fueron a casa de alguien a seguir bebiendo. Yo me quedé con Primera Cita y Angel. Ella se fue a buscar su coche y sugirió que nos fuésemos los tres a un bar que conocía, que estaba abierto hasta tarde.

Primera Cita y yo salimos a la calle, mientras Angel doblaba la esquina a toda prisa.

—Lo siento —dijo él.

—No pasa nada —dije yo, aunque estaba claro que no era cierto.

—No sabía que el mensaje no era tuyo.

—Ya lo sé.

—¿Soy...? ¿Soy una molestia para ti?

Me volví hacia él, enfadada con la situación y con la sensación de estar siendo manipulada, aunque él no fuera el causante. Enfadada por el mismo enfado. ¿Por qué irritarme, después de todo? Lo que más me exasperaba era su expresión herida, su necesidad de que yo lo necesitara. Su voz tenía el timbre de...

—Porque yo te quiero...

De eso.

Suspiré, cerré los ojos. Nos quedamos un buen rato allí en la calle, en silencio. Yo me miraba los zapatos, él me miraba a mí. No era lo que yo quería, ni como yo quería que fuese. Un hombre nos preguntó por una calle y lo mandamos a la siguiente travesía. El miedo se estaba apoderando de mí, una niebla negra, la sensación de estar acorralada por amigos bienintencionados, por el destino.

—Me voy en taxi a casa —dije finalmente—. Sola. Ve a reunirme con Angel en el bar, o pensará que la hemos abandonado.

O que nos hemos ido juntos a casa, pensé.

*jeudi, le 26 février*

Hoy por la mañana, cuando me desperté, tenía tres llamadas perdidas y un mensaje de texto.

Las dos primeras llamadas eran de números desconocidos. Ningún mensaje de voz. Nada demasiado raro, pero aun así, sospechoso. Llamé.

—Buenos días. ¿Por casualidad llamó usted a mi móvil anoche?

Los dos se sorprendieron, porque claramente no me conocían; pero aun así habían tratado de llamarme, si es que el registro de llamadas podía considerarse un testigo imparcial. Resultó ser que Angel había enviado más de un mensaje. Y ellos habían tratado de responderle llamando a mi número.

Soy una imbécil. Por lo menos, no fueron llamadas internacionales.

La tercera llamada perdida era de Primera Cita, en algún momento de la madrugada. El mensaje de texto también era suyo: «¿Sigues con N? ¿Sabías que yo no lo sabía?».

Jo. Lo llamé. Ya estaba en la oficina.

—Hola, siento molestarte en el trabajo.

—No es molestia.

Parecía asombrado.

—Leí tu mensaje.

No respondió.

—No estoy con N. Hace siglos que no estoy con él. ¿Quién te lo ha dicho?

Tampoco respondió.

—Vale. No hace falta que lo pregunte, ¿no?

—Os lleváis tan bien... Y estando los dos sin pareja...

—¿Eso significa automáticamente que somos algo más que amigos?

—Bueno, no. —Hizo una pausa—. Pero Angel se sorprendió mucho cuando se enteró de que había algo entre nosotros, y me preguntó si no sabía lo de N y tú.

—Perdona... ¿nosotros?... ¿Dices que hay algo entre nosotros?

—Hum.

—Vale, dejemos eso. ¿Alguien a quien apenas conoces es una fuente de información sobre mi vida más digna de crédito que yo misma?

—Bueno...

—Ya está bien de idioteces.

—Eh, cálmate. Estoy enamorado de ti. Te quiero.

Grr, otra vez esas palabras estúpidas.

—Pues yo no. Si no lo sabías, ahora ya lo sabes. No voy a menospreciar tus sentimientos ni a decirte que no deberías sentirlos, pero tú no sabes nada de mí. Y en cualquier caso, lo que sientas no te da derecho a nada.

Por favor, basta ya. Me doy cuenta de que estoy gritando y de que todo me está saliendo mal. No es que él no me guste; pero quiero dejarle claro lo que pienso, sin que crea que soy una

imbécil.

No. Tampoco. Cuanto antes entienda cómo están las cosas, antes podrá buscarse a alguien a quien querer de verdad. No quiero hablar de ello con él. No quiero nada de esto. Tendré que ponerme desagradable.

—Ha sido un malentendido —dice—. Seguro que podemos hablarlo con ella.

—Oh, pero... ¡basta! No quiero hablar de esto. No quiero hablar con ella. Ni contigo. Nada de esto me interesa en lo más mínimo.

—Pero...

—Adiós.

Una pausa. Podía imaginar su cara. ¿Qué haría yo, qué he hecho yo en la misma situación? ¿Negociar un poco más de tiempo o aceptar graciosamente la sentencia? Hay que decir, en su honor, que se decidió por lo segundo.

—Adiós. Buena suerte. Te echaré de menos.

—Gracias.

Colgué. Y me senté delante del ordenador, para mandarle a esa mujer un incendiario e-mail sobre los números misteriosos y su conversación con Primera Cita. Me sentí como una cobarde por parapetarme en su bandeja de entrada, pero no estaba segura de poder mantener la calma si la llamaba por teléfono. Redacté el mensaje, lo revisé y lo mandé. Después tomé el desayuno, sintiéndome un poco triste y un poco arpía, y la idea de que nada de eso importa demasiado tampoco me levantó mucho el ánimo.

*vendredi, le 27 février*

Cuando pasa un poco el tiempo, a veces se hace difícil recordar cómo, cuándo y por qué te gustó alguien, y es bonito revivirlo a una distancia prudente. El chico que me metía mano en una piscina municipal a los quince años. La relación en el instituto que acabó por su aversión al cunnilingus. A1, cuya habilidad para manipular mi cuerpo era tan fabulosa como temible. La primera vez con alguien que aún recuerdo con afecto, alguien por quien me colé profunda y rápidamente, y las otras mil veces que lo hicimos, y también la última vez con él.

Los pocos hombres que nunca me han cansado. Su olor, su tacto, su sabor. Todas las veces que he estado con el Chico, deseando que cerrara la boca y me follara de una vez, porque nunca me he corrido con nadie como con él, nunca en la vida. Las veces en que el sexo parecía tanto una vocación espiritual como una necesidad biológica. Y la forma en que esos momentos me mantuvieron a flote durante semanas, como perlas jalonando la cuerda de nuestra relación moribunda.

Son bonitas esas pequeñas semblanzas de gente que he disfrutado. Ayudan a pasar el rato en los trenes y los taxis.



*samedi, le 28 février*

Estoy pasando una temporada intensiva en casa de mis padres, antes de que la familia se vaya de vacaciones, poniéndome al día con los cotilleos locales y, en general, fastidiando y estando en medio, como es prerrogativa de la hija mayor.

El caso es que mi madre va a ir a una boda el mes próximo. Una ceremonia de unión en la que dos novias vestidas de blanco intercambiarán anillos y vivirán felices por siempre jamás. Viejas amigas de la familia. Nos encanta la perspectiva. El único problema es que mi madre no ha podido encontrar acompañante para la gran ocasión, porque su acompañante habitual, mi padre, ha sido descartado por Actitud Inadecuada.

No es que tenga algo que objetar al concepto del lesbianismo (¿qué hombre realmente tiene algo que objetar al respecto, por lo menos en teoría?), ni que le queden prejuicios raros sobre la santidad del matrimonio (nota para los líderes mundiales: cuando la artista mejor pagada del mundo puede llegar al altar medio borracha, en ligüero y vaqueros, sólo para anular el contrato veinticuatro horas más tarde, y en cambio dos compañeras de toda la vida no pueden llamarse mutuamente cónyuges, entonces algo huele a podrido en Dinamarca). Nada de eso. Ha sido más bien el entusiasmo excesivo de mi padre ante el magno acontecimiento lo que ha determinado su exclusión de la lista de invitados.

Porque él insiste, completamente en serio, en contratar un número de striptease para la recepción. Mi padre no es dado a hacer bromas y, lo que es peor, su falta de sensibilidad social es legendaria. Mientras comíamos unos bagels, me puso al corriente de todo lo sucedido hasta hoy. Mi madre miraba al cielo, en un gesto que ya parece un reflejo genéticamente predeterminado, y sospecho que debe de serlo.

—Y para el numerito ese, ¿estás pensando en hombres o en mujeres? —pregunté yo, con un punto más de interés del que hubiese sido correcto.

—¡Oh, no, cariño, por favor! —gruñó mi madre.

—¡Mujeres! —gritó él—. ¡Chicas desnudas por todas partes!

¿He mencionado ya que mi padre es un perverso de cuidado? Un rasgo hereditario, supongo.

—No estoy segura de que sea totalmente apropiado para una boda —dije yo.

Mamá asintió juiciosamente, haciendo botar su colgante de esmalte negro.

—Tienes razón. —Se volvió hacia papá—. ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡A nadie le parece una buena idea!

—No —insistí yo—, no es una buena idea. Aunque, pensándolo bien, una noche de tías con strippers no estaría nada mal...

—¡No lo animes!

Mi madre me fulminó con la mirada, mientras él consideraba con alborozado entusiasmo las posibilidades.

## *dimanche, le 29 février*

Ayer, mamá y yo fuimos de compras. Hacía años que no atacábamos juntas unos grandes almacenes; pero, creedme, lo de ayer es algo que esas dependientas contarán a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Somos ruidosas, somos eficaces, vamos armadas con un crédito respetable y nadie puede pararnos cuando vamos dejando nuestro rastro humeante desde la sección de calzado hasta la de lencería.

A ella le va el estilo Palm Beach (¿y a qué matrona de su edad no?). Estampados a lo Lily Pulitzer, brillos, jerséis sedosos y pantalones blancos. Yo estoy genéticamente programada para querer lo mismo, pero vivo en una ciudad llena de tizne y no puedes ir enfundada en lana color crema cuando es más que probable que te sientes sobre alguna porquería.

Lo primero son los zapatos. Mismo número, mismos gustos. Mi madre barrió tres estanterías de todas las sandalias con tiras en verdes y azules primaverales, mientras yo hacía lo propio con las correspondientes versiones en negro y arena. Bolsos, trajes de chaqueta, ropa interior: todo se rindió a nuestra campaña de terror. Mi madre se ha comprado por lo menos tres trajes para la boda y suficiente ropa de verano para vestir a un ejército de clones suyas. Tuve que obligarla por la fuerza a renunciar a varios conjuntos de blusa y chaqueta con motivos florales y adornos de cuentas, mientras ella me hacía ver que mis tobillos «parecen rechonchos» con zapatos de estilo retro.

Es el poder del amor incondicional. Sólo una madre puede gritar a su hija «¿No ves que se te marcan las bragas?», a un volumen capaz de sacudir los cimientos del edificio, y vivir para contarlo.

Ella:

—¡Oh, cariño, qué bonito te queda el verde! ¿No lo vas a comprar?

Yo:

—No sé. Parezco demasiado pechugona.

Ella (sacando a relucir su amplia delantera):

—Nunca es demasiado. ¿Quieres parecer una adolescente?

Y arrojó de nuevo la prenda a la pila de mis compras.

Yo me plegué a los designios de una inteligencia superior.

*Mars*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

## *O-P*

### *O* de Oliva, aceite de

Nunca aceptable como lubricante. Si no has oído hablar de la desafortunada interacción del aceite con el látex, te recomiendo un repaso de cualquier cosa que se haya escrito sobre el Sida en los últimos veinte años.

Además de degradar la barrera protectora, en general deja bastante que desear como lubricante. Un hombre me propuso una vez (mientras sacaba un tubo de la sustancia en cuestión) que me dejara introducir el puño con una crema a base de vaselina. Ni de broma. Esas pomadas acumulan el calor y te hacen sentir como si te estuvieran friendo los labios menores.

Por otro lado, no es mala idea llevar un frasco pequeño de aceite para masajes, para aplicar uno de vez en cuando. A los hombres les gusta y suelen dar propina. Dan más por eso que por el sexo propiamente dicho. Extrañas criaturas.

### *P* de Plástico

Me refiero a las tetas, no a las tarjetas de crédito. ¿Qué prefieren ellos, la perfección o la realidad? ¿Son así naturalmente todas las otras chicas de la agencia o lo suyo es cosa de furtivo artificio? ¿Conviene invertir los beneficios en una actualización del *hardware*? Hasta la más realista y sensata de las chicas se preguntará alguna vez si su carrera no se vería beneficiada por una multiplicación del volumen. Pero si piensas hacerlo sólo por el trabajo y no por la vida real, no te lo recomiendo.

### *P* también (obviamente) de Porno

Hay bastante esnobismo por parte de los que compran ediciones en cartoné de libros de arte rupestre del Neolítico de tema erótico, contra los que trabajan en el pomo duro. No sé si se darán cuenta de que el esnobismo va en ambas direcciones. Comprar una estatuilla tribal africana de un tío con una erección no otorga patente de libertino.

Básicamente, si no existe la posibilidad de que algo se manche con semen en el proceso

de su creación, se trata de porno de segunda categoría. Siento pincharos la burbuja. Jenna Jameson, las chicas del salón de masaje y el tío que pasa la fregona en las cabinas del sex-shop son trabajadores del sexo. Las dependientas de camiseta rosa que pasan el día detrás de un mostrador vendiendo vibradores no fálicos fabricados con material ecológico reciclado no lo son. Las películas erótico-artísticas ambientadas en Francia durante las protestas estudiantiles de los años sesenta no son porno. Una doble penetración con el puño al tiempo que se le practica una felación a un perro sí lo es. Criterio general: cuanto mayor sea la probabilidad de que una pareja considere un producto sexual como instrumento para fortalecer su relación, menor será la probabilidad de que se trate de porno duro.

## *lundi, le 1 mars*

Todavía estoy en el norte, durmiendo en un sofá en casa de uno de los A, buscando un buen masajista y bebiendo demasiadas pócimas a base de tequila. Aquí hay una gata que, en cuanto me ve, salta y se acomoda en mis rodillas, ronroneando como un motor oxidado. De momento, todo sumamente hogareño, calentito y como de peluche, hasta el punto de que he estado fantaseando con la idea de no volver nunca más a Londres.

¡Era broma! Volveré a casa dentro de uno o dos días. Y, por si fuera poco, llevaré puesta mi flamante lencería azul pastel.

## *mardi, le 2 mars*

Probablemente, el miedo a la vejez es nuestro sino y no hay nada que hacer al respecto. Cuando eres joven, te parece imposible llegar a ser algún día tan vetusto como tus parientes, e igualmente imposible que ellos hayan sido jóvenes alguna vez.

Pero cuando dejas atrás los primeros brotes de la juventud, el miedo empieza a insinuarse. Las miradas de los viejos en la calle, esos mismos viejos a quienes poco antes ni siquiera veías, te horadan las carnes. «Pronto estarás aquí», parecen decirte.

Hace muy poco, vi mi propio futuro. O, para ser más exactos, lo oí.

Estaba en casa. Mi madre y mi abuela charlaban en la cocina, sin darse cuenta de que yo oía cada palabra de lo que decían, mientras consultaba mi buzón de correo electrónico a la vuelta del pasillo.

Pero no les presté atención hasta que mis oídos captaron dos palabras: vello púbico.

Concretamente, mi madre le estaba diciendo a mi abuela:

—Me siento vieja. Con decirte que el otro día descubrí que tengo el vello púbico casi completamente gris.

A lo que mi abuela replicó:

—¿Y eso te parece malo? Espera a que se te empiece a caer.

Creo que debería suicidarme antes de que sea demasiado tarde.

## *miércoles, 3 de marzo*

De los cuatro A, sólo hay uno con quien no me he acostado. Es A3. Cuando nos conocimos, la química fue inmediata y arrolladora. Nos achuchamos un poco, pero no pasamos de ahí.

Él vivía en una ciudad cercana y, cuando regresó, me sentí muy sola. ¿Sabéis esa sensación, cuando toda la energía acumulada se te va directa a las piernas y lo único que quieres es correr y correr hasta tirarte por un acantilado? Me confié a A2 y le conté todo lo sucedido. Me moría por los huesos de ese hombre y tenía que verlo.

Preparamos un plan: me presentaría en la puerta de la casa de A3 ese mismo fin de semana, para darle la sorpresa y ver qué pasaba. Mientras tanto, tenía cuatro días para hacer planes y roerme las uñas. Entonces hice lo que habría hecho cualquier chica: me acosté con A2.

¿Sorprendidos?

¿No? ¿Qué me decís de esto, entonces? En esa época yo estaba saliendo con A4. Habíamos discutido, pero todavía no habíamos roto del todo. Cambiar de barco era una de mis prioridades y aquélla me pareció una buena oportunidad.

Total, A4 estaba de viaje por una conferencia, y yo fui y me acosté con nuestro amigo común A2, mientras planeaba arrojarme a los pies de A3. Cuando llegó el fin de semana, me presenté ante la puerta de A3.

Tenía novia. Yo no lo sabía. Hasta que ella abrió la puerta. Por su sonrisa confusa, me di cuenta de que ella tampoco tenía ni idea de lo que pasaba. Me sentí tan mal como si estuviera fingiendo que no sabía nada. Salí de allí más rápido que Paula Radcliffe corriendo la maratón.

A4 y yo rompimos formalmente, y lo intenté con A2 durante un tiempo, pero no funcionó. Ahora todo eso es agua pasada y todos somos amigos. La gente, cuando nos conoce, cree que A4 es mi marido, A2 mi hermano y A1 nuestro tío, pero no porque parezca mayor (o, al menos, eso le decimos), sino porque rezuma autoridad. Sin embargo, todavía persiste ese pequeño problema con A3. Después de todos estos años, sigue saliendo con esa chica. Y a veces, cuando nos vemos, se le nota un poco contrariado y excesivamente amistoso conmigo.

No es suficiente, cariño. Llegas con años de retraso.

Hace unas noches estábamos todos en un restaurante. A2 me presentó a un colega suyo. No habría sido necesario. Me fijé en él desde que entró por la puerta.

—Está bien —le susurré a A2.

—Ya sabía yo que era tu tipo —sonrió.

Lo era. Bien vestido, buen físico y manos que podía imaginar por todo mi cuerpo. Expresión inteligente, educado, una boca preciosa.

—¿De dónde es?

—Nació en la costa sur.

—Hum. ¿Dónde lo tenías escondido?

—Vive en San Diego.

—Uf. ¿Por qué?



A2 se encogió de hombros.

—Trabajo.

Fruncí el ceño. No quería una segunda versión de Primera Cita. Una relación a más de once mil kilómetros de distancia es algo que ni me planteo, a menos que me compensen con creces los gastos de viaje. Ya he atravesado una vez el océano siguiendo el impulso del corazón, sólo para descubrir que no merecía la pena. Pero en interés de la lubricación social, coqueteé con él y los otros chicos durante la cena. Después, A2 estaba cansado y se fue a casa, dejando al Doctor California al hábil cuidado de A3, A4 y una servidora.

Nos fuimos a un pub. A3 estaba visiblemente borracho.

—Me gusta tu coleta —me dijo, acariciándola.

Sus dedos se cerraron sobre el extremo y dieron un pequeño tirón. Sentí que se me erizaba la piel del cuello. No me malinterpretéis. Todavía se me va la cabeza con este tío, pero ya no estoy dispuesta a meterme en dolorosos polígonos amorosos.

—Gracias —le dije, volviéndome para quitarle la coleta de entre los dedos.

El Doctor California preparó la mesa de billar. Los cuatro pasamos un par de horas jugando, yo formando equipo con mi antiguo novio oficial A4, y él, con mi antiguo amor extraoficial A3. Un par de amigos que no veía desde hacía años entraron y estuvimos un rato intercambiando noticias de viejos conocidos y riendo. Yo seguía con la mirada la gallarda figura del Dr. C por el local y la forma en que contemplaba la mesa, preparaba un tiro o balanceaba confiadamente el antebrazo en la prolongación del golpe. La destreza me pone, no puedo evitarlo.

Un par de veces, al pasarle el taco, le rocé con la mano la parte baja de la espalda. Igual de firme.

A3 me miraba sombrío, cada vez más borracho y malhumorado. Al final masculló algo a propósito del último tren para volver a casa. Cuando ya salía, medio me abrazó por la cintura. Yo le di un beso en la punta de la nariz.

—Buenas noches —gorjeé.

Él apretó más fuerte, levantándose hasta ponerme de puntillas y me plantó un beso directamente en los labios delante de todos. Hacía años que no se comportaba con tanto descaro. Con un esfuerzo, desvié la cara desde su boca hacia un lado de su cuello. Entonces él me dijo al oído, con su aliento caliente:

—Ten cuidado. No vayas a hacerle daño al tipo nuevo.

Y se fue.

Dejamos los tacos. Los tres terminamos las copas. A4 fue a buscar los abrigos y se encaminó hacia la puerta.

Yo apoyé una mano en el brazo del Dr. C, para retenerlo hasta que A4 saliera. Me volví hacia él, hacia su expresión franca y penetrante.

—¿Te puedo besar?

—Sí, por favor —me dijo.

Nos morreamos en el vestíbulo, bloqueando la salida.

—¿Dónde pensabas dormir? —me preguntó.

Le dije que en un sofá, en casa de A2.

—Tengo una cama enorme en el hotel —propuso.

—Perfecto.

A4 estaba fuera y se despidió con un gesto desde la esquina. A una manzana de distancia del hotel, el Dr. C se volvió hacia mí.

—No me recuerdas, ¿verdad?

—Creo que no.

—Nos conocimos hace tres años. También entonces pensé que eras sexy.

—Lo siento. No me acuerdo.

Sonrió. Atravesamos el vestíbulo del hotel, de tonos castaños y tenuemente iluminado, y subimos al segundo piso. De camino saludé con un gesto a alguien que conozco. A veces pienso en lo pequeño que es el mundo. Me di cuenta de que por la mañana todos mis amigos y parientes estarían al corriente de lo sucedido.

La puerta casi no se había cerrado cuando nos lanzamos a quitarnos mutuamente la ropa. El Dr. C estaba tan macizo desnudo como me lo había parecido vestido, y sus manos eran tan hábiles como había imaginado. Me llevé su pene a la boca.

—Ah, fantástico —murmuró—. Las chicas norteamericanas no saben qué hacer con el prepucio.

Me pareció ideal. Su sabor y su olor eran increíbles. El sexo estuvo bien, pero de una manera distinta que en el trabajo. Fue una experiencia jubilosa, con él disfrutando de su cuerpo y sintiéndose bien por compartirlo conmigo. Yo no podía parar de tocarlo, de mordisquearlo, de desearlo. Parecía como si hubiésemos estado juntos desde siempre. Me tomó una vez y otra más y otra más, con asombrosa intensidad. Cada vez que se corría, sus espasmos musculares se comunicaban directamente a mi cuerpo, como una onda sonora, disparando mis alarmas y desencadenando un orgasmo de dentro afuera.

Dormimos un par de horas, nos despertamos y volvimos a follar. Escuchamos las noticias de la mañana por la radio. Lo habitual: bombas, muerte y elecciones en algún país extranjero. No hablamos mucho. No hubiese sabido qué decir. «Muchas gracias, ha sido estupendo. Ya sabes que no volveremos a vernos, ¿verdad?». Yo me iba a Londres dentro de un par de horas y él regresaba esa misma noche a San Diego. Pero era un silencio confortable, que podía imaginar extendido indefinidamente hacia una relación de pareja.

Me lavé los dientes. Cuando salí del lavabo, él ya estaba vestido. Se quedó mirando mientras me ponía el abrigo. Tenía que coger el tren.

—¿Necesitas un taxi? —me preguntó.

¿Cuántas veces habré oído esa pregunta?

—No, gracias. Iré andando.

—¿No está lejos?

—No.

Se incorporó y vino hacia mí. Apoyó sus manos en mis caderas y me besó con ternura. ¿O lo imaginé? Fue un beso que prometía más, si yo quería. Una pregunta que quedaba abierta, aunque

ya conociera la respuesta.

—Buen viaje —dijo.

—Adiós —dije yo, y me marché.

California está a miles de kilómetros de distancia. Sonreí. La mañana era más cálida y luminosa de lo que hubiese tenido motivos para esperar.

*vendredi, le 5 mars*

Estoy de vuelta en Londres y hace un día razonablemente primaveral, con un calor que no llega a ser agobiante, pero sí lo bastante agradable para sentarse fuera a leer el periódico y considerar la posibilidad de dejar el abrigo en casa. Salí a dar una vuelta y me encontré con S, un amigo del Chico. La última noticia que había tenido de él era que lo había abandonado su novia pelirroja, que se entendía con el compañero de casa del Chico. Imagino que técnicamente S también es amigo mío, ya que no lo conoce a él más que a mí; pero supuse que todo el que no me había llamado en menos de veinticuatro horas al enterarse de nuestra ruptura, para ofrecerme una taza de caldo y decirme que todos los hombres son unos capullos, probablemente estaba de su parte.

Sonreí y lo saludé con la mano. Él cruzó la calle y me dio un beso en la mejilla.

—Hace un montón que no nos vemos —dijo—. ¿Qué tal te va?

—Escandalosamente sana, como siempre —respondí—. Y todo lo demás, igual de escandaloso. ¿Cómo va lo de tu moto?

—De maravilla —replicó—. Esta tarde voy a ver una Ducati 996 SPS.

La señal más reveladora de un converso es la costumbre de deslizar siglas incomprensibles en cualquier conversación. Dios bendiga su alma ingenua.

—Rompedor —dije—. O, mejor dicho, espero que no lo sea.

Los dos reímos.

—¿Te apetece picar algo?

Nos sentamos en un cochambroso local oriental y comimos enigmáticos fragmentos cárnicos sobre base evidente de sopa de sobre. Por fortuna, servían té en abundancia, caliente y gratis. S ha estado saliendo con una mujer que conoció a través de no sé qué círculos marginales de motoristas enfundados en prendas de cuero. Él había quedado, y yo empezaba a sufrir síntomas de intoxicación por glutamato de sodio, así que nos fuimos andando juntos hasta la estación de metro de Bayswater.

—No estoy segura de si debería preguntarte esto...

—Estaba pensando si ibas a sacar el tema o no.

Nos paramos en medio de la acera. La corriente de gente que salía de almorzar se dividió y siguió fluyendo a nuestro alrededor.

—Hum. Hay una cosa que me pregunto. ¿Cuál ha dicho él que ha sido la causa de nuestra ruptura?

Humillante, ya lo sé, pero a menudo la curiosidad nos puede.

S agitó las manos con expresión indefensa.

—Oh, lo que solemos decir los tíos —dijo—. Poco tiempo, falta de química... Creo que es bastante inmaduro, a decir verdad.

—No tienes que decir eso para complacerme —repliqué sonriendo.

—Pero si es verdad. No tiene mucha experiencia con las mujeres.

—Y casi diría yo que si sigue así, las cosas no van a mejorar mucho.

Jo, tenía que decirlo, ¿no?

—Eso mismo le dije yo —suspiró S, mientras consultaba ostentosamente su reloj.

Probablemente lo estaba demorando, por no mencionar que me estaba comportando como una chica aburrida, empeñada en analizar una relación fracasada. No hay nada que propulse con mayor rapidez a un hombre a la cita siguiente. S me dio un rápido beso en la mejilla.

—En cualquier caso —añadió—, me alegro de haberte visto.

—Yo también. Suerte con los motores.

(Bragas de hoy: con dibujos de mariposas y motivo de encaje rosa fuerte alrededor de las piernas).

*dimanche, le 7 mars*

Me estoy recuperando de una fiesta de disfraces, durante la cual me divertí al son de la peor música de los últimos veinte años, mientras un rabino se tiraba al suelo y fingía estar nadando, al tiempo que un hombre disfrazado de árbol exhibía encima su talento para el baile sexy. Porque parece ser que los judíos estamos literalmente condenados a emborracharnos y alborotar en la fiesta de Purim.

Hace que el carnaval palidezca en comparación, ¿verdad?

Pasé casi toda la mañana con resaca, leyendo múltiples ejemplares de esos diarios que venden los sin techo, comprados a todos y cada uno de los vendedores que me salieron al paso el viernes, y mordisqueando los pastelitos que me trajo un amigo a primera hora de la mañana.

Ahora voy a tener que volver a la cama.

(Bragas de hoy: ninguna. ¿Quién se pone bragas para irse a la cama?).

## *lundi, le 8 mars*

A veces me siento tan cansada que no me importaría que alguien viniera a hacer el trabajo duro en mi lugar, mientras yo paso largas temporadas recuperándome en el norte. Sin embargo, el proceso de selección para tamaña responsabilidad debería ser estricto.

Un criterio debería ser la inteligencia. Y unos abdominales de muerte. Aunque me pasara desde ahora hasta el Big Crunch haciendo abdominales, jamás conseguiría esa musculatura ondulada en la tripa. Vientre plano, sí. Pero una tableta de chocolate, jamás. Ni siquiera un trocito. Entonces, ¿para qué el castigo masoquista del gimnasio? Debería pasarle el trabajo a una doble con mejor cuerpo y quedarme en casa escribiendo y comiendo pastelitos.

Personas que no echaría de la cama por fingir ser yo:

Anna Kournikova

Lisa Simpson

Liz Taylor

Liz Hurley

Su Majestad Liz II

Enviad una breve carta de presentación (menos de una página en formato DIN A4), explicando por qué queréis ser yo, con señas de contacto y referencias, a la dirección habitual. Mi secretaria imaginaria se encargará de clasificar las cartas y se pondrá en contacto con vosotras para concertar las entrevistas.

Adjuntad una foto con vuestras mejores galas de lencería. Importa más el estilo que el contenido, como siempre.

El cliente era un hombre joven, probablemente no mucho mayor que yo. Cuando entré en la habitación, iba vestido de manera informal, como cualquiera de mis amigos: camiseta ceñida y pantalones holgados. En seguida me sentí demasiado arreglada, excesivamente teatral con mi traje de chaqueta y mi maquillaje.

—Hola —le sonreí, y dije su nombre para confirmarlo. Siempre hay una pequeña posibilidad de llamar a la puerta equivocada. ¿Echaría algún hombre a una chica que viene a tirárselo sin haber sido invitada? Probablemente, sólo al requerírsele el pago por adelantado.

—Hola —dijo él.

Tenía una piel fabulosa, suave y morena, y acento americano. La habitación estaba atestada de equipaje sin deshacer y pilas de libros. ¿Había venido por negocios? Dijo que sí. Que regresaba mañana. Con un gesto de la cabeza me señaló el sobre con el dinero, encima de la mesa de escritorio. Lo guardé sin contarlo.

Muchos clientes están en Londres en viaje de negocios. Casi todos piden una chica al principio de su estancia, en lugar de hacerlo al final, y si les gusta, la siguen llamando. Si no les convence, siempre tienen tiempo de probar otra. El hecho de que este cliente aguardara hasta el último día me hizo pensar que no esperaba tener que pagar por un polvo en este viaje y que había llamado a una agencia por desesperación o aburrimiento.

—¿Vino blanco o tinto? —preguntó, repasando el contenido del minibar.

Para ser sincera, prefiero las bebidas fuertes, pero sólo elijo entre lo que me ofrecen explícitamente. Si no especifican y preguntan, por ejemplo, «¿qué vas a beber?», pido lo mismo que están bebiendo ellos o un vaso de agua. Se me suele secar la boca al principio, y el primer contacto labial debe ser húmedo y acogedor, sin llegar a ser baboso.

Me tendió la copa, hicimos un brindis medio irónico («por una nueva amistad») y bebimos. Observé que el brazo que sujetaba la copa estaba tatuado. Una pequeña daga negra. Parecía siniestramente viva.

—Bonito tatuaje —dije, alargando un dedo para tocarlo.

El primer contacto puede ser difícil de orquestar. Con los hombres que te besan nada más entrar es fácil pasar a la intimidad física, pero con frecuencia el cliente está nervioso y tengo que buscar una excusa para salvar la distancia y establecer el contacto. Casi como por accidente. Como ese momento en una cita cuando la proximidad de la otra persona es una autorización implícita para abrazarla y besarla.

Me quitó la copa de vino de las manos y me tumbó boca arriba en la cama. La firmeza de los brazos junto a la incipiente blandura del abdomen me hicieron pensar que podía ser un atleta retirado. Levanté la vista para mirarlo, con los labios entreabiertos. Tenía los pantalones medio bajados y no llevaba ropa interior. En ese momento se me ocurrió que había algo de implacable en su forma de tratarme y que toda la protección del mundo no habría sido un obstáculo si hubiese querido hacerme daño. Me incliné hacia adelante y me llevé su polla a la boca.



Aparezco anunciada como chica que ofrece «todos los servicios» y sé, por tanto, que muchos clientes me piden con la perspectiva del sexo anal. Voy preparada para ello. Por lo general, me dejan que se la chupe un rato, después pasan a un breve paréntesis de sexo vaginal y finalmente me preguntan con cierto nerviosismo si pueden llamar a la puerta trasera, o bien se van por ese camino como por accidente. Este hombre no hizo nada de eso.

Volvió a tumbarme en la cama, se inclinó sobre mí y me flexionó las piernas por encima de la cabeza. Se chupó los dedos y me metió tres en el coño. Yo extendí el brazo para sacarle la mano y lamerle los dedos. Me gusta saber cómo es mi sabor, en parte porque me gusta y en parte por estar al corriente de lo que pasa allá abajo.

Lo interrumpí y rodé a un lado, saqué un condón del bolso y me apliqué una gota grande de lubricante en el dedo. Mientras él abría el envoltorio del preservativo y se lo ponía, yo me lubricué el trasero. Volvió a meterme los dedos y, haciéndome girar hacia atrás con un movimiento de la muñeca, apuntó la polla hacia mi puerta trasera. Entró toda a la primera. Claramente, se lo había trabajado de antemano y había acometido desde el ángulo más adecuado.

Estuvo bombeando por esa vía durante media hora, conmigo literalmente clavada a la cama, sin nada que hacer excepto gemir y producir ruiditos alentadores. Su mano hurgaba en mi interior, frotando el fondo de mi vagina para sentir su propia polla a través del tabique muscular. Sentí los primeros estremecidos espasmos y su eyaculación me llenó el culo.

No quiso que lo abrazara. Fui al cuarto de baño y me lavé, regresé y me vestí. Hablamos un poco de Iris Murdoch y me marché. En la calle no había taxis, así que tuve que ir andando hasta Regent Street, donde las luces de las tiendas y los coches se confundían como en una ilusión.

*mercredi, le 10 mars*

Esta mañana he visto flores de cerezo, debe de ser primavera. Puede que la floración haya empezado hace semanas, pero el árbol que hay junto a mi puerta ha florecido de forma repentina y masiva. Y los días se están haciendo más largos.

Hoy se fueron los operarios. El pelirrojo estaba incómodo en la cocina, mientras la casera inspeccionaba las paredes blancas y los armarios limpios de madera de pino. No parecía ni la mitad de complacida que yo con el resultado, pero no dijo nada. Se limitó a firmar la factura y se fue.

El otro operario, el más alto, me señaló con la cabeza la mesa donde habían dejado las llaves del piso.

—Me había acostumbrado a tenerlos por aquí. Gracias por todo —les dije mientras se dirigían a la puerta.

—A usted —replicó él, con un acento del sur de Londres que no me atrevería a imitar, ni mucho menos a intentar reproducir por escrito (baste señalar que ellos encontraban mi pronunciación de muchas de las palabras más usuales tan divertida como yo encontraba la suya) —. Es usted toda una dama.

Me di un hartón de reír. Toda una dama, justamente. Una dama con tanga de terciopelo verde.

*vendredi, le 12 mars*

Él:

—Sí, así me llamo.

Yo:

—¿Es la primera vez que llamas a una chica?

—Es la primera vez. Punto.

Después, una serie de movimientos torpes.

Él:

—Dime qué tengo que hacer. Por eso he querido llamar a una chica. Cuando lo haces con tu novia, nunca te dice nada útil.

Al cabo de un rato...

Él:

—Sinceramente, ¿qué te ha parecido?

Yo:

—Agradable. Tienes buenas manos. ¿Eres músico?

Asiente con la cabeza.

—¿Qué piensas de mí, en general?

—Simpático. Listo. Buen físico. Eres un buen partido para cualquiera.

—Si me hubieses conocido en otro sitio, ¿te habrías fijado en mí?

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Sabiendo tu edad, no.

Frunce el ceño. Le digo que parece mayor, pero que ni siquiera cuando yo tenía diecinueve años me acostaba con chicos de su edad. No ha sido un buen comentario. Parece deprimido.

—Me fijaría en ti —le digo—. Claro que sí. Eres de los peligrosos.

—¿Y eso? —pregunta.

Cuidado, me digo. Tengo que decir algo que sea verdad, pero al mismo tiempo agradable y no excesivamente laudatorio. Es tentador.

—No quisiera ser la primera persona que te destrozara el corazón.

Vuelve a fruncir el ceño.

Pero no debería preocuparse. Estoy segura de que hay muchas mujeres en el mundo dispuestas a serlo.

*samedi, le 13 mars*

Juegos de sociedad para putas, primer capítulo de una serie de una sola entrega.

¿AMIGAS O LESBIANAS?

Las reglas son increíblemente sencillas: déjate ver con una amiga y, sin recurrir a besuqueos ni a bailar agarradas (¡muy importante!), convenced a todos dentro de una distancia razonable de que sois pareja. ¿Por qué están prohibidos los besos? Porque el toqueteo entre señoras en público es el truco de las chicas hetero para ligar con chicos hetero.

Una vez tuve tanto éxito que logré ahuyentar a un imbécil que estaba molestando a una conocida mía. La enganché por el brazo y dije a voces:

—Ya te estás abriendo, tío. La chavala está conmigo. ¿Te vas tú solito o te saco yo de los huevos?

El patético individuo se esfumó de la barra. Por desgracia, mi caballeroso gesto no me valió una recompensa sexual por parte de la doncella en cuestión.

Variante muy popular: instálate con un grupo en un rincón del local y adivina si las mujeres que ves charlando son amigas o «amigas». Así he pasado yo muchas *happy hours* en mis tiempos de universitaria.

NO HAY QUIEN TE AGUANTE

Únete por una noche a las clases conversadoras. Eres una consultora independiente, con intereses que abarcan desde los vinos tintos sudamericanos hasta la cultura japonesa, pasando por la segunda temporada de la serie «Buffy Cazavampiros» en DVD; tus temas de conversación engloban las hipotecas, las dietas hiperproteicas y los motivos que desaconsejan extender la zona de tráfico controlado a Kensington y Chelsea. Frecuentas sitios como el So Bar, el Front Room y otros.

He visto a las mejores mentes de mi generación perderse en debates sobre las restricciones de aparcamiento en la Zona 2, mientras picaban unas tapas.

PÓNGAME LO MISMO

¿Quién no ha deseado fingir un orgasmo en público? Inspírate en los anuncios de Baileys y disfruta de tu copa más de lo que el cuerpo debería.

LA OCUPACIÓN INVEROSÍMIL

Cuando te aborde un tío, invéntate un trabajo imaginario para contestarle cuando te pregunte a qué te dedicas (lo hará inevitablemente; desde el punto de vista conversacional, los hombres son muy predecibles). Algunas de las mejores, de probado éxito son: acróbata, programadora de tonos para teléfonos móviles, modelo de pies y xilofonista. A ver por cuánto tiempo consigues seguir inventándote conocimientos especializados para tu falso currículum. Puntos extra si resulta que él también se dedica a lo mismo. «¿De verdad? ¿Eres epidemióloga? ¡Qué coincidencia!».

## YO NO ENTENDER IDIOMA

Huelgan las explicaciones. Especialmente divertido si no tienes pinta de extranjera.

## ¿ME ESTÁS HABLANDO A MÍ?

«... O sea, que estaba sacando esas armas de Serbia, ¿vale? Y en la frontera van y me paran unos cascos azules. Ni se imaginaban que yo iba hasta el culo de *speed* y que en el forro de la chaqueta llevaba metido tremendo cacharro con el cañón recortado». La opción Travis Bickle. Mete miedo. Condimenta generosamente la conversación con referencias a kalashnikovs, películas de John Woo y artículos de la revista *Soldier of Fortune*. El noventa y nueve por ciento de los hombres salen huyendo horrorizados de una sociópata posiblemente armada. En cuanto a cómo manejar al uno por ciento restante... bueno, puede ser divertido. Pero procura no darles la espalda.

## DEMASIADA INFORMACIÓN

Cuanto más fuerte, mejor. Explica con detenimiento (y a todo volumen) todos los detalles de tu vida sexual. Anilingus, dominación sadomasoquista, y fantasías masturbatorias con Michael Howard y un cerdo transgénico. Vale todo. Máxima puntuación para la persona que consiga que más parroquianos se vayan del bar.

La mayoría de mis conversaciones son así.

## TIC-TAC, TIC-TAC

«Estoy encantada de conocerte precisamente hoy... porque según mi temperatura basal, tomada esta mañana, voy a ovular en las próximas veinticuatro horas. ¿Vives por aquí cerca o llamamos un taxi?».

## EL PASADO QUE VUELVE

Aborda a un hombre al azar y sorpréndelo con la revelación de que se acostó contigo hace

poco y no te ha vuelto a llamar. Dile que te ha dejado muy mal. Enumera a voz en cuello todos los pormenores de vuestra noche de pasión descontrolada. Alguna pequeña insinuación de que él fallaba en ciertas áreas anatómicas esenciales puede ser un eficaz añadido a la actuación.

Pero ten cuidado: si está con un grupo de amigos, los puntos se los lleva él, y no tú. Lo mejor es pillarlo solo o en pareja. E intenta no entusiasmarte demasiado. Hervir conejitos, como hacía Glenn Close en *Atracción fatal*, es un deporte adictivo.

¿QUÉ TE ESTABA...?

Ponte a hablar con un perfecto extraño como si lo conocieras de toda la vida y como si hubieseis interrumpido una conversación a mitad de frase. Procura expresar mucha familiaridad con el lenguaje corporal, por ejemplo, tocándole con frecuencia el brazo. Pregúntale por la familia y ese tipo de cosas.

Nota: así conocí yo a A1.

LA VERDAD

Cuéntale a alguien que trabajas de prostituta. Después échate a reír. Nadie te creerá. «No, era broma. En realidad, soy monja».

## *dimanche, le 14 mars*

El final de la relación estaba escrito desde el principio. Él es un hombre que paga a cambio de sexo, yo soy la prostituta, y en algún momento sus gustos tienen que cambiar.

Me he habituado a él, y aunque no estoy enamorada, reconozco que estoy tan interesada en las noches que pasamos en vela conversando como en la relación carnal.

En el baño del piso de arriba hay una bañera grande con grifos dorados y cuatro dibujos de un pueblo de Francia colgados de la pared. Dice que se los regaló el artista. He mirado tantas veces esos dibujos mientras me bañaba después de un encuentro que, cuando los pintores que encalaron las paredes los colgaron en diferente orden, yo me di cuenta antes que él.

—Tienes razón —dijo, forzando los ojos para ver mejor los pasteles—. ¡Qué observadora eres! Sabe mucho de mí, ese hombre. Sabe mi nombre verdadero y dónde he estudiado, y a menudo comenta (él trabaja en algo relacionado) que si en algún momento necesito empleo, entonces... y por duodécima vez me desliza en el bolsillo su tarjeta de visita.

Es como tener un tío que te protege. Y te folla.

A veces no hacemos lo que se dice follar. A él no le gusta la goma, pero yo no tengo ninguna inclinación natural a correr riesgos. Así que se masturba encima de mí. Me tumbo en una cama o en un sofá, o a veces en el suelo, con la cabeza apoyada en una o dos almohadas, y él se me encabalga un poco más abajo del pecho. Entonces, mientras yo juego con mis pezones y sus testículos, él se hace una paja encima de mi cara. Después buscamos un espejo, analizamos juntos el resultado, y otorgamos puntos por consistencia, puntería y volumen. Y como le gusta lavarme, espera a que se seque un poco y enjuga la mayor parte del estropicio con una toalla húmeda.

Las últimas semanas han sido difíciles de organizar. Nunca hemos fijado un día y una hora para vernos, aunque normalmente era un día hábil, por lo general, después de las diez de la noche. Últimamente he estado ocupada. Él también. Si no me encuentra a la primera, llama a otra chica de la agencia.

Veo que he perdido una de sus llamadas y le envíé un mensaje de texto. La situación se repite varias semanas seguidas. Empiezo a echar de menos la copa de burbujeante Pol Roger que siempre me sirve cuando llego.

Cuando salí de Londres, llamó tres veces. Se está poniendo nervioso. Es como el final de una relación amorosa: la insistencia, las sospechas infundadas.

Y después, el desenlace. Un simple mensaje de texto, una mañana: «Supongo que estamos condenados a no vernos nunca más. Te echaré de menos. X.»

Yo también lo echaré de menos.

*lundi, le 15 mars*

No estoy segura de si esto será indicio de algún cambio sustancial en mi forma de pensar o en mi destreza para las tareas del hogar, pero paso de seguir separando las bragas de trabajar y las de diario. Eso no significa que vaya a presentarme en el trabajo con un aburrido tanga deportivo, pero en ocasiones he ido al supermercado con tres centímetros de encaje y satén de rayas asomando inadvertidamente por encima de la cintura de los vaqueros. Tengo entendido que en ciertas culturas es un rasgo deseable. Me estremezco con sólo pensarlo.



*mardi, le 16 mars*

Ha llamado N.

—Hace tiempo que no te veo.

—Sí.

—¿Todo bien?

—Perfecto.

—Mentirosa. —Tenía razón, como siempre—. ¿Qué pasa?

—No sé. Que es el primer día verdaderamente primaveral, quizá. Iba andando cerca del río, al sol, y me puse a pensar que hace un año estaba haciendo lo mismo con alguien a quien quería y con quien pensaba casarme.

—Debe de ser algo en el agua. Yo también he estado pensando hoy en mi ex.

(Una que lo plantó de repente, sin decirle adiós, muy buenas).

—Si quieres, me paso por tu casa —añadió. Me limité a suspirar con fuerza—. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Llamó brevemente y entró. Yo estaba sentada en el sofá, con cara de sufrimiento.

—Hola, preciosa —dijo acariciándome el pelo—. ¿Qué te parece si salimos a picar algo?

No tenía hambre, pero salimos.

—Si pudieras encontrarte con tu ex y con quienquiera que esté ahora —dijo N mientras consumía una ensalada y una pinta de cerveza en un execrable *gastropub*—, ¿cómo te gustaría que fuese ella?

—Gorda —arriesgué.

—A la mía me gustaría verla con un tío que fuera perfecto, pero impotente.

—No, gorda, no. Mejor boba.

—Un tío perfecto, pero impotente y con una familia impresentable.

—Que sea mema y huela raro.

—¡Eso sí que estaría bien! La afrenta física definitiva. Impotente, con una familia impresentable y que no le permita trabajar fuera de casa.

Se terminó su cerveza y siguió con la mía, que estaba casi sin tocar.

—Que sea tonta, huela raro y tenga un pésimo gusto para la música. —Consideré la posibilidad de reclamar mi cerveza, pero claramente era una causa perdida. Se había tragado por lo menos la mitad—. No, olvida eso último. Él nunca se colaría por una chica con mal gusto. La habría descartado de entrada.

N tragó la cerveza.

—Impotente y calvo.

—El mío se quedará calvo dentro de unos cinco años. Eso creo. Tengo que creerlo.

—Impotente, calvo y que la engañe. Porque ella sabe que yo nunca la hubiera engañado.

—Tonta, que huela raro y que sea un desastre en la cama.

—Un desastre en la cama. Hemos llegado al meollo de la cuestión —sonrió N—. Que sea

calvo, impotente y se niegue a follarla con el puño.

—¿De verdad? ¿Tan lejos habíais llegado?

—Claro —dijo—. ¿Nunca te he contado lo del puño y el pepino? ¿Simultáneamente?

—Peor aún. ¿No habrás hecho fotos, no?

—Siempre decíamos que, si su carrera fracasaba, quedaba la posibilidad de hacer dinero con el cine.

—Talento. No me extraña que te colaras por ella. —Cogí el reborde mojado de un posavasos

—. Que sea idiota (no sólo intelectualmente deficiente, sino incapaz de estarse callada), y que se acueste con uno de los hermanos de él.

—¿Con cuál?

—Da igual. No, mejor con su padre.

—Y que huela raro, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Calvo, impotente, que se niegue a follarla con el puño y bajito.

—¿Qué tienen de malo los bajitos?

Yo no estoy tan terriblemente lejos de la corteza terrestre y no creo que tal cosa guarde la menor relación con la valía de una persona. Además, nunca me mareo cuando me pongo de pie rápidamente. Para que lo sepáis.

—Nada, pero ella es alta. Quiero que tenga que bajar la vista y verle la calva siempre que sea humanamente posible.

Depositó el vaso vacío de mi lado de la mesa.

—Está bien —sonreí—. Todavía la echas de menos, ¿verdad?

—Claro que sí. Todavía estás enamorada de ese tío, ¿no?

—Sabes que sí.

—Es raro —dijo—. En teoría, lo tengo superado. Pero si de verdad fuera así, probablemente debería esforzarme por salir con otras mujeres, en lugar de evitarlas.

—Oh, yo ya he pasado por esa fase —repliqué—. Ahora estoy más bien en la de sabotear las relaciones potencialmente perfectas.

Por no hablar de lo mucho que temo que el Chico vuelva a presentarse en el preciso instante en que encuentre a alguien que merezca la pena.

N se palmoteo el estómago. El pub estaba vacío, excepto por un par de camareros y una pareja que contemplaba con horror la comida sosa y excesivamente cara que le habían servido.

—¿Nos vamos?

Asentí con la cabeza.

—Ya he bebido suficiente —añadió—. Puedo llevarte a casa y mearme encima de ti, si con eso te sientes mejor.

Fruncí los labios, como considerando la idea, y cambié de tema. ¿Qué era peor? ¿Tener el corazón destrozado o no saber cómo es sentirse así? Ahora que lo sabía, dijo, ya nunca querría volver a ser la causa de que alguien se sintiera de ese modo.

—Nunca se sabe —le dije—. Puede que me lo hagas a mí.

Me rodeó con sus brazos y empezó a hacerme cosquillas. Yo me retorcí.

—Golfilla —dijo—. A ti no puedo hacerte sufrir. Tú no me amas.

—Para ya —dije, firme, pero sin dejar de sonreír. Él sabía que hablaba en serio.

Se levantó, se puso el abrigo y se dirigió a la puerta. Le dije que pensaba irme directamente a la cama en cuanto llegara a casa.

—Después de meter esta conversación en ese ordenador tuyo —me corrigió. Me dio las buenas noches y se marchó.

*mercredi, le 17 mars*

Oh, éstas son unas de mis preferidas: seda rosa arrugada con encaje antiguo y sostén a juego. Es una pena llevarlas puestas debajo de unos vaqueros y un suéter para ir a la tienda a comprar leche.

Una vez fui a hacer un servicio directamente después de una entrevista de trabajo. Mi aspecto era aceptable, pero no ideal; la ropa era casi adecuada para una cita vespertina, y el maquillaje, correcto, pero resultaba un poco extraño ir por ahí con un currículum debajo del brazo al lado de una caja de condones. También me inquietó un poco que alguien echara un vistazo al interior de mi bolso durante la entrevista y los viera.

Me pregunto si hubiera sido favorable o perjudicial para la perspectiva de conseguir el empleo. Y sí, me ofrecieron el trabajo, pero al final no lo acepté; era otra de esas pesadeces administrativas de oficina que al cabo de un año no conducen a nada.

En otra ocasión me arreglé en los lavabos de un museo. Fue muy al principio, cuando estaba convencida de que todos los clientes del mundo se pasarían el día llamando a mi puerta y salía llevando en un bolso un vestido ligero de verano, unas sandalias de tiras y tacones, condones y ropa interior de recambio, por si acaso. Eso fue antes de comprender que no era necesario matarme a trabajar para pagar las facturas y cubrir los gastos, y que la mayoría de los clientes aceptan aplazar una o dos horas la cita si de verdad me quieren a mí. Y si no, ¡qué se le va a hacer! El mar está lleno de peces.

Me apliqué el brillo de labios y el rímel mientras docenas de turistas entraban y salían de los excusados. Si hay un uniforme para los viajes organizados, supongo que será el siguiente: shorts demasiado largos, zapatillas deportivas blancas, voluminosa camiseta anunciando el último lugar visitado, visera, coletas y bolso en bandolera.

No acierto a imaginar para qué pensarían que me estaba arreglando.

*jeudi, le 18 mars*

El cliente estaba de pie, sin los pantalones, y yo sentada en una silla, delante de él. Mi camisa (blanca, según lo acordado) estaba medio desabotonada.

—Quiero escribir mi nombre con semen por todo tu cuerpo.

Solté una risita.

—A mí no me engañas. Esa línea la has levantado de *Campos de Londres*.

Me miró de un modo extraño. «¡Oh, no! —pensé—. ¿Por qué no tendré más cuidado con lo que digo?».

—¿Te gusta Amis? —dijo en tono indiferente, mientras se la meneaba con una mano.

—No está mal —dije yo, buscando dentro la camisa para sacarme las tetas fuera del sostén.

—Aunque *La flecha del tiempo* me pareció un poco intrincada de más.

Una gota reluciente de preeyaculación se le formó en la punta del glande.

—Una novela pensada a lo grande. Buen libro para un viaje largo en tren.

Yo me tiraba de los pezones, ante sus gestos de apreciativa aceptación. Hacía calor dentro de la habitación cerrada. Como el tiempo no era del todo malo, pensé pedirle que apagara la calefacción.

—Quiero oler tu sudor mezclado con mi esperma —dijo él, como leyéndome el pensamiento.

Después fui a ver a otro cliente. Un gran hotel en Lancaster Gate. La habitación era pequeña, con una decoración recargada que seguramente la hacía parecer todavía más diminuta. Para los precios que deben de cobrar, no pude dejar de pensar que resultaba un poco abarrotada. Estaba al final del pasillo.

El hombre estaba en mangas de camisa. Manga corta debajo de la americana. No lo soporto, es como llevar calcetines blancos con zapatos de calle. La ventana estaba abierta.

—Ya tienes duros los pezones —dijo (sujetador de encaje negro y culotte a juego). La ventana estaba abierta de par en par.

Le pasé los brazos por los hombros.

—¿No tienes un poco de frío? —pregunté.

—Estoy bien.

—Tienes erizada la piel de los brazos.

Le sonreí y me dirigí a la ventana para cerrar las cortinas.

—Es bueno para el metabolismo.

—Seguro que puedo pensar en algo todavía mejor —repliqué.

*vendredi, le 19 mars*

Creo que hoy me quedaré en casa. N ha regresado de Bélgica con una auténtica tonelada de porno para repasar, incluida la siempre prometedora *Lady Anita F* (¡más caliente que nunca!) y otra revista con una succulenta chica con coletas, aliviándose encima de un pobre chaval que sin duda lo merece. Ya os contaré si —ejem— cae algo interesante.

*samedi, le 20 mars*

Era uno de esos primeros y escasos días dorados cuando la gente decide dejarse el abrigo en casa y enseña la piel de los brazos, pálida como la barriga de un pez. Salí a comprar un periódico, pero inspirada por la luz del sol, no pude dejar de caminar.

Al cabo de una hora de batir las aceras, llegué a un atractivo escaparate. Ya me había llamado la atención, pero sólo estando yo en un taxi y fuera del horario comercial. Siempre me ha gustado el nombre de la tienda, que de hecho parece hacer alusión a mi ocupación. Sobre la puerta cerrada había un pequeño cartel que decía: «Llame, por favor, a los dos timbres». Llamé y esperé.

Un hombre sonriente me hizo pasar. Era un local pequeño, atiborrado de ropa, bisutería y angelotes dorados. Recorrí con los dedos la ropa expuesta en los anaqueles cerrados. Bastante bonita, con cierto aire de fiesta de disfraces, quizá un poco gótica. Y cara. A menudo me pregunto cómo sobrevive ese tipo de negocio. Tiene que ser tan escasa la demanda de los artículos en venta que supongo que los dueños acabarán deseando desesperadamente que alguna de las doce o trece personas para quienes esta tienda debe de ser el paraíso terrenal pasen casualmente por la calle y entren por esa puerta en un futuro no demasiado lejano.

El hombre desapareció en la trastienda y sonó el timbre. Era una chiquilla, probablemente su hija. Llevaba falda corta, suéter y botas altas de color rosa. Lo llamaba por su nombre de pila.

Papá-Nombre-de-Pila le pidió a su retoño que envolviera algo. Ella dejó escapar un suspiro y estuvo dando vueltas, haciendo mucho ruido con las botas. Bueno, no es que mis padres sean precisamente el paradigma de lo convencional, pero siempre procuraban mandarme a algún sitio durante unas cuantas semanas cuando no había clase. La mejor solución para todos los interesados: ellos se quitaban un poco la carga de la responsabilidad parental, y yo no tenía que estar levantando la vista al cielo y gruñendo acerca de lo injusto que era el mundo más de una o dos veces al día.

—Vale —escupió ella, y se dispuso a momificar un broche en hectáreas de papel tisú negro.

De inmediato reconocí la cadencia del habla indicadora de una intersección entre escuela privada, padres indulgentes y particularidades dialectales del sur de Inglaterra. Pocas cosas me irritan tanto como una jovencita que se cree la reina de los mares y que probablemente algún día será tratada como tal.

Volvió a sonar el timbre y Papá-Nombre-de-Pila desapareció casi instantáneamente. Esta vez entró una mujer diminuta, vestida de la cabeza a los pies con ropa de la tienda, con lo cual quiero decir que parecía un merengue del color de un hematoma. Ella y la niña empezaron a quejarse a voces de la baja temperatura en el interior del local, y la pequeña arpía alborotadora fue a pedirle a su progenitor que hiciera algo al respecto. Quedé bastante impresionada. Creo recordar que, a su edad, todo mi repertorio verbal se reducía a «no lo sé» y «fuera de aquí».

—¿La atiende alguien? —me preguntó la mujer.

Yo no soy terriblemente alta, pero debía de sacarle una cabeza a aquella Morticia en miniatura, que con las sucesivas capas de lencería negra y la abultada falda parecía una nueva

romántica después de haber sufrido un desgraciado accidente en una fábrica de papeles pintados. Hace cincuenta años.

—Sólo estoy mirando, gracias.

Morticia se me pegó al codo mientras yo curioseaba educadamente entre chaquetas de brocado y crinolinas, que podrían haber sido bonitas si les hubiesen quitado un par de kilos de cintas de terciopelo a cada una.

—Su escaparate está muy bien —dije, con la esperanza de quitármela de encima con un poco de conversación—. Con frecuencia bajo por esta calle cuando voy a trabajar, pero nunca había entrado.

—¿Dónde trabaja? —preguntó.

Piensa rápidamente, muchacha.

—En el V&A —dije yo.

—¿El qué?

—El museo Victoria y Alberto. —Siguió pareciendo igual de intrigada. ¿Cómo era posible que no conociera el museo de la indumentaria? Rarísimo en una persona vestida con tan evidente ostentación—. El museo Victoria y Alberto.

—¡Ah, el museo! —dijo ella, como dándome la razón para que dejara de insistir. «¡Por favor, mujer! —pensé—. ¡Si está a la vuelta de la esquina!».

—¿Estos... ejem... diseños... son suyos? —arriesgué.

—Sí —respondió ella secamente y volvió la cabeza para regañar a su hija a gritos.

Seguía haciendo un frío desagradable en el local. Me pregunté si no sería anémica, y estuve a punto de sugerirle una reparadora sesión de baños de sol sobre una roca caliente.

—Preciosos —repliqué con voz ronca.

—¿Quería alguna otra cosa? —me preguntó, impaciente.

Yo había estado mirando un par de pendientes en forma de mariposa, delicados y nada exagerados en cuanto a pedrería, pero decidí no comprarlos por cuestión de principios. Morticia me condujo hasta la puerta, mantuvo abierto el cerrojo y me devolvió al aire cálido. Traumatizada por la experiencia, rápidamente me dejé sesenta libras a cambio de unos refulgentes pendientes de cristal, en una tienda al final de la calle.



*domingo, le 21 mars*

Es tan poco lo que le pido a la vida. De verdad. Lo único que quiere esta chica es:

- un corte de pelo que mantenga la forma sea cual sea la dirección y la velocidad del viento;
- que la gente te devuelva la sonrisa cuando le sonríes;
- zapatos que te hagan parecer más alta, que sean bonitos y que además sirvan para caminar;
- que en las plazas reservadas para minusválidos aparquen solamente los minusválidos;
- dominio instantáneo de todo lo relacionado con la cocina;
- un poco de sol de vez en cuando;
- prohibición mundial de los tonos polifónicos para móviles;
- prohibición mundial de los teléfonos que sólo te dan la opción de usar tonos polifónicos;
- cesación de todo sufrimiento, con retroactividad desde el comienzo de los tiempos.

## *lundi, le 22 mars*

A4 y yo quedamos para comer en un restaurante polaco. Nos lo habían puesto por las nubes, como antídoto contra los italianos que sólo sirven achicoria y los restaurantes judíos ultra-kosher del norte de Londres. Siempre me siento demasiado escéptica para los primeros y demasiado laica para los segundos. La decoración del local era severa, con revestimientos en los pesados tonos térreos de los años setenta, malas reproducciones de batallas históricas polacas y una capa de grasa que podría haber procedido de las cocinas de mi infancia. Los platos parecían sacados directamente de los fogones de mi madre: *borscht* de remolacha con nata y verduras, *latkes* fritas de patatas con salsa de manzana y crema agria... Las camareras también eran auténticamente robustas y severas, con sus trenzas rubias y sus delantales grises atados sobre el vientre rollizo. Cuando atendían a un cliente, si es que lo atendían, lo hacían con el mismo lenguaje de gruñidos que conocí en restaurantes similares, en mis viajes por el nordeste de Europa. Todos los platos, absolutamente todos, eran fritos y venían con acompañamiento de ensalada de col. Quedé encantada.

Desde nuestra mesa, junto a la ventana, veíamos la animación de la calle y el movimiento de la hora del almuerzo: hombres de negocios picando patatas fritas, gente haciendo cola en el banco y en la farmacia, un restaurante chino atestado de estudiantes... Pero el interior del restaurante era un mundo aparte, protegido de los ruidos modernos y sólo perturbado por los chirridos de un montaplatos mecánico como música de fondo.

Nos divirtió oír a una mujer en la mesa contigua, que luchaba tratando de entender la carta. No era el tipo de cocina para los que viven pendientes de las calorías ni de la imagen. (Yo misma había tomado la precaución de saltarme el desayuno). Mientras esperaba el segundo plato, la mujer llamó a una de las parsimoniosas camareras.

—¿Sirven capuchino? —le preguntó.

A4 y yo reprimimos una carcajada. La camarera de mejillas sonrosadas frunció el ceño.

—¿Capuchino? —volvió a preguntar la mujer, mientras hacía el gesto de bajar la palanca de una máquina de espresso—. Ya sabe, ssssh, ssssh, sssssh.

La camarera sacudió la cabeza y se marchó. Mientras tanto, a A4 y a mí se nos saltaban las lágrimas de aguantarnos la risa.

Fui a ver los postres al mostrador. Tarta de manzana con capas y capas de hojaldre y azúcar espolvoreado. Pasteles de aspecto succulento. Mientras volvía a la mesa, un hombre me dio un manotazo en la cintura.

Miré la mesa. Cuatro tíos con americana y corbata, de mediana edad, en un almuerzo de negocios. Me pregunté si lo conocería. No conseguía ubicar la cara. ¿Un cliente?

—¿Podría traernos otra panera? —pidió.

Solté una risita breve y entrecortada.

—Lo siento, no trabajo aquí —respondí y me alejé. Qué situación tan rara.

*mardi, le 23 mars*

Les salgo barata a los hombres.

Parece raro que lo diga yo, que cobro varios cientos de libras por hora. Pero es la verdad. Considerando la economía del sexo, en la que un hombre está dispuesto a invertir tiempo y cierta cantidad de dinero en regalos y distracciones para llevarse a una mujer a la cama, la tarifa de una chica de compañía es similar al coste de conseguir un ligue en un viaje de negocios, según me aseguran mis clientes. Y es muy poco probable que después se dedique a perseguirlos.

Pero no me refería al trabajo, donde para juzgar si mis servicios realmente valen lo que cobro necesitaría sin duda un nivel de matemáticas del que carezco. Les salgo barata a los hombres en la vida real.

Sobre el papel, parece fantástico: una mujer que se ocupa de su transporte, paga su cerveza e igual hasta te invita y, si resulta que surge una relación, tampoco está terriblemente pendiente de recibir regalos, viajes ni otras demostraciones de tu afecto, aparte del afecto propiamente dicho. Si os vais de viaje juntos, ella paga su parte. Si se te olvida reservar restaurante para uno de los muchos cumpleaños y aniversarios, sonreirá y te dirá que prefiere quedarse en casa. No exige arbitrariamente cosas brillantes en estuches de terciopelo azul de Tiffany's. Si ve algo que le gusta, se lo compra, y si tú insistes en regalárselo, te lo agradece, pero no lo da por descontado.

Soy un huerto que requiere muchísimo mantenimiento, pero yo misma me encargo de contratar a los hortelanos, por así decirlo.

Me ha llevado cierto tiempo comprender que esta forma de ser no atrae a los hombres. A ellos les gusta la caza, la idea de que el valor de una mujer se refleja en el esfuerzo invertido para ganar una sonrisa o un beso. Aunque la chica en cuestión resulte ser una calamidad en la cama, para cuando consiguen hacerla separar los féreos muslos a fuerza de fines de semana en Cerdeña y trozos de carbono brillante engarzados en un anillo, están tan agradecidos que ya no les importa que sea un desastre.

Probablemente, eso significa que la gente tenderá a empeorar en la cama en comparación con sus ancestros, ya que poco a poco la selección natural irá eliminando la habilidad de ganarse a la pareja utilizando con talento la lengua. (Nota: no demostrado científicamente). También puede significar que las mujeres con ojos de ternera, pies ligeramente vueltos hacia adentro y sonrisa tonta acabarán predominando.

El cine negro nos ha dejado el modelo de la mujer que exige poco mantenimiento y les sale barata a los hombres, personificada en Ingrid Bergman y otras rubias temperamentales. Eran mujeres duras. Una mujer dura no te bombardea con gimoteantes llamadas telefónicas para preguntarte por qué estás viendo el partido con tus amigos, en lugar de estar aquí conmigo eligiendo felpudos de hilo sisal. Una mujer dura no se toma a mal una ruptura y, si lo hace, no se queja. Una mujer dura es la silueta que desaparece en la noche; sin duda la recordarás, pero nunca volveréis a cruzar palabra.

Una mujer dura pasa muchísimo tiempo sola, bebiendo. Una mujer dura nunca emerge de la

iglesia bajo una lluvia de pétalos. Una mujer dura nunca será «mi churri», «mi pichurri», ni nada parecido.

Una mujer dura nunca tendrá un marido que se vaya de putas.

Esto último olvidadlo.

*mercredi, le 24 mars*

Anoche, cuando fui a mirar si tenía correo, vi que Hotmail ofrecía unos «Consejos del reino animal para la vida amorosa». Esperar que el artículo fuera entretenido y ameno resultó aproximadamente tan realista como buscar alta literatura en el dorso de un frasco de champú. Así pues, propongo una lista alternativa de consejos del reino animal para la vida amorosa:

- Nuestro buen amigo y compañero de evolución, *Canis familiaris* (el perro doméstico), nos enseña que, en caso de duda acerca del orificio más adecuado, lo mejor es ponerse a follar en el aire como un loco. Probablemente aterrizarás en algo bueno.
- Las gambas tienen el corazón en la cabeza. Los hombres no tienen ni lo uno ni lo otro.
- La lengua de las jirafas (*Giraffa camelopardalis*) mide medio metro de largo, lo suficiente para limpiarse las orejas. Si puedes hacer lo mismo, es posible que haya para ti una salida laboral que no has considerado.
- Los delfines practican el sexo en grupo. Si esos come-peces grises y chillones pueden hacerlo, tú también.
- Se sabe que las hembras de los bonobos (*Pan paniscus*), estrechamente emparentadas con los humanos, otorgan favores sexuales a cambio de comida y avances en la jerarquía social. Recuérдалo la próxima vez que estés en la tienda de la esquina y no te llegue el dinero.
- Algunos platelmintos se devoran a sí mismos si no encuentran otra cosa que comer. Por desgracia, los hombres incapaces de encontrar sexo no suelen tener el mismo talento.
- El gato (género *Felis*) usa las glándulas anales para marcar el territorio e identificarse ante sus congéneres. No es seguro que esta explicación convenza a la dirección del hotel para no facturar el gasto excesivo en lavandería.
- El pez vela, el pez espada y el marrajo pueden nadar a más de ochenta kilómetros por hora. Si te encuentras con alguien desagradable en un bar nocturno es poco probable que puedas huir con idéntica rapidez.
- Se ha visto a leones practicando el acto sexual hasta cincuenta veces en un solo día. Al parecer, ése es el único criterio que cuenta para ser proclamado rey de la selva.
- El cuerno del rinoceronte está hecho de pelo. Sin embargo, no se aconseja a los hombres poco dotados que se dejen crecer el pelo para compensarlo.
- Las píldoras anticonceptivas son eficaces en las gorilas. Si conseguir píldoras anticonceptivas y una gorila hembra te resulta más fácil que encontrar pareja, entonces hay algo que falla estrepitosamente.
- La vida es corta y algunas oportunidades no vuelven a presentarse. Imita a las golondrinas (género *Hirundo*), que se aparean en pleno vuelo, por mucha gente que vaya en el avión.

Aparte de esto, mientras investigaba para elaborar esta lista, encontré una web de vibradores

de delfín. Pero no me refiero a consoladores con forma de delfín, sino a vibradores con la forma y el tamaño de un miembro de delfín. Raro, raro.

*jeudi, le 25 mars*

N y yo desayunamos en una taberna (él, huevos fritos y patatas fritas; yo, tostadas con huevos revueltos). No está durmiendo bien y se le nota, pero no puede explicar por qué. Tal vez el exceso de horas de trabajo, tal vez las preocupaciones familiares o tal vez la tardía sensación de que ya debería ser primavera, pero está tan frío y húmedo que el reloj interior todavía sigue marcando el horario de invierno. Un conocido le dijo que este año los relojes se adelantaban el domingo pasado, coincidiendo con el Día de la Madre, en lugar de este fin de semana, y eso lo alteró y desde entonces no ha pegado ojo.

Ha estado oyendo cosas, comentarios sobre mí. Corren rumores. Nada trascendental, sólo alguna observación hecha por una o dos personas, que ha llegado a sus oídos. ¿He dicho ya que N parece ser el eje secreto de todo lo que hay que saber en Londres? Le dices un nombre y él conoce a alguien que conoce a alguien... ¿Quieres confirmar algo que has oído? Él se entera. Si la información es una droga, él es un camello.

Hay envidia de por medio, normalmente el motor que está detrás de los rumores peores y más dañinos. Otra cosa. Detesto las emociones desbocadas. Alguien con quien yo me acosté que me pidió que mantuviera el secreto y que ni siquiera escribiera al respecto, se dio media vuelta y se lo contó, no sé, más o menos a la mitad de la ciudad. Cosas personales. Pero eso no me importa. Lo que me fastidia es que me pida confidencialidad y él mismo rompa tan descaradamente el pacto. Así no se comporta un amante.

—Quizá debería decirle algo —sugerí.

—No, no es buena idea —me aconsejó N, y me recordó que se trata de un hombre joven y un poco torpe y que yo acabaría dándole unas palmaditas en la cabeza y perdonándolo, en lugar de darle la bofetada que merece—. El que ha metido la pata ha sido él. El que se sentirá incómodo cuando nos vea será él.

—Quizá debería iniciar mis propios rumores.

—Quédate callada. A la larga será mejor.

—Siento que se me mueven las antenas que detectan el mal —repliqué, agitando dos dedos en el aire.

—No lo sientas.

—Ah, ahora me acuerdo...

—¿De qué?

—Cuando ya se marchaba, me preguntó si era verdad que había hecho un trío contigo y alguien más.

—¿Y qué le dijiste?

—Que sí.

Hizo una mueca.

—Vale, a mí no me importa, a ti obviamente tampoco, ni tampoco creo que le importe a la otra chica. Pero me pregunto por qué le interesa. Si yo fuera él, me lo preguntaría a mí y no a ti.

—Así es. O me habría preguntado si tenía experiencia con tríos, para ver si era posible hacerme participar en uno.

—Eso mismo. Me pregunto por qué estaba tan interesado en un detalle de mi vida privada cuando acababa de levantarse de tu cama. —N se rascó la sombra de barba—. Demasiados problemas para un rollo de una noche —añadió—. Ten cuidado con lo que dices acerca de la vida sexual de los demás.

Me encogí de hombros y bebí el café, fuerte y recién hecho. Me preguntó si había vuelto a ver el coche fuera de mi casa. Lo he visto. Me preguntó si necesitaba algo. Respondí que no.

—Escápate de todo eso, si puedes —dijo.

—¿Del trabajo, de la casa o del ex novio? —pregunté.

—De los tres —dijo—. No sé qué planes tienes, pero sean cuales sean, ten siempre preparado algún sitio de emergencia donde recalcar.

Pasó por el plato un trozo de tostada. La taberna, que estaba atestada de gente cuando nos sentamos, se había quedado casi vacía. Compré una porción de pastel de zanahoria para luego. Él le dio una propina a la camarera y me llevó a casa en su coche. Su mano izquierda permaneció todo el viaje sobre mi rodilla.

—Cuídate —dijo.

Lo saludé con la mano y subí.

(Bragas de hoy: negras transparentes con encaje color crema en los bordes y una abertura indiscreta en el trasero. Actualmente encabezan la lista de mis favoritas).



*vendredi, le 26 mars*

Tengo invitados este fin de semana y N vendrá a ayudarme a ordenar el piso. Se ha ofrecido voluntario. Me pregunto si también se ofrecerá para recoger.

No suelo ver a menudo a los vecinos, por lo general, sólo en el portal, cuando salgo. Por eso, o bien piensan que llevo una vida rebotante de glamour, con una interminable sucesión de fiestas y estrenos, o bien están al corriente de todo. O quizá piensan simplemente que me gusta vestir bien. En cualquier caso, los oigo poco. Excepto anoche, cuando volví a casa hacia las dos de la madrugada y me mantuvo despierta durante una hora el ruido inconfundible de unos libros arrojados contra la pared, uno a uno. Qué cosa tan rara.

También he notado en el gimnasio que últimamente tengo rígidos los tendones de Aquiles. Me dicen que es por llevar habitualmente tacones muy altos. Ya sé que todas las temporadas nos bombardean con propaganda de que los zapatos planos también son bonitos y sexy, pero intentar que me ponga zapatos planos con falda es un proyecto de conversión comparable al de los asentamientos de Cisjordania. Sencillamente, tendré que hacer más estiramientos.

*samedi, le 27 mars*

Aunque he recibido muchos buenos consejos a lo largo de los años, nadie ha opinado nunca sobre el que muy bien podría ser uno de los mayores desafíos de mi vida laboral: qué hacer ante un pene que se aparta de los cánones de la normalidad.

Los penes pueden ser extraños por muchas razones. Pueden tener un coeficiente ancho/longitud poco habitual, o presentar una curva rara o recordarte la afición de tu tío paterno por los jerséis de cuello vuelto. De hecho, puede que haya más de los raros que de los normales. El viejo miembro viril tiene un amplio margen para expresar su personalidad.

En su mayoría, las diferencias pueden catalogarse en el ámbito de las «cosas extrañas pero no tanto como para llamar la atención» o en el de las «cosas raras pero no tanto como para ir al médico». Pero cuando un miembro se sale de esas dos categorías, nunca sé qué decir.

¿Debo hacer una alusión frívola y ligera, como por ejemplo «uy, uy, uy, qué aparejo tan extraño tienes»? ¿Demostrar un mínimo de interés sanitario y preguntarle si alguna vez ha consultado a un médico al respecto? ¿Retroceder horrorizada? ¿Preguntarle cómo quiere que lo maneje? ¿O es preferible no hacer ningún comentario?

Tuve el placer de conocer a un cliente con un pene básicamente normal; normal en todos los aspectos observables. Lo raro era el prepucio. En lugar de abrirse en la punta, para dejar paso al glande, el forro de este señor se abría hacia un costado.

Hacia un lado. Del pene. Por la mitad de la longitud. Y la abertura era demasiado pequeña para que pasara la cabeza. Lo cual quiere decir que no descapullaba nunca, ni siquiera cuando la tenía empinada.

Sonreí. Miré el pene, lo miré a él. No dije nada. Él no me ofreció ningún consejo. ¿Debía dedicarme a la cabeza (completamente cubierta) o a la abertura (que rezumaba fluidos preeyaculatorios, pero estaba a varios centímetros de la punta)? El hombre era mayor que yo y estaba divorciado, por lo que obviamente alguien habría visto antes la anomalía. Me pregunté si se sentiría incómodo cuando se le ponía dura. ¿Tendría problemas con determinadas posturas? ¿Afectaría eso al uso del condón? ¿Sería ofensivo preguntar?

Dediqué gran atención tanto a la cabeza como a la abertura, con cuidado de no apretar demasiado el cuerpo del pene con la mano. Más adelante, cuando le puse el condón, tuve la precaución de pinzar la punta del preservativo con los dedos para recoger el semen, pero sin dejar de preguntarme si serviría de algo. Me penetró por detrás, pero no sé si lo hizo por alguna razón aparte de sus preferencias personales. El condón se lo quitó él mismo después y no tuve ocasión de ver bien el resultado.

*dimanche, le 28 mars*

Me han preparado otra cita, esta vez con alguien que me han presentado directamente como «tu futuro marido». ¿Quién ha hablado de presiones?

## *lundi, le 29 mars*

Tengo una amiga, ¿vale? Bueno, en realidad, no es lo que se dice una amiga, sino más bien una conocida que no consigo quitarme de encima. Y normalmente no soy una persona desconsiderada, de verdad que no.

La conocí a través de A3, que tuvo como una media historia con ella hace un par de años, con lo cual quiero decir que anduvo medio colado por ella, hasta que se dio cuenta de lo horrible que era y para entonces ya no había vuelta atrás. Como dijo Churchill, si estás atravesando el infierno, sigue adelante y no te pares.

La llamamos CUGCUS, por «cada una grande como una sandía», en referencia a su masiva delantera. Pero como el acrónimo resulta casi impronunciable, lo hemos sustituido por un gesto de ambas manos que indica la presencia de dos globos enormes a la altura del pecho. Ejemplo:

—El otro día me encontré con [*gesto de ambas manos*] y parece ser que está haciendo un régimen bajo en carbohidratos.

—¿Ah, sí? ¿Y le funciona?

(Al ser totalmente naturales, los atributos delanteros de Gesto de Ambas Manos vienen con un complemento negativo por el lado trasero. Por no mencionar el área central. O los tobillos, suficientes para amarrar uno de esos barcos que hacen cruceros por el Támesis).

Las cejas arqueadas por toda respuesta indican que, en todo caso, nuestra amiga se ha vuelto aún más inmensa. Y es que Gesto de Ambas Manos tiene probablemente el mayor coeficiente de dietas fallidas y mensualidades de gimnasio por kilos realmente perdidos de cuanta gente he conocido.

Que nadie me malinterprete. Es una grosería ridiculizar el peso de una persona. A4, por ejemplo, suele lucir un par de kilos de más y nunca hacemos el menor comentario. Pero Gesto de Ambas Manos se ha ganado el derecho a ser objeto de nuestras burlas por su costumbre de declarar automáticamente que toda persona menos voluminosa que ella es anoréxica. Y en esa categoría engloba a toda la población del mundo, excepto la de los peores barrios de Glasgow y algunos rincones de Miami. Toda conversación con Gesto de Ambas Manos incluirá alguna frase del tipo:

—El otro día me encontré con Ruth. Ha tenido un bebé y ya está otra vez tan flaca como antes, anoréxica. Me ha estado hablando de la nueva banda en la que toca su pareja...

Y así sucesivamente. Interminablemente. ¿Ha visto a tu madre el otro día? Anoréxica. ¿La rubia de la serie de las maestras? Anoréxica. ¿Cualquiera que parece más delgada? Arpía anoréxica. Pero si te ve comiendo cualquier cosa, aunque sea un trocito de pan, dirá que comes compulsivamente.

Pues bien, la semana pasada, A3 estaba en la ciudad y llamó para ver si quería quedar para almorzar. Fue bastante desorganizado, porque tenía dos reuniones antes, una en Bayswater y otra en el centro. Pero mi agenda en horario diurno es muy fácil de reorganizar, y al final decidimos quedar el viernes a las tres de la tarde. Compré un sándwich una hora antes, estuve mirando un

poco los escaparates y llegué al restaurante. El personal parecía algo crispado por tener que atendernos después de la hora del almuerzo, pero yo no sentí ni el menor asomo de culpabilidad. Un camarero con pinta de estudiante me acompañó a la mesa sin decir palabra.

Y me hizo sentar frente a Gesto de Ambas Manos, con su delantera magníficamente tapizada. Maldición, no sabía que iba a estar ella. Porque si lo hubiese sabido, probablemente no me habría molestado en presentarme. Era la única persona en la sala y estaba devorando el pan y las aceitunas que le habían traído para picar. Para que luego hable de dieta baja en carbohidratos.

—Hola, guapa —le sonreí, sin sentir ni un ápice de la simpatía que esperaba estar rezumando—. ¡Qué agradable sorpresa!

Le pregunté por su familia y me puso al día respecto a quién estaba en los huesos, quién debería comer un poco más y todos los kilos que había perdido en los últimos tiempos gracias al régimen y al ejercicio físico, aunque las evidencias no parecían confirmar su aseveración. Me ofreció un trozo de pan, pero lo rechacé, porque todavía estaba un poco llena del sándwich.

—¿Estás segura? —preguntó, inspeccionando con la vista mis tetas, que ni siquiera con mucha imaginación pueden compararse con un par de sandías, ni menos aún con las suyas—. ¿No te habrás vuelto una de esas...?

Pero yo compuse una expresión compungida y me llevé la mano al pecho.

—Soy celíaca —le solté, apretando las comisuras de los labios como si fuera a echarme a llorar—. Me lo diagnosticaron el mes pasado. Se me caen literalmente los intestinos. No puedo digerir el gluten y me ha salido un sarpullido por todo el cuerpo.

—Qué horror... ¿De verdad? —me preguntó, estupefacta.

Entonces me incliné hacia ella en actitud conspiradora.

—Pero lo peor de todo es la diarrea explosiva —le susurré, mientras llegaban y se sentaban el resto de los comensales—. No te puedes imaginar lo terrible que es. Tú sí que tienes suerte. Sería una bendición tener otra vez muslos de verdad.

Claro que, por culpa de la bromita, tuve que tomar pescado hervido y una ensalada espantosa; pero mereció la pena, porque durante una hora mi amiga no pudo pronunciar palabra ni probar bocado. Normalmente no soy una persona desconsiderada, de verdad que no.

*mardi, le 30 mars*

El cliente se inclinó sobre mí, meneándose furiosamente el miembro.

—Voy a correrme en tu cara —dijo. Era la sexta vez en diez minutos que lo decía, gruñendo, como si quisiera convencerse a sí mismo.

Nada más que eso. «Voy a correrme en tu cara», sin instrucciones para mí, aunque yo jugueteaba con mis tetas y mis pezones, y me chupaba los dedos después de toquetearme, con la esperanza de ayudar en algo. Había llegado al encuentro sin más orientación que los detalles de la cita y la solicitud de que me pusiera un montón de maquillaje.

Pero mis esfuerzos no parecían servir de mucho, porque él no me miraba a mí, sino a la pared. En varias ocasiones interrumpió el movimiento frenético de la mano para acercarse a mis labios. Era porque se le había bajado la erección. Entonces yo se la mamaba y se le volvía a empinar. No me miraba nunca, ni una vez. Después seguía masturbándose, sin dejar de repetir el mantra: «Voy a correrme en tu cara». Yo me cimbreaba sobre las sábanas y gemía. Ninguna reacción. Levantaba la cabeza y le lamía el interior de los muslos. Tampoco, ninguna reacción.

Media hora después, seguía sin acabar. Le murmuré alguna pregunta amable e intenté hacer algo con los dedos. Pero no parecía querer nada de mí, excepto que fuera el lienzo para su pintura. Me sentí como debe de sentirse la arcilla que no usa el alfarero: deseosa de convertirse en algo, de cumplir alguna fantasía, pero sin que se lo permitan. Se le doblaron los hombros y cayó, sudoroso, sobre mi pecho.

—Lo siento, nena, no va a poder ser —dijo, como si la idea hubiese sido mía.

*mercredi, le 31 mars*

Curiosamente, la relación con «mi futuro marido» no ha salido como estaba planeado. Para mí es una clara demostración de que mis amigos no deberían organizarme los ligues, pero A1 no se desanima y sigue resuelto no sólo a consagrarse como celestina, sino a encontrar la raíz de mis problemas con las relaciones de pareja.

De modo que él estaba navegando tranquilamente en Internet, mientras yo buscaba algún pastelito por su casa. Como no encontré ninguno, improvisé una taza de chocolate con un resto de Flake que calenté directamente al fuego, la mayor parte de una pastilla de chocolate de aspecto blanquecino procedente de una ración del ejército y un poco de café instantáneo. El resultado se arremolinaba, aceitoso y siniestro, en una taza blanca.

—¿Cuándo y dónde naciste? —preguntó A1.

—¿Por qué?

—Para tu carta astral.

La astrología *online* es uno de los signos inequívocos del inminente colapso de la sociedad. De todos modos, se lo dije.

—Uy, uy, uy.

—¿Algún problema? —pregunté mientras sorbía el grasiento pseudochocolate, bastante malo, sí, pero succulento, aunque debería encontrar un método mejor de manejar los ciclos hormonales, porque estamos en primavera, cuando la mente femenina comienza a considerar los biquinis.

—Tienes a Marte en Cáncer.

(O lo que sea que dijera. No estoy al corriente de esa modalidad concreta de superstición).

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que eres manipuladora con los sentimientos.

—Anda, convoca una rueda de prensa. Me pregunto si habrá alguien que aún no lo sepa.

*April*



# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

## *Q-S*

### *Q de Quedar bien*

No te dejes ganar por la indolencia. Es perfectamente aceptable pensar en otra cosa mientras trabajas, pero ponerte a clasificar los recibos de las tarjetas de crédito mientras un desgraciado se esfuerza por tu retaguardia es algo que no pasará inadvertido. Fingir un poco de interés es el lubricante social de la vida moderna, y hacerlo durante una hora al día no es demasiado pedir. Considéralo como la manera de aumentar las probabilidades de propina y de que el cliente repita.

### *Q también de Quemarse*

Dicen que este oficio quema mucho. Pero también dicen que una vez que has cobrado a cambio de sexo, nunca lo dejas del todo. Ya os diré si es verdad en el 2037.

### *R de Relaciones*

Esto no es una película ni un cuento de hadas. No acabarás casándote con un atractivo millonario que has conocido en el trabajo, ni seréis felices, ni comeréis perdices. No salgas con los clientes, ni confundas la naturaleza de la relación. Disfruta del hombre si está bien, pero nunca olvides los límites. ¿Te parecería normal que un entrenador personal acompañara a su cliente a casa al salir del gimnasio o que se fuera con él de copas los fines de semana? ¿Verdad que no? Claro que no.

### *S de Sexy*

Ser sexy no tiene nada que ver con el coeficiente de piel al descubierto por centímetros cuadrados de tela utilizada. Ser sexy no es el resultado inevitable de ser rubia, delgada y de tez bronceada (aunque a las presentadoras de televisión les suele funcionar). Ser sexy es el resultado de estar distendida y a gusto contigo misma. Meter hacia adentro la barriga cuando te quitas la ropa no anima a follar. Darte a ti misma un cachete en el generoso trasero e

invitarlo a cabalgar sí que anima.

*jeudi, le 1 avril*

## ***Tiburón:***

1. m. Pez selacio marino.
2. m. Persona ambiciosa que a menudo actúa sin escrúpulos y solapadamente.
3. m. Persona que se liga descaradamente a otra, por lo general, más joven o menos experimentada.

Hace meses que le he echado el ojo a un tío en el gimnasio.

En realidad, no suelo hacerlo. Los gimnasios son para hacer ejercicio y quizá para relacionarse un poco, pero la extendida idea de que son un emporio del ligue es sencillamente repelente. Lo bueno es que si de verdad acabas conociendo a alguien en ese ambiente de locura enfundada en licra y empapada en endorfinas, puedes tener la tranquilidad de que te ha visto con tus peores pintas, cubierta de sudor y despeinada, y aun así te ha encontrado atractiva.

Por otro lado, no me gustaría salir con nadie que me viera habitualmente con mis peores pintas.

Aun así, a principios de año, un hombre en particular me llamó la atención. Sonrisa tímida, pelo de aspecto suave y musculatura impresionante. Hice pesquisas. Averigüé su nombre.

—Gay —ladró N, que no es gay, pero dice poseer el homorradar mejor calibrado de todos los tíos hetero del sur de Inglaterra, lo cual es una tontería, pero no me atrevo a decírselo—. Sin ninguna duda.

—No lo creo —suspiré yo, intentando no mirar fijamente al objeto de nuestra conversación mientras se desplazaba entre las pesas.

—Diez peniques a que sí.

¿Conque ésas tenemos?

—Hecho.

—Será un placer ver a la reina de los tiburones perder esa presa —dijo N frotándose las manos.

*vendredi, le 2 avril*

Las conversaciones con los clientes no son exactamente lo que podríamos llamar «normales», pero aun así se rigen por convenciones estrictas. Es agradable saber de dónde es una persona y conocer a grandes rasgos a qué se dedica. La mayoría de los hombres están en viaje de negocios o no son consumidores frecuentes de servicios sexuales, por lo que un poco de charla hace que ambas partes se sientan más cómodas.

Es muy fina la línea que separa a la curiosidad de la indiscreción, y aunque en cierto sentido un encuentro con una chica de compañía es como una primera cita, hay ciertos temas que sencillamente rebasan los límites permitidos. Entre ellos figuran las preguntas sobre los padres, el domicilio particular (ya que sólo hago salidas), la matrícula del coche...

Por otro lado, como es muy poco probable que volváis a veros, un cliente puede hacerte el tipo de pregunta que a cualquier otro le supondría un pasaporte directo al frío de la calle. El contexto lo es todo.

Ejemplo número uno: «¿Tienes pensado casarte y tener hijos?».

Los niños me gustan bastante, sobre todo cuando se van de paseo con sus padres.

A veces, muy pocas veces, impresionada por el encanto de algún crío precoz, pienso que no sería mala idea producirlos. Y si alguien pudiera tenerlos a su cuidado entre los once y los dieciséis años, el trago se endulzaría considerablemente.

Los clientes son quizá los únicos a quienes puedo contestar con sinceridad. La ambivalencia hacia una familia futura y la incertidumbre sobre si este mundo es un lugar adecuado para encadenarse a otro u otros seres son temas que francamente me preocupan. Como muchos de ellos están casados y tienen hijos, lo entienden y a veces me dan consejos.

Algunos adoran a sus hijos y están encantados con la vida familiar. Otros... bueno, después de todo están pagando a cambio de sexo, ¿no?

Mis padres caen a veces en la tontería de preguntarme por mis planes futuros en cuanto a la fabricación de niños, y entonces reciben la respuesta estándar: «Todavía no he encontrado al hombre adecuado». En cambio, cualquier amante que se atreva a dejar que ese interrogante franquee sus labios habrá emprendido la ruta directa y sin retorno al infierno de los ligues pasajeros y la soltería.

Ejemplo número dos: preguntas sobre gustos en lo referente a películas, libros y música.

Las potenciales parejas reciben una respuesta sincera. Mis gustos en menudencias culturales podrán ser extraños, pero son míos, y cualquiera que espere fusionar sus pertenencias materiales con las mías en una feliz reinterpretación del asentamiento de *Homo erectus* en la garganta de Olduvai tendrá que vivir con una colección de música para la cual la expresión «atracción selectiva» es quizá la mejor descripción.

En cambio, si estoy con un cliente, intento adivinar cuáles son sus gustos y no apartarme demasiado de los caminos trillados. Intentar discutir los aspectos más sutiles del *free jazz* al tiempo que le hago una paja con las tetas enjabonadas posiblemente sería abusar de los privilegios

de mi posición.

Ejemplo número tres: «¿Con cuántos hombres te has acostado?».

Ningún cliente me lo ha preguntado nunca. A veces me preguntan cuánto hace que trabajo, pero ignoro si alguno ha intentado calcular el número de mis pasados amantes basándose en la respuesta. Como durante algunas temporadas mi práctica laboral ha sido esporádica, es poco probable que lleguen a un total exacto.

Los que no son clientes lo preguntan siempre. Si pienso que el tío tiene sentido del humor, le doy una cifra bastante aproximada. O al menos dentro del mismo orden de magnitud. Ni yo misma sé la respuesta. Si el tío es de ciencias y tiene muchísimo sentido del humor, le ofrezco el total en notación científica o hexadecimal.

Si pienso que no tiene sentido del humor, intento cambiar de tema o le devuelvo la pregunta.

¿Por qué les parece importante? La cantidad no es garantía de calidad. La frecuencia lo es menos aún, pero una cifra baja tampoco es signo de personalidad. Por otro lado, un número elevado de ex amantes puede significar que me gusta recibir en casa y tengo una excelente capacidad de selección, o bien lo que se suele pensar: que soy una zorra salida que se descontrola cuando bebe dos copas. Los hombres (y las mujeres) que se han quedado de piedra ante mi respuesta han murmurado a veces: «¡Pero si parecías tan buena chica!».

Soy buena chica. Buenísima.

A los diecisiete años, un tío rompió conmigo porque era mi tercer amante y le pareció una cifra inaceptablemente alta. Al siguiente, el número cuatro, le pareció que el número de mis anteriores amantes era inaceptablemente bajo. Es imposible complacer a todo el mundo.

La última vez que tuve un amante con más ex amantes que yo (que yo sepa) fue a los diecinueve años.

Ejemplo número cuatro:

—Sólo tenemos un cuarto de hora. ¿Me puedo correr en tu boca?

En una situación normal, la respuesta sería una mueca de disgusto en el mejor de los casos y una orden de interdicción en el peor. En el trabajo, sin embargo, la respuesta puede ser directamente que sí, o bien:

—De acuerdo, pero si no te importa, prefiero que te corras en mi cara.

*dimanche, le 4 avril*

Desde hace un par de años sé que he dejado irremisiblemente atrás los momentos más felices de mi juventud. Mi particular línea Maginot fue, de entre todas las cosas posibles, la música. Mirando videoclips tras una prolongada ausencia de la cultura pop, advertí con horror que quienes no tienen edad suficiente para recordar al Lionel Richie de la primera época lo consideran una especie de gran mandarín del soft rock. Lionel estaba por todas partes, con sus ricitos, sus baratijas brillantes y su carisma. ¡No, no y mil veces no! ¿Acaso no tienen todos los demás sus primeros recuerdos de la televisión musical inexorablemente menoscabados por la visión del señor Richie cantándole suavemente y con la mayor seriedad a su propia cabeza modelada en arcilla? A veces temo por la joven generación, de verdad.

Y esto me recuerda que el cumpleaños de mi madre se acerca y que tengo que acordarme de la hucha para limosnas (la *tsedaka*) con la efigie de Neil Sedaka que he prometido fabricarle (¿o debo decir que la he «amenazado» con fabricarle?).

*lundi, le 5 avril*

## ***Huronear:***

1. intr. Cazar con hurón.
2. intr. Seguir por un local al objeto de tus desvelos, con la pretensión de que se fije en ti.  
Acosarlo y acorralarlo, si es necesario.

Me quedé junto al dispensador de toallitas de papel enjugándome el sudor del cuello, hasta que Te Apuesto Diez Peniques hizo su aparición. Estaba montando el banco de pesas combinado con potro de torturas. Cuando se volvió para descolgar las pesas de la pared, me deslicé y me situé tras él.

—¿Alternamos las series? —le propuse, lo cual en el gimnasio no se considera un avance descarado. Los que van de huroneo suelen quedarse a un lado, mirando.

Fue una propuesta risible, desde luego. Yo ni siquiera podría haber movido el peso que él levanta con el meñique.

—¿Haces pesas? —me preguntó. Voz suave, bonita.

—La barra, más unos diez kilos —contesté. ¡Jo, si hasta pareció que sabía de lo que estaba hablando!

Asintió con la cabeza. Hicimos tres series cada uno. Mientras él se esforzaba en las suyas, yo permanecía en el lado opuesto del banco, mirando cómo se le estiraba a la altura del pecho la sudadera de manga larga. Durante las mías, intenté parecer tranquila y seria, y no la criatura débil y jacarandosa que interpreto cuando N está en el gimnasio. Terminamos y pasamos cada uno a otro aparato. «Calma, muchacha —pensé—. No lo sigas por la sala. No lo huronees».

Media hora después, atravesé la zona de ejercicios aeróbicos. Él estaba en la máquina de remo. Llevaba allí unos minutos y el sudor empezaba a gotearle del cuero cabelludo. Me senté en otra máquina, dejando varias de por medio, y me até las correas a los pies.

—Tienes un día de ejercicio intensivo, ¿no? —comentó.

Sonreí.

—Estoy terminando.

Remé unos cinco minutos, contemplando subrepticamente su reflejo en el espejo que teníamos delante. Empezaba a sudar a chorros. Se había quitado la sudadera de manga larga. Terminé y salí por la puerta que habías detrás de él, no sin antes echar una mirada a su espalda que se contraía al final de cada remada, con las gotas cayéndole por el surco de la columna vertebral.

Me quedé sola en el vestíbulo que conduce a los vestuarios. «Espera unos minutos —pensé—. Vendrá y podrás decirle algo.

»¡No! Se dará cuenta de que lo has estado esperando.

»Cobarde.

»Zorrón».

De todos modos, ¿qué iba a decirle? ¿«¡Quién fuera la afortunada que te quite el sudor a lametazos!»? La puerta crujió. No esperé a ver quién era. Me metí en el vestuario de las chicas más de prisa que el correcaminos.



*mardi, le 6 avril*

N y yo fuimos a un italiano a cenar y beber una cerveza. Nos sentamos fuera. Era una noche agradable. Yo estaba cansada, después de una larga sesión de combatir mis frustraciones en el gimnasio, y la bebida me subió directamente a la cabeza. Hablamos del mes próximo, de lo que piensa hacer con el trabajo y también un poco de las mujeres que le interesan. Después le confesé que había estado curioseando en Internet, intentando averiguar cosas del Chico.

Debemos de estar sincronizados. Después de tanto insistir en que no se obsesionaría con su ex, ha reconocido que él también ha estado haciéndolo.

—¿Has encontrado algo? —fui yo la primera en preguntar.

Dijo que nada, que quizá se habría casado o se habría cambiado de ciudad. Le respondí que todavía era muy pronto. Vale que fuera una chica impulsiva, pero incluso en su caso no era muy normal que se hubiera casado así, de repente. Me preguntó si yo había averiguado algo.

—Un poco —dije—. Lo suficiente.

Se ha mudado. Probablemente sigue solo. Nada espectacular. Bebimos nuestras cervezas. Llegó la cena. Los primeros platos eran más grandes de lo previsto, de modo que él se acabó el mío. De segundo, pedí solamente una ensalada. Tengo la sensación de haber invadido la intimidad del Chico, curioseando, pero no he podido contenerme.

—Somos incapaces de dejarlo correr —dijo N.

—Así es.

Permanecemos un rato más en silencio, masticando y manipulando los ubicuos molinillos de pimienta, grandes como un vibrador de película porno.

—¿Has conocido últimamente a alguna chica agradable con las tetas grandes? —me soltó de pronto. Fue tal mi carcajada que casi me ahogo con un trozo de lechuga.

*mercredi, le 7 avril*

***Niño, ña:***

1. adj. y sust. Que está en la niñez.
2. adj. y sust. Que tiene pocos años.
3. adj. y sust. Que tiene poca experiencia.
4. adj. y sust. Que ha nacido cuando yo celebraba cumpleaños de más de diez velitas.

—¿A que no lo adivinas? —me sonrió N con afectación.

—¿Qué?

Yo no estaba de humor para adivinanzas.

—He estado hablando con tu amiguito —dijo.

—¿Qué amiguito?

N se refería a Te Apuesto Diez Peniques.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

—Es estudiante.

—Ya, últimamente hay un montón de gente que es estudiante. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que tiene *dieciocho* años.

¡No! ¡Tiene que ser una broma! ¡Nadie está como él a los dieciocho años!

—Me estás tomando el pelo.

—Primer curso en la universidad. Alguna ingeniería.

Fruncí el ceño. Me puse a pensar en lo suave y fresca que tiene la piel Te Apuesto Diez Peniques. En lo cortés y educado que es. Se me disparó una alarma en la cabeza: a los tíos guapos les dura poco la simpatía.

—¡No! Tendría que haber una ley contra ese tipo de cosas —suspiré—. No deberían construir adolescentes con especificaciones de adulto. No es justo.

*samedi, le 10 avril*

—¿Te divertiste anoche? —preguntó N.

Estábamos en el gimnasio. Me apoyé contra la pared, justo fuera de la puerta del vestuario de los hombres, mientras él se ataba las zapatillas deportivas. Los tabloncillos de anuncios estaban atiborrados de carteles. Yoga, fisioterapia, fútbol cinco y una cosa calificada como «lo más». Me pregunté qué sería. ¿Lo más en estiramientos? ¿Lo más en enemas y otros deportes acuáticos? A mí que no me saquen del pavimento de caucho.

—Sí, estuvo bien —respondí.

Anoche fue el cumpleaños de A3. No tenía pensado ir, porque temía que apareciera el Chico. Cuando se lo dije a N, me aconsejó que no fuera tonta y que no me dejara influir por eso. Así que empecé a preocuparme por lo que iba a ponerme, estuve considerando la idea de no ir y al final fui.

N empezó a calentar en la cinta andadora. Los aparatos de ese lado del gimnasio están orientados hacia una ventana. No puedo imaginar a quién se le habrá ocurrido que el espectáculo callejero de coches mal aparcados y adolescentes de andar vacilante pueda resultar inspirador.

—¿Estaba tu ex?

El Chico se presentó tarde, antes de que el grupo que celebraba el cumpleaños saliera del bar para seguir la fiesta en la discoteca. Yo estaba hablando con A3, contemplando a diversos especímenes en el local y clasificándolos por su follabilidad. «¿El de la camisa roja?». «Sólo en estado semicomatoso». «¿Él o tú?». «Los dos». Entonces A3, que estaba mirando la puerta, divisó al Chico. «¿Y el de la camisa de cuadros azules?», preguntó. Me volví para ver a quién se refería y me dio un involuntario temblor. «Vete a la mierda», dije. «Lo siento», dijo A3. «No pasa nada», repliqué.

—¿Te dijo algo?

N aumentó la velocidad hasta una marcha rápida.

—No, se mantuvo a distancia.

El hecho de no saber si el Chico iba a presentarse o no había sido lo peor de la velada, con diferencia. Me costaba mantener una conversación con cualquiera y no paraba de recorrer el local con la vista, por si lo veía. Cada vez que divisaba a alguien que se le parecía, se me secaba la boca y se me trababa la lengua. Pero en cuanto supe que estaba ahí, me tranquilicé.

El Chico no me miró, ni yo a él. Anduvo revoloteando por la periferia del grupo más grande, conversando con la gente que conocía.

N y yo iniciamos una carrera lenta. El sudor empezó a perlarne las clavículas.

—¿Ligaste? —me preguntó.

—No, realmente no —respondí—. Hubo un tío en el bar, que salió no se sabe de dónde. Me tiró con fuerza del pelo y me mordió el cuello, y después se fue.

—¿De verdad? ¿Y tú qué hiciste?

—Nada.

Pero las rodillas se me habían vuelto de gelatina. El desconocido me tuvo el pelo agarrado bastante tiempo, mirándome a los ojos. Yo le devolví la mirada. Ninguno de los dos bajamos la vista. Yo sabía que todos mis amigos estarían mirando. Me daba igual. Entonces el hombre que me había mordido volvió con sus amigos. No dijo ni una palabra.

—¿Qué hizo?

—Nada.

—¿De verdad? —N siguió corriendo un rato—. Puede que fuera una apuesta. ¿A qué hora volviste?

—Tarde, tardísimo.

Nos fuimos a una discoteca. Por el camino estuve hablando con una amiga del pueblo de A3, una chica bajita, preciosa, con los pelos de punta. Me gustaba bastante y me di cuenta de que el Chico (cuya voz podía oír detrás de mí) probablemente nos estaba mirando. Hicimos cola a la puerta del club y entramos. La música era de la vieja escuela, ¡sonaba hasta Vanilla Ice! No pude parar de bailar. El Chico se mantuvo en la periferia del grupo.

Me desplomé en una silla, sudando a chorros por el esfuerzo en la pista de baile. A3 me levantó los pies, se los puso sobre las rodillas y empezó a masajearme el arco interior, a través de la abertura de mis sandalias negras de tacón de aguja. Alguien nos hizo una foto. Yo cerré los ojos en el calor y la niebla del local. La música siempre ha tenido el poder de cambiarme el humor. O quizá fueran las copas. Era fácil olvidarme de todo a mi alrededor.

N se bajó de la cinta andadora y nos trasladamos para hacer estiramientos.

—¿Y eso fue todo? ¿Bailaste un rato y te fuiste a casa?

—No, por lo menos cuatro tíos intentaron ligar conmigo.

Uno de ellos se arrodilló a mi lado cuando todavía estaba sentada, con los ojos cerrados, disfrutando de la música. «Nunca había visto a nadie que pareciera tan feliz», dijo. «¡Ja!», pensé yo. Pero le dije «gracias». Hablamos un rato. Él quería bailar, pero yo no.

—¿Te has apuntado algún teléfono?

N hizo una mueca de dolor, mientras intentaba estirar un poco más los tendones de las corvas.

—Sólo uno interesante. Un auxiliar de vuelo de British Airways.

—¿Qué has dicho? ¿Uno o una?

—Uno.

—¿Estaba bien?

—¿No lo están todos?

El Chico se quedó mucho tiempo, pero hacia las tres incluso él se había ido. Todavía quedábamos los más recalcitrantes, pidiendo ronda tras ronda en homenaje al del cumpleaños. El azafato fue más perseverante que los otros tíos que me abordaron durante la noche, y me dio su tarjeta. Yo le hice adiós con la mano, mientras salíamos tambaleándonos, en busca de los autobuses nocturnos.

—¿Pesas? —dijo N, encaminándose hacia el temible banco del rincón.

—De acuerdo.

*dimanche, le 11 avril*

Cogí el bolso y saqué una caja de condones. Mientras tanto, él sostenía el miembro a la altura de mi cara, al tiempo que yo abría uno de los envoltorios, desgarrándole una esquina. Agarré la verga y le apoyé en la punta la goma sin desenrollar.

—¿Tienes que hacerlo? ¿Es indispensable?

—Me temo que sí —suspiré—. Reduce los riesgos.

—Confío en ti —dijo él.

—Eres muy amable —dije yo sonriendo—. El problema es que no sé dónde ha estado antes esa cosa —añadí, señalando con un gesto el instrumento que blandía delante de mi cara.

—Oh —dijo él, y guardó silencio un momento—. Es sólo que no acaba de gustarme el olor que le deja el látex.

Estuve pensando.

—Podría frotarlo a fondo en el baño, con agua caliente y jabón, en lugar de usar un preservativo —le propuse—. ¿Te parece bien?

Iba contra mi política, pero el riesgo era bajo para él y casi nulo para mí.

Suspiró, aliviado. Nos referíamos a un enorme y carnoso consolador negro, ya que su propia polla permanecía encerrada detrás de la cremallera. Me llevé el consolador al lavabo y procuré quitarle bien todo el jabón, para que el cliente no notara el sabor cuando más tarde lamiera mis jugos del instrumento.

*lundi, le 12 avril*

Fui a una discoteca. Estaba Angel, con una falda que parecía más un cinturón sobredimensionado. La tía tiene unas piernas increíbles. La música estaba a tope. Era imposible hablar, y en cualquier caso, no habría sabido qué decirle. Bailamos juntas y cantamos a coro cuando el pinchadiscos hizo sonar *That's Entertainment*, de The Jam. Me fijé en los chicos que nos estaban mirando y me di cuenta de que ninguno tenía edad suficiente para saberse la canción. Probablemente entonces ni siquiera habían nacido. Sonreí malévolamente.

Elegí a uno de los chavales, un tío alto, delgado y con pecas, que parecía una versión estirada del Chico. Me lo llevé a los lavabos, donde estuvimos metiéndonos mano. Le levanté la camisa de color verde oscuro y le chupé los pezones.

—¿Vives por aquí cerca? —me preguntó, sorprendido.

Yo negué con la cabeza y le pregunté si él sí. Él tampoco. Lo empujé hasta la puerta trasera y follamos en los peldaños de la salida, junto a los cubos de la basura.

*mardi, le 13 avril*

Es ampliamente sabido y comentado que nadie te da nada gratis. No estoy de acuerdo. Algunas cosas son gratis, y otras tienen un precio, pero eso no significa que unas sean mejores que otras.

El sexo casual y gratuito tiene sus inconvenientes, desde luego. ¿Acaso hay algo que no los tenga? Cuando te ligas a alguien por una noche, eligiéndolo el azar, te arriesgas a ser objeto de persecuciones, a iniciar una relación y a otros muchos males de transmisión sexual. Por alguna causa, nosotros, como nación, hemos asumido que un magreo entre dos personas borrachas en una discoteca atiborrada de gente es aceptable como inicio de un amor eterno. No lo es. Dejémoslo bien claro desde el principio.

Los hombres que he conocido en mi vida laboral se caracterizan por un solo y único rasgo: la timidez. Ya se trate de enemas y otros juegos acuáticos o de llamar a la puerta trasera, siempre parecen incómodos de pedir lo que tienen derecho a solicitar por el hecho de ser clientes de pago. Si hay algo predecible es que cuanto más exótica sea la solicitud, más veces llamarán a la jefa antes de la cita para hablar del tema. En cambio, los rollos de una noche no se comen el tarro.

No quiero que se me malinterprete. La ocasional incapacidad de un cliente para expresar sus deseos más íntimos me parece encantadora. Tierna, incluso. Pero resulta divertido que al preguntarle a un hombre lo que quiere hacer, te responda: «Lo que a ti te apetezca».

Ya ves, lo que a mí me apetece es irme a casa, ponerme el pijama y tumbarme a ver la tele. Pero si lo hiciera, seguramente mis honorarios te parecerían poco justificados. Todavía mejor es la respuesta masculada: «Ya sabes, lo habitual».

Pues no, no lo sé. Para ti lo habitual puede ser practicar ejercicios de doma al aire libre con chicas que actúen como ponis. Al menos, lo es para mí.

En cambio, el típico maromo de discoteca tiene una actitud de aquí te pillo, aquí te mato, que me resulta refrescante. Él está ahí, tú estás ahí, el pinchadiscos ha puesto el *Carmina Burana*, que es la señal definitiva para que recojas el abrigo y te largues, y sois las dos únicas personas que no se están buscando las amígdalas en la cola para el taxi. Lo que sucederá después es un desenlace inevitable: lo único seguro es que las partes íntimas de alguien quedarán expuestas ante los objetivos de las cámaras de seguridad en la media hora siguiente. Y para ser sincera, yo no voy y me ligo a cualquiera porque aspire a encontrar una relación sentimental. Lo que busco es un polvo salvaje, y rara vez salgo defraudada.

O como dice N, si nunca más vais a volver a veros, ¿por qué no forzar los límites?

¿Quién, aparte de un extraño que no paga, insistiría en hacerlo con la condición de que previamente me rellene parte de la feminidad con cubitos de hielo? ¿Quién más intentaría (sin éxito) follarme con el puño mientras conduce (nota: no aconsejable en condiciones de tráfico urbano)? Ningún cliente se atrevería, por temor a que yo sacara la calculadora y empezara a añadir recargos al precio del servicio.

En el ambiente de las chicas de compañía se habla mucho de la Sensación de Tener Novia (STN), porque es el servicio con mayor demanda entre todos los que ofrecemos. He sido abrazada

y mimada hasta el borde del sofoco por tíos bienintencionados que sólo me conocían de haber visto mi foto en una página web. He pasado veladas bebiendo vino tinto y mirando la tele con señores solos, hasta que el taxista ha tenido que ponerse a tocar el claxon. Y ningún ligue ocasional, que yo recuerde, se ha tumbado sobre el cubrecama para contarme historias de su infancia en África.

El último caballero que se vino conmigo a casa, antes del último ligue en la discoteca (y aquí realmente estoy forzando el uso de la palabra «caballero»), se quedó exactamente noventa minutos. Hicimos lo que teníamos que hacer, consideramos la posibilidad de repetir, después estuvo despotricando sobre su reciente ex, se vistió y se fue. En cierto sentido, me ofendió que no aceptara la taza de té que le ofrecí. Aun así, me fui a la cama habiendo conseguido lo que buscaba esa noche, que era un buen polvo a lo bestia.

Los clientes son otra historia. Me han invitado a pasar con ellos las vacaciones, me han preguntado si creo en la vida extraterrestre y me han limpiado los zapatos mientras glosaban poéticamente las proporciones de mi perfil. En cambio, el cumplido más inspirado que me ha hecho un ligue de una noche ha sido: «¡Café! ¡Y una toalla limpia! ¡Fantástico! Venir a tu casa es como alojarse en un hotel».

No, señor. Yo he estado en infinidad de hoteles. Y allí los hombres no pagan por las toallas.



*jeudi, le 15 avril*

El cliente repetía. Era poli y la vez anterior me había llevado a un encuentro semiformal relacionado con el trabajo. Por el elevado índice de bellezones en edad de merecer junto a barrigudos detectives, deduzco que yo no era la única acompañante mercenaria de la reunión. O quizá los esfuerzos de la policía de Londres en el ámbito de las relaciones públicas estén dando frutos inesperados. Permanecí sentada junto a mi pareja, mientras uno de sus colegas, un joven escocés, fijaba la vista en la delantera de mi top de una manera que probablemente él hubiese querido que pareciera más casual de lo que en la práctica resultaba.

Esta vez, el cliente me recibió en su casa y me hizo un montón de preguntas, probablemente porque estábamos solos. La cosa tiene sus riesgos: ¿simple curiosidad o potencial acoso? Como suele decirse, la verdad es como el sol. Sus efectos benéficos dependen enteramente de la distancia que nos separa de ella.

De modo que me he inventado una historia que es casi verdadera, pero no del todo, con diferencias mínimas pero verosímiles en cuanto a lugar de origen, universidad, titulación y domicilio actual. Las otras preguntas son más fáciles de contestar.

—¿Alguna vez has hecho dominación?

—Así empecé en este negocio, encanto.

Cuando trabajé brevemente como ama dominadora, en mi época de estudiante, no me gustó y no quise repetir, principalmente porque salirme de mi personaje me resulta difícil. Pero quizá el hecho de tender más bien al sometimiento en mi vida privada ha determinado que sienta cierta empatía por los que gustan de ser dominados; de hecho, también en este trabajo he acabado haciéndolo más de una vez.

—¿De verdad? —preguntó el cliente, antes de fruncir los labios en un gesto pensativo.

—De verdad.

Era alto, bastante más de metro ochenta. Cuadrado y fuerte. Probablemente, en torno a los cuarenta y cinco años. Calvo. Y soltero; por lo que he podido ver, los solteros abundan entre los clientes tanto como los casados.

—Me parece... fascinante.

¿Qué les pasa a los hombres que conocen siete maneras distintas de matarte con las manos desnudas pero sólo ansían ser gatitos indefensos en el dormitorio?

—¿Alguna vez has dejado que alguien asuma el control? —le pregunté.

Él estaba sentado en una butaca antigua y yo estaba acurrucada a sus pies, bebiendo vino shiraz y acariciándole la parte trasera de las piernas.

—Siempre lo he deseado, pero...

—Cielito —dije, extendiendo la mano para hacerle una caricia en la barbilla—, no seas tímido. Para eso estoy yo aquí.

En su primera sesión, los sumisos suelen ser fáciles de manejar y están ansiosos por complacer. Tienen que transcurrir meses antes de que empiecen a tratar de controlar la acción

insidiosamente desde abajo. Le pregunté si me dejaría atarlo y me respondió que sí, pero quiso saber con qué. No había ido preparada, de modo que le pedí unas corbatas. Me condujo al dormitorio, en el piso de arriba, y sacó unas cuantas.

Le indiqué que se desvistiera. Lo hizo, mientras yo me sentaba en la cama con las piernas cruzadas. Le ordené que se tumbara. Él vaciló un momento.

—Acuéstate boca arriba, con piernas y brazos extendidos —le dije bruscamente.

Lo hizo. Me levanté la falda y me arrastré encima de él, con los zapatos puestos. Acaballada sobre su pecho, le até las manos a la cabecera. A los pies de la cama no había nada que sirviera, así que pasé los extremos de las corbatas por las ruedas del somier, con la esperanza de que aguantaran. Podía sentirlo estirando el cuello, intentando acercar su boca a mi trasero.

—Quédate donde estás —le ladré—. Si quiero que me toques, ya te lo diré.

Fue una sesión estándar de SM. Nada complicado. Lo fastidié un poco y lo sometí a una ligerísima tortura. Pero acabé con los zapatos más limpios que puedan encontrarse fuera de una tienda de Russell & Bromley.

*dimanche, le 18 avril*

N ha hecho un paréntesis en sus temas habituales, el deporte y las tetas, para centrarse en su compañera de afanes.

Su gata.

A diferencia de mi adorada y ya desaparecida felina, que saltaba como una auténtica gata para llegar a los nidos rebosantes de polluelos incapaces de volar y usaba sus gatunos reflejos para brincar de rama en rama aterrorizando a cuantas criaturas poblaban los árboles, la gata de N últimamente no hace más que arrastrarse, incapaz incluso de subir unos peldaños.

Volvió de la consulta del veterinario con la pata vendada y la expresión abatida, después de sufrir la extracción de una espina del tamaño de otro gato, según me ha contado N. Se le ha formado un absceso y... no sé, alguna otra cosa demasiado técnica y desagradable como para seguir abundando en el tema. Pero al parecer requiere «drenaje», que según he podido entender no tiene nada que ver con el desagüe de la cocina. N la está cuidando con la tierna devoción de una hermanita de la caridad. Resulta bastante conmovedor.

Anoche, cuando salíamos del gimnasio, no me ofreció llevarme a casa, ni propuso que fuésemos a ningún sitio a tomar una copa o a cenar. Se fue corriendo al aparcamiento, mascullando algo acerca de cambiar un vendaje.

—Si no te conociera, pensaría que me estás engañando con alguna gatita —le solté con una mueca desdeñosa.

*mardi, le 20 avril*

Quedé para un café con N y A1, sin mejor pretexto que diseccionar mi vida amorosa. Otra vez.

—¿Qué ha sido entonces de aquel auxiliar de vuelo? —preguntó N, sorbiendo un café americano.

—Podríamos haber llegado a algo. Pero él le puso punto final. Por teléfono, este fin de semana —informé.

Fue un fastidio. Reconozco que probablemente pasaba más tiempo volando que aquí, en la ciudad, pero eso no debería haber sido un obstáculo. En mi opinión, algunas de las mejores relaciones se construyen sobre la base de no verse.

—¿Te dio alguna razón? —preguntó N.

—Demasiado trabajo. No quería molestar.

—¿Lo segundo también te lo dijo?

N parecía asombrado.

—No, os lo estoy contando a mi manera.

Probablemente sería esperar demasiado que un hombre tuviera la franqueza de admitir que tiene demasiado trabajo y que además fuera cierto.

A1 se encogió de hombros.

—Bueno, espero que se dé cuenta de lo que se está perdiendo.

—Lo dudo. No pasamos de un simple morreo.

Tres citas, mucha conversación y un torrente de mensajes de correo electrónico, todo lo cual resultó apenas en un par de magreos torpes y algún que otro entrelazamiento de lenguas antes de que Cenicienta tuviera que marcharse a casa. Prevenida por lo sucedido en las últimas ocasiones, no me pareció correcto precipitar demasiado las cosas. Pero fueran cuales fuesen sus teclas, es evidente que no supe pulsárselas.

—¿De verdad? —farfulló N—. Yo al menos me habría acostado contigo antes de dejarte.

—Gracias, cariño —le dije, soplándole un irónico beso en el aire.

—Tengo un amigo —arriesgó A1—, pero es un poco pequeño.

—¿Qué es eso? ¿Un eufemismo? Ya conozco a ese pequeño amigo tuyo —repliqué yo, mirando la entrepierna de sus vaqueros.

—¡Uf! —se quejó A1, antes de volverse hacia N—. Se le está agriando el carácter —le dijo—. Nunca se pone tan desagradable cuando folla con regularidad.

*mercredi, le 21 avril*

Conozco a una chica. Una chica simpática y educada, que pronuncia claramente todas las vocales y tiene unos modales exquisitos.

La conozco desde hace años, desde que ambas estudiábamos. Como a mí, el título no le ha servido de casi nada. Como yo, se vino a Londres para abrirse camino, y ha comprobado que el cambio ha resultado ser, más que nada, una sangría para su economía. Va de empleo temporal en empleo temporal, o enlaza dos o tres contratos a tiempo parcial con un par de proyectos independientes a la vez, y así consigue reunir el dinero suficiente para pagar el pisito diminuto donde vive, que ni siquiera es particularmente caro.

Y esta chica no sabe en realidad lo que quiere. Puede que le guste la vida académica, pero más como un refugio del resto del mundo que por verdadero amor al mundo de las letras. Cuando la veo en algún pub con amigos, más o menos una vez cada tres o cuatro semanas, tiene siempre pinta de bibliotecaria un poco descuidada; pero he observado la forma en que se mueve, y sé que podría ser mucho más sexy. Tiene unas piernas fantásticas. También sé que lleva cierto tiempo luchando con la depresión y que literalmente tiene cicatrices que lo demuestran. Y que los hombres de su vida o bien son abusivos o bien se dejan pisotear.

La invito a una cerveza, sabiendo que es demasiado tarde para que ella pague la siguiente ronda, pero me alegro de que así sea, porque en realidad no se lo puede permitir. Solamente derrocha el dinero en libros. A esta chica le encanta leer y basta sacarle el tema adecuado para que empiece a agitar los brazos blancos como la leche, con el cigarrillo encendido en una mano, exponiendo esta o aquella teoría o proclamando que este o aquel escritor es un genio por descubrir.

Más a menudo, sin embargo, no hace más que farfullar durante toda la conversación y yo me esfuerzo el doble que con cualquier otra persona por mantener viva la charla. Porque siempre responde con sinceridad cuando le preguntas qué tal está. Y la respuesta es siempre deprimente.

¿Cómo mejorar su vida? ¡Quién sabe! La escasez crónica de dinero es un problema. El temor que siente cada vez que una mujer se acerca a menos de medio kilómetro de distancia de su novio tampoco ayuda. Y sí, probablemente también ha sacado a relucir un par de veces el truco del embarazo accidental; sin fingimientos, claro, pero olvidando convenientemente una píldora aquí y tres allá, cuando era preciso ajustar un poco el lazo.

Por eso se me ha ocurrido, no sé, no es que sea una panacea, pero unos meses en el negocio de la prostitución podrían hacerle muchísimo bien. Tener que arreglarse y sonreír por una vez. Salir de los números rojos. Dejar de pensar en sí misma por un tiempo.

Pero no puedo decir nada. Está a la espera de que le salga una beca para empezar la tesis de doctorado el próximo otoño. Sobre un tema más bien inútil.

*jeudi, le 22 avril*

## **Resultado:**

1. m. Efecto y consecuencia de un hecho, operación o deliberación.
2. m. Lo que le diré a N que es lo único importante cuando lo haga quedar como el tonto que es. Porque no es cuestión de dinero, sino de principios.

N y yo fuimos a un club nocturno donde trabajó hace unos años. Seguía sonando la misma basura *pop*, pero el portero nos conocía y nos dejó pasar.

Estaba atiborrado con los cuerpazos habituales, algunos en la pista, sacudiendo lo que les hace ganar dinero, y algunos más en la barra, mirando de arriba abajo a los demás. Un auténtico mercado de carne, pero no por ello hostil. Me recosté en un sofá blanco de cuero y miré a mi alrededor. En un grupo pequeño de hombres, un rostro familiar: Te Apuesto Diez Peniques. Le di un codazo a N.

—Te lo dije —me soltó él. O lo imaginé yo, porque en realidad no podía oírlo por culpa de la música.

Me hizo un gesto. Lo entendí perfectamente. Me encogí de hombros. Estar con otros hombres no equivale necesariamente a ser gay. Y la apuesta seguía en pie, pese a todo.

Vi que Te Apuesto Diez Peniques se apartaba de su grupo y se dirigía hacia la barra. Solo. Bien, porque no creo que hubiese sido aconsejable abordarlo delante de sus amigos. Lo seguí. Le di un golpecito en el hombro.

—¿Eh?

Se volvió, me vio y me sonrió.

—Te parecerá raro —le confesé en tono de disculpa—, pero gano una apuesta de diez peniques si tú no eres gay.

—¿Perdona?

La música era estruendosa. Bajó la cabeza y la acercó mucho a la mía.

—He dicho que gano una apuesta de diez peniques si tú no eres gay.

—¿Con quién es la apuesta? —preguntó.

—No debería decírtelo. ¿Te importa?

Sonrió. Se quedó un momento pensando. Se inclinó y me dio un beso. Sus labios eran suaves y estaban ligeramente húmedos; se demoró un momento.

—Tú ganas —dijo.

Sonreí. Nos fuimos cada uno por su lado.

Encontré a N y me apoyé pesadamente en su brazo.

—He ganado —le grité al oído—. ¿Me odias?

—Te demostraré que estás equivocada —me dijo, mientras rebuscaba en los bolsillos.

—Vale, como quieras —dije con una sonrisa altiva—. De momento, dame esa moneda.

*vendredi, le 23 avril*

Destinos para una escapada. Breve consideración:

### *Highlands de Escocia*

A favor: refugio de pederastas y amantes de los climas fríos, claramente atraídos por los fabulosos paisajes. En contra: inhóspito no es la palabra. ¿Qué decir de un lugar donde la marea suele tragarse la carretera principal?

### *Alrededores de Londres*

A favor: un lugar tan devastador para el alma, tan aburrido, tan obviamente malo que nadie podrá imaginar que su nueva vecina soy yo. En contra: un lugar tan devastador para el alma, tan aburrido, tan obviamente malo que nadie podrá imaginar que su nueva vecina soy yo.

### *Inglaterra rural*

A favor: los productos lácteos, el campo, la costa. Las empanadas. Los ponis. Contemplar con mirada soñadora a los bronceados surfistas en verano. En contra: los trenes van, pero no estoy segura de que vuelvan.

### *Norteamérica*

A favor: el acento británico cae bien y puedes acabar bebiendo gratis. En contra: me asusta el concepto de Texas.

### *Sudamérica*

A favor: sol, cocina interesante, montañas. En contra: el rumoreado contingente de nazis arraigados en aquellas tierras puede suponer un obstáculo para la vida social.

### *Australia y alrededores*

A favor: algunos conocidos. Dicen que hace buen tiempo y que los dulces no están mal. En contra: el rumoreado contingente de británicos arraigados en aquellas tierras puede suponer un obstáculo para la vida social.

### *El Mediterráneo*



A favor: clima excelente, comida superlativa, alojamiento económico, posibilidades razonables de diversión, y no está muy lejos. En contra: costa del Croydon no es exactamente el lugar especial que estoy buscando.

### *Fulham*

A favor: las comunicaciones son excelentes. En contra: ¿qué conclusiones sacar de un lugar cuyo principal atractivo es la facilidad con que puedes largarte?

### *Israel*

Hum, no. No. De momento, no.

### *East Anglia*

A favor: buena cerveza. No me importaría beber una pinta de Indian Pale Ale mientras disfruto del sol de la tarde. En contra: antiestético bulto en el mapa.

### *África*

A favor: ni idea. En contra: una vez tuve un cliente de Zimbabue. No parece que sea un sitio terriblemente agradable de momento.

### *Nueva York*

A favor: gente muy legal. En contra: si hemos de creer lo que se ve en las series de televisión, la presión para ligar y emparejarse es agobiante. Aquí en Londres soy la hembra alfa entre las usuarias de tacones de aguja obsesionadas con la lencería y lectoras de premios Pulitzer, y la competencia podría desalentarme. Sobre todo si el trofeo es un titulado en empresariales sin empleo, que todavía vive con sus padres en el Bronx.

Últimamente tengo la impresión de que paso más tiempo fuera de la ciudad que en casa. El buen tiempo que está haciendo en Londres es agradable y bienvenido, pero es un desafortunado caso de demasiado poco, demasiado tarde. Otra vez estoy haciendo las maletas: bragas (de todas clases) y libros (*Dodsworth*, *Mi nombre es Asher Lev*, varias historias tontas de suspense y la siempre segura *Princesa prometida*), además de la crema solar.

Me voy a la playa. Ya haré en su momento un análisis detallado de varios de los lugares expuestos más arriba.

*dimanche, le 25 avril*

En mi infancia y mi adolescencia, íbamos de vacaciones todos los años. Nunca a sitios demasiado exóticos y nunca con mi padre. Decía estar agotado por su negocio, hasta que se jubiló y ya no pudo esgrimir esa excusa. En el último año de colegio, mi mejor amigo era uno de mis primos. Teníamos el mismo color de pelo, los mismos rasgos pronunciados y las mismas pecas. La gente nos creía gemelos. Todavía nos comportábamos como niños y estábamos todo el tiempo a golpes y empujones. Pero aquel año surgió entre nosotros una nueva corriente subterránea de tensión. Empezábamos a observarnos cautelosamente, atendiendo a indicios de que uno de nosotros supiera algo que el otro ignoraba.

Aquel año, nuestras madres nos llevaron a todos los niños juntos de vacaciones. Fuimos en coche hasta Brighton. Nunca había estado tan al sur. Mi tía, la madre de mi primo, se había traído una bolsa de casetes para tenernos entretenidos durante el viaje. Sus gustos musicales no tenían nada que ver con los nuestros, pero afortunadamente no eran tan vetustos como los de mi madre. Nos sabíamos todas las letras de las canciones y las cantábamos a voz en cuello, con las ventanas abiertas. Hacía sol. Estábamos seguros de que las vacaciones iban a ser perfectas.

Cuando llegamos, la playa era horrible, húmeda y ventosa. Estuvimos tres días sin nada que hacer. Las madres se quedaban en el hotel mirando la tele, mientras nosotros salíamos a buscar alguna sala con juegos. Les gané a todos en la mesa de hockey, hasta que nadie más quiso jugar conmigo. Nos gastamos todo el dinero en algodón de azúcar, fichas para las máquinas y patatas.

Recuerdo que uno de esos días entré en el hotel. Nuestras madres seguían mirando la tele y mi primo estaba en el baño, cantando, obviamente sin darse cuenta de que el eco que hace que suenen tan bien las canciones en la ducha también significa que todo el mundo las oye. Estaba cantando una canción de Madonna, y el carácter abiertamente sexual de la letra, por no mencionar su voz de falsete, me resultó turbador. Sin proponérmelo, me lo imaginé imitando a las bailarinas del videoclip.

También me di cuenta de que esa misma mañana, mientras los demás consultaban planos callejeros y leían los periódicos, yo había estado en la ducha cantando *I Touch Myself*<sup>[1]</sup>, de The Divinyls.

*mardi, le 27 avril*

Estoy en un hotel en España, junto a un río. A pocos kilómetros, el río desemboca en el mar. Salgo a dar un paseo sola, sin apartarme mucho del hotel. La primavera es cálida y soleada, y me entretengo mirando las flores. El aire huele más seco y limpio aquí que en Inglaterra.

A la cámara le quedan pocas pilas, pero consigo hacer varias fotos de flores. Azules estallidos de buganvillas, corolas anaranjadas en forma de estrella que nunca había visto y diminutas florecitas de color rosa en las ramas de unos árboles de tronco liso.

Hay más bares con terraza que cualquier otra cosa. Me siento en una de las terrazas, en una silla verde de plástico, bajo una sombrilla engalanada con el escudo de la cerveza local. Pido una sangría y me siento descaradamente una turista. De los hombres que pasan, algunos me dicen algo, pero más a menudo comentan entre ellos. Por lo visto, se fijan más que nada en el pelo.

Como no me he puesto zapatos adecuados para caminar, tengo que regresar pronto al hotel. Pero en lugar de volver por el mismo camino, siguiendo las avenidas principales, doy un rodeo por las callecitas empedradas, con casas de fachada lisa de la que se desmoronan trozos de escayola blanca y amarilla. Hay dos iglesias, con los nombres escritos en alegres azulejos aplicados sobre los muros encalados. Trato de hacer una foto de una de ellas, pero la cámara se queda sin pilas. Podría comprar nuevas, pero no sé pedir las en español, y ya me siento suficientemente distinta de los lugareños. El hotel es un fresco refugio cuando regreso.

*jeudi, le 29 avril*

Tenía yo dieciséis años, o poco menos. Un día estaba con mi primo en una piscina, metidos en el agua del lado más profundo, junto a la escalera. Me había estado preguntando acerca de unas chicas que yo conocía y a mí me molestaba vagamente que su gusto por las mujeres estuviera derivando hacia lo más habitual: rubias altas y chicas morenas con delanteras espectaculares. Muchos de los chicos habían recibido favores de esas chicas, que ni siquiera se habrían parado a mirar a mi primo y a sus amigos raros, y él lo sabía.

Nuestra amistad se estaba volviendo incómoda. Como éramos primos, podíamos compartirlo todo, y lo hacíamos. Por nuestra edad, la atracción entre nosotros era posible, pero obviamente no estaba contemplada. Cuando surgía el tema del sexo, siendo tímidos e inteligentes como éramos, lo envolvíamos en los términos más neutrales que podíamos.

—Si no fueras mi primo y nunca te hubiera visto antes, probablemente me resultarías atractivo.

—A mí también. Si no fueras mi prima. Y nunca te hubiera visto antes.

Con eso ya nos entendíamos. Después venía un silencio embarazoso, seguido, por lo general, de una pedorreta que nos devolvía a la normalidad. Aquellas conversaciones fueron como un adelanto del tipo de relación que tuve con los hombres durante la universidad, un desfile de chicos pálidos y amables, demasiado tímidos para admitir su deseo, hasta que estaban demasiado borrachos para que importara algo. Muy parecidos a los chicos con los que había salido en el instituto, a decir verdad, pero con acceso más fácil a las bebidas alcohólicas. A veces los amigos de mi primo expresaban interés por mí, pero él los ahuyentaba aduciendo que yo era un marimacho («Te partirá en dos si se entera») o demasiado madura para ellos («Ni siquiera se pararía a mirar a un niño como tú»). Yo era terriblemente madura. Hasta le había hecho una paja a un chico en un cine.

Había otras cosas. Faltaba un año para que lo supiéramos, pero yo iba a ir a la universidad y mi primo no. Tenía buenas notas y podría haber ido, pero no hizo los trámites y su madre no le insistió. Quería ingresar en la Marina o ser mecánico. A mí me parecía una locura. Diez años después, acabaría trabajando de pinche en la cocina de un restaurante.

Salgo de la piscina y me alejo con andar desmañado en dirección a nuestras toallas; las recojo y vuelvo al agua.

—¡Eh! —me dice él, un poco más alto de lo necesario—. Caminas diferente. ¿Será que has dejado de ser virgen?

—Sí —respondo yo con descaro.

Empieza a salir de la piscina y yo le tiro al agua su toalla. Es una forma de demostrarle mi cariño.

No sabe con seguridad si estoy de broma o no, y no me pide detalles. Por si acaso, yo me preparo una historia falsa. Cuando su madre viene a recogernos, nos sentamos los dos en el asiento trasero del coche, y él no hace más que susurrarme nombres.

—¿Marc?

—No.

Marc está en mi clase y es más alto que el resto de los chicos. Pero escupe sin darse cuenta cuando habla, y se me pega y me sigue más de la cuenta.

—¿Justin?

—No.

Me gusta Justin. Solamente se lo he dicho a mi primo, y espero que él no se lo cuente a nadie. Antes de marcharme a la universidad se lo confesaré todo a Justin en una carta y él no volverá a dirigirme la palabra.

Mi primo nota mi turbación.

—Eric. Tiene que haber sido él.

El candidato de broma.

—¡Ni en sueños! —exclamo, pero me abstengo de retorcerle una tetilla, porque si lo hiciera pondría en entredicho el nuevo aire de madurez que la mentira me ha conferido.

De todos modos, da un poco lo mismo. Dentro de un par de meses, sucede de verdad, con el mejor amigo de mi primo. Me estremecí, pero no solté un gemido. Y a mi entender, mi manera de andar no fue diferente al día siguiente de como había sido la víspera.

*vendredi, le 30 avril*

Me voy al este, a Italia, a reunirme con unos amigos. El avión es pequeño y va lleno, y la azafata, abundantemente maquillada, le grita a un niño que no deja de correr por el pasillo, incluso durante el despegue y el aterrizaje. Nadie sabe bien de quién es el crío. Sus padres no hacen nada para que pare.

Lo primero que hago en cuanto dejo las maletas en el fresco vestíbulo embaldosado es ir a ver si tengo algún correo electrónico. Y me llevo una pequeña sorpresa: un mensaje del Dr. C, desde San Diego, que debe de haberle pedido mi dirección a A2. Es una nota corta pero afectuosa, de hace dos días. Le contesto con un mensaje igualmente breve y cordial.

*Mai*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z T-V*

## *T de Taxis*

Por lo general, llamo por teléfono a un taxi independiente para salir y busco un taxi negro tradicional para el regreso. Los conductores de los primeros, a diferencia de los que conducen los segundos, no siempre se saben las direcciones, y con frecuencia acabo leyéndoles el callejero. Los taxis negros te llevan a todas partes sin tropiezos, pero a veces te dan una vuelta, un recorrido panorámico, para inflar el precio de la carrera. En ocasiones busco un taxi negro para la ida, pero no suelo encontrar ninguno libre cerca de casa, excepto los fines de semana.

Resulta útil coleccionar tarjetas de taxistas independientes. No sería buena idea llamar siempre a los mismos.

## *También de Tiempo perdido*

En teoría, trabajar a través de una agencia debería ser una garantía contra las citas fallidas: potenciales clientes que expresan su interés en tus servicios e incluso reservan una hora y aceptan la tarifa, pero luego no concretan el encuentro, porque la reunión terminaba más tarde de lo previsto, o porque su mujer decidió acompañarlos en el viaje, o porque no se han apuntado el número de teléfono (esta última excusa es mi favorita; ¿acaso no están para eso los móviles?). De modo que a veces te arreglas y acicalas, sólo para quedarte compuesta y sin novio, por así decirlo. Al menos te queda el consuelo de que, a diferencia de la vida real, no ha sido por ti, sino por él.

## *U de Un montón de bragas*

Infinidad de conjuntos de lencería sexy y suntuosa. Para lucirla, no para estar cómoda. Hace tiempo la jefa me dejó claro el estilo que quiere ver en sus chicas: bragas grandes, caras y llenas de encajes. Nada de tangas. Cuanto más grandes, mejor. Los ligeros son un tópico, pero aportan un toque interesante. No inviertas en nada que sea difícil de poner o de quitar. Y procura que todo ajuste limpiamente y a la perfección. No hay nada más deprimente que



unos michelines sobresaliendo por la espalda o el temido doble canalillo que forman algunos sujetadores.

## *V* de Vagina

Piensa en la higiene. Si no te depilas los alrededores, mantén el vello arreglado y cuidado. Vigila cualquier hinchazón, enrojecimiento, flujo o decoloración y, si notas alguno de estos síntomas, consulta al médico cuanto antes. Practica esos ejercicios de tensión de la musculatura de que tanto hablan los ginecólogos. A los hombres les enloquecen.

*samedi, le 1 mai*

El apartamento donde me alojo está tan cerca de la lonja que puedo oler el pescado, lo cual en sí mismo no es un problema. (Y por favor, nada de chistes fáciles sobre putas y olor a pescado).

El principal inconveniente son los camiones, que atruenan a las cuatro de la madrugada para descargar las capturas del día, y los hombres de pie en la caja de los camiones, que hablan a gritos mientras descargan. Después, todo queda en silencio durante una hora, más o menos, hasta que los primeros clientes empiezan a llegar al mercado.

Probablemente es el momento de empezar a averiguar para qué sirve levantarse con el sol. Para atrapar a los mejores peces, por ejemplo.

## *dimanche, le 2 mai*

Fui a la playa con un pequeño grupo. Éramos otra chica y yo; los chicos se situaron ligeramente apartados de nosotras, mientras nos desvestíamos y nos tumbábamos sobre las toallas para tomar el sol en la playa pedregosa.

A la otra chica hace poco que la conozco. Hace unos días, estábamos hablando y me preguntó por mi edad.

—Veinticinco —le dije, quitándome un par de años. Ella tendrá unos diecinueve, como mucho.

—¡Oh! —exclamó ella, genuinamente sorprendida—. Nunca lo habría imaginado.

Me encogí de hombros. Cuando era más joven, todos creían que era mayor; ahora la situación se está invirtiendo.

—No tienes por qué decir tu edad a la gente, ¿sabes? —me dijo, como intentando ayudarme—. Si dices que tienes veinte, te creerán.

Sólo si son adolescentes. Pero bendita sea tu inocencia, de todos modos.

Yo estaba leyendo. Uno de los chicos, uno rubio, estaba escuchando música y cantando a voz en cuello y con muy poco oído. Viéndolo y oyéndolo, era imposible no sonreír. Los otros jugaban con un frisbi y chapoteaban en la orilla. Cuando se aburrieron, volvieron adonde estábamos y se tumbaron al sol.

La chica, que estaba hojeando una revista y escuchando música, se volvió hacia mí.

—¿Son muy oscuras mis gafas? —me preguntó.

—Sí, bastante oscuras —repliqué.

—Entonces, si mirase en alguna dirección, tú no verías mis ojos, ¿verdad? —añadió.

—No, no los vería.

—Bien —concluyó y se dio la vuelta para mirar para el lado de los chicos, con la cabeza apoyada en una mano.

Miraba, como pude advertir, en la dirección de un joven en concreto. Su novio se había quedado en casa.

*lundi, le 3 mai*

La primera vez que me acosté con una chica fue con la novia de un amigo.

Uno de mis mejores amigos de la universidad era un tío bajito, delgado y pelirrojo, que se pirraba por Dr. Who y era un bombazo sexual con las chicas. No sabría explicar por qué. Simplemente era así, y todas lo adorábamos.

Lo llamábamos el Travolta Judío, porque era capaz de dejar una estela ardiente en la pista de baile, como un cuchillo caliente cortando una barra de mantequilla, incluso en la fiesta de barmitzvá de tu hermano. Todo él era un furtivo movimiento de caderas, un meneo voluptuoso y, ¡Dios de los ejércitos!, yo me moría por sus huesos. Pero nunca logré llevármelo al huerto, aunque durante el primer año se tiró a todas y cada una de las chicas de nuestro grupo que no tenían novio. Era como si entre nosotros hubiera una frontera destinada a no ser atravesada.

Finalmente se decidió por una, y yo no pude culparlo, porque su novia, Jessica, era una zorrita más que deseable, de hombros color caramelo y pelo rubio oscuro que le caía siempre formando unos perfectos rizos.

Una noche, TJ y Jessica nos invitaron a mí y al que entonces era mi novio a un club nocturno. Era un sitio que yo no conocía en una parte de la ciudad a la que nunca iba. No sabía muy bien qué ponerme, así que me presenté en el pub donde habíamos quedado en vaqueros, sandalias y blusa negra de satén semitransparente, sin sujetador. Jessica y yo permanecemos en medio del local, mientras los chicos iban a buscarnos unas cervezas, cuando de pronto me di cuenta de que éramos el blanco de todas las miradas.

Bebimos las cervezas y proseguimos la marcha hacia el lugar elegido. Era un club gay. El primero al que iba. Entre el público había de todo, siendo como era un sábado por la noche en una ciudad de medianas dimensiones, donde el personal no puede ponerse demasiado riguroso con las normas de admisión. Había parejas de chicos y parejas de chicas, pandillas de estudiantes, tíos solos varados en la barra con pinta de desdichados, y hombres vestidos como se vestiría una mujer si quisiera interpretar las fantasías que sobre las mujeres tienen los hombres. Había jaulas pintadas de dorado, pero nadie bailando en su interior. Yo no sabía adonde mirar. Mi novio, por desgracia, se puso a mirarse los pies. Y estuvo así toda la noche.

La música no era buena, pero era frenética, como lo era toda la música que ponían entonces en bares y discotecas. TJ y Jessica me pusieron a girar como una peonza en la pista. Hacían una pareja increíble. Los dos menuditos, guapísimos y geniales. Los hombros de ella, levemente huesudos, se cimbreaban insinuantes, asomando de una blusa abotonada por delante, pero sin mangas y con la espalda desnuda. Ya me habían atraído otras chicas, pero nunca me había sentido tan libre de mirar a una con descaro. En aquel club era lo normal.

TJ me llevó aparte.

—Le gustas, no sé si lo habrás notado —me dijo.

¿Estaba de broma? ¿Aquella diosa en miniatura? Pero en cuanto lo dijo, supe que era cierto, y fue como accionar un interruptor. Podía imaginarme llevándola a los lavabos y haciéndola

disfrutar con la lengua, mientras ella se reía sentada sobre la cisterna. Podía imaginarme metiéndole cosas, como por ejemplo mis dedos o el extremo de una botella de cerveza.

—Es tu novia —repliqué, dándome cuenta mientras lo estaba diciendo de lo plañideras y horribles que sonaban mis palabras.

Él se encogió de hombros. Dijo que ya se ocuparía de mi novio. Añadió que lo hacía a menudo, que con frecuencia le conseguía chicas a su novia. Me quedé pasmada.

TJ se ofreció para llevarnos a nuestras respectivas casas en su coche. Por fortuna, mi novio era el que vivía más cerca. Después fuimos a casa de Jessica. Sus padres habían salido, o estaban durmiendo, o les daba igual, nunca lo supe. Me cogió de la mano y me hizo pasar, como si tal cosa. Su novio se quedó esperando en el coche hasta que ella se volvió para saludarlo con la mano, y entonces arrancó y se fue. El cuello de aquella chica era el más esbelto y tierno que he conocido. Sus labios, los más suaves que he besado.

*mardi, le 4 mai*

Entré en una tienda hacia el mediodía. El sol siciliano estaba muy alto e impulsaba a buscar refugio en la sombra.

En un anaquel había dulces de fruta envueltos en papeles de colores. Tendí una mano para coger uno, pero incluso de puntillas estaba fuera de mi alcance. Un hombre se me acercó por detrás.

—¿Necesita ayuda?

—¿Me puede dar uno de éstos? —le pregunté.

—Depende —contestó—. ¿Me puedes dar un poco de ti?

*jeudi, le 6 mai*

Seguimos por mar hasta Croacia y por primera vez en quince días compré un periódico. Venía lleno de imágenes turbadoras, de esas que te hacen pensar en la política, en la guerra y en la política de la guerra; en cómo todo eso siempre ha pasado, sólo que antes nunca lo veíamos, y en cómo la santa indignación y las reacciones airadas a veces parecen producto de la ignorancia, porque era imposible no adivinar que todo esto iba a pasar. ¿Realmente necesitamos imágenes para saber? ¿Realmente estamos indignados con los gobiernos por hacer lo que sabíamos que iban a hacer?

Pensarán ustedes, quizá, que hay una sola cosa segura en la vida (que se acaba) y otra más que probable (que es dolorosa), y que la libertad y la propiedad son ilusiones que sólo pueden existir en la mente. Y que otra gente más perspicaz que yo ya ha tenido esas mismas ideas y las ha descartado, y por qué no me dejo ya de tanta filosofía barata. ¡Oh, por ahí viene una señora con un gorro de rayas y un caniche color champán!

No es mi intención tratar a la ligera estos graves acontecimientos, pero espero notar un pequeño repunte por el lado del sexo apocalíptico cuando regrese a Inglaterra. Me iría la mar de bien.

## *vendredi, le 7 mai*

La tarde es blanca y luminosa como la tiza, y en los últimos días no he hecho más que pasear y escuchar música. Es una gran ayuda: como voy con los auriculares puestos, nadie presupone que pueda oírlo, y entonces nadie me habla. Es bueno, porque no entiendo muy bien el idioma. Cuando quiero oír lo que pasa a mi alrededor, quito la música, pero me dejo puestos los auriculares. Sonríe un montón y la gente me devuelve la sonrisa. ¿Es más feliz la gente en el resto del mundo? Desde luego, lo parece.

Pero sé que no es así. He estado en un bar, hablando con un hombre de mi edad. Antes de cumplir los veintiún años ya había vivido tres guerras.

—¿Por qué son tan horribles los hombres con sus semejantes? —pregunté, inocente de mí.

—En mi experiencia, toda la gente es horrible.

—¿Entonces por qué somos así?

—No sabemos ser de otra manera.

Nos quedamos en silencio. Se acabó su bebida y miró sonriendo mi guía del lugar.

—¿Adónde quieres ir? Ya sabes que en esa guía no vas a encontrarlo.

Tampoco es que la use mucho. Me gusta decidirme por una dirección y caminar sin parar. Así fue como encontré la antigua judería, destruida y abandonada hace siglos como el olvidado decorado de una película, o la orilla del mar, que no imaginaba tan cercana. Su sonrisa era tan comprensiva y abierta que podía sentir oleadas de buena voluntad manando de su persona, mezcladas con un poco de pena por mí.

O eso, o es que estaba intentando ligar conmigo. Las inglesas tenemos una reputación absolutamente nefasta en el extranjero. ¿Habrán distribuido algún panfleto en los últimos diez años entre los hombres de los otros países, diciendo que las chicas de las islas estamos que babeamos por un polvo?

(Yo sí que lo estoy, pero ¡oye!, estoy de vacaciones, pesado. Así que déjame en paz).



*samedi, le 8 mai*

El sexo en vacaciones siempre es el mejor. Lo he hecho en todas partes: en Poole, en Blackpool, en las piscinas.

Después es otra persona la que se encarga de hacer la cama, vaciar el cubo de la basura con los condones usados y hasta recoger del suelo las toallas mojadas y malolientes. Si los del piso de abajo no pueden pegar ojo en toda la noche por culpa de los ruidos de arriba, lo más probable es que no sepan a quiénes culpar, o que se marchen por la mañana, o que para disculparse sea suficiente sonrojarse y esbozar una risita tonta, porque todos estamos de vacaciones y sólo el alma más amargada y rancia podría negar a sus semejantes el derecho a un poco de ejercicio vacacional sano y vigoroso.

A1 siempre me llevaba a la playa cuando mi ánimo flaqueaba. Él no lo pasaba nada bien. La arena se mete por todas partes y eso es una catástrofe para alguien tan pulcro y cuidadoso como él. Además, se quema con facilidad, por lo que buena parte de la excursión se nos iba en volver a aplicar crema solar en los rincones de su espalda a los que no llegaba. En una ocasión se le olvidó ponerse crema solar en los pies y se le quemaron. Estuvo una semana entera sin poder ponerse los calcetines ni los zapatos.

Pero lo hacía por mí, para que pudiera recargar mis baterías, como decía siempre. Y porque sabía que iba a ser recompensado con un polvazo salvaje en el hostel donde nos alojáramos esa noche.

A2 disfrutaba más con los desplazamientos que con las vacaciones propiamente dichas. Empezaba a conducir y no paraba; podíamos recorrer todo el país en una semana, haciendo paradas allí donde nos sorprendiera la inspiración. Si habíamos pasado la noche en el norte de Escocia, casi podríamos haber apostado que a la noche siguiente nos alojaríamos en alguna destartalada posada de Devon, al sur de Inglaterra. También le gustaba hacer fotos desde el coche en movimiento, lo cual siempre me hacía reír y abalanzarme sobre el volante.

Parábamos para posar al lado de casas abandonadas, señales de tráfico raras y árboles grandes. Extendíamos unas mantas en cualquier bosquecillo y hacíamos el amor mientras los mosquitos lo atacaban a él por la espalda. Una vez le comí la polla junto a la carretera cargada de tráfico, un viernes por la tarde, en vísperas de un puente.

Yo habría jurado que en nuestras salidas nunca nos alojábamos dos veces en el mismo sitio, pero eso fue hasta que una noche nos presentamos en la recepción de un hotel situado en el último rincón del quinto pino, atraídos por los rótulos un tanto anticuados. La encargada de la recepción nos saludó con familiaridad. Por lo visto, nos habíamos alojado allí mismo apenas tres noches antes y lo habíamos olvidado por completo.

A3 y yo hicimos un viaje juntos una vez, para ver unas cuevas. En la completa oscuridad del mundo subterráneo, en el silencio total del corazón de la tierra, me cogió por primera vez de la mano. Me resulta difícil recordar otro momento, antes o después, en que me haya sentido igual de exaltada.

Con A4 me fui a la playa prácticamente la misma semana en que nos conocimos. La novia de su compañero de piso nos había encargado berberechos. No encontramos, pero recorrimos tres playas en busca de alguien que los vendiera. Era una mañana muy calurosa. En el primer sitio donde paramos, había una ensenada de agua poco profunda y una playa que más parecía un montón de conchas. Fuimos andando hasta el mar, que estaba exactamente igual de caliente que el aire. Fue como bañarse en sudor. Seguimos el viaje.

En el segundo pueblo, no había dónde aparcar. Paramos junto a la carretera y estuvimos mirando la playa y el agua. Todavía no estábamos muy cómodos entre nosotros y aún no teníamos muchos temas de conversación.

La tercera playa era perfecta, arenosa y desierta. A1 y yo la habíamos frecuentado bastante. Se había levantado viento y ya no hacía calor. Se veían kilómetros de mar abierto y había un fuerte oleaje. A4 se quitó la ropa y se quedó en bañador. En aquella época, yo estaba maravillada con su belleza y no podía dejar de contemplar su cuerpo. Se zambulló en el agua y se puso a retozar entre las olas. Yo me acerqué andando a la orilla y tanteé el agua con un pie. ¡Estaba helada! Retrocedí de un salto.

—¿Estás loco? —le grité a su cabeza, que subía y bajaba con el oleaje—. ¿No tienes frío?

—¡Es tonificante! —me gritó a su vez, pero incluso en la distancia podía oír cómo le castañeteaban los dientes.

Me di un hartón de reír. En el camino de vuelta, pasamos por un sinfín de granjas y vimos cerdos hozando la tierra a la última luz del día. En la radio sonaban viejos temas de swing jazz que los dos escuchábamos en satisfecho silencio. De vez en cuando, para hacerme reír, él repetía «¡tonificante!».

Pero la mejor salida con él —e hicimos muchas—, fue la vez que acampamos. Montamos una tienda grande en el bosque, junto a un torrente de agua fría, y nos quedamos varios días. El agua estaba helada, en el calor de un verano tórrido, y nos bañábamos desnudos. El tronco gigantesco de un árbol muerto asomaba inclinado del agua y, allí apoyada, me tomó una y otra vez. La sensación era maravillosamente ancestral. Hasta que llegó un naturista remando en su barca y siguió remando tranquilamente, como si no hubiésemos estado allí.

El sexo en vacaciones es el mejor. Sin nadie a quien dar explicaciones, sin trabajo y sin vecinos. Y con suerte, sin cobertura telefónica. Pura sensación. Probablemente es justo lo que buscan mis clientes.

*lundi, le 10 mai*

No había vuelos directos de vuelta. Pasé una noche en Roma, en un albergue grande del centro.

El supermercado a la vuelta de la esquina debía de ser el único abierto por la tarde, porque estaba atestado de gente. Compré pan, tomates y *ricotta al forno*. Los comercios de los otros países me resultan fascinantes. Me encanta recorrer lentamente los pasillos, viendo los artículos que ocupan los lugares de honor en los anaqueles. Empanadillas de carne en la República Checa; sangría en España, vendida como si fuera un refresco, en botellas con tapón de rosca, o la variedad de artículos alineados junto a las colas de las cajas en los supermercados de Estados Unidos, desde globos y maquinillas de afeitar hasta carne seca.

La cocina del albergue era grande y estaba bien equipada, con grupos bulliciosos de gente joven. Me senté en la esquina de una de las mesas, para cenar unos sándwiches y leer un periódico. Al final envolví un par de panecillos y un poco de queso en unas servilletas de papel, para el desayuno.

Sentados cerca de mí había varios ingleses, que no viajaban juntos. A uno de ellos le pregunté de dónde era y me dijo que de Cheddar.

—Ah —dije yo—. Hace mucho conocí a alguien que también era de ahí.

Le pregunté qué hacía en Roma.

—No mucho —respondió.

Había viajado para reunirse con una amiga, que al final se había ido a otro sitio. ¿Le gustaba Italia? Sí. Me enseñó un plano de todos los sitios que había recorrido en Roma. Alguien se había dejado un pan dulce en la despensa colectiva, una hogaza de *colomba*. Lo cortamos en pedacitos. La esponjosa miga estaba pegajosa por arriba, con azúcar cristalizado y fruta confitada. Otro chico del grupo de los ingleses nos preguntó si queríamos ir a una heladería que conocía.

—¿Qué sabores tienen? —pregunté.

—Todos —dijo.

El chico de Cheddar aceptó. Era tarde, pero aparentemente estaba abierta hasta bien entrada la noche.

Anduvimos casi una hora. La ciudad se estaba animando, con grupos de hombres y mujeres por todas partes. Yo me sentía bien en compañía de los dos hombres. Ambos eran graciosos y ocurrentes, aunque a mí me gustaba más el de Cheddar.

—¿Es ésta? —pregunté mientras pasábamos delante de la enésima heladería.

—No, todavía no —dijo nuestro cicerone—. Es todavía mejor que ésa.

Lo era. No pude evitar echarme a reír cuando finalmente llegamos a destino. El amplio y bien iluminado local tenía todos los sabores imaginables. De verdad. Tenía Nutella, Ferrero Rocher, mantequilla de cacahuete y frutas que nunca había oído mencionar. Había más variedades de helado de chocolate que el total de sabores de cualquier otra heladería. Yo no cabía en mí de alborozo. Pedí un cucurucho con una bola de coco y otra de mango. Los tres probamos el helado de los demás y después pedimos otro, de diferentes sabores.

Nos quedamos fuera, de pie en una plazuela. El otro chico se fue, no sé adónde. El de Cheddar y yo nos pusimos a hablar de gemelos, de sexo y de las parejas de gemelos que nos hubiese gustado tirarnos, o sea, del tipo de temas de los que sólo la gente muy borracha discute, sólo que nosotros no estábamos borrachos. Quizá un poco colocados por el helado. Le pregunté a qué se dedicaba. Me dijo que era estudiante. Alguna variante de química. Pobre como las ratas, por supuesto. Aunque dijo que en una ocasión alguien le había ofrecido trabajo en un espectáculo de striptease. Le pregunté si lo había aceptado y me dijo que no. Una pena. Le dije que yo lo había hecho una vez, cuando era estudiante.

—¿De verdad? —preguntó.

Yo asentí con la cabeza. Entonces volvió el otro y cambiamos de tema.

Ellos querían ir a ver la Fontana di Trevi. En realidad, los dos la habían visto antes, pero querían que yo la viera.

—¿Cuántas veces has estado en Roma? —Reacciones de incredulidad—. ¿Y todavía no has visto la fuente?

Caminamos y caminamos. Parejas bien vestidas entraban en restaurantes con lámparas en las mesas.

En la fuente había grupos de turistas, aunque ya debía de ser casi medianoche. Había tenderetes de baratijas electrónicas y chicas asiáticas bajitas que vendían rosas medio tiesas. El agua estaba llena de monedas y de basura. Dicen que tirar dinero a la fuente te garantiza el regreso a Roma algún día; me pregunto qué significará tirar envoltorios de caramelos. Nos marchamos.

Caminamos junto al río y cruzamos el puente. A ambos lados había estatuas de ángeles. Paramos, hablamos de escultura, de Tiziano y de cómo la figura masculina es más bonita en piedra, mientras que la femenina queda mejor pintada.

Miramos el plano y giramos por otra avenida en dirección al Vaticano. Paramos delante de San Pedro. Hay un obelisco, una aguja solitaria que apunta al cielo. En Londres hay otro. Es curioso ver que los modernos hemos trasladado los obeliscos por el mundo de uno en uno, mientras que los egipcios los erigían a pares. Es como construir medio alminar o una iglesia sin la nave transversal. Les dije que se podía subir a la bóveda de San Pedro. En el techo hay una tienda de souvenirs atendida por unas monjas. Puedes comprar una postal y franquearla desde el tejado del Vaticano. Eso, en mi opinión, es lo mejor de la religión, entre otras muchas cosas prodigiosas.

Volvimos andando. Dimos vueltas alrededor de las ruinas: columnas de los romanos convertidas en montones de cilindros de piedra. Algo, no recuerdo qué, me recordó un poema y lo recité. Los chicos se pusieron a hablar de los programas de televisión que veían de niños. Cheddar nos habló de uno con un árbol que hablaba. Nosotros no lo recordábamos. Ninguno de los dos había leído *El principito* de pequeños, de modo que les conté la historia.

—¡Qué espanto! —dijo Cheddar—. ¡Vaya historia para contársela a un niño!

Me encogí de hombros. A la puerta de un restaurante vimos una Vespa aparcada, con flores de seda pegadas por todas partes. Compramos y compartimos una porción de pizza carísima y deleznable, con alcachofa por encima.

En el albergue, el otro tío se fue a la cama. Cheddar y yo nos quedamos levantados, hablando y

hablando, más que nada sobre Brighton. Mientras tanto yo hacía garabatos sin sentido en una servilleta de papel, que después él se guardó. Dijo que tenía pensado ir al Vaticano a primera hora de la mañana para ver al papa y ponerse a la cola de los confesonarios, que forman largas filas organizadas según el idioma del cura que los atiende. Me preguntó si quería acompañarlo.

—Mi avión sale a las ocho —dije—. Tengo que dormir un poco.

Eran casi las cinco.

—Creo que me quedaré levantado —dijo.

—Tendrías que echar una cabezada por lo menos. A este paso te morirás.

—Todavía no he escrito nada en mi diario —replicó—. Ya dormiré cuando esté muerto.

Subió conmigo e intercambiamos direcciones de correo electrónico. En la escalera nos rozamos los labios.

*mardi, le 11 mai*

Sólo lo bastante despierta, cuando llegué a casa, para ver si tenía correo. Un mensaje del Dr. C, que pronto irá a Inglaterra y quiere verme. Tendré que consultarlo con la almohada. De todos modos, ya me dirigía hacia allí.

## *dimanche, le 16 mai*

Hace unos días, antes de llegar a Roma, vi que tenía una llamada perdida de la agencia y un mensaje de texto de la jefa, que me confirmaba una cita a las nueve y media.

La llamé.

—Lo siento muchísimo, pero tendrás que cancelar la cita. Sigo fuera.

—Ya. Pero este hombre es tan encantador...

—Es que de verdad estoy fuera. En el extranjero. No regreso hasta el lunes.

Tal como le había dicho en varias llamadas y mensajes de e-mail durante las últimas semanas.

—¿Estás segura? Porque te ha pedido específicamente a ti.

¿Si estaba segura de no estar en casa? Sí, bastante segura, a menos que el norte de Londres se hubiera transmutado de pronto en una soleada localidad a orillas del mar, llena de flores silvestres. Podría suceder.

—Sí, me temo que sí.

—¿Te parece que le proponga aplazar para mañana la cita contigo?

«Pero, mujer, ¿estás sorda?».

—Mañana tampoco podré. No vuelvo hasta el lunes.

Suspiré. ¡Pero, por favor! ¡Tampoco es que el hombre quisiera casarse conmigo! Cualquiera otra chica de la agencia probablemente lo haría tan bien como yo. Se lo dije lo más amablemente que pude.

—Me parece que quizá deberías tomarte más en serio este trabajo —me dijo secamente, y colgó. Diez minutos después recibí un mensaje: «Cita perdida».

Hoy le envié un mensaje de texto, pero todavía no he sabido nada de ella.

*mardi, le 18 mai*

Debo de tener cara de tonta, porque acaban de abordarme tres chavales recaudando dinero para la misma organización benéfica, los tres en la misma calle. Pero, chicos, ¿no habéis visto cuando me quitaba de encima al anterior?

Recaudador número uno:

—Hola, ¿de dónde eres?

Yo:

—Adivínalo.

—De Barnsley.

—Has fallado, lo siento. ¿Y tú?

—De Barnsley.

Recaudador número dos:

—Hola, ¿cómo te llamas?

Yo:

—Linda.

(Obviamente, no es mi verdadero nombre).

—Fantástico, Lucy. ¿Has pensado alguna vez en la cantidad de gente que sufre o sufrirá algún tipo de enfermedad mental a lo largo de su vida?

—No, pero tengo entendido que la pérdida de la memoria reciente comienza a ser un problema grave.

Recaudador número tres:

—Hola. ¿Tienes idea de la cantidad de gente que sufre o sufrirá algún tipo de enfermedad mental a lo largo de su vida?

Yo:

—Una de cada tres personas. Acabo de oír la historia completa hace treinta segundos, gracias.



*mercredi, le 19 mai*

Hay un cliente que sabe mi nombre real y tiene mi número de teléfono. Me llamó para preguntarme por qué no estoy aceptando citas. No entendía por qué, siendo uno de mis habituales, no había sido el primero en enterarse de mi retirada del mercado.

—No me he retirado —repliqué—. ¿Qué te han dicho?

Me contó que había llamado hace un par de semanas a la agencia y que la jefa le había dicho que yo estaba de vacaciones.

—Sí —le dije en tono de disculpa—, eso es porque de verdad estaba de vacaciones.

—Ayer volví a llamar —prosiguió—; me dijo que no sabía cuándo ibas a volver, y me ofreció una cita con otra chica.

¿Estaré proscrita? Miré la web y mi perfil sigue ahí, aunque un poco más abajo en el listado que antes. Da igual. El cliente me propuso que concertáramos una cita directamente entre nosotros, para la semana próxima. Le contesté que lo pensaría.

*jeudi, le 20 mai*

Algunas cosas sobre mí que probablemente no necesitáis saber, pero que quizá os provoquen cierta curiosidad:

### ***Adoro cantar***

Cuando estoy sola, casi siempre estoy escuchando música o cantando. Para mis amigos es una cruel y repetida tortura. Siempre canto en la ducha. Una vez me distraje y me puse a cantar en el baño de un cliente. Cuando salí, se estaba partiendo de risa. Me gusta mucho cantar, pero por desgracia no lo hago muy bien.

### ***Me encanta el perfume***

Sobre todo si huele a citrus o a lavanda. También me gusta olerlo (en pequeñas dosis) en otras personas.

### ***En la comida, la textura me importa más que el sabor***

Las setas crudas, los tomates cherry, los encurtidos y la pasta de chocolate causan buena sensación en la lengua. La pasta, la mantequilla de cacahuete y las zanahorias cocidas, no.

### ***Sé diferenciar las setas comestibles de las venenosas (por lo general)***

Reconozco que no es una habilidad que resulte útil muy a menudo. También soy capaz de reconocer la mayoría de las verónicas y otras flores silvestres del mismo género, lo cual no sirve absolutamente para nada.

La mejor amiga de mi madre pronosticó la fecha de mi nacimiento. Cosa de brujas.

### ***Para una cena ideal me gustaría contar con***

Katharine Hepburn, chanclas, Iman, anacardos, Dan Savage, cócteles de fruta, Ryan Philippe y una mazmorra.

### ***No me apetece trabajar por mi cuenta, sin ir a través de una agencia***

Independientemente de lo que suceda. La agencia filtra a los clientes, que nunca (o casi nunca) llegan a tener mi número de teléfono. Ya paso suficiente tiempo hablando por teléfono, y he visto a la jefa teniendo que atender llamadas en público. Tengo otros intereses y actividades, aparte de los mencionados aquí, y ocuparme de organizar mis citas iría en menoscabo del resto de mi vida.

## *Todavía no he sabido nada de la jefa*

Al menos podría haber tenido la amabilidad de elegir un fin de semana soleado para pasar de mí.

### *«Je ne regrette rien»*

No lamento nada de lo que he hecho. Si hemos de dar crédito a los manuales, soy una enferma mental. Si en cambio damos crédito a las revistas de papel cuché, soy una mujer moderna e independiente.

*dimanche, le 23 mai*

Prosigue el contencioso entre la jefa y yo. No me ha llamado, ni yo he intentado llamarla. Aunque me doy cuenta de que este tipo de tratamiento probablemente constituye una de las bases del arsenal de toda madame, no me apetece nada llamarla y decirle: «Perdona, ¿me recuerdas? ¿Sabes quién soy?».

Pero debo resistir el impulso de enfrentarme. Siempre me había preguntado por qué cambiaba de vez en cuando el orden de los perfiles de la web y algunas chicas pasaban a estar por encima de otras. Ahora creo que ya lo sé.

¡Ah, la (relativa) libertad! Ningún deseo en especial de hacerme la manicura, ni de depilarme, ni de concertar ninguna cita. Aunque he de reconocer que si llega a asomar el sol y salgo al jardín en biquini, no culparé a nadie si se acerca a mí con una podadora.

Anoche, mientras iba de la casa de A3 a la estación de metro, pasé por un escaparate decorado con las cosas más horribles que he visto en mi vida: piecitos de bebé hechos de escayola. Pintados en colores pastel. Asomando de la pared. ¡Por favor, que alguien me asegure que el deseo biológico de reproducirse no implica la pérdida del buen gusto! Una visión así es suficiente para que una chica abandone su vibrador por temor a quedar preñada de bebés de gelatina.

*mardi, le 25 mai*

—Quiero dejarlo todo —le gruñí a N.

La frialdad de la jefa está empezando a crisparme. Hay otros muchos garitos como el suyo, pero la idea de trabajar para otra agencia no me atrae. Incluso he llegado a reflatar un vetusto currículum y he estado considerando cómo actualizarlo sin que los huecos entre empleos parezcan el Gran Cañón del Colorado.

—Muy bien, pero no abandones sólo para venderte.

Levanté la vista al cielo. ¿No habíamos superado ya la edad en que la autenticidad importaba más que la solvencia? Toda la gente que conozco tiene un trabajo, una pareja, alguna propiedad o un plan de pensiones. O varias de esas cosas a la vez. Le pregunté lo que quería decir con eso de «venderme».

—¿Que qué quiero decir? —replicó—. Que nunca hagas por dinero lo que no estarías dispuesta a hacer gratis.

—Pues paso mucho tiempo mordisqueándome las uñas —el tono me salió más brusco de lo que habría esperado—, y no creo que sea una actividad con un gran futuro laboral.

—No seas sarcástica —dijo N—. No va contigo.

En último término, hay un solo lugar al cual puede dirigirse una mujer en sus momentos de mayor desesperación. Cuando todo lo demás ha fracasado, cuando la cuenta bancaria pasa del negro al rojo y empiezan a llegar cartas del banco escritas en términos cuidadosamente medidos, entonces tiene que templar los nervios y prepararse para lo inevitable.

Las páginas de ofertas de empleo.

Empecé por los empleos administrativos. ¿Conocimientos de informática a nivel de usuario? Sí. ¿Capacidad de organización? De sobra. ¿Motivada y con ganas de trabajar? Relativamente. ¿Con gran espíritu de dedicación?

¿Para qué? ¿Para programar reuniones y mandar cartas por fax? ¿Ahora resulta que hace falta un gran espíritu de dedicación para cerrar sobres y pasar las llamadas de la centralita?

Quizá no sea lo mío. Pasé a los cargos académicos.

Deprimente. Se diría que a mayor grado de formación, menor salario inicial. A2 y A4 trabajan ambos en la universidad y confirman mi sospecha de que las becas de investigación son un rocambolesco plan de los poderes fácticos para impedir que la gente inteligente reflexione sobre los asuntos mundanos. ¿Para qué prestar atención a la política y otros asuntos importantes cuando hay que luchar con uñas y dientes por una beca de cinco mil libras?

*jeudi, le 27 mai*

He resuelto no rendirme, aunque la prensa y los sitios web permiten deducir que la economía de Londres se basa exactamente en tres cosas:

- *Trabajos de periodismo y redacción contratados y subcontratados a terceras y hasta cuartas personas.* Ya lo he intentado, ya lo conozco... Bueno, en realidad no del todo. Lo he intentado y me han rechazado todos, desde los boletines científicos hasta el semanario *La Morsa*. Los más prestigiosos órganos de la filatelia nacional ni siquiera se dignaron enviarme una carta de rechazo.
- *Trabajos temporales y asistentes personales.* Eso sí que lo he hecho, y no pienso repetir la experiencia nunca, nunca más. Volver a tener los dedos encallecidos de tanto cerrar sobres de facturas en el despacho de un corredor de Bolsa es un destino demasiado deprimente para contemplarlo siquiera, y la abyecta degradación de tener que recoger del tinte los uniformes escolares de la hija de alguien hace que complacer las fantasías fecales de ciertos clientes parezca en comparación tarea fácil.
- *Prostitución. Condenación.*

Podría seguir en el negocio, trabajando por mi cuenta. Eso supondría no tener que volver a renunciar a un tercio de mis ganancias en beneficio de una agencia. Por otro lado, debería ocuparme yo misma de filtrar a los clientes, recibir llamadas a cualquier hora del día y de la noche, mantener una cartera de clientes, organizar los aspectos de seguridad y... ¡puf! Demasiado trabajo para mí sola. Apenas me quedaría tiempo para depilarme, por no mencionar otras operaciones esenciales de mantenimiento.

*samedi, le 29 mai*

Cartas. Solicitudes. Bajarlas, imprimirlas, rellenarlas. Sobres y sellos para enviar cartas que probablemente nunca tendrán respuesta. Y al final ayer, a última hora de la tarde, una llamada de un departamento de personal. Quieren verme para una entrevista. Para un puesto que me encantaría que me dieran.

Estoy en la lista de los seleccionados. Y sé que la lista es sumamente breve. Mis probabilidades son buenas.

Ya está. Lo dejo.

Por los perfiles del sitio web de la agencia, es evidente que muchas de las chicas (quizá no la mayoría, pero una amplia proporción) no son británicas. Europa del Este, África, Asia. La importación de trabajadoras del sexo es un negocio floreciente en Gran Bretaña.

No me pregunto por sus motivaciones para dedicarse a esto. No es mi problema. A mí nadie me obligó a trabajar para la agencia, y espero que a ellas tampoco. Si la agencia fuera en realidad una cuadra de trabajadoras ilegales bajo la bota de un chulo infame, no trabajaría con tantas chicas de aquí.

¿O sí?

Al margen de todo eso, me doy cuenta de que ahora mismo mi posición no es muy distinta de la de todas esas chicas jordanas o polacas. Puede que estén aquí con visados de estudiante y tengan muchas deudas. De algún modo, a lo largo de los estudios, estaba implícito (sin ninguna garantía, lo reconozco, pero implícito) que la recompensa por quemarme las pestañas y sacarme un título sería una carrera laboral medianamente apetecible. Ahora me pregunto si un contrato de seis meses para editar ilustraciones en una revista o hacer de asistente del encargado en una tienda de lujo será una opción mejor, pensando en el futuro. Y compitiendo además con cientos de titulados por los mismos miserables despojos.

De momento, tengo camisetas que planchar y una entrevista en la que pensar.

*lundi, le 31 mai*

Me levanté pronto para coger el tren. Me encontré con un Londres de cuya existencia sólo me habían llegado rumores: andenes atestados de hombres y mujeres con traje de chaqueta, esperando encontrar sitio en un vagón abarrotado. Casi todos parecían ligeramente embotados, no del todo despiertos, pero era evidente que algunos se habían levantado muy pronto y habían hecho una ciencia de sus rituales matutinos. Me pregunté si algunas de las mujeres recién maquilladas se levantarían a las cuatro y media para estar tan perfectamente presentables a las ocho.

El tren llegó en hora, pero no tuve que dar tantas vueltas como esperaba para encontrar las oficinas, de modo que fui a un bar a la vuelta de la esquina, para beber un té y hacer tiempo antes de entrar. Una mujer cuyo dominio del inglés era precario, por decirlo con generosidad, me sirvió la leche mucho antes de que el té hubiera reposado y antes de que pudiera impedírselo. Me senté a una mesa pequeña, frente a una ventana que daba a la calle. Todos a mi alrededor, desde albañiles hasta ejecutivos, estaban absortos en la lectura de un periódico. Como yo no tenía ninguno, me dediqué a mirar el tráfico humano.

Cuando llegué al lugar de la entrevista, los otros dos candidatos ya estaban allí. Nos presentamos y hablamos brevemente de los vínculos sociales y profesionales que nos unían. A continuación pasamos a una sala, donde hicimos nuestras disertaciones y escuchamos las de los demás, delante de un grupo de entrevistadores. Después nos hicieron pasar otra vez a la sala de espera y fueron llamándonos de uno en uno, para la entrevista propiamente dicha.

La primera candidata era una chica de pelo rubio oscuro y cara de pudín. Cuando la hicieron pasar para acribillarla a preguntas, el otro entrevistado me sonrió lánguidamente.

—Nada más verte, me he dado cuenta de que no tengo ninguna probabilidad —dijo.

Yo había pensado algo similar, porque si bien mis títulos y mis referencias eran mejores, su experiencia era envidiable.

—No seas tonto —repliqué—. Podría ser cualquiera de nosotros.

«De nosotros dos», corregí para mis adentros, porque era bastante evidente que la otra chica no tenía la menor oportunidad. Tenía una titulación sólo tangencialmente relacionada con el puesto ofrecido, no tenía experiencia, y no había hecho más que tartamudear y titubear a lo largo de toda su disertación, que tampoco resultó particularmente impresionante. El segundo candidato pasó a hacer su entrevista y debió de marcharse nada más terminar, porque no volví a verlo.

Cuando entré en la sala para la entrevista, ya estaba sudando. «No te lles por delante la mesa —me dije—. No tires nada». Del otro lado de la mesa había tres personas: un hombre alto y flaco, un señor mayor con gafas y una mujer de unos treinta años, de pelo corto y oscuro.

Hicieron turnos para preguntarme. Pronto se hizo evidente la división del trabajo: el hombre mayor preguntaba muy poco y claramente tenía más autoridad; el flaco alto se interesaba por cosas relacionadas con la personalidad (lo habitual, como cuáles consideraba que eran mis puntos débiles y dónde me veía de aquí a cinco años en el plano laboral), y la mujer joven hacía las preguntas técnicas, que eran las que yo más temía, aunque tuve la precaución de pensar bien antes



de contestarlas. En algunos momentos me daba cuenta de que, cuando me paraba a componer la respuesta, ellos se quedaban pendientes de que empezara a hablar, pero prefería dar la contestación correcta a empezar a hablar sin rumbo fijo.

Cuando terminó la entrevista, los tres se pusieron de pie conmigo. Me dijeron que los resultados se sabrán en poco tiempo, porque quieren contar con alguien que empiece lo antes posible. Podía esperar una llamada o una carta en los próximos días. Como era la última entrevistada, también ellos salieron de la sala. El señor de más edad y la mujer se dirigieron por un pasillo hacia sus respectivos despachos, mientras el hombre alto se ofrecía para acompañarme hasta el vestíbulo.

Bajamos juntos en el ascensor, en silencio. Yo le sonreí.

—La recuerdo de una conferencia, hace tres años —dijo—. Buena ponencia.

—Gracias —repliqué.

Mierda. La mayor parte de la disertación que les había ofrecido antes estaba reciclada de aquella ponencia.

Atravesamos los silenciosos pasillos alfombrados. Empezó a hablarme de su trabajo, que evidentemente le apasiona. Me gusta la gente apasionada. Le hice unas cuantas preguntas buscándole la lengua e hice de abogado del diablo, pero dejándole claro que en realidad compartía sus puntos de vista, y al final me acompañó hasta la cola del taxi y se quedó conmigo hasta que cogí uno para ir a la estación. Me estrechó la mano calurosamente y me cerró la puerta del coche. Mientras el taxi se alejaba, vi que se quedaba de pie junto al bordillo de la acera.

Mi corazón latía apresuradamente. Ha estado bien, porque ahora tengo a alguien de mi parte.

*Juin*

# *La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z*

## *W-Z*

### *W* de ¡Wow, ¿es puta!

Trabajadora sexual, prostituta, chica de compañía, mujer que pone precio a sus favores, ¡bah! No creo que ningún término sea más degradante que otro. Sencillamente, es una etiqueta: pónstela y diviértete con ella. La indignación por el apelativo que otros usen para referirse a una puta está más que pasada. ¡Tan políticamente correcta, tan años noventa! Te ganas la vida vendiendo sexo. ¿Qué esperabas? ¿Que te llamaran «asesora de entretenimiento erótico»? Aunque «terapeuta sexual» no estaría mal del todo.

### *X* de Xenón

El xenón es un elemento químico del grupo de los gases nobles. Número atómico, 54. Símbolo, Xe.

No se me ha ocurrido ninguna otra cosa interesante que empezara con X.

### *Y* de Ya no soy tan joven

Cuanto más joven, mejor. Es una regla de oro en el negocio, a menos que tengas más de cuarenta, porque entonces la agencia te añadirá otros diez años, para alimentar la imagen de abuelita viciosa. Lo normal es que en la ficha no aparezca claramente la edad. Si las actrices pueden seguir interpretando personajes de jovencitas ingenuas hasta bien entrada la treintena, ¿por qué no ibas a hacerlo tú? Pero tendrás que recordar qué mentira le has contado a quién y mantener las apariencias. El cliente paga a cambio de una ilusión, por lo que revelar que tienes edad suficiente para haber mantenido a John Major en su escaño no es buena idea. Particularmente, si él es votante de los laboristas.

### *Z* de ¡Zip!

Alguien me pidió una vez que lo desnudara usando únicamente los dientes. Aunque en principio puede parecer una tarea interesante, hay una cosa que no se puede abrir con los

dientes: la cremallera de los pantalones. Os habréis fijado que, para bajarla, hay que sujetarla por arriba. Es imposible hacerlo sin manos. Tardé unos ocho minutos en bajarle los pantalones, y para entonces se había estropeado todo el ambiente.

*mardi, le 1 juin*

Llamó Angel. Me llevé una sorpresa. Hacía tiempo que sólo la veía de lejos y muy de tanto en tanto, y no esperaba que volviera a llamarme nunca.

Estaba llorando. Yo iba en un taxi y apenas podía oírla por el ruido del tráfico, pero me dio la impresión de que ella también estaba en un lugar ruidoso, en la calle o en una boca de metro. Le dije que iba de camino para encontrarme con un amigo, pero que podía llamarme más tarde o venir a casa a tomar un café, si le apetecía charlar.

Se presentó en casa. Venía sonriente y entró con soltura. Parecía más tranquila y compuesta, pero yo sabía que sólo era cuestión de tiempo antes de que se derrumbara. Y vaya si lo hizo. Acababan de plantarla. Una relación (ignoraba que estuviera saliendo con alguien, como tuve que confesarle) había terminado. Por correo electrónico.

Me quedé atónita.

—No es manera de tratarte, independientemente de lo que haya pasado —la arrullé.

Vertí agua hirviendo en una cafetera de tipo francés, dejé que se hinchara el café, empujé el émbolo y le serví una taza de humeante brebaje.

—¿Y quién dices que ha sido? —pregunté, porque sentía cierta curiosidad.

—¿No lo sabías? —replicó, levantando la cara manchada de lágrimas—. Te vas a reír.

Era Primera Cita.

¿De verdad?

—Y lo peor es que todavía sigue colado por ti.

¡No me digas! ¿Cómo consolar a alguien a quien acaban de dejarla plantada por un recuerdo (por eso y por otras cosas, indudablemente) y, encima, por un recuerdo bastante insustancial?

—Lo siento muchísimo —susurré.

—Tú sí que eres buena, tú sí que tienes talento —gimió—. En cambio yo... no sé... defraudo a la gente.

—No puedes tomártelo como algo personal. Si alguien se siente defraudado por ti, es problema suyo.

Asquerosa manera de reconfortar a alguien, lo sé, pero no sabía qué decirle. Esa mujer es más una conocida que una amiga, y además me ha traído problemas. Pero me dio pena. Yo he estado en los dos lados de la ecuación.

*jeudi, le 3 juin*

Hace un par de semanas me llegó una invitación por correo. Todavía no he contestado nada, porque no sé qué hacer.

Es para pasar un fin de semana en el campo, celebrando el compromiso de boda de una amiga, y todo hace pensar que estará muy bien, con fiestas en el jardín y toda la peña medio ciega, cantando canciones en torno a una hoguera. Normalmente me apuntaría sin pensarlo dos veces, si no fuera por una cosa: el Chico.

Las probabilidades de que no lo hayan invitado son mínimas. Con la mayoría de mis ex, no me importaría; pero no he sabido absolutamente nada de él desde aquella fiesta de cumpleaños que estuve a punto de perderme, y no ha habido ni rastro del coche misterioso, y por tanto no sé si todavía siente algo por mí, o me odia, o me ha olvidado por completo. Y no acabo de decidir cuál de las tres cosas sería peor.

Sólo me llevaría un minuto llamar a la novia y preguntarle, pero de ese modo delataría mi preocupación y, si no los conozco mal a ella y a su novio, diría que las tribulaciones de los demás son su principal fuente de esparcimiento. De modo que será mejor no decir nada.

Aunque indudablemente me iría bien un fin de semana fuera de la ciudad, y de momento es la mejor oportunidad que se me ha presentado.

*dimanche, le 6 juin*

N, A3 y yo estuvimos diseccionando la entrevista. N no entiende muy bien lo que he estudiado, pero me ha manifestado un apoyo incondicional y me ha convencido de que el trabajo será mío. Por otro lado, A3, que trabaja en algo parecido, no ha dejado de refunfuñar, y eso solamente en sus momentos de mayor amabilidad.

Me siento como si tuviera mi angelito y mi demonio personales, como en los dibujos animados, aunque la idea de cargar con sus casi doscientos kilos de peso combinado sobre mis hombros resulta bastante grotesca.

*mardi, le 8 juin*

—Por lo menos lo estarán pensando —me dijo N—. Una vez fui a una entrevista en Newcastle y antes de que me subiera al tren de vuelta ya me habían llamado para rechazarme.

—¿Y tú qué hacías en Newcastle? —le pregunté.

Me miró de una manera rara.

—Da igual lo que hacía —respondió—. Lo importante es que tienes que tener más paciencia. Ya te comunicarán lo que decidan en su momento.

Probablemente tiene razón, pero aun así no puedo dejar de darle vueltas. ¿Podría haberles ofrecido una mejor disertación o respondido más profesionalmente a sus preguntas? ¿Les habrá parecido mal algo en mi ropa o en mi forma de comportarme? ¿Cómo habré quedado en comparación con los demás? Si consigo el trabajo, ¿encajaré bien o los decepcionaré? ¿Habrá algún tío cachas trabajando en la empresa?



*mercredi, le 9 juin*

Entre las posibles razones por las que aún no me han llamado a propósito de la entrevista figuran las siguientes:

- Han decidido contratar a otra persona y han pasado de decírmelo.
- Han decidido contratarme a mí y han pasado de decírmelo.
- Le han hecho una oferta a otra persona y están esperando su respuesta antes de rechazar a los otros candidatos.
- Están rechazando a los otros candidatos antes de ponerse en contacto con la persona seleccionada (yo).
- La carta se ha perdido en el correo.
- La carta no se ha perdido en el correo, pero ha sido entregada en una dirección equivocada.
- La carta ha sido entregada en una dirección equivocada, en una casa cuyo ocupante ha muerto mientras se dirigía hacia la puerta, y todavía no lo ha encontrado nadie, ni a él ni a la carta.
- La carta ha sido entregada en una dirección equivocada, en una casa cuyo ocupante tiene un perro que se ha comido la carta.
- La carta me ha sido entregada, pero para poner a prueba mi agudeza mental venía ingeniosamente disfrazada como uno de los miles de sobres de publicidad que me llegan diariamente, y la he tirado por error.
- La carta me ha sido entregada, pero rápidamente se ha desintegrado.
- La carta me ha sido entregada, pero poco después sufrí un traumatismo craneal, que borró de mi memoria tanto la carta como el propio traumatismo.
- Y mi cerebro ha rellenado las porciones borradas, de tal manera que no sólo he perdido esos recuerdos, sino que no me ha quedado ningún hueco sospechoso en la memoria.
- La entrevista la he soñado.
- No me han enviado la carta.
- Todavía no han decidido nada.

## *jeudi, le 10 juin*

Ya no podía soportar la espera. Llamé al departamento de personal. La mujer que me atendió fue amable, aunque tuve que indicarle tres veces el número de referencia del puesto solicitado. Se disculpó. Al parecer, habían tenido problemas con las comunicaciones internas y las cartas todavía no habían salido, pero la decisión ya estaba tomada. Mientras ella buscaba la información, me dediqué a morderme los dedos de la mano izquierda.

—¡Ah, aquí está! —dijo—. Creo que te han escogido.

El corazón me dio un brinco. Sonreí.

—¿De veras?

—¿Eres Louise, no?

Y acto seguido se me hundió en el hueco del estómago.

—Eh, no.

La chica con cara de pudín. ¿Cómo habían podido elegirla a ella y no a mí?

—¡Ay, disculpa! —exclamó, con una risita turbada—. Entonces me temo que no ha habido suerte.

Le di las gracias y colgué.

Me ha llamado el Dr. C, que está de visita en casa de sus padres y quiere venir a la ciudad y visitarme la semana próxima. Supongo que la actual situación me ofrece al menos algo de tiempo libre. Hay que tratar de ver el lado bueno de las cosas, ¿no? Y ahora sí que voy a ir a esa fiesta de compromiso. No hay mejor remedio para el amor propio herido que beber unas copas y ligar un poco. De modo que estaré fuera todo el fin de semana. Ley de Murphy: cuando estoy en la ciudad sin posibilidades de huida, los días son tórridos y soleados, pero en el preciso instante en que pongo un pie fuera de la esfera urbana, empieza a diluviar hasta nuevo aviso. Y además llevo sandalias con los dedos descubiertos y pantalones blancos. Cuando haga un tiempo espantoso en fin de semana, ya sabéis a quién culpar.

*dimanche, le 13 juin*

Las ventajas del sexo con un ex:

- Ninguna probabilidad de sorprenderte al verlo desnudo por primera vez. Aquella horrible verruga sigue en el mismo sitio donde la dejaste.
- No tener que sufrir después, pensando cómo le pides el teléfono; si no lo tienes, por algo será.
- Sabe dónde están tus teclas, cuántas tienes, cuánto tiempo debe pulsarlas y si funcionan de arriba abajo, de lado a lado o en circulitos.

Y los inconvenientes:

- Probablemente hay una buena razón para que ya no estéis juntos. Una muy buena razón.
- Uno de los dos pensará que la relación vuelve a ser como antes.
- No hay forma humana de contárselo a tus amigos sin quedar como la mayor imbécil del planeta. Después de todo, han tenido que soportar toda la historia de la ruptura, ¿no?

Mierda. Voy a iniciar ahora mismo una interfaz cabeza/ pared. Vuelvo más tarde, cuando haya conseguido meterme un poco de sentido común.

*lundi, le 14 juin*

Pues sí. Sexo. Con alguien que sinceramente no esperaba tirarme nunca más.

El Chico. El jodido Chico.

Todavía lo estoy procesando. Estoy hecha un lío. Me trajo a Londres en su coche y ahora no hay manera de que se vaya. Pero me gustaría confirmar que, al menos hasta poco antes de que terminara la leve borrachera de la refulgente fase poscoital y cayera el velo que ocultaba el espantoso «oh-no-otra-vez-lo-mismo», todo estuvo muy bien.

Mejor que bien. Se sentó sobre mi pecho y me folló por la boca; me folló por detrás, por arriba y por abajo. Sonriendo, le pregunté cómo se había vuelto tan bueno con la lengua, pensando que alguna zorra genial le habría enseñado algún secreto.

—No lo sé —me contestó—. Es sólo que pienso mucho en esto.

Me corrí con más fuerza, más de prisa y por más tiempo que de costumbre, y por un breve instante pensé: «Si nunca más vuelve a decir ninguna estupidez, podría ser bastante feliz así».

Ley de Murphy, capítulo dos: antes de transcurridos treinta segundos de pensar eso, abrió la boca y dijo una estupidez. Y como estaba lloviendo, no pude poner ninguna excusa para largarme, dar una vuelta y volver cuando hubiera pasado suficiente tiempo como para estar segura de que se había ido.

*mardi, le 15 juin*

Cuando se trata de sexo con un ex, la pregunta no es por qué, sino cuánto: cuánto durará, cuánto tardará en terminar y cuánto tardaré yo en cansarme. La mayoría de mis ex son amigos, la mayoría de mis amigos son ex, y por regla general no me acuesto con ninguno. Pero con algunos pierdo el contacto, normalmente porque en la relación había poca base para construir una amistad, y éste es uno de esos casos.

Ayer, cuando se fue, me ofreció llevarme en el coche a una reunión. Pensé que era una suerte, porque de ese modo saldría de casa, probablemente para no volver jamás. Pero antes de salir, me preguntó si tenía algo de dinero suelto. No. Excepto cuando trabajo, suelo llevar menos dinero encima que la mismísima reina. Entonces me llevó a un cajero para que retirara dinero y le pagara los tomates que había comprado. (Nota: los había comprado para reemplazar los tomates que él mismo se había comido sin preguntar, por lo que tuve que pagar dos veces mis tomates).

Salí del coche sacudiendo la cabeza. Fui hasta el cajero, retiré un flamante billete de diez libras (los tomates no habían costado tanto, pero quién sabe, igual quería imponerme un recargo por usar mi propio papel higiénico) y volví hasta el coche. Le puse el billete en la mano, cerré la puerta y seguí andando.

Un minuto después, recibí un mensaje de texto: «Estoy echando gasolina. Si todavía quieres que te lleve, ven».

No le contesté. Llamó. Me preguntó si quería que me llevara. Le contesté que sí, si era capaz de comportarse como una persona normal. Le dije adónde iba y que viniera a recogerme si quería llevarme. Volvió a llamar un minuto después. Me dijo que estaba al final de la calle y que no me veía. Le dije que eso era porque había seguido caminando. Colgué. Volvió a llamar y me preguntó dónde estaba. Le describí la calle, el edificio que acababa de dejar atrás y el camino que estaba siguiendo. Colgué.

Me mandó otro mensaje de texto: «Esto es una idiotez. Voy siempre diez metros detrás de ti. Como siempre. Sabía que pasaría esto».

Un minuto después, su coche apareció a mi derecha. Dejé de caminar. Se estiró y abrió la puerta del lado del pasajero.

—Acabo de recibir tu mensaje —dije.

—¿Y bien? —dijo él.

—Adiós.

Cerré con firmeza la puerta y seguí andando. Su coche se demoró un minuto, hasta que sonó un bocinazo; entonces continuó hasta la siguiente rotonda y desapareció. Y eso fue todo. Me puse los auriculares. La siguiente canción era sobre alguien que se marchaba. Me sentí bien. Sonreí con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas.

*miércoles, 16 de junio*

Anoche tuve que atender una llamada. Nada de trabajo. A1 estaba pasando por algún tipo de crisis y su chica no aparecía por ninguna parte. Me había dejado cuatro llamadas perdidas y un mensaje enrevesado. Cuando intenté llamarlo, me salió directamente el contestador. ¡Tíos! Era tarde, pero me puse a la merced del metro de Londres y me fui a su casa.

Para ir en metro desde mi casa hasta la de A1 hay que hacer dos transbordos. Y a esas horas me preocupaba perder el último convoy de la noche y quedar varada en Earl's Court con nada más que una tarjeta de metro y el más completo desconocimiento de los alrededores.

El metro es, con diferencia, el medio de transporte más antisocial que se ha inventado. En el autobús, puedes proteger de tus gérmenes a los otros pasajeros estornudándoles en la nuca. En el metro, te ves obligado a compartir el espacio respiratorio con todos los vectores flemosos de enfermedad que pueda haber de aquí a Uxbridge. Y pese a ir con la nariz metida en el sobaco de perfectos desconocidos y de convivir con más virus que en una novela de Crichton, no está permitido mirar fijamente a nadie.

En circunstancias normales, resulta fácil acatar la norma. Los urbanitas somos maestros de la Mirada Evaluativa, con la cual es posible juzgar y descartar a una persona en la fracción de segundo que dura su permanencia en el campo visual. Pero cuando estás atrapado en una lata que avanza lanzada hacia Doris Hill, los ojos literalmente no tienen adonde ir. Tienes que mirar fijamente a los demás. Pero no está permitido. Por eso está tan extendida la lectura; los libros son una protección detrás de la cual escudarse, así como una excusa para no agarrarse al pasamanos y para poder tropezar con el aluvión de ejemplares del *Metro* que atiborran el pasillo.

Mientras esperaba el tren de la District Line, me di cuenta de que alguien me estaba mirando. Fingiendo que consultaba el reloj, miré a un lado y a otro de la vía. Un hombre más bien joven, con americana y corbata. Posiblemente mirando el material que había en el andén. Por mí, bien. Yo iba necesitada de una ducha y un poco de sueño, de modo que probablemente no merecía una segunda mirada.

Llegó el tren. Me senté. El hombre se sentó frente a mí. ¿Ha sido ésa otra mirada? No. Haz como que no lo ves. Miré su mano. Era una mano bonita y bien formada. Muy atractiva. Apoyé la frente en un pasamanos lateral.

Por el rabillo del ojo, noté que me miraba un par de veces más. Decididamente más de lo necesario. Pero no parecía un buitres. Probablemente, sólo se estaría preguntando qué hacía yo en la calle, como hago yo con la gente todo el tiempo. Probablemente estaba borracho. ¿Quién viaja a esas horas en el metro, sobrio, de americana y corbata?

Levanté la vista. Sus ojos azules me miraban fijamente. Qué fuerte. No pude contenerme y le sonreí de oreja a oreja como una atontada. Él ni se inmutó. Los dos desviamos rápidamente la mirada.

«¡No! —pensé—. ¡Eres una idiota!».

Pero no puedo evitarlo: cuando alguien me mira sin que yo lo espere, me río. Debí de parecerle una completa imbécil.

Dos paradas. Volvió hacia mí la cabeza. Lo miré. Sonreí. Le saqué la lengua.

Entonces se rió. Y otra vez desvió la mirada.

Bien. Dos paradas más. Los dos mirábamos ostensiblemente en otra dirección. La forma en que evitábamos que se cruzaran nuestras miradas resultaba bastante obscena, a decir verdad. Nos acercábamos a mi parada. Me estiré. Noté que me miraba, pero no quise encontrar su mirada. ¿Qué iba a hacer él? Podía saludarlo con la mano cuando me bajara. O decirle algo.

Me puse de pie. El tren entró en la estación. Las puertas se abrieron. «Venga, por lo menos hazme un gesto con la cabeza», pensé. Y después: «Sígueme, sígueme». Salí al andén. «No, espera, no me sigas».

No lo hizo. Simplemente, un tío medio borracho, con americana y corbata, que volvía a casa. El tren se perdió en la noche.

(A propósito, A1 estaba bien. Un poco cansado y sentimental, pero nada más. Con lo cual quiero decir que estaba borracho).

*samedi, le 19 juin*

Estaba de pie con una amiga, C, en la barra de un club nocturno. Habíamos quedado con N, pero acababa de mandarnos un mensaje de texto diciendo que llegaría tarde. Estábamos en la barra con nuestras copas, evitando con elegancia todo contacto visual y en completa negación de la música casposa y horrible que nos estaba infligiendo el pinchadiscos.

Un hombre derivó en nuestra dirección.

—Hola, chicas —dijo, y recuerdo que pensé: «¿No es demasiado pronto para que alguien vaya tan cocido?»—. Es el cumpleaños de mi amigo, ¿vale?, que es ese que está ahí... —añadió, señalando una desorganizada masa de caras.

C ya se estaba poniendo su máscara de sonrisa puramente cortés. ¿No era evidente que no estábamos esperando a que vinieran a ligar con nosotras?

Pero no era el ligue lo que el joven caballero tenía en mente.

—... y se estaba preguntando mi amigo si no seríais tan amables de enseñarle las tetas.

La máscara de C ni siquiera se agrietó.

—No, lo siento.

Sonrió cortésmente y le dio la espalda, volviendo a su copa. Yo le hice una mueca.

—¿Estáis seguras, chicas? Pensad que es su cumpleaños y todo eso.

—No —le dije yo con menos cortesía, antes de volverle la espalda.

C y yo pedimos otra copa. N estaba tardando mucho. Intentamos mantener una conversación por encima de la música, que para entonces era mucho más atronadora, pero no pudimos, y acabamos sonriéndonos vagamente. C se puso a jugar con los bordes peludos de su jersey, que de verdad daban ganas de tocar.

Otros dos hombres vinieron tambaleándose en nuestra dirección. Nosotras nos volvimos sólo a medias para mostrar que los habíamos visto. Era el mismo de antes, con otro.

—Hola, mis estimadas damas —dijo el segundo; se me ocurrió entonces que los hombres sólo llaman «damas» a las mujeres cuando quieren burlarse de la caballerosidad—. Esta noche es mi cumpleaños y me estaba preguntando si no podríais, por favor, enseñarme las tetas.

Bueno. Por lo menos había dicho «por favor». La máscara de C era impenetrable.

—No.

—No —dije yo como un eco.

—¿Estáis seguras? —preguntó, fingiendo una expresión de rendido ruego.

¿Les funcionará alguna vez? ¡Pero si ni siquiera nos ofrecieron dinero! ¿O sea que esperan que las mujeres se comporten como prostitutas a cambio de nada, y entonces es que tienen buen rollo, y en cambio las auténticas prostitutas son objeto de burla y rechazo? No lo entiendo.

—Os han dicho que no —dijo una voz detrás de los dos. Era N, que les sacaba una cabeza a ambos.

Salieron por piernas.

Nos fuimos en el coche de N. C es joven, casi una adolescente. En realidad, tiene veintitantos,



pero se comporta como si tuviera dieciocho. De una manera simpática.

Hablamos del matrimonio. C se interesó por la situación de N y el porqué de su soltería. Me preguntó si yo pensaba casarme y tener hijos algún día. Le dije que no. Dijo que ella tampoco.

—Oh, ya picarás —le dijo N—. Encontrarás al hombre adecuado y te verás casada sin apenas darte cuenta.

Ella pareció sacar las uñas, pero no discutió.

—¿Y qué piensas de mi futuro? —le pregunté a N—. ¿Seré una solterona?

Miró hacia la calle. Estaba midiendo las palabras.

—Creo que tú has elegido un camino propio y no quieres que nadie interfiera —respondió—. Valoras tu libertad por encima de todo. O sea, que sí, eso es lo que tendrás, si es lo que quieres. No estoy diciendo que no vayas a cambiar de idea, pero para eso hará falta un hombre extraordinario, y creo que todavía querrás seguir sola bastante tiempo más.

## *domingo, le 20 juin*

Estaba tumbada en la cama, leyendo. Sonó el teléfono. El Dr. C.

—¿Al principio de la calle, has dicho?

—Al final de la calle.

A decir verdad, nunca sé muy bien cuál es cuál, pero si él no veía el número, es que estaba en la otra punta de la calle.

Llamó a la puerta un minuto después.

—¿Al final de la calle?

Le devolví la sonrisa. Su sonrisa era más bonita de lo que yo la recordaba. Venía con una sola maleta, en un coche viejo de color azul. De su hermano, me dijo. Lo hice pasar.

Dejó caer la maleta junto al sofá. «Cuidado», pensé. Debería haber sacado unas sábanas y un par de almohadas. No quería que supusiera que iba a dormir conmigo. Nos quedamos mirándonos, sin decir nada, sonriendo solamente.

—Bueno.

—Bueno. ¿Vamos a dar una vuelta?

—Vamos.

Caminamos durante horas. Ni siquiera me di cuenta de la hora que era hasta que el sol se ocultó detrás de los árboles.

Habló de su familia, de su trabajo. Habló con su preciosa boca y con sus manos. Nos sentamos en un banco y contemplamos cómo orondas mujeres paseaban a sus perros diminutos y aún más orondos.

—¿Volvemos a casa?

—Volvemos.

Le propuse cocinarle algo.

—A decir verdad, no tengo mucha hambre —dijo.

Yo tampoco tenía. Sacó una botella grande de licor de su maleta. No creo que hubiese espacio para mucho más. Nos sentamos a la mesa de la cocina con un cuenco de cubitos de hielo y nos acabamos la botella.

Yo estaba borracha y él también, pero de una forma agradable, como en nuestra primera noche juntos. Cuando finalmente vaciamos la botella y los vasos, lo llevé a mi dormitorio. Nos besamos y nos tocamos a través de la ropa.

—Te quedan fantásticos los pechos con esta blusa —dijo—. ¿Puedo pedirte una cosa?

«Lo que quieras», estuve a punto de decirle.

—¿Qué?

—¿Puedo fustigarte las tetas? A través de la blusa, quiero decir.

Saqué un látigo de goma de varias colas y se lo di. Al principio empezó con golpes suaves. Me eché a reír.

—Puedes atizar con más fuerza —dije.

Así lo hizo. Me dolió. No ha sido la vez que me han fustigado con más fuerza, pero sí la más divertida. No paraba de reírme. Él no decía nada, pero también sonreía. Parecía todo tan gracioso. Cuando hubo terminado, dejó a un lado el látigo y me metió las manos por debajo de la blusa.

—Tienes la piel caliente —dijo.

Me levantó la blusa. No llevaba sujetador.

—Son de color rosa —comentó.

Me empujó contra la pared y me folló allí mismo. Después nos desplomamos en la cama y nos quedamos casi instantáneamente inconscientes.

*lundi, le 21 juin*

Me despertó el teléfono. Yo estaba grogui y respondí sin mirar de quién era la llamada.

—¿Diga?

—Hola.

Era el Chico. Me estremecí. Debería haber colgado. No lo hice.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En casa.

Para qué mentir. No tenía tiempo para pensar.

—¿Dónde estás tú? —añadí.

—Aquí fuera.

—Oh.

Dejé el teléfono. Me estiré y empujé suavemente al hombre que estaba durmiendo a mi lado, para despertarlo.

—Hum, tengo una visita en el portal —dije.

Debió de notar algo en mi voz.

—¿Quién es?

—Mi ex.

Una mueca de aprensión le centelleó en la cara. Me preguntó qué quería hacer.

—Abrirle la puerta, supongo.

Me dijo que no estaba obligada a hacerlo. Que podía llamar a la policía. Le dije que ya lo sabía. Nos vestimos. Se fue a la cocina. Yo bajé a abrir el portal.

Ahí estaba el Chico. Con pantalones cortos y camiseta. Su coche estaba aparcado en la acera de enfrente. Estaba solo. La calle estaba silenciosa. Me preguntó si podía entrar. Lo dejé pasar.

Saludó con un gesto al Dr. C en la cocina. Los presenté. Pregunté si alguien quería té o alguna cosa para desayunar. Dijeron que sí. Encendí la radio. Todo parecía demasiado tranquilo. Me volví hacia la cocina y preparé unos huevos revueltos. Metí pan en la tostadora. Les di conversación a los dos a propósito del tiempo (apacible), la música que estaban poniendo en la radio (mierda) y las noticias (deprimentes). Puse la mesa, con platos del mismo tamaño delante de los dos.

El Chico se abalanzó sobre su desayuno, con la cabeza inclinada sobre el plato. Me resultó raro verlo allí sentado a la mesa, después de estos meses.

—¿Tú no comes huevos? —me preguntó el Dr. C.

—Sólo una tostada —dije.

—Combustible para pesos ligeros —replicó.

Sonrió y empezó a comer. Los dos estaban callados. Yo no podía sentarme, no hacía más que ir y venir delante del fregadero, mordisqueando una tostada. El Chico terminó en seguida y preguntó si podía usar el lavabo. Le dije que sí. Antes nunca había tenido que preguntar.

Cuando se hubo ido de la cocina, el Dr. C se volvió hacia mí y me susurró:

—¿Por qué no me habías dicho nada de él?

—No pensé que hubiera nada que decir —le susurré a mi vez—. Hace meses que no lo veo.

El Chico volvió. Me preguntó si podíamos hablar. Le dije que sí. Nos quedamos allí de pie, en la cocina, en silencio, con el Dr. C mirándonos. El Chico preguntó entonces si podíamos hablar en mi habitación. Le dije que sí. Subimos la escalera. Dejé la puerta abierta. Se sentó en mi cama y con un gesto me indicó que me sentara junto a él. Lo hice. Sabía que desde la cocina se oiría lo que dijésemos.

—Tengo que hacerte una pregunta y quiero que seas sincera —dijo.

Me crispé. ¿Qué derecho tenía a preguntarme nada? ¿Y cuándo no había sido yo sincera con él?

—¿Sí? —dije.

—¿Te estás acostando con ese hombre?

—Sí.

—¿Ha pasado aquí la noche?

—Sí —dije, y entonces se me ocurrió pensar cuánto tiempo llevaría el Chico en la calle.

—No puedo creer que me hayas hecho esto a mí —dijo.

Yo estaba desconcertada. ¿Se suponía que tenía que rendirle cuentas de todos mis amantes? ¿Que todavía tenía que responder a sus preguntas y preocuparme por lo que él o cualquier otra persona pensarán de mí? Le pedí que se marchara.

Estaba tranquilo. Extrañamente tranquilo. Por lo general, el Chico es inquieto y hablador, pero estaba callado y compuesto. Dijo que ya se iba. Yo insistí en acompañarlo hasta abajo. Hasta el portal. Hasta que estuviera fuera del portal. Salí con él y cerré la puerta. El Dr. C todavía estaba en la cocina. Oí el ruido del cerrojo detrás de mí. No tenía la llave. Fuera lo que fuese lo que el Chico tenía pensado hacer, no estaba dispuesta a dejar que se lo hiciera a un extraño. Iba a tener que hacérmelo a mí.

El Chico lo comprendió. Se volvió. Le había vuelto el color a las mejillas.

—Tengo que hablar con él —dijo con repentina urgencia.

—No —dije, cruzando los brazos.

—Tengo que hablar con él —repitió—. Puede tenerte a ti, pero quiero que sepa lo que me ha... lo que me ha quitado.

—No te ha quitado nada. Ni siquiera sabe quién eres. ¿Por qué iba a saberlo? Tú me dejaste ir. Dos veces.

El Chico me pidió que le permitiera entrar. Me negué. Volvió a pedírmelo varias veces y también me negué.

Sabía que pegarme estaba fuera de su código de conducta, pero no me fiaba del todo, y me preguntaba dónde estaría su límite. Empezaba a verse gente por la calle, como en cualquier mañana normal de un día laborable. Contaba con eso para salvarme, si es que necesitaba salvación.

Era evidente que el Chico no iba a conseguir nada pidiendo que lo dejara pasar.

—¡Por favor! —gimoteó—. Es un tío grande. Puede defenderse solo.

—¿No lo tocarás? —pregunté.

—No lo tocaré.

—Mentira.

Tenía los brazos cruzados, pero podía ver que no dejaba de apretar y aflojar los puños, porque los nudillos se le ponían blancos, recuperaban el color y volvían a ponerse blancos.

Nos quedamos allí de pie. Me miró.

—Métete en tu coche y vete —le dije.

Permaneció inmóvil. Repetí lo dicho. Se dio la vuelta. Lo acompañé hasta la reja. Vi cómo entraba en el coche. Tardó bastante en meter la llave para arrancar. Esperé hasta que se fue. Volví a mi portal y llamé. El Dr. C me abrió. Subimos a mi habitación y follamos.

*mardi, le 22 juin*

Por la mañana, el Dr. C se marchó. Tenía que volver al sur. Con una sonrisa me puse a hacer la cama, mientras él recogía y guardaba sus escasas pertenencias. No sabía si volveríamos a vernos. Las marcas moradas en mi pecho ya se estaban borrando, pero probablemente durarían más que nuestra relación. No lo sabía, ni me importaba.

Había un coche en la esquina. Podía verlo desde mi ventana, y él lo sabía. El Chico. Acompañé al Dr. C hasta su coche y le hice adiós con la mano desde la calle. Volví a entrar y eché el cerrojo en la puerta. El teléfono estaba sonando. No contesté.

Unos minutos después, volvió a sonar.

—¿Diga?

—¿Puedo entrar? —preguntó el Chico.

Le dije que no, que lo vería fuera. Cerré la puerta detrás de mí y me guardé las llaves en el bolsillo. Llevaba el móvil en la mano, por si acaso. Bajó del coche y salió a mi encuentro en el portal. Me pidió otra vez que lo dejara pasar. Me negué. Le dije que hablábamos en su coche o en ningún sitio. Insistió, pero comprendió que no iba a ceder, y entonces lo seguí hasta el sitio donde había aparcado.

Me senté en el asiento del pasajero y entrecerré la puerta.

—Lo siento, sé que he hecho muchas cosas mal, lo siento muchísimo —dijo.

Tenía los ojos enrojecidos y los hombros encorvados. Me sorprendí sintiendo una oleada de ternura, pero no dije nada. Él no hacía más que pedir disculpas, llorando. Yo pensaba en todas las veces que me había hecho polvo y no se había disculpado, cuando salíamos juntos, o en las pocas veces que sí lo había hecho y yo me había apresurado a hacerlo callar, diciéndole que no era culpa suya.

Esta vez no lo interrumpí. Dejé que soltara todo lo que tenía que decir.

Fue difícil de ver. Sabía que estaba en mi mano levantarle el ánimo, poner fin a lo que estaba sintiendo. Sabía que podía hacer mucho más fáciles para los dos los diez minutos siguientes (incluso los diez días siguientes, si teníamos suerte, hasta que volviéramos a discutir), diciéndole que estaba dispuesta a aceptarlo de nuevo. Pero sabía que siempre habría una discusión esperándonos a la vuelta de la esquina. Y por mucho que él dijera, la gente no cambia. No es que no pueda cambiar, pero no lo hace de la noche a la mañana, y yo no podía más.

Y eso fue lo que le dije. Le susurré que ya no podía más. Lloró, pero no siguió suplicando.

«Ya está», pensé. Pensé en lo que me había dicho N en el coche. ¿Me estaba condenando al destino que había elegido? ¿Sería ésa la última oportunidad no sólo para él, sino para mí, para siempre?

—Te he querido tanto —dijo finalmente.

—Yo también te he querido —dije.

Sabía que de verdad era la última vez. Y que él también lo sabía.

*jeudi, le 24 juin*

Acababa de volver del gimnasio, sudando y cansada. Puse la tetera, más por costumbre que por necesidad de beber algo caliente. Pero dicen que cuanto más calor, más té.

Sonó el teléfono en la encimera de la cocina. Miré la pantalla. Era la jefa.

Vacilé un momento y estuve a punto de dejar que saliera el buzón de voz. Pero no lo hice. Contesté.

—Hola, cielo. Tienes una cita dentro de dos horas.

¿Habría oído mal?

—Ah, ya.

Semanas de silencio, ¿y ahora una cita, como salida de la nada?

—¿Cómo has estado?

—Muy bien, cariño, muy bien. ¿Te he despertado?

Le dije que acababa de volver del gimnasio. Le pareció bien.

—Hay que mantenerse en forma —dijo, y volvió rápidamente a su tema—. Escucha, este señor se aloja en el Claridge y te ha pedido para las diez.

Una cita de dos horas, con desplazamientos y todos los servicios. A la más alta de nuestras tarifas por horas, salvo en los casos de extras raros.

Me mordí el labio. A caballo regalado y todo eso. Pero ya había quedado con A3 en un pub. Y hacía siglos que no me depilaba. Solamente podarme el matorral púbico me habría llevado una hora. Y estaba cansada, y todavía no había comido, y mil cosas más.

—Lo siento, pero no puedo. Seguramente una de las otras chicas... —le sugerí en voz baja.

—Le ha gustado tu ficha; te ha pedido específicamente a ti, cielo. Puedo decir alguna mentirijilla, pero no puedo engañarlo mandándole a otra chica.

¡Increíble! Inaudita sinceridad en una madame. Quizá no conocía su lado bueno, después de todo.

Mi voz se volvió más firme.

—Me gustaría mucho poder ir, pero tengo otros planes —dije.

Podría haber llegado, justo, justo. El dinero me habría ido bien. Pero no quise. A3 hubiese tenido que quedarse esperando, y me apetecía mucho dejarlo terminarse mis cervezas mientras parloteábamos del trabajo.

—De acuerdo, cariño —canturreó—. Me ha encantado hablar contigo. ¿Te llamo pronto?

—Sí, fantástico. Buenas noches.



*samedi, le 26 juin*

Como hace sol y hay una porción descubierta de mi casa que en realidad es bastante privada, pero ofrece la excitante ilusión de estar desnuda en público, me he estado asando como un kebab desde el fin de semana pasado.

Los profesionales de la salud dirán que sólo la abstinencia total es garantía de salud, pero yo creo en el sol seguro. Cuando se expone la delicada piel de una chica a la radiación solar, la protección siempre es necesaria.

Me pregunto si no habrá llegado el momento de empezar a recibir clientes en casa. Después de todo, en la ostra del mundo tiene que estar mi perla.

En realidad, nunca he comido ostras. Por aquello de que mi religión lo prohíbe. Pero igual encuentro una perla en el picadillo de hígado.

## *domingo, le 27 juin*

—Soy escritor —dijo el cliente.

—¿De verdad? —le dije yo—. ¿Qué escribes?

—Novelas.

Mencionó un éxito de ventas que acababa de salir en la lista del *New York Times* y un título que me sonó en seguida.

—Ah, ya —le dije—. Del estilo de Mickey Spillane.

—Eso mismo —convino él.

—Siempre me ha gustado esa parte al final de *Mi revólver nunca falla* —proseguí yo—, cuando Mike Hammer le arranca el negligé a la protagonista. Su única noche de pasión.

Me senté sobre sus rodillas y él me pasó la mano por los muslos.

—Medias sin ligero —dijo.

Acertó.

—¿Qué querrás para esta noche? —le pregunté.

—Placeres simples para un hombre simple —dijo—. Solamente quiero correrme en la boca de una mujer desnuda.

El servicio puede parecer caro, pero si uno se pone a pensar en el dinero y el esfuerzo que podría suponer, durante un viaje de negocios, que un tío se ligue a una chica hasta llegar a la posible fase de tenerla desnuda y dispuesta a dejar que se corra en su boca, entonces ya no resulta tan oneroso. Y el resultado está garantizado.

Me quitó las bragas y nos desvestimos mutuamente. Se tumbó en la cama.

—Me recuerdas a alguien de quien estuve enamorada —le dije.

Pareció incrédulo. Era cierto. Tenía la misma cintura alta y las mismas ascéticas extremidades que un santo de un fresco del siglo XIV. Y el mismo aspecto general de A2. Le hice cosquillas en el arco de uno de sus pies y le besé el interior de los muslos.

Después de mamársela durante unos minutos, le pregunté qué otra cosa le gustaba. Me dijo que el anilingus.

—¿Hacerlo o recibirlo?

Respondió que recibirlo. Le separé un poco más las piernas y palpé entre los redondos carrillos de su trasero.

—Bien, creo que irá mejor si te pones debajo una almohada.

Hizo lo que le decía.

El ano era tierno, rosa y sin pelos. Limpio. Sabía ligeramente a jabón. Volví a rodearle la polla con los labios, mientras le hacía cosquillas con un dedo humedecido por el lado de atrás. Se corrió rápidamente y con fuerza, llenándome la garganta.

—Sólo han sido treinta minutos —dije. Había pagado por una hora—. No creo que quieras intentarlo otra vez, ¿no?

—No, lo siento —replicó—. Demasiado viejo. Demasiado cansado.

—¿Quieres que me quede a charlar un rato o que me vaya? O también, si te das la vuelta, podría amasarte la espalda en una mala imitación de un masaje.

—Prefiero que te vayas. Así me dormiré feliz y satisfecho.

—Te desearía suerte con los libros, pero por lo visto no la necesitas —le dije—. Me haré con algún ejemplar.

—Espera a que salgan en rústica —dijo—. Y antes mira si te gustan.

Me vestí y me arreglé el pintalabios. El dinero estaba en un sobre del hotel.

—¿No fue Dashiell Hammett el que dijo que no le pagas a una puta para que haga lo que ha venido a hacer, sino para que después se vaya?

—Probablemente —dijo él, con una sonrisa adormilada. Cerré suavemente la puerta detrás de mí. En la calle había un solo taxi. Me senté en el asiento trasero y partí hacia mi casa, entre las luces y los sonidos de una noche en la ciudad.

# Notas

[1] «Me toco». <<